La Agencia de Detectives No Muertos

Libro 4

Por Siempre Juntos



Shelby Rhodes

TABLE OF CONTENTS

Full Page Image
Créditos
Índice
Sinopsis
Nota de Autora
Dedicatoria
1. Capítulo Uno: ¡Octavius!
2. Capítulo Dos: ¡La Llama Del Amor!
3. Capítulo Tres: Un Nuevo Comienzo
4. Capítulo Cuatro: Sin Vuelta Atrás
5. Capítulo Cinco: De Ninguna Manera
6. Capítulo Seis: ¡Mordisco, mordisco!
7. Capítulo Siete: ¡Noche De Cita!
8. Capítulo Ocho: Revelando Los Disfraces
9. Capítulo Nueve: Ya comienza
10. Capítulo Diez: Explorando La Fiesta
11. Capítulo Once: A Través Del Bosque Embrujado
12. Capítulo Doce: Un Espectáculo Y Un Beso
13. Capítulo Trece: Catalina
14. Capítulo Catorce: Los Vástagos
15. Capítulo Quince: Un Grupo Peculiar
16. Capítulo Dieciséis: Demasiado
17. Capítulo Diecisiete: Misterio de Asesinato en Halloween
18. Capítulo Dieciocho: Esa Sí Que Es Una Lista
19. Capítulo Diecinueve: Reduciendo Opciones
20. Capítulo Veinte: Se Tomaron Decisiones
21. Capítulo Veintiuno: Cuidado
22. Capítulo Veintidós: Te Encontré
23. Capítulo Veintitrés: Un Dramático Final
24. Capítulo Veinticuatro: ¡De Fiesta Hasta Caer!
25. Capítulo Veinticinco: La Mañana Siguiente
26. Capítulo Veintiséis: La Verdad
27. Capítulo Veintisiete: Vamos de Aventura
28. Capítulo Veintiocho: Entrando Al Recinto
29. Capítulo Veintinueve: Corred
30. Capítulo Treinta: Hacia La Trampa
31. Capítulo Treinta y Uno: Separados
32. Capítulo Treinta y Dos: Dayan
33. Capítulo Treina y Tres: El Camino Hacia Octavius
34. Capítulo Treinta y Cuatro: Lucha Por Tu Vida
35. Capítulo Treinta y Cinco: Una Muy Esperada Batalla
36. Capítulo Treinta y Seis: ¿Finalmente Ha Terminado?
37. Capítulo Treinta y Siete: Nunca Fue Una Elección

38. Capítulo Treinta y Ocho: El Después
39. Capítulo Treinta Y Nueve: Hogar
Epílogo: La Agencia De Detectives No Muertos Está En El Caso
Nota De Autora
Sobre Shelby Rhodes
Sigue a Shelby Rhodes
Más De Shelby Rhodes
Also by Shelby Rhodes

Copyright © 2025 por Shelby Rhodes

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación, escaneo o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin autorización.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Shelby Rhodes reivindica el derecho moral a ser identificada como la autora de esta obra.

Shelby Rhodes no se hace responsable de la vigencia ni de la exactitud de los enlaces URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea o siga siendo preciso o adecuado.

Las denominaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos los nombres de marcas y productos utilizados en este libro y en su portada son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas registradas o marcas registradas de sus respectivos propietarios. Los editores y el libro no están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas mencionadas ha respaldado este libro.

Primera edición.

ASIN del ebook: B0DP66JS1Z

Edición: Emma Luna

Corrección en inglés: Abrianna Denae

Diseño de la portada: Shelby Rhodes

Ilustraciones de murciélagos: Jahla D. Brown

Maquetación: Emma Luna

Traducción al español: Daniela Campos de Tralitver

ÍNDICE

a de Autora
licatoria

apítulo Uno: ¡Octavius!
apítulo Dos: ¡La Llama Del Amor!
apítulo Tres: Un Nuevo Comienzo
apítulo Cuatro: Sin Vuelta Atrás
apítulo Cinco: De Ninguna Manera
apítulo Seis: ¡Mordisco, mordisco!
apítulo Siete: ¡Noche De Cita!
apítulo Ocho: Revelando Los Disfraces
apítulo Nueve: Ya comienza
Capítulo Diez: Explorando La Fiesta
Capítulo Once: A Través Del Bosque Embrujado
Capítulo Doce: Un Espectáculo Y Un Beso
Capítulo Trece: Catalina
Capítulo Catorce: Los Vástagos
Capítulo Quince: Un Grupo Peculiar
Capítulo Dieciséis: Demasiado
Capítulo Diecisiete: Misterio de Asesinato en Halloween
Capítulo Dieciocho: Esa Sí Que Es Una Lista
Capítulo Diecinueve: Reduciendo Opciones
Capítulo Veinte: Se Tomaron Decisiones
Capítulo Veintiuno: Cuidado
Capítulo Veintidós: Te Encontré
Capítulo Veintitrés: Un Dramático Final
Capítulo Veinticuatro: ¡De Fiesta Hasta Caer!
Capítulo Veinticinco: La Mañana Siguiente
Capítulo Veintiséis: La Verdad
Capítulo Veintisiete: Vamos de Aventura
Capítulo Veintiocho: Entrando Al Recinto
Capítulo Veintinueve: Corred
Capítulo Treinta: Hacia La Trampa
Capítulo Treinta y Uno: Separados
Capítulo Treinta y Dos: Dayan
Capítulo Treina y Tres: El Camino Hacia Octavius
Capítulo Treinta y Cuatro: Lucha Por Tu Vida
Capítulo Treinta y Cinco: Una Muy Esperada Batalla
Capítulo Treinta y Seis: ¿Finalmente Ha Terminado?
Capítulo Treinta y Siete: Nunca Fue Una Elección
Capítulo Treinta y Ocho: El Después
Capítulo Treinta Y Nueve: Hogar
logo: La Agencia De Detectives No Muertos Está En El Caso

a De Autora
re Shelby Rhodes
ıe a Shelby Rhodes
s De Shelby Rhodes
ɔ by Shelby Rhodes



Sinopsis

Octavius Evander, al habla. Supongo que habéis venido a ver cómo termina todo. Bueno, «terminar» en el sentido de que hemos llegado al final de esta parte de mi historia. No sería propio de mí seguir adelante sin cerrarlo del todo, ¿verdad?

Como este es el último libro de la saga, ¡siento que es mi deber despedirme con una explosión! Con una explosión de purpurina. Y con «explosión» me refiero a una enorme y supergenial fiesta de Halloween. Y vaya fiesta fue… Disfraces, decoración, familia, amienemigos, sustos, Turney gritando y aferrándose a mí… ¡qué momentos! La parte no tan divertida fue la interrupción de dicha fiesta. Fue una injusticia total. Estaba de vacaciones de los asesinatos y el caos, solo caos relacionado con casos, y aun así, a alguien se le ocurrió la poca vergüenza de ser asesinado. ¡Qué poco considerada es la gente!

Pero no habéis venido todos solo por la fiesta de Halloween. Lo sé. Hay cierta persona sobre la que estáis deseando saber, estoy seguro. Una persona horrible, tan despreciable como un gusano. Bueno… no vais a quedar decepcionados. Ese asunto se resolverá, de una vez por todas. La pregunta que tal vez os estéis haciendo ahora es: ¿cómo se resolverá? Lo único que estoy dispuesto a decir es que ocurrió de una forma inusual y completamente improvisada.

Aunque no deberíais preocuparos demasiado, porque mi historia, la historia de mi precioso Turney, tiene un final feliz… no está de más recordar que la felicidad a veces brilla con más fuerza justo después de la desesperación.



Nota de Autora

Este es un libro de romance paranormal M/M. Contiene sangre, violencia, gore, menciones de agresión sexual (sin detalles explícitos) y muerte. Por favor, no lo leas si consideras que alguna de estas situaciones puede resultarte desencadenante.



Dedicatoria

Por Siempre Juntos está dedicado a Abri y Emma.

Gracias, Abri, por ayudarme a darme cuenta de que no pasa nada por admitir que necesito un descanso. Por Siempre Juntos no habría sido su mejor versión sin que me convencieras de dar un paso atrás.

Emma, gracias por tu ánimo constante y tu comprensión ante lo mucho que retrasé el momento de entregarte el libro. Incluso con el poco tiempo que tenías, y lidiando con tus propios problemas, lograste terminarlo con tiempo de sobra. ¡Siempre estaré agradecida por tu ayuda y tu apoyo!

Capítulo Uno



¡Octavius!

Turney bostezó y se estiró, el sueño disipándose poco a poco de su mente. Palpando el espacio en la cama junto a él, frunció el ceño al no encontrar a Octavius. Maldito murciélago obsesionado con Halloween… Seguramente ya andaría correteando por ahí decorando, como si no hubiese ya suficientes cosas puestas.

Suspirando, entreabrió los ojos. Un grito de puro terror se le escapó de la boca al ver lo que colgaba sobre él. Un rostro horriblemente retorcido de alguna criatura se cernía sobre su cabeza, con fauces afiladas que se abrían en una mueca. El rostro parecía en parte humano, pero como si la piel se hubiera derretido en algunos lugares, dejando ver músculos y sangre por debajo.

Turney intentó incorporarse para huir, pero descubrió que estaba literalmente atado con las sábanas, con un lacito incluido. Podría romperlas fácilmente. Turney era lo suficientemente fuerte… Pero entre un parpadeo y el siguiente, el rostro desapareció. Simplemente se desvaneció flotando, para ser reemplazado por un terror de otro tipo: su novio en forma de murciélago.

—¡OCTAVIUS! —rugió Turney.

El murciélago se rio histéricamente y salió volando, batiendo sus pequeñas alas.

—Maldito murciélago loco —gruñó Turney. La puerta del dormitorio se abrió y escuchó pasitos contra el suelo mientras el murciélago huía por el pasillo.

Inhaló hondo para calmar su corazón desbocado. Maldita sea, sentía que iba a estallarle en el pecho. Moviendo los brazos, se liberó y se desató las mantas. El loco lo había envuelto literalmente como si fuera un regalo.

—Cinco días más. Solo cinco días más —se dijo a sí mismo.

Cinco días más y ya no tendría que lidiar con la obsesión de Octavius por Halloween… Al menos, no hasta el año siguiente.

Faltaban exactamente cuatro días para Halloween, y para el fiestón de Octavius. Las casas, bueno, mansiones, en realidad, ya estaban completamente decoradas por dentro. No todas las habitaciones, había demasiadas. Aunque estaba seguro de que Octavius habría decorado hasta la última si Scarlett y Henry no lo hubieran contenido un poco. Octavius aún correteaba decorando como un loco, pero en general, el lugar estaba hasta arriba.

No es que Turney hubiera llegado a verlo todo… Octavius les había prohibido a él y a los demás entrar en un montón de habitaciones. Lo cual, por supuesto, hacía que moverse por cualquiera de las casas fuera una auténtica molestia. La mitad del tiempo tenía que dar mil rodeos solo para llegar a la habitación que quería.

Y, por desgracia, Octavius no solo quería que las habitaciones fueran una sorpresa, también quería que todos se sorprendieran… que se escandalizaran… que se aterraran…

Turney deseaba con todas sus fuerzas que esas «sorpresas» solo ocurrieran el día de la fiesta, en lugar de que Octavius las repartiera a lo largo del mes y lo asustara a muerte cada maldito día.

La fiesta en sí estaba prevista para el treinta y uno de octubre. Iba a venir mucha gente. Y sería un espectáculo de proporciones épicas, que abarcaría desde la mansión de Octavius hasta la de Scarlett, una fiesta en dos casas. Oh, qué alegría…

Turney nunca había sido de fiestas, ni siquiera cuando era humano. Fiestas universitarias… Ni hablar. Había ido a reuniones pequeñas, pero nada parecido a lo que sabía que Octavius estaba planeando. Tampoco es que hubiera ido a muchas de esas reuniones. Ahora que lo pensaba, siempre había sido un poco solitario. Su círculo de amigos era reducido y casi inexistente, sobre todo porque se había alejado del mundo de las carreras…

En la universidad, iba por libre, salvo por Alexander. Y eso solo porque vivían juntos. Tampoco era que le quedara familia. Supuso que ahora su círculo de amistades era más amplio por trabajar en la agencia. O al menos iba a asumir que podía considerar amigos a la mayoría, después de toda la locura que habían vivido juntos.

La Agencia de Detectives No Muertos estaba en pausa por el momento… ya que Octavius había dado vacaciones pagadas a todos hasta final de mes. No es que Turney no viera igualmente a la

mayoría de sus compañeros, o amigos, o lo que fueran, todos los días. Difícil no hacerlo cuando convivía con dos de ellos; uno con quien salía y otra que era casi como familia ya, porque le había salvado la vida. Luego había otra que medio vivía allí también, porque salía con la que le había salvado la vida. Y luego otro vivía justo al lado con su hermano, al que habían rescatado… Dios, sus relaciones personales se habían vuelto de lo más raras.

Raras o no, probablemente todos se merecían un descanso después de todo lo que había pasado. Aunque, por lo que había visto Turney, Octavius había cerrado temporalmente la agencia solo para poder entregarse en cuerpo y alma a su adorada decoración de Halloween sin interrupciones.

Entre toda la locura halloweenera, también habían empezado los entrenamientos hacía cosa de una semana y media. Scarlett había intensificado su entrenamiento zombi, y además tenía ahora un entrenador personal: Bob… A Turney no le gustaba Bob. Bob miraba demasiado a Octavius para su gusto. Ese capullo debía apartar la vista antes de que se quedara sin ojos. Y ahora que era un zombi, sentía que esa amenaza tenía más peso. Aunque Bob era algo, Turney no había descubierto aún qué exactamente.

Octavius había empezado a entrenar su modo «supervampiro», a menudo peleando con Henry. Y la verdad, era todo un espectáculo. Ambos se movían con rapidez y habilidad. A Turney le gustaría decir que él también se movía con esa destreza, pero en realidad se movía más torpe que otra cosa. Cosa que a Bob le encantaba señalar —cabrón irritante—.

Al menos Cormac había empezado a participar en las lecciones, así que ahora tenía un cómplice para molestar a Bob. Scarlett parecía divertirse con su aversión a Bob, aunque claro, como ya había señalado varias veces, Octavius era bastante ciego ante el coqueteo del entrenador.

Ella y Min-ji, como Octavius y Henry, peleaban juntas con gran pericia. Aunque Turney solía pensar que Scarlett se contenía cuando luchaban. Una idea que se le reafirmaba al ver la diferencia entre cuando luchaba contra Octavius y cuando lo hacía con Min-ji. No estaba seguro de si se contenía porque ahora salían juntas o porque una bruja no podía competir contra una zombi en combate cuerpo a cuerpo sin desventaja. Por lo que sabía de los brujos, apostaría por la segunda opción, ya que no podía imaginarse a Scarlett conteniéndose solo porque salía con alguien.

Theo… El trabajo de Theo ahora era recuperarse. El tiempo que había pasado con los Caballeros no le había hecho ningún bien, y había quedado extremadamente delgado y débil. Ahora estaba mejor, aunque aún se lo veía bastante delgado.

Turney miró las telarañas y arañas falsas sobre la cama y volvió a suspirar. El hecho de que Octavius hubiese estado inquietantemente colgado ahí probablemente significaba que ya era hora de levantarse.

Estirándose, Turney salió de la cama y caminó hasta el gran espejo del tocador frente a la cama. Acercándose, pasó la mano por una de las cicatrices de su cuello. Las que le había dejado la bruja. Ahora estaban desvaídas, como si hubiesen pasado muchos años. Las que no se habían desvanecido eran las cicatrices de su transformación. Aunque ya no estaban rosadas, seguían siendo igual de visibles. Tal vez un poco menos feas, con suerte.

A Turney le costaba admitirlo, pero aún le costaba lidiar con ellas. Eso sí, había mejorado… Octavius se había esforzado mucho en ese sentido, asegurándose de que supiera que no le restaban atractivo. Aun así… no iba a ganar ningún concurso de belleza, eso estaba claro.

Turney se enderezó con otro suspiro y se dirigió al baño.

A decir verdad, odiaba esos pensamientos. Porque le parecían increíblemente vanos… Tipo, ¿acaso importaba? Se repetía constantemente que no. En comparación con lo que podía haber sido… las cicatrices no eran nada.

Y con esos pensamientos venía la culpa. Sobre todo cuando aparecían en su mente cuando Theo estaba cerca. Porque Turney había sobrevivido… Cynthia no. Theo daría cualquier cosa por recuperarla. ¿Cómo podía ser tan egoísta y preocuparse por unas cicatrices cuando eran las mismas marcas que le habían devuelto la vida?



OCTAVIUS SOLTÓ unas risitas mientras echaba a correr. Su emoción por todo lo que estaba por venir, todo lo que había planeado, era inmensurable. ¡La fiesta estaba tan cerca! Oh, su gran entrada iba a ser impresionante, ¡los disfraces, los sustos, LOS ESPECTÁCULOS!

Y por primera vez en años, ¡iban a venir todos sus neófitos! Durante las últimas décadas, siempre parecía que al menos uno faltaba cada año. Aquellas ausencias siempre le entristecían, pero entendía que a veces uno podía estar demasiado ocupado como para ir de fiesta. Aunque, sinceramente, seguía sorprendiéndole, pues creía haberles enseñado a no anteponer las «responsabilidades» a la diversión… En fin, ¡esta vez venían todos!

No podía esperar a presentarles a Turney. Aunque, pensándolo bien, quizá Turney fuera la razón por la que todos venían. Hacía

mucho que no tenía pareja. Estaba seguro de que Henry les había contado más sobre Turney de lo que él mismo había hecho. Lo cual podía ser bueno o malo. Pero creía, mayoritariamente, que Henry le había dado el visto bueno sobre Turney, así que tenía que ser algo bueno, ¿no?

En cualquier caso, ¡este año iba a ser la fiesta de Halloween que superara todas las fiestas de Halloween! ¡La fiesta de una vida!the party of a lifetime Superaría con creces sus fiestas de años anteriores. ¡Las celebraciones de este año se repartirían no solo en una, sino en dos casas! Octavius había conseguido convencer milagrosamente a Scarlett de que le dejara usar su propiedad. Y entre ambas casas, ahora había un sendero embrujado a través del bosque.

Por supuesto, Octavius había prohibido que entraran en el bosque, ni en varias habitaciones de ambas casas, hasta el momento de la fiesta. Bueno, excepto él y Min-ji.

Aah, Min-ji, su ayudante en el mal. Cuánto agradecía todo lo que ella había hecho para ayudarle a llevar a cabo sus planes perversos. Todos los hechizos y trucos. Todo era solo por el espectáculo, claro está, pero realmente elevaba la ambientación a otro nivel cuando se usaban hechizos en lugar de simples decoraciones.

Qué divertido iba a ser… con todos sus planes en marcha. Hablando de planes, ¿qué habitación debería terminar hoy? No quedaban demasiadas. Bueno… no de las que planeaba dejar abiertas a los invitados. Tal vez algún Halloween decorara todas las habitaciones. Pero ese Halloween no era este. Octavius había empezado a decorar demasiado tarde como para que eso fuera posible.

Además, no iba a venir tanta gente como para que valiera la pena. Y pese a lo que le había acusado Turney, no había decorado las dos casas enteras. Hasta ahora, como mucho, había decorado unas cuarenta habitaciones en cada casa. Lo cual no estaba tan mal, ¿verdad? Ni siquiera había tocado el tercer piso, y apenas había tocado las habitaciones en el segundo. Lo mismo se podía decir de la casa de Scarlett, se había quedado principalmente en la planta baja.

Octavius se detuvo en seco y alzó la mirada hacia Scarlett, que estaba de pie en su camino. Los grandes ojos verde esmeralda de la zombi no parecían nada contentos. Scarlett debía llevar despierta un rato, pues ya iba vestida y maquillada. Como siempre, estaba impecable. Pero claro, ¿cómo no iba a estarlo, con su naricita respingona, su barbilla con su suave hoyuelo y sus delicadas facciones? Sus rizos cobrizos estaban perfectamente peinados en un corte bob, sus labios llevaban un rojo brillante, y aunque su piel estaba tan pálida como siempre, sus pecas se notaban sobre sus mejillas y su nariz. Llevaba puesto un jersey azul marino, combinado con una falda lápiz negra hasta los tobillos y unas zapatillas negras.

Sin duda, lo estaba mirando con desaprobación.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Qué has hecho?

Octavius se estremeció ante el tono acusador.

—¿Nada en absoluto? ¿Por qué lo preguntas? —dijo con inocencia, con sus ojitos de murciélago bien abiertos y llenos de fingida confusión.

—Oh, ¿de verdad? —bufó ella.

—Sí, de verdad. —Ni siquiera él se creía su propio tono.

—¿Ese «nada» que hiciste es la razón por la que he sentido una chispa de miedo proveniente de mi pobre neófito hace apenas unos instantes? —preguntó ella con una sonrisa resplandeciente y aterradora.

Octavius rió con torpeza.

—Solo fue un pequeño susto. Es temporada de sustos. Es algo de esperar, ¿no?

Scarlett lo miró en silencio durante un momento, luego negó con la cabeza y dijo:

—Si Turney te deja, me pondré de su parte.

Él lanzó un grito ahogado, indignado.

—¡ÉL NUNCA HARÍA ESO! ¡Turney me ama!

¡¿Cómo podía siquiera decir algo así?! ¿Turney? ¡¿Dejarlo?! ¡Jamás! Se amaban, con todas sus rarezas incluidas. Turney no lo dejaría… No lo haría…

Scarlett bufó.

—No sé yo, el amor solo llega hasta cierto punto.

—¡SHHH! ¡No me dejaría sólo por divertirme!

Ella chasqueó la lengua.

—Pobre Turney.

—¡Para! —gritó, volviendo a su forma humanoide.

Ella siguió chasqueando la lengua.

—Para —gimoteó Octavius—. ¡Turney no va a dejarme! ¡Es feliz conmigo!

—¿Y cuánto falta para que esa felicidad se le escape del susto?

Octavius la fulminó con la mirada.

—No va a pasar. No le he asustado tanto.

Y no lo había hecho. Solo habían sido unas pocas veces… quizá diez… o más. ¡Octavius no era tan malo, ¿verdad?!

—He sentido oleadas de miedo en él literalmente varias veces al día, todos los días, durante la última semana y media, Octavius. Sé más amable con tu pobre novio y deja de asustarlo tanto.

Se estremeció. ¿Había… sido todos los días? Octavius había perdido la cuenta. Nunca se le había dado bien hacer las cosas con moderación… Quizá se había pasado solo un poco.

—Vale, vale, me contendré. Y los próximos años me aseguraré de no pasarme. Él no me va a dejar. —Octavius frunció el ceño. Turney no haría eso, ¿no?

—No, claro que no —dijo ella, lo que hizo que él soltara un suspiro de alivio, pero entonces añadió—: Solo quería hacerte entrar en razón. La verdad es que Turney está demasiado enamorado y apegado a ti y tu locura como para dejarte a estas alturas. Pero eso no significa que tengas carta blanca para aprovecharte de su carácter permisivo. Te quiero, y… probablemente a estas alturas también sienta afecto por Turney. Aunque mucho se deba al vínculo. Quiero que os cuidéis mutuamente. Eso incluye saber cuándo te estás pasando. Sé que no lo haces a propósito. Es solo que te emocionas tanto con las cosas que acabas exagerándolo. Así que esta soy yo diciéndote que te estás pasando. Dicho eso, te sugeriría que trates a Turney como me tratarías a mí… ¿Me darías tantos sustos?

Octavius negó con la cabeza, haciendo un puchero.

—No… te enfadarías muchísimo si lo hiciera.

—Exacto. Sin duda te haría arrepentirte si intentaras asustarme todos los días. Pero Turney no es como yo. Te deja pasar muchas cosas, Octavius. Y lo sabes. Así que no te aproveches de esa indulgencia.

Tenía razón… Turney le dejaba pasar muchas cosas. Sobre todo porque el zombi le quería, y solía restarle importancia a ciertas cosas porque sabía que hacían feliz a Octavius. Se había estado aprovechando de eso.

—Vale, voy a… contenerme. Y no lo haré todos los días. —Y quizá encontrara una forma de disculparse con su conejito zombi… Turney se merecía el mundo.

Capítulo Dos



¡La Llama Del Amor!

Octavius respiró hondo. Le temblaba la mano mientras se acercaba a uno de los botones de la cocina. Se sobresaltó con el clic que hizo al girarlo.

Parpadeó al ver que no pasaba nada. ¡Oh! ¡Oh, qué bien, la cocina de Scarlett no usaba fuego real! Una preocupación menos.

—Perfecto. No tener fuego significa… nada de incendios, ¿no? —dijo Octavius con un leve tono de alivio.

¿Eran así todas las cocinas ahora? No solía fijarse en la cocina cuando veía películas. Octavius no sentía la necesidad de torturarse con cosas que no podía consumir. Sinceramente, evitaba mirar demasiado de cerca cualquier cocina, debido a lo que ocurrió la última vez que usó una…

Es decir, ¿cómo iba a saber él que había que cerrar el gas al terminar? Bueno, se le había quemado lo que estaba cocinando… pero ese no era el punto. Espera… ¿había sido el gas? Había sido algo… Algo que había acabado en explosión…

Pero eso no era un problema aquí, porque era eléctrica. ¡Viva la electricidad! ¡Podía hacerlo! Solo era cocinar. ¿Qué podría salir mal? ¡Por Turney! ¡Lo haría por Turney!

—Ahora… aceite, ¿verdad? —Observó el bacon y los huevos que había sacado—. Cocinar requiere aceite… ¡sí! —Asintiendo, agarró la botella de aceite y echó un poco. Vio cómo se extendía por el fondo y luego añadió un poco más.

—¿Espero a que se caliente o… empiezo a cocinar directamente? —le preguntó al aire—. Mejor que se caliente.

Se quedó mirando la sartén, esperando. Octavius tenía que admitir que… cocinar era un poco aburrido sin fuego…



TURNEY SOLTÓ UN BOSTEZO. Avanzaba lentamente hacia la cocina. Tardó una eternidad en llegar porque el camino estaba bloqueado. Suponía que tendría que desayunar solo hoy. Min-ji y Scarlett habían salido en una cita, y los hombres lobo no solían levantarse a estas horas. Por desgracia, se había acostumbrado a despertarse al amanecer por culpa de Octavius.

Quizá podría apartar al vampiro de sus decoraciones de Halloween el tiempo suficiente para desayunar juntos. Aunque solo fuera él comiendo mientras Octavius bebía. El vampiro había estado tan ocupado últimamente que apenas habían pasado tiempo juntos.

Turney se detuvo en seco… frunciendo el ceño. ¿Era eso un latido lo que oía? Su lentitud le indicó que era de Octavius. A no ser que Henry hubiera decidido pasarse por alguna razón. No, eran solo las ocho, el vampiro más joven no solía despertarse hasta las nueve.

Frunció aún más el ceño al darse cuenta de dónde provenía el latido. ¿Qué demonios hacía Octavius en la cocina?

¿Estaría intentando decorarla? Oh, más le valía que no. Si había un lugar donde a Scarlett no le gustaba que tocaran nada, era su cocina.

Turney salió disparado por el pasillo en dirección a la cocina. Abrió los ojos de par en par, horrorizado, al doblar la esquina justo al oír un fuushh, seguido de un grito, y después comenzaron a sonar las alarmas de incendios.

—¡Joder!

Entró corriendo en la cocina y se quedó clavado en el sitio, boquiabierto. Octavius estaba allí, junto al fregadero, de espaldas a Turney, gritando. Había humo por todas partes, y agitaba frenéticamente una sartén en llamas en una mano, y unas cortinas ardiendo en la otra, mientras la alarma sonaba con fuerza, como si se burlara de él.

—Oh. Dios. ¡Mío! —soltó Turney.

Octavius se giró al oírle, con los ojos desorbitados y llenos de lágrimas. Turney se quedó paralizado unos segundos mientras el vampiro seguía agitando los brazos como un lunático, y entonces reaccionó. Abrió el armario con el extintor dentro y roció rápidamente al pirómano en llamas.

Cuando apagó el último resto de fuego, Octavius dejó caer sus brazos a los lados de su cuerpo, soltando lo que llevaba. La sartén quemada cayó al suelo con un golpe sordo, mientras los restos de las cortinas flotaban hasta aterrizar.

El vampiro, francamente, era un desastre. Estaba cubierto de espuma y hollín, sus rizos rubios estaban encrespados y sobresalían en todas direcciones. Tenía manchas negras en la cara y en la ropa, y parecía a punto de sufrir un colapso. Turney miró la espuma que cubría el traje y el pelo del vampiro, quizá se había pasado un poco con el extintor.

El labio inferior de Octavius tembló.

—Yo… Yo…

Turney quería consolarlo… pero también quería evitar que aparecieran los bomberos. Dejó el extintor a un lado, fue hasta el panel de la pared y empezó a pulsar botones. Debió de acertar con algo, porque la alarma se apagó. Respirando hondo, se giró lentamente hacia Octavius.

—Entonces… Octavius… qué… —Inhaló hondo de nuevo—. ¿Qué estabas haciendo?

No es que estuviera enfadado… simplemente muy preocupado.

El labio inferior de Octavius tembló aún más, sus ojos cada vez más vidriosos.

—¡S-solo quería disculparme! ¡Quería prepararte algo rico para desayunar! Así que saqué unos huevos… y bacon… pero, de repente, ¡la sartén empezó a arder! Y traté de apagarla con agua, pero en lugar de apagarse, hizo «fuushh»—el vampiro acompañó la palabra con un gesto—. Y entonces se incendiaron las cortinas, y la alarma… —Octavius rompió a llorar.

—Oh… Octavius… —Turney se acercó y abrazó al vampiro sollozante, frotándole la espalda—. Está bien… No llores. No estás herido, ¿verdad?

No lo parecía, solo estaba alterado.

Octavius se sorbió la nariz.

—No…

—Tengo que decir que nunca había visto a alguien intentar apagar un fuego agitando los brazos.

—Mejor, porque no funcionaba —sollozó Octavius, aferrándose a él.

—Entonces… de repente… empezó a arder —reflexionó Turney —. ¿Podría ser, por algún casual, que te hayas distraído?

Octavius hizo una mueca.

—Podría…

—Suena posible. ¿No habrás echado aceite en la sartén, verdad?



HABÍA ECHADO mucho aceite en la sartén… ¿Pero no había que engrasarla antes de usarla? ¿Quizá había echado demasiado? ¿Sería por eso que se había incendiado?

—Tal vez un poco de aceite —dijo Octavius.

Turney se echó a reír.

—Sí, no vas a cocinar más.

Octavius ahogó un grito.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?!

El zombi se separó un poco y le dio un beso en la frente.

—Porque literalmente eres un «riesgo de incendio». ¿Puedes decirme por qué estabas pidiendo perdón? —preguntó el zombi mientras le secaba las lágrimas a Octavius.

Octavius se sorbió la nariz y decidió ignorar lo del riesgo de incendio, principalmente porque tenía un poco de cierto.

—Bueno… era por haberte asustado. Scarlett… me hizo darme cuenta de que me había pasado un poco. Así que quería disculparme por eso.

—Ya veo. Bueno, gracias por el esfuerzo. Pero, quizá la próxima vez hazlo de una forma que no pueda arder.

Octavius suspiró. Abrió los ojos de par en par al oír su móvil sonar con *Friends* de BTS, el tono que había puesto para Scarlett. Se limpió las manos en la chaqueta ya arruinada y sacó el móvil del bolsillo, contestando con un entusiasmo falso.

—¡Scarlett!

—¿Por qué ha sonado mi alarma de incendios?

—Eeh… está bien. No se ha dañado nada importante, ¡pero tengo que irme! ¡ADIÓS!

—¡¿QUÉ?!

Octavius colgó y decidió ignorar el teléfono cuando empezó a sonar otra vez.

—Ay, estoy metido en un buen lío…

Turney se rió.

—Quizá… un poquito. Pero es fácil de arreglar. Podemos ir a la tienda a comprar una sartén nueva… y quizá unas cortinas. Probablemente sean caras, porque hasta donde sé, ella no compra nada barato. Pero no debería ser difícil encontrarlas, si vamos al sitio adecuado.

El móvil de Octavius sonó otra vez… pero esta vez con *Super Tuna* de Jin… lo que significaba que era Henry. Frunciendo el ceño, respondió.

—¿Sí, Henry? ¿Necesitas algo?

—¿Por qué ha sonado la alarma de incendios de Scarlett, Amo Octavius?

—¡¿Por qué siquiera tienes una notificación de su alarma de incendios?! —gimió Octavius, escandalizado.

Henry soltó una risa burlona.

—Porque usted está allí.

—¡¿Qué se supone que significa eso?! —chilló.

—Significa que ha provocado demasiados incendios como para que no me preocupe —dijo Henry con tono monótono, antes de añadir—: Páseme con Turney.

Octavius hizo un puchero, pero le tendió el móvil a Turney. El zombi parecía demasiado divertido con todo esto cuando descolgó.

Turney carraspeó.

—¿Sí, Henry?

—¿Está todo bien? —oyó preguntar al otro vampiro.

¡¿Y por qué le preguntaba a él?!

—Está bien. Solo ha quemado una sartén y unas cortinas.

—¡¿Qué?! —soltó Henry—. ¿Qué hacía él con una sartén?

—Estaba cocinando.

—¡¿QUE ESTABA QUÉ?!

Octavius resopló al escuchar el horror en la voz de su vástago.

—¡OYE! ¡No soy tan malo!

—Dígale que SÍ es tan malo. De hecho, creo que nunca ha cocinado sin provocar un incendio.

—¡Ya! ¡Porque hasta ahora no había otra forma de cocinar!

—Amo Octavius, le prohibí tocar todo lo relacionado con fogones, fuego y cocina en casa. ¿Cómo pensó que esa prohibición no se extendía a casa de Scarlett?

Octavius soltó un quejido.

—¡Solo quería prepararle una comida a mi novio, para disculparme! ¡¿Tan terrible es eso?!

—¡Sí! —soltó Henry.

Los ojos de Turney se humedecieron, sus labios temblaban.

—¡Ni se te ocurra reírte! —gimoteó Octavius.

El zombi parpadeó rápidamente y volvió a carraspear.

—Jamás lo haría. En fin, está todo bien, Henry. Le he dicho que, aunque agradezco el gesto, preferiría que se disculpase de una forma más segura.

Henry suspiró.

—Solo asegúrese de que no lo vuelva a hacer… por su bien, si no por el suyo. Usted es muy inflamable.

—Cierto… inflamable, gracias por recordarlo.

Henry gruñó, y debió de colgar, porque Turney cerró el móvil.

Octavius hizo un puchero.

—Lo siento.

Turney lo atrajo de nuevo a sus brazos y le dio un besito en los labios.

—Lo que cuenta es la intención. Así que gracias. Te amo.

Octavius le devolvió el beso.

—Yo también te amo… Prometo evitar cocinar en el futuro.

Turney se rió.

—Probablemente sea lo mejor. Y la próxima vez que quieras disculparte… limítate a algo que muestre tus puntos fuertes, ¿vale?

Asintió.

El zombi se rió y le mordisqueó el labio inferior.

—¿Por qué no vas a ducharte y cambiarte, mientras yo limpio este desastre? Si vas lo bastante lento, puede que me una a ti, ¿mmm? —Le dio otro besito en los labios—. Y luego salimos a buscar una sartén y unas cortinas nuevas.

—Vale… —respondió Octavius sorbiéndose la nariz.



TURNEY TOMÓ UNA SARTÉN, arrugando la cara al ver el precio. Ciento cuarenta dólares por una sartén… qué ridículo. La volvió a dejar.

—¡Oh! ¿Y esta? —dijo Octavius con una risita emocionada.

Él echó un vistazo al vampiro, arqueando una ceja ante la sartén que sostenía.

—Octavius… eso es un wok.

Octavius parpadeó, ladeando la cabeza.

—¿Ah, sí? Bueno, sea un wok o no… ¡sería un gran reemplazo, ¿no?!

—Eh… no mucho… La sartén que quemaste era de tamaño medio. Sustituirla con un wok no serviría de nada. Scarlett seguiría sin tener una sartén mediana.

El vampiro frunció el ceño.

—Oh, ya veo —Octavius volvió a dejar el wok en la estantería.

Pensativo, Turney se giró hacia las estanterías otra vez. Miró un poco antes de agarrar una sartén que parecía idéntica a la que Octavius había freído.

—¡Esta debería servir!

Octavius la miró fijamente.

—Está bien… pero, ¿y esta? —El vampiro tomó una sartén un poco más grande que la que sostenía Turney—. ¡OH! ¿Y si le compramos dos? ¡Dos es mejor que una, ¿verdad?!

Viendo hacia dónde se dirigían los terroríficos pensamientos de Octavius, Turney se apresuró a decir:

—No. Scarlett no necesita más de una. Ya tiene muchas sartenes. No queremos llenar su cocina de trastos. Solo tenemos que reemplazar la que has roto.

El labio inferior de Octavius empezó a asomarse en un puchero.

—Qué aburrido…

Turney se rió mientras colocaba la sartén de repuesto en el carro y comenzaba a empujarlo por el pasillo.

—Vamos a pagar. Pero, mientras caminamos de vuelta, ¿por qué no miras en el móvil si hay alguna tienda por la zona donde creas que podríamos encontrarle unas cortinas nuevas a Scarlett?

El vampiro empezó a seguirle.

—Supongo que puedo hacer eso… ¡OH, MIRA! —gritó Octavius, dando saltitos al adelantarse y sacando algo de las estanterías. Se giró sobre sí mismo, sosteniéndolo en alto como si fuera un premio —. ¡Mira! ¡Es perfecto! ¡Scarlett lo necesita!

Observó la sartén que el vampiro sostenía.

—Es diminuta…

—¡LO SÉ! Es perfecta. ¡Pequeña y monísima!

—Scarlett no necesita una sartén diminuta.

—¡¿Y tú qué sabes?! ¡Piensa en ello, hará el huevo perfecto!

—Quiero decir… solo cabe un huevo…

—La necesita —insistió Octavius con un puchero feroz.

Turney suspiró.

—Vale…

—¡Yuju! —El vampiro rió y metió la sartén en el carrito.

Negando con la cabeza, Turney siguió al vampiro alegre y saltarín. Al adentrarse en un nuevo pasillo, casi chocó con él cuando el otro se detuvo de repente. Los ojos de Turney se abrieron al darse cuenta del peligro.

Habían entrado… en el pasillo de Halloween. ¡¿Por qué demonios una tienda de utensilios de cocina tenía un pasillo de Halloween?!

—¡Por los Dioses! —exclamó Octavius con pura alegría—. ¡¡Mira esas espátulas!!

Turney se estremeció. «Oh, Scarlett… lo siento mucho por lo que estoy a punto de infligirte», pensó con un suspiro mientras veía a Octavius lanzarse hacia adelante.



SCARLETT IRRUMPIÓ EN SU CASA, con Min-ji siguiéndola detrás. No pudo evitar temer lo peor.

Aunque Scarlett había conseguido hablar con Turney, y él le aseguró que no había habido daños graves, sabía lo destructivo que Octavius podía ser sin querer. Así que le costaba creerle.

Sobre todo, le costaba entender por qué Octavius se había atrevido a cocinar después de todo lo que había destruido accidentalmente con el fuego en el pasado. ¡¿Acaso el vampiro estaba empezando a olvidar todas las mierdas que había quemado?!

Jadeó, con los ojos muy abiertos al llegar a su cocina y entrar. Había un juego de cortinas nuevas colgadas sobre su cocina… Aunque el lugar parecía intacto, había una cantidad inconcebible de «cosas» de cocina con temática de Halloween repartidas sobre las encimeras de su isla.

Min-ji soltó una risa ahogada detrás de ella.

—Turney… qué tonto eres… —avanzó despacio, hacia todo eso, con los hombros caídos en señal de derrota mientras miraba una espátula naranja con forma de calabaza—. Te has rendido a su ternura otra vez, ¿verdad que sí?

Capítulo Tres



Un Nuevo Comienzo

Cormac hizo todo lo posible por ignorar que el gimnasio, que antes era normal, ahora parecía como si un vampiro gótico hubiese vomitado por todas partes. Murciélagos colgando… todo rojo y negro… Parte del equipo tenía ahora una forma vagamente parecida a un ataúd. Era… una sala extraña para decorar.

Apartando los ojos de la decoración, miró hacia abajo, a Theo, que estaba en el banco de pesas. Los rasgos de su hermano se parecían un poco a los suyos, pero en realidad, el chico se parecía más a su madre. Compartían el mismo tono de piel marrón oscuro, y los labios eran iguales: carnosos y gruesos. Pero mientras él tenía una mandíbula más esculpida, con ángulos marcados, la de su hermano era más suave y curvada. La nariz de Theo también era más pequeña y terminaba en punta. En su momento, ambos llevaban el mismo peinado —los lados rapados y rizos en la parte superior—, pero en la actualidad Theo tenía una melena de rizos que le caía más allá de los hombros. Le daba un aire de estrella de rock.

Al acercarse un poco más, casi se echó a reír al darse cuenta de que las pesas en la barra que Theo levantaba tenían forma de murciélago. No le sorprendería nada que esas formas hubieran desequilibrado el peso.

El sudor resbalaba por el más delgado cuerpo del lobo mientras subía y bajaba la barra. Sentada cerca de sus pies, mirándolo con adoración, estaba la gatita morada y azul, Sprinkle. Había crecido un

poco, pero no era mucho más grande de lo que él recordaba que había sido cuando Octavius la compró. Hasta donde él sabía, su sangre feérica significaba que aún quedaba un buen año para que llegara a la adultez.

—No es exactamente seguro para ella que esté aquí dentro —comentó Cormac.

Theo soltó una risita.

—Por eso tengo los ojos transformados.

Cormac se fijó en el color dorado brillante que ocupaba completamente los ojos de su hermano en ese momento. Transformar sus ojos en los de su forma de lobo le permitía ver, pero Theo no lo hacía con frecuencia. Normalmente, sus ojos eran de un ámbar nublado, esa opacidad había estado presente desde su nacimiento, y no se debía a su ceguera. Era raro ver a su hermano con ojos dorados, ya que prefería mantenerse en su estado natural cuando estaba en forma humana. Claro que, en público, ese color de ojos podía suponer un problema. Theo tendría que cubrirlos de alguna forma, a menos que quisiera decirle a todo el mundo que llevaba lentillas raras.

—¿Estás seguro de que estás lo bastante bien como para hacer todo esto? Le estás dando muy fuerte al gimnasio esta última semana. Y… lo de la fiesta… ¿estás seguro de querer ir? Habrá mucha gente. Si juzgamos por lo mucho que está decorando ese murciélago loco… probablemente habrá como cientas…

Aunque Theo había sido más pequeño que él cuando Cormac llegó a la adultez, jamás había visto a su hermano tan delgado. Theo había mejorado en las semanas desde que lo rescataron. Había recuperado algo de peso y posiblemente algo de masa muscular, pero aún le faltaban unos trece o catorce kilos para volver a su estado anterior.

En cuanto a la fiesta… Después de lo que ocurrió con su padre, los Caballeros… y Cynthia… su hermano tenía momentos de pánico. A Cormac le preocupaba que estar rodeado de tanta gente lo desestabilizara. Bueno, en realidad, le preocupaba su hermano en general, punto. Habían cambiado muchas cosas. Y muchas, para peor. Y todavía no conseguían contactar con su madre. No sabía qué estaba pasando con eso. Era difícil localizarla a veces, pero nunca tanto como ahora.

THEO SOLTÓ un suspiro y llevó la barra hacia el soporte. Al incorporarse, tomó la toalla del suelo. Mientras se secaba el sudor de

la frente, se encontró con la mirada preocupada de su hermano y frunció el ceño. No quería que Cormac se preocupara. Su hermano pequeño había estado ahí para él, y lo seguía estando, al igual que esos locos compañeros de trabajo barra su familia adoptiva.

Pero, aunque quería decir algo que aliviara esas preocupaciones, no estaba seguro de que hubiera algo que pudiera decir. Para empezar, lo que Cormac necesitaba oír probablemente no sonaría creíble aunque se atreviera a decirlo en voz alta. No estaba a punto de autodestruirse… pero tampoco tenía su mierda bajo control. Theo estaba aguantando. Hacía lo que podía por mantenerse con los pies en la tierra y presente.

Theo le dedicó una sonrisa amable.

—Estoy lo bastante bien. Y necesito volver a ponerme en forma. Necesito hacerme más fuerte.

—Sí, eso lo entiendo —Cormac se frotó la cara, empujándose firme las gafas sobre la nariz—. Pero no tienes que darte tanta prisa. Tienes que darte tiempo.

—Me niego a quedarme atrás cuando llegue el momento de ir a por ese bastardo —Theo gruñó fuerte. Se encogió y trató de controlar la rabia—. Lo siento… No quería desquitarme contigo. Necesito estar allí. Lo necesito, Cormac. No puedo arriesgarme a no estar preparado para ir. Por Cynthia… —La voz se le quebró—. Necesito estar listo.

Cormac agarró su hombro, con los ojos vidriosos.

—Jamás te dejaríamos atrás, Theo.

Theo le apretó la mano y sonrió, intentando alejar los sentimientos negativos, algo que tenía que hacer muy a menudo últimamente.

—Y en cuanto a la fiesta… Voy a tener que acostumbrarme a la locura de Octavius de todos modos, ¿no? Mejor empezar ya.

Cormac frunció el ceño, entrecerrando los ojos.

—¿A qué te refieres?

Parpadeó, soltando la mano de su hermano.

—¿No te lo han dicho? Scarlett y Turney me ofrecieron un trabajo. Quieren que me convierta en el contable y responsable financiero de La Agencia de Detectives No Muertos. Por lo que me han dicho, quieren que controle los gastos y monitoree las finanzas de la empresa en general.

Los ojos de su hermano se abrieron casi de forma cómica, y arrancando la mano de su hombro.

—¡¿Que quieren que hagas qué?! —exclamó.

Theo soltó una risita.

—Tomaré eso como que no sabías nada. Aunque fueron los zombis quienes me lo propusieron, Octavius al parecer aprobó la

oferta. Según tengo entendido, los dos zombis quieren que ayude a controlar los gastos empresariales de Octavius… y hubo una mención vaga sobre impedir que el vampiro acepte trabajos a cambio de bienes y servicios. Todavía no tengo todos los detalles exactos sobre eso.

Cormac resopló.

—Por lo visto, en el primer caso les pagaron con *photocards*.

Theo estalló en carcajadas.

—Entonces, supongo que tendré que rechazar algunas peticiones bastante curiosas. He decidido aceptar el trabajo. La oferta es… sustancial, y muy por encima de la media.

—¿Y tu antiguo trabajo… tus clientes?

La sonrisa se desvaneció de su rostro.

—No puedo volver. No quiero volver. Quiero cambiar mi rutina. Lo necesito. Puede que te parezca que estoy huyendo. Y puede que sea verdad. Pero no puedo volver a lo que hacía antes, o al menos a cómo lo hacía… Me recuerda demasiado a lo que perdí, y a quién perdí. Necesito un cambio.

La tristeza volvió a reflejarse en el rostro de su hermano, y detestaba ser él quien la causara. Cuando nació Cormac, Theo se juró a sí mismo que le daría una infancia mejor de la que él había tenido. Y en gran medida, lo había logrado. Él y su madre hicieron todo lo posible para mantenerle la sonrisa en la cara. Hicieron todo lo posible para protegerlo de Cléas. Su madre, menos, una vez que se divorciaron… y prácticamente nada desde que Cormac cumplió los dieciocho… Al menos, su padre ya no era un problema ahora.

Aun así, aunque le doliera causar esa expresión, Theo no podía ocultar lo que sentía. No en este tema.

Cormac le dedicó una sonrisa triste.

—Si eso es lo que quieres, lo que necesitas, te apoyaré.

—Gracias. La oferta, tal y como está, es suficiente para no necesitar otros clientes… no es como que necesite trabajar, tampoco. Además del dinero que ya tengo, Octavius ha sido muy generoso, con los dos. Me ha asegurado que, si no quiero trabajar, no tengo por qué hacerlo. —Theo tragó saliva e intentó que no se le quebrara la voz al hablar—. Creo que voy a vender la casa… incluyendo todo lo que hay dentro.

Cormac tomó aire.

—¿Estás seguro? ¿Todo?

—Esto no es porque quiera olvidarla, Cormac.

—Lo sé… La amabas. Joder, yo también la quería. Ya era como una hermana para mí. Diosa… creo que la quería más que a Padre. Aunque ahora ni siquiera estoy seguro de si alguna vez lo quise… Me importaba, pero su pérdida dolió mucho menos. Lo cual es

jodido. Pero ella estuvo presente durante mucho tiempo, y fue muchísimo más de lo que él nunca fue. Estuvo durante la mitad de mi vida. Y joder, le importaba. A él no, él nunca se preocupó. —Cormac respiró hondo y soltó el aire. Sus ojos volvieron a humedecerse—. Me gustaría pensar que ella sí se preocupaba por mí.

Theo fue quien se acercó esta vez, conteniendo las lágrimas mientras lo abrazaba.

—Claro que se preocupaba. Te quería tanto como yo. Cléas nunca estuvo. Y seamos sinceros, la mayoría del tiempo intentamos mantenerlo alejado de ti. Madre intentó compensar su ausencia. Pero ambos sabemos que, por mucho que lo intentara, ella quería recuperar su libertad. Cynthia puede que no estuviera desde el principio, pero en su corazón, tú lo eras todo para ella. Su niño. Y sé que tú también la querías. Soy plenamente consciente de que no soy el único que ha perdido a alguien. Y aunque me doy cuenta de que mis decisiones pueden hacerte daño, no es mi intención. Pero no puedo vivir en ese lugar, rodeado de sus recuerdos. Recuerdos de lo que tuve, y de lo que habíamos planeado tener juntos. No puedo hacerlo. No soy lo bastante fuerte. Y cuando llegue el momento, necesitaré que tú reúnas las fotos. No quiero tirarlas, pero no estoy preparado para verlas todas. Necesito que las guardes por mí hasta que esté listo.

Cormac lo abrazó con fuerza.

—Esto no va de ser fuerte o débil. Incluso las personas más fuertes tendrían dificultades para vivir rodeadas de recuerdos de lo que podría haber sido. Haz lo que necesites. Y yo haré todo lo que pueda para ayudarte. Solo dime cuándo y ahí estaré.

Theo rodeó con los brazos al hombre lobo más grande, aferrándose a él.

—Te lo haré saber… Y cuando llegue el momento, siéntete libre de quedarte con cualquier cosa que quieras conservar. Sé que esto tampoco es justo para ti. Tú también la querías. Era una parte enorme de tu vida. Por eso tienes tanto derecho como yo a conservar sus cosas.

—Lo haré… Te quiero, Theo.

—Yo también te quiero, cachorro. —Inhaló el aroma de su hermano, dejándose calmar por él—. Vale —rió—. Basta ya de estar tristes y sentimentales, suéltame para que pueda ducharme y llegar a tiempo a probarme mi disfraz. Creo que Octavius me hará daño si me atrevo a perdérmela.

Cormac se apartó con una risa corta, soltándolo y dando un paso atrás.

—Ni lo dudes.

—Bueno, en realidad, no es solo mi prueba de vestuario. —Se agachó y recogió a Sprinkle, que había estado enredándose entre sus pies con aire adorable—. Es una prueba para mí y para Sprinkle. —Ella maulló en señal de que estaba de acuerdo.

Su hermano la miró.

—¿Quién ha oído sobre un hombre lobo tan unido a una gata? Es como un crimen contra la naturaleza, ¿no?

Theo resopló.

—Sprinkle se ofende si la llaman solo una gata. Es una princesa, ¿no lo sabías? —Sprinkle volvió a maullar.

Se quedaron ahí, los dos con expresión seria durante un instante, antes de estallar en carcajadas.

Capítulo Cuatro



Sin Vuelta Atrás

Turney observó el edificio mientras cerraba su Toyota Supra. Estaba hecho de ladrillos negros y enredaderas trepaban por las paredes. Había dos ventanas, ambas cubiertas por cortinas naranjas que ocultaban el interior. El cartel de neón naranja sobre las ventanas y la puerta decía «Emporio de Disfraces».

Subió a la acera, abrió la puerta y entró. Se oyó un grito automático al abrirse la puerta. Turney echó un vistazo al lugar… Toda la tienda estaba pintada de negro con detalles en naranja, calabazas y calaveras por todas partes, y algunas telarañas falsas.

A la derecha había filas y filas de disfraces que se veían bastante impresionantes. Nada parecido a la porquería barata que se encontraba en las tiendas de Halloween que aparecían durante la temporada. Pero la sección en la que estaba tenía una sala de espera y una recepción. Debía añadir que el lugar estaba lleno de cosas que a Octavius le encantarían.

Sonrió a la recepcionista cuando ella alzó la vista. La mujer tenía una vibra total de Morticia: pelo negro, un vestido largo negro con mangas sueltas, piel muy pálida y labios rojos.

—¿Nombre? —preguntó con una sonrisa.

—Eh, ¿Turney Pimms?

—Ah, el… ¿amigo? de Octavius Evander —dijo ella, dudando un poco.

—Novio —corrigió Turney.

Su sonrisa se borró y sus labios se torcieron en una mueca antes de que recuperara la compostura y volviera a sonreír. Turney pudo notar que era una vampira por el ligero olor a sangre que desprendía y el latido lento y pesado de su corazón.

Turney también captó algo sobre sus emociones. Bueno… percibió un cambio. Le costaba entender las emociones más sutiles y menos extremas. Sin embargo, no necesitaba sus sentidos de zombi para reconocer el destello de celos en el rostro de alguien. No era su problema, en lo que a él respectaba. Además, estaba bastante seguro de que Octavius era gay, así que… ella definitivamente estaba apuntando al lugar equivocado.

La mujer hizo un gesto hacia las filas de sillas contra la pared.

—Por favor, tome asiento. Jack estará con usted en breves.

—Claro. —Negando con la cabeza, Turney se sentó en una de las mullidas sillas naranjas de la sala de espera.

Miró hacia la puerta cuando volvió a gritar, y sonrió al ver a Theo y Sprinkle. Los ojos del hombre lobo eran de un suave ámbar tormentoso, lo que indicaba que actualmente no veía nada. El bastón que llevaba en la otra mano también lo delataba. Turney suponía que alguien lo había traído. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera estaba seguro de si Theo tenía carné de conducir.

Theo olfateó el aire, girando la cabeza mientras una sonrisa iluminaba su cara.

—¿Prueba de vestuario?

Turney se rió.

—¡Sip! —Se levantó mientras el hombre lobo se acercaba—. ¡Aah, Sprinkle, mi bebé! ¡Estás creciendo tanto!

Sprinkle había crecido… ¿quizá dos centímetros? A decir verdad, no parecía mucho más grande que cuando la trajeron. Sus ojos anchos y brillantes, de un azul oceánico, y su cara azul marino seguían igual que siempre, aunque el pelo en la punta de sus orejas estaba algo alborotado. De hecho, lo mismo pasaba con la espesa melena púrpura alrededor de su cuello. Su pelaje azul y púrpura se veía bastante esponjoso en todas partes, lo que le decía que probablemente ya era hora de acicalarla.

Theo se rió y se la ofreció en brazos.

—No creas que no aprecio el sacrificio que habéis hecho dejando que la acapare.

Al sostenerla, Sprinkle se acurrucó entre los brazos de Turney, ronroneando con fuerza mientras él pasaba los dedos por su pelaje.

—No, no, le gustas mucho.

Y sí, le gustaba Theo. Se notaba que ella estaba feliz y a gusto. Aunque no podía negar que la gatita también sabía que Theo la necesitaba más que Octavius y Turney en ese momento. Siempre

parecía entender más de lo que entendía un gato normal, probablemente por su sangre feérica.

—Te ves bien, Theo —dijo con una sonrisa mientras recorría su figura con la mirada—. Hay asientos a tu izquierda, por cierto.

Theo se veía más fuerte, menos demacrado, menos desgastado, lo cual era un alivio.

—Gracias, estoy trabajando en ello… y gracias por avisarme. Así que esta fiesta va a ser algo grande, ¿eh? —preguntó mientras tanteaba el asiento antes de sentarse.

Turney se sentó a su lado.

—Conociendo a Octavius como lo conozco… va a ser una locura. —Soltó una risa—. Y decir eso puede que sea quedarse corto. Por lo visto, Halloween es su festividad favorita.

—Quiero decir, he visto las decoraciones… —Theo hizo una mueca—. Y me he chocado con algunas de ellas.

Turney suspiró.

—Lo siento. Aún te estás acostumbrando al nuevo entorno, y Octavius definitivamente no ayuda cambiando tanto las cosas a tu alrededor.

—Bueno, Octavius me ha ayudado mucho. Aunque siga alterando mi comprensión espacial de su casa. En parte, es culpa mía.

—Theo, no creo que puedas culparte por que un murciélago loco ponga mierdas en tu camino.

El hombre lobo rió y levantó la mano.

—Déjame explicarlo. Octavius dejó intencionadamente el camino desde mi habitación hasta la cocina, y hasta las distintas zonas que visito con más frecuencia, libre de obstáculos. Sin embargo, en la última semana, he empezado a deambular… por sitios que no suelo. Así que ha sido muy considerado con mi ceguera habitual, solo que esta vez fui yo quien cambió el patrón. Pero no te preocupes, ahora ya he aprendido a encender mi visión cuando deambulo por ahí.

Era bueno saber que Octavius no había llenado de cosas los caminos de Theo a propósito. Por otra parte, aún con lo emocionado que estaba, a Turney le costaba creer que el vampiro se olvidara de las necesidades de Theo. Octavius quería que Theo se sintiera cómodo y bien atendido. Hacerlo tropezar con decoraciones de Halloween sería lo contrario a cuidarlo. Y aunque Theo pudiera ver si quisiera, por lo que había entendido, el hombre lobo se sentía más cómodo tal y como era.

—Me alegro de haberte encontrado. Aunque, ahora que lo digo, iba a verte en el almuerzo de todas formas. —El varón negó con la cabeza con una sonrisa—. Bueno, ya que estás aquí, quería decirte que acepto la oferta de trabajo.

—¡Eso es genial, Theo! Se lo diré a Octavius. ¿A menos que quieras decírselo tú?

—No, puedes decírselo tú.

Turney casi se había sorprendido por lo fácil que Octavius había aceptado la sugerencia. Claro, Scarlett había hablado sobre lo bueno que sería para Theo. Cómo le beneficiaría un nuevo trabajo y un nuevo entorno. Y aunque no era mentira… no era la verdadera razón por la que querían contratarlo.

Turney casi se sentía mal por engañar a Octavius, casi. La verdadera razón por la que querían que Theo trabajara allí era para controlar los hábitos de gasto desquiciados de Octavius. Al menos, los gastos relacionados con el negocio. Sin mencionar el hecho de impedirle aceptar trabajos aleatorios a cambio de cosas. Octavius podía gastar su dinero en lo que quisiera, siempre que no intentara pasarlo por gastos de empresa. No es que ninguno de esos gastos afectara su fortuna, pero aun así…

El plan surgió cuando Cormac les contó que su hermano era muy estricto con el control del dinero.

—Solo quiero que sepas que puedes empezar cuando quieras. No tiene que ser de inmediato.

—Puedo empezar cuando lo necesitéis. —Theo frunció el ceño y dijo lentamente—: Aunque tengo un favor que quiero pediros a vosotros dos… o mejor dicho, a todos los de la agencia. Quería hablar contigo primero para ver si estaría bien pedirles ayuda con esto.

Turney frunció el ceño.

—Estoy seguro de que, sea lo que sea, no nos importará ayudarte, Theo.

—Mi casa… Quiero venderla y subastar las cosas que hay dentro. Cormac, por supuesto, tendrá que recoger fotos, y quizá algunos recuerdos que quiera conservar antes de eso. Me preguntaba si Octavius conocería a alguien que pudiera encargarse de la venta y de la subasta. Habría que revisar todo y hacer una lista… Yo no puedo volver allí para hacerlo. Es algo que estoy pensando para más adelante, claro. Después de la fiesta. Estoy seguro de que sería demasiado ahora con todo lo que está pasando.

Le sonrió con suavidad al hombre, sintiendo cómo se le rompía un poco el corazón por el lobo.

—Lo que necesites, Theo. Estoy seguro de que Octavius, o incluso Scarlett, conoce a alguien que pueda encargarse. Y créeme, todos estarán más que dispuestos a ayudar, no será ningún problema.

Theo sonrió.

—Gracias.

—Ah, bien. ¡Ya estáis los tres! —exclamó un hombre.

Turney se giró hacia la voz y observó al varón, que parecía una versión caricaturesca de Gomez, pero de algún modo aún más bajito. Al igual que la recepcionista, también era un vampiro.

—Soy Jack. ¡Hoy me encargaré de ayudarles con la prueba de vestuario! Y soy el responsable de que sus disfraces queden perfectos para Halloween. —Extendió las manos hacia ellos, mostrando tres antifaces, uno de ellos muy pequeño—. Pónganse estos antifaces y les guiaré hacia dentro.

Se quedó mirando los antifaces en silencio un momento. El ronroneo de Sprinkle cesó cuando notó que se inclinaba hacia delante en sus brazos.

—No puedes estar hablando en serio —susurró Turney.

Jack frunció el ceño.

—Hablo muy en serio. Octavius quiere que sea una sorpresa. Y lo que quiere Octavius, lo consigue —dijo con firmeza.

—Eh… —empezó Theo, con cautela—. Soy ciego. Oscuridad total y todo eso. Ni siquiera una chispa de luz. Así que no es muy necesario…

El varón resopló.

—Sí, pero esa visión de hombre lobo tuya no lo es, así que póntelo.

Theo suspiró.

—¿Cuántas locuras estoy aceptando con este trabajo?

Turney rió.

—Oh, no, ya no hay vuelta atrás. ¡Ya has dicho que sí!

El hombre lobo volvió a suspirar, pero había una sonrisa en su rostro mientras extendía la mano para tomar un antifaz.

Capítulo Cinco



De Ninguna Manera

Con los ojos cerrados, Scarlett suspiró con satisfacción mientras el agua caliente le recorría el pelo y el cuerpo. Echándose hacia atrás, dejó que el agua le salpicara la cara, y sus párpados se abrieron poco a poco.

Un grito se le atascó en la garganta al ver un espectro espantosamente realista a escasos centímetros de su rostro. Parpadeó y se movió, como si fuera real. Su piel estaba en descomposición, los ojos colgaban peligrosamente de sus cuencas, y tenía parches de carne ausentes que dejaban al descubierto músculo y hueso.

Al ver aquella cosa, su ira fue en aumento y tomó una gran bocanada de aire. Cuando lo soltó, la figura había desaparecido. Entrecerró los ojos y miró a su alrededor en la ducha, hasta que su mirada se alzó… y entonces vio una pegatina de calabaza con una cara de murciélago diabólicamente sonriente. La cara del murciélago diabólicamente sonriente de Octavius. La palabra «truco» estaba grabada en una parte de la calabaza.

—¡MIN-JI! —gritó, su furia estalló al abandonar su intento de mantener la calma—. ¡¿Por qué demonios le has dado hechizos adhesivos a Octavius?!

Los hechizos adhesivos eran… eran pegatinas con hechizos simples preinstalados que podían usar individuos sin magia. Eran muy fáciles de utilizar: solo había que pegarlos donde uno quisiera. Y cuando alguien activaba el disparador del hechizo, este se

activaba. El disparador podía ser algo pequeño, como decir una palabra específica o… probablemente en este caso, un movimiento.

La puerta del baño se abrió lentamente con un chirrido, y Min-ji asomó la cabeza, avergonzada.

—Bueno… dijo… que eran para la fiesta. Y que solo serían cosas inofensivas… Ya sabes, ilusiones simples, ruidos espeluznantes, ese tipo de cosas…

Aunque la mujer la había visto desnuda muchas veces ya, Scarlett no pudo evitar cubrirse el pecho, cruzando los brazos mientras se giraba hacia ella. Ver a Min-ji… le robaba el aliento. Era algo que podía admitir fácilmente, ahora que estaban juntas. La bruja tenía un rostro ovalado y delicado, una nariz respingona, piel ligeramente bronceada y unos grandes ojos castaño oscuro. Sus curvas eran suaves y tenía una complexión esbelta; era un par de centímetros más alta que Scarlett. Su largo pelo liso y negro, le había crecido un poco y ahora le pasaba de la mitad de la espalda. Llevaba puesta una camiseta de manga larga negra para dormir y pantalones de pijama a juego.

—Eso describe en general todos los hechizos adhesivos, ¿no crees? Esas cosas los usan sobre todo los niños para divertirse —señaló con los ojos entrecerrados… antes de fruncir el ceño al notar las ojeras de Min-ji—. Te ves agotada.

Scarlett no había tenido mucho tiempo a solas con la mujer, últimamente. Octavius había estado acaparando su tiempo. Llevaban literalmente días sin mantener una conversación de más de un minuto. De hecho, en los últimos tres días, solo la había visto por la noche, y a esas alturas Min-ji ya solía estar dormida.

Aunque la bruja no se había mudado oficialmente, Min-ji había pasado allí todas las noches desde que empezaron a salir. No llevaban mucho tiempo, pero Scarlett ya empezaba a sentirse un poco más segura con ella. Las dudas que tenía sobre las razones de Min-ji para estar con ella empezaban a disiparse. La idea de que la bruja estaba con Scarlett simplemente porque le gustaba, y no por el poder que pudiera conseguir a través de ella, comenzaba a arraigar.

Min-ji se apoyó en el marco de la puerta.

—Puede que fueran hechizos pequeños, pero eran muchos.

Scarlett suspiró.

—Hablaré con el demonio obsesionado con Halloween.

La mujer soltó una risita.

—No hace falta. Ya están todos hechos. Solo necesito dormir.

—Lo siento, mi mejor amigo está un poco loco.

Min-ji estalló en carcajadas.

—¿Un poco? Eso es quedarse corta, ¿no crees, Scarlett?

Scarlett esbozó una sonrisa.

—Tienes razón.

La mujer bostezó y cruzó los brazos.

—Entonces, ¿de verdad no sabremos qué llevaremos puesto hasta ese mismo día?

—A Octavius le encantan las sorpresas. Casi tanto como le encanta Halloween. Así que, con esas dos cosas combinadas… sí, tenemos que esperar. Se le pondrán las plumas de punta si de alguna manera estropeamos su sorpresa. ¿A menos que quieras lidiar con un murciélago enfurruñado, paseándose como si se hubiera acabado el mundo?

Min-ji puso los ojos en blanco.

—Pues nada, sorpresa será.



HENRY MIRÓ FIJAMENTE A SU CREADOR... y por primera vez en mucho tiempo, dijo con firmeza:

—Absolutamente no.

Quería gritar un «ni de broma», pero jamás sería tan grosero con Octavius. Incluso en sus días de pirata, nunca había sido mucho de maldecir al hablar.

—Ooh, ¡venga, Henry! ¡Va a ser increíble! —exclamó Octavius con los ojos muy abiertos y suplicantes.

El vampiro no podía estar hablando en serio. Henry estaba sorprendido de que Octavius incluso le estuviera contando cuál sería su disfraz con antelación. Nunca antes, desde que empezaron esas fiestas, lo había sabido antes de Halloween…

Quizá Octavius supuso que necesitaría más tiempo para convencerlo y lograr que aceptara… porque si se lo hubiera soltado el mismo día de Halloween, Henry se habría negado a ponérselo. Lástima para Octavius, porque esta vez no iba a ceder.

—No me disfrazaré de sirena, Amo Octavius —afirmó con firmeza.

—¡Pero no es un disfraz de sirena! ¡Serías un *siren*! ¡Ya sabes, de los que atraen a la gente a su muerte! —explicó su creador, como si eso lo hiciera más aceptable—. ¿No te parece una pena que las sirenas existan, pero los *siren* no?

—Sí, claro, porque ¿quién no querría otra criatura suelta por ahí intentando matar gente? —respondió con una buena dosis de sarcasmo—. En cualquier caso, eso no cambia nada. No me disfrazaré de sirena, ni de *siren*, ni de nada por el estilo.

—¡Pero va a ser tan genial! ¡Y tendrás tu propia gruta móvil, y una poza de agua…!

—¡¿Una poza de agua?! ¡¿Dentro de la casa?! —gritó alarmado—. No, no… seguro que está fuera, ¿verdad?

¡¿Había estado tan ocupado cuidando de los hermanos que no se había dado cuenta de que Octavius había cavado un agujero en el interior?! ¿Dónde lo había hecho? ¿En casa de Scarlett? No, ella jamás lo permitiría.

—¡Sí, una poza de agua, dentro de la casa! —respondió Octavius con entusiasmo, ignorando por completo el tono de Henry.

Inhalando profundamente para calmarse, suplicó:

—¡Por favor, dime que no has cavado un agujero en el suelo de ninguna de las casas!

Le gustaría decir que Octavius nunca haría algo tan insensato… pero lo conocía demasiado bien como para descartarlo.

El vampiro soltó una risita.

—Oh, no. He hecho una colina en el salón oeste de mi casa, y allí puse la poza. Es una poza transparente.

Cruzó los brazos y entrecerró los ojos al mirar a su creador.

—Ahora hay tierra en mi casa, antes perfectamente limpia, ¿verdad?

Los ojos de Octavius se abrieron un poco más, y su sonrisa se apagó levemente.

—Bueno, es decir… es solo un poco de tierra —gesticuló con la mano—. Solo un poco.

Lo único que había odiado con intensidad de ser pirata… era la mugre.

—No…

—¡PERO YA ESTÁ HECHO! ¡No puedo deshacer la colina! Quiero decir, lo haré cuando todo acabe, ¡pero ahora es demasiado tarde! ¡Y hay un espectáculo planeado! ¡Un espectáculo, Henry!

¿Un espectáculo? Por todos los Dioses, las excentricidades de Octavius salían a relucir de verdad en esta época del año. Miró la expresión obstinada que se estaba formando en el rostro de su creador. Pero él estaba decidido a no perder esta batalla. Había demasiado en juego.

—Amo Octavius, vienen los otros neófitos. No puedo dejar que me vean vestido de sirena…

—*Siren* —corrigió Octavius.

—Es lo mismo. No puedo.

—¡Pero ya está todo preparado! —se quejó.

—¡Creador, por favor!

Octavius lo miró, con los labios fruncidos en un puchero feroz durante unos segundos, antes de decir:

—¡Está bien! Pero solo si aceptas este compromiso.

—Mientras no me implique a mí con cola y peluca, me parece bien.

El puchero de su creador desapareció, y en su lugar apareció una sonrisa bastante maliciosa.

—Qué bien que digas eso. Así que haremos lo siguiente: Cormac será mi *siren*. Él se meterá en la poza y hará el espectáculo. PERO tú no te libras, Henry. También tendrás un papel estelar.

Henry hizo una mueca. Se sentía estafado, como si ese hubiera sido el verdadero plan de Octavius desde el principio.

—¿Y cuál será ese papel?

—¡Serás el pirata al que arrastra al mar! ¡Habrá un beso! Y no solo serás el protagonista de ese momento, sino que además tendrás que estar toda la noche al lado de Cormac, vestido como su pirata. Lo llevarás por ahí en su gruta mientras pasamos de una sala a otra durante la fiesta.

Definitivamente… había sido una trampa. Lo cual no era sorprendente. Pero Henry podía soportarlo, ¿no? Podía con un beso, ¿verdad? Solo era un beso. Estaría bien.

Estar al lado de Cormac implicaba lidiar con los constantes coqueteos del hombre lobo. Tendría que mantenerse sereno, hacer lo posible para evitar el maldito rubor que le aparecía cada vez que el cachorro se ponía más atrevido con sus comentarios…

Coqueteo constante o… ser visto con peluca, sin camisa y con una cola de pez por los otros neófitos, que sin duda sacarían fotos compulsivamente y jamás se lo dejarían olvidar…

—Está bien. Puedo hacerlo. Puedo soportar un beso —dijo Henry con calma, mientras por dentro tenía un caos mental.

La sonrisa maliciosa del vampiro se ensanchó.

—Perfecto, perfecto. Voy a hacer unas llamadas y haré que cambien todo y ajusten los detalles.

Henry suspiró mientras su creador se alejaba con un entusiasmo que dejaba clarísimo que todo esto había sido una trampa perfectamente planeada. Bah, daba igual, todo iría bien.

«Era… solo un beso». Puso los ojos en blanco. «Sí, solo un beso con un joven hombre lobo que estaba intentando meterse en sus pantalones», pensó Henry, exasperado.

Capítulo Seis



¡Mordisco, Mordisco!

Con los ojos cerrados, Turney respiró hondo mientras el agua lo recorría. Ya había terminado de lavarse y simplemente se quedó allí, bajo el chorro. Aunque ya no podía disfrutar del calor del agua como antes —el cambio de temperatura apenas le afectaba—, seguía siendo agradable.

Respiró hondo una vez más, se giró con los ojos aún cerrados y caminó hacia delante, estirando la mano para alcanzar una de las toallas que sabía que colgaban en la pared del fondo de la ducha, que era bastante grande.

Cuando su mano tocó algo que no era ni baldosa ni toalla, abrió los ojos de golpe. Gritó, echando el brazo hacia atrás por puro instinto. Le lanzó un puñetazo al hombre cubierto de sangre que estaba allí, justo cuando estaba a punto de bajar un hacha.

Su puño atravesó al «hombre» y golpeó contra los azulejos, la visión desapareciendo al instante como si estallara una burbuja. Turney se quedó allí sin palabras, mirando su puño incrustado en la pared de la ducha.

OCTAVIUS TARAREABA el tema de *Los Cazafantasmas* mientras volaba de un lado a otro, presionando un spray de sangre fibrosa falsa contra la sustancia pegajosa que había colocado momentos antes en las paredes y el techo. Daba la impresión de que las paredes sangraban. Octavius había considerado rociar sangre líquida falsa… pero enseguida había desechado la idea. No quería que Henry tuviera otro colapso mental… otra vez…

Aunque esta era la casa de Scarlett, así que probablemente habría sido ella quien se volviera loca con él. Arrugó la cara al imaginarlo. Sí, ¡había tomado una buena decisión!

Pegó otro trozo a la pared cuando se le ocurrió una idea. Sonriendo, miró a su alrededor y empezó a girar sobre sí mismo.

—¡Wiii! —Reía mientras daba vueltas y lanzaba la sangre plástica moldeable contra las paredes.

Al oír cómo se abría de golpe la puerta, se detuvo de inmediato, conteniendo la respiración y casi cayéndose del aire. Algunos de los hilos de sangre falsa salieron volando de sus manos. Octavius hizo una mueca cuando uno de ellos le dio a Turney en la cara.

El zombi se sobresaltó al sentir los hilos de sangre rebotando en su rostro antes de caer al suelo. Su expresión era una mezcla de furia y sorpresa, hasta que la sorpresa desapareció y solo quedó la furia. Los ojos verde avellana del zombi se clavaron en él.

—¡Tú! —gruñó Turney.

Abrió los ojos de par en par.

—¡¿Yo?! ¡Espera, no deberías estar aquí! —Aterrizó frente al zombi.

Turney lo fulminó con la mirada. Su pelo castaño corto parecía húmedo, y tenía mechones levantados como si alguien hubiera estado tirando de él… probablemente él mismo.

Mirando embobado a su conejito zombi, apenas pudo contener un suspiro de admiración. Turney era tan guapo. Un rostro ovalado y bonito, nariz aguileña, mandíbula cuadrada, labios carnosos. Sí, ahora tenía la piel pálida, ya no estaba bronceada por el sol… ¡pero era todo suyo! Todo de Octavius. Era una pena que su cuerpo tonificado estuviera oculto tras un chándal negro demasiado holgado.

—¡Octavius, ¿me estás escuchando siquiera?! —saltó Turney.

Ah… definitivamente no lo estaba.

—Eh… ¿Sí?

—¡Tú…! ¡AH! —gruñó Turney y tiró algo al suelo delante de él.

Octavius bajó la vista al papel arrugado. Hizo una mueca al darse cuenta de que era uno de sus hechizos adhesivos. Oh, oh…

—¡Deja de poner estos por todas partes! ¡Me vas a dar un infarto!

Octavius parpadeó, ladeando la cabeza, y luego señaló:

—Pero si eres un zombi, no puedes tener un infarto…

—¡He roto la ducha, literalmente! —espetó Turney.

Oh, no… eso… no era nada bueno.

—¡Tenemos que arreglarlo antes de que Scarlett se entere!

—¡DEMASIADO TARDE! —siseó Turney—. Ya se lo he dicho.

—¡¿Cómo has podido?! —lloriqueó Octavius.

«¡Oh, no, estaba metido en un buen lío! Seguro que Scarlett iba a atarlo y a darle una buena charla», pensó haciendo un puchero.

—¡Tal vez no pongas una ilusión de un jodido asesino intentando matarme con un hacha en el baño!

—¡PERO ES HALLOWEEN! ¡Es la temporada del miedo! ¡Asustarse es el objetivo!

Octavius no sabía muy bien por qué estaba discutiendo, si ya había decidido moderarse. Y en realidad, había quitado el resto… o al menos, eso creía. El problema de colocar una cantidad incontable de hechizos adhesivos es que uno no siempre recordaba dónde los había puesto. Así que Octavius había tenido la intención de retirar el que estaba ahora mismo arrugado a sus pies, pero había olvidado que lo había colocado allí.

—¡No, el objetivo son los caramelos gratis! —saltó Turney.

Octavius ahogó un gritito, llevándose una mano al pecho.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —sollozó—. ¡Sabes que no puedo comer caramelos! ¿Cómo se supone que disfrute Halloween sin los sustos?

Ah… los caramelos. Caramelos dulces y deliciosos que nunca jamás podría comer. Podía olerlos… soñar con ellos… pero si quería probar alguno, tenía que derretirlo y bebérselo. Lo cual no se podía hacer con todos, sobre todo los duros. Estaban demasiado calientes en forma líquida. Las quemaduras en la boca… Se estremeció al recordarlo.

Turney suspiró.

—Dios mío… ¿Puedes dejar de intentar matarme del susto, por favor?

—Quiero decir… los quité todos. Bueno, intenté quitarlos todos. Al menos, quité los que había puesto para ti, y no solo los de la fiesta. Puede que se me olvidaran algunos, como… el de la ducha.

Aunque era curioso que ese hubiera tardado tanto en activarse. Mmm, ¿quizá el agua interfería un poco con el hechizo?

—¿Lo has hecho? —preguntó Turney lentamente.

Octavius parpadeó.

—¿Hacer qué? —preguntó, distraído, hasta que se dio cuenta de a qué se refería Turney—. ¡Ah, sí! ¡Lo hice!

Su conejito zombi frunció el ceño.

—No es que no me alegre de oírlo, pero… ¿por qué?

Octavius adoptó su forma humana y soltó un suspiro.

—Bueno, como dije durante todo aquel… fiasco culinario. Scarlett dijo que me estaba pasando. Y después de hablar con ella, me di cuenta de que estaba siendo un poco cruel… así que los quité. Y prometo que el año que viene intentaré no hacer tanto… quizá solo unos cuantos sustos sueltos, no todos los días, y desde luego no varias veces al día.

El zombi lo miró con desconfianza.

—¿Podría ser… sin sustos?

Ahogó otro gritito.

—¿Y dónde estaría la diversión en eso?

Turney alzó la vista y se frotó la cara antes de murmurar:

—¿Qué he hecho con mi vida?

Octavius soltó una risita y se acercó para rodear al zombi con los brazos y abrazarlo.

—Tu vida es increíble, je, je.

—Sí, sí, lo que tú digas, murciélago loco.

—De todos modos, aunque reduzca los sustos personales… ¿sigue estando bien si me vuelvo loco con la fiesta, no? Quiero decir, a estas alturas ya es demasiado tarde para echarme atrás, Halloween es mañana. Tengo tantas cosas espeluznantes planeadas. No puedo garantizar que no vayas a asustarte en algún momento.

Turney lo abrazó.

—Puedo aguantar unos cuantos sustos al año… y no, no tienes que contenerte durante tu fiesta. Jamás sería tan cruel como para arruinarte la diversión en tu día favorito del año.

—Ah, eres el mejor novio del mundo, mi precioso conejito zombi —suspiró Octavius con felicidad, enterrando la cara en el cuello del zombi para aspirar su dulce aroma a masa de galletas.

—¿A que no sabes qué he hecho hoy mientras tú ibas de un lado a otro como un loco?

Octavius se echó hacia atrás, con un puchero.

—¿Qué has hecho?

Tampoco llamaría «ir de un lado a otro como un loco» a lo que él hacía. Aunque algunos de sus planes recientes sí que habían llegado a buen término… trampas colocadas, cebos que habían funcionado, je, je. Pero eso significaba que había tenido que hacer algunos ajustes de última hora. Bueno, tenía que fingir que los había hecho como si no lo hubiera planeado desde el principio. Y fingir requería esfuerzo. ¡Sin esfuerzo, ¿cómo iba a parecer real?! Si no, solo sería decorar.

Turney sonrió con picardía.

—Me hice un análisis de sangre.

Octavius se quedó helado por un momento, su corazón dando un vuelco.

—¿Te has hecho uno?

—Mmm. —El zombi se acurrucó en él, dándole un besito en los labios.

Se relamió mientras su mirada se deslizaba hacia el cuello del zombi, sus colmillos saliendo.

—¿Y?

—Adivina quién ya puede ser mordido por cierto vampiro.

Octavius soltó un chillido al alzar a Turney y girar con él en brazos.

—¡POR FIN!

Turney se echó a reír.

—Bájame, bobo.

Lo apretó con fuerza y le robó un beso. Turney gruñó, rodeándole el cuello con los brazos mientras se besaban durante unos segundos, hasta que Octavius rompió el beso.

—Oh, tus chupetones están a punto de tener chupetones.

Turney resopló.

—Tonterías.

—Muchísimos mordiscos. ¡Modo vampiro peligroso activado! —gruñó Octavius, mordiéndole el labio inferior mientras lo volvía a posar en el suelo—. ¡Desnúdate o atente a las consecuencias, mi prisionero!



TURNEY arqueó una ceja ante la voz de Octavius, que se volvió grave y «mortal».

—¿Aquí?

El vampiro frunció el ceño, ladeando la cabeza con una evidente confusión.

—Por supuesto, ¿por qué no?

Echó un vistazo alrededor. Parecía que habían masacrado a varias personas en la habitación. Había sangre falsa por todas partes… y muchos cuerpos… y partes de cuerpos esparcidas por el suelo.

Bueno, al mirar más de cerca, la sangre falsa no parecía realmente líquida. Estaba casi seguro de que era lo mismo que le había golpeado la cara antes. Era sorprendentemente realista. Le recordaba a aquella vieja fábrica con los wendigos y todas esas partes de cuerpos… pero más desordenado.

—No puedes estar hablando en serio…

—¡Soy un vampiro peligroso! Podemos hacer como «oh, esto es lo que pasa si desobedeces». ¡Es perfecto!

Miró al vampiro. A pesar de que se habían tomado el mes libre, Octavius iba vestido con un traje de tres piezas al estilo de los años

veinte. Esta vez era de rayas grises y negras, con una camisa naranja y una corbata negra. Octavius, como siempre, parecía una estatua romana, con sus rizos cortos rubio arena, mandíbula marcada pero no del todo cuadrada, barbilla redondeada y pómulos altos. Su piel oliva resplandecía, y había un brillo chispeante en sus ojos azul océano. Era curioso cómo ese aspecto impecable podía ocultar tanta locura.

—Literalmente hay un cadáver falso a treinta centímetros de mí…

—Exacto, así que si no quieres convertirte en el siguiente cuerpo, ¡ropa fuera, humano! —gruñó Octavius, con la voz aún más profunda.

—¿No podemos llevar esto al dormitorio? —preguntó, sabiendo ya cuál sería la respuesta.

Turney sabía que el vampiro estaría emocionado por poder beber su sangre antes del plazo de dos meses que les habían dado al principio. Lo que no se esperaba era que Octavius estuviera tan excitado como para tener sexo al lado de cadáveres falsos.

Los labios del vampiro se fruncieron en un puchero.

—¡No, aquí es perfecto!

Turney suspiró. Entrecerrando los ojos, dijo:

—Nada demasiado raro.

Octavius parpadeó.

—¡Por supuesto! —Asintió con una expresión tan increíblemente inocente que Turney supo que solo estaba dándole el gusto.

—Vale. —Suspiró de nuevo, pero se quitó rápidamente el pantalón de chándal y la ropa interior. A fin de cuentas, el sexo era sexo. Y llevaba semanas deseando que Octavius lo mordiera. Claro, el lugar era cuestionable, pero el resultado sin duda sería placentero.

Octavius soltó una risa malvada y, de repente, Turney se encontró tumbado en el suelo, con un cadáver falso elevando su parte inferior. Miró el cuerpo cubierto de sangre sobre el que estaba medio apoyado su trasero.

—¡Octavius! Sé que acabo de decir que sí, pero ¿en serio? ¡¿Encima de un cuerpo?!

—Pero el suelo es incómodo… y la sangre falsa está dura… shhh, no te preocupes. ¡No pasa nada! —dijo Octavius en tono tranquilizador. Cayó de rodillas y empezó a acariciar los muslos desnudos de Turney—. Ahora… —Carraspeó—. ¡Ríndete, humano, o acabarás como el que tienes debajo!

Turney puso los ojos en blanco. Maldita sea…

—¡AAAH! ¡Por favor, no me mates!

—Lo pensaré… Estarías tan guapo cubierto de sangre —susurró Octavius con los ojos llenos de deseo. Tomó su pierna izquierda por debajo de la rodilla y se la alzó. Turney jadeó cuando el vampiro deslizó la lengua desde su rodilla hasta la cara interna del muslo. Su

polla se alzó ante el contacto de su amante—. Vamos a ver si mereces seguir con vida.

Octavius depositó un beso suave sobre la cicatriz de su muslo, y Turney no pudo evitar estremecerse.

El vampiro frunció el ceño.

—Turney…

—Estoy bien. —Carraspeó su garganta.

Octavius frotó el rostro contra la marca de arañazo en la cara interna de su muslo derecho.

—No lo estás… Y aunque no puedo obligarte a amarlas… haré todo lo posible para que sepas cuánto las amo yo. Porque sin ellas, mi vida ahora estaría vacía. Ni siquiera Halloween habría sido suficiente para animarme.

Turney soltó una risita.

—Me quieres más que a Halloween, ¿eh?

—Sí —respondió Octavius con una sonrisa antes de clavar los colmillos en la pierna de Turney sin previo aviso.

El placer le recorrió las venas, arrancándole un grito.

Arañó la alfombra, sus uñas rajando la extraña sangre dura y plasticosa. Su polla se endureció por completo en un instante. Turney no sabía si era porque hacía tiempo que no lo hacían o si sus sentidos estaban más agudizados desde que era un zombi, pero se vino de inmediato con un grito, corriéndose sobre su estómago.

Octavius guardó los colmillos entre risas.

—Tan ansioso, incluso en medio de tanto peligro.

Turney se estremeció cuando el vampiro pasó un dedo por su semen.

—Por una vez, no tengo lubricante escondido… ¿Te parece bien que use esto para dilatarte?

—¡Joder, sí! —gruñó Turney, su agujero contrayéndose de emoción ante la idea de lo rudo que iba a ser.

—Pero antes, humano, es hora de sangrar —gruñó Octavius antes de atacar, hundiendo los colmillos en su otro muslo.

Turney jadeó, su cuerpo convulsionando de placer, su polla volviendo a endurecerse. Gimió en protesta cuando el vampiro retiró los colmillos apenas un segundo después.

Octavius sonrió con malicia.

—Parece que lo estás disfrutando demasiado, humano —dijo mientras lamía y jugueteaba con la mordedura.

—Yo solo quiero complacer —gimió Turney.

—¿Ah, sí?

—Lo que sea con tal de no morir.

Octavius le agarró de las caderas y lo arrastró sobre el cadáver, colocándolo de modo que lo usara más bien como almohada. El vampiro le lamió la parte inferior de su polla. Turney se mordió el

labio para contener el gemido. No pudo evitar el sonido que soltó cuando Octavius se lo tragó entero. Turney gritó entre el dolor y el placer, con las bolas tensas, cuando volvió a correrse en la garganta de Octavius justo en el instante en que los colmillos se hundían en un lugar aún más sensible: su polla.



OCTAVIUS SOLTÓ una risita profunda mientras tiraba de Turney hacia atrás cuando el zombi intentó arrastrarse por encima del cadáver para alejarse de la sobreestimulación.

—¿Y tú a dónde crees que vas?

Lo colocó de rodillas, inclinándolo sobre el cuerpo.

—Por favor —gimoteó Turney, el cuerpo temblándole—. No puedo… necesito…

Octavius sonrió con malicia y añadió un dedo al agujero del varón, abriéndolo más. Había algo increíblemente excitante en dilatar a Turney usando su propio semen. Y había tenido suerte: había de sobra.

De verdad que la había fastidiado antes. Octavius había estado tan cerca del rol perfecto… Si tan solo hubiera comprado el lubricante de sangre que había visto esa mañana en la tienda de Halloween, esta escena habría estado completa. Bueno… ya habría otra ocasión.

Turney gimió con fuerza, arqueando la espalda.

Octavius pasó la mano por su espalda, acariciando la larga cicatriz del arañazo antes de rozar algunas de las mordeduras que le había dejado en el costado. Turney se estremeció con su toque. Su cuerpo estaba cubierto de chupetones y mordeduras. Aunque Octavius no hubiera sacado mucha sangre en cada mordisco, al final se había saciado del todo. Claro que no era una sensación que fuera a durar. La sangre zombi solo sería viable para un vampiro durante un tiempo limitado.

Turney soltó un lloriqueo cuando le retiró los dedos, pero enseguida empezó a repetir «sí» cuando Octavius colocó su polla y se hundió de un solo empujón.

Octavius gimió al sentir cómo el cuerpo de Turney se apretaba a su alrededor.

—Por todos los Dioses, estás muy estrecho.

—Más —gimoteó Turney.

—Qué criatura más contradictoria. Intentas huir y ahora exiges más. Eres mucho más entretenido que los demás.

—¡¿Los demás?! —saltó Turney, mirándolo por encima del hombro.

Octavius se quedó paralizado ante su mirada acusadora.

—Eh… ¿como el cadáver que tienes debajo?

Turney parpadeó.

—Ah, claro… los «demás».

Octavius entrecerró los ojos.

—Te habías olvidado de que esto era un rol, ¿verdad?

—Bueno, no puedes culparme. ¡Tienes la polla metida en mi culo! ¿Cómo se supone que voy a pensar con eso? —dijo Turney mientras reía.

Octavius resopló y giró las caderas, golpeando directamente la próstata del zombi.

Turney gimió, hundiendo la cara en el vientre del cadáver falso.

Entre risas, Octavius empezó a embestir con fuerza, arrancándole dulces gemidos.

—¿Te gusta eso, humano? ¿Te gusta que te folle la polla de un asesino?

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Perfecto, porque pienso quedarme contigo mucho tiempo! —Octavius le rodeó la cintura con un brazo, pegándolo a su cuerpo, embistiéndo con fuerza su agujero.

Su cuerpo se estremeció al notar cómo sus bolas se tensaban. Octavius se había estado conteniendo, así que ya no aguantaría mucho más.

Soltó un rugido al clavar los colmillos en el cuello de Turney mientras seguía embistiéndolo con fuerza. El zombi gritó con un gemido gutural, su cuerpo convulsionando contra el suyo. Turney se corrió sobre el cuerpo falso del suelo.

El orgasmo de Octavius llegó momentos después. Gimió contra su cuello mientras sus bolas se apretaban y su polla daba un saltito, llenando el agujero del zombi con su semen.

—Joder… no creo que… pueda… correrme más —dijo Turney con una risa temblorosa y sin aliento.

Octavius rompió a reír. Se retiró con lentitud y lo tumbó suavemente. Dejándose caer a su lado, Octavius acurrucó al zombi entre sus brazos.

—Mmm, ha sido divertido.

Turney se rio.

—Raro, pero divertido.

Octavius le acarició el pelo, húmedo por el sudor. El cuerpo de Turney aún reaccionaba como el de un humano. Y probablemente seguiría así unos años más. Lo giró entre sus brazos, acunando su rostro entre sus manos y lo besó. Turney le devolvió el beso con

entusiasmo. Tras varios minutos besándose, Octavius frotó su nariz contra la de él.

—Te amo.

Turney sonrió, con los ojos brillantes.

—Yo también te amo. Y te he echado de menos.

Octavius frunció el ceño.

—¿Me has echado de menos?

—Mmm… has estado tan ocupado últimamente…

—Ah… —Se estremeció—. Tienes razón. He estado demasiado ocupado… Lo siento. Quizá el año que viene puedas ayudarme con la decoración. Por mucho que me guste sorprender… prefiero pasar tiempo contigo.

Turney le apartó un mechón de la cara, los dedos enredándose en sus rizos.

—Eso me gustaría.

—Entonces es una cita. El año que viene, decoraremos juntos y lo mantendremos en secreto.

Turney soltó una risita.

—Siento que acabo de apuntarme a un montón de líos.

Octavius se rio.

—¡Puede ser! —Su sonrisa vaciló—. Ahora que lo pienso… nunca hemos ido a una cita.

—¿No lo hemos hecho?

—No de verdad. Hemos salido mucho, sí, pero siempre por trabajo.

Turney frunció el ceño.

—No estoy seguro de eso. Hemos pasado mucho tiempo juntos.

—¡Sí, pero no eran citas! —se quejó Octavius—. Se acabó. —Se incorporó—. ¡Dúchate y salgamos! ¡Vamos a tener una cita!

Turney lo miró desde el suelo, con una ceja arqueada.

—¿Ahora?

—¡AHORA!

Capítulo Siete



¡Noche De Cita!

Octavius sonrió cuando Turney estalló en carcajadas con la escena que se proyectaba en la pantalla del cine. Puede que él hubiera querido ver la nueva película de terror, pero pensó que Turney disfrutaría más de esta.

Y no es que fuera una mala película. Una comedia divertida, simplemente no era lo que él solía ver. Así que, en su lugar, Octavius estaba observando cómo reaccionaba Turney ante la película. Ver su sonrisa zombi era más entretenido que lo que estuviera ocurriendo en la pantalla.

Así que sí, la comedia había sido una buena elección, aunque no fuera de su gusto. No importaba, Octavius había planeado cosas que encajaban con ambos. ¿No era eso lo que hacían las parejas? ¿Probar cosas solo porque sabían que al otro le gustaría?

—ESTO ES GENIAL —dijo Turney con una sonrisa mientras daba un sorbo a su copa. No estaba seguro del nombre del vino que bebía, pero sabía que era caro—. Aunque sabes que no necesito cosas lujosas.

Observó el lugar. El pequeño restaurante italiano no era grande, pero las mesas negras estaban bien separadas y el ambiente era tranquilo y romántico. Las luces estaban atenuadas y en el centro de cada mesa había una vela encendida. Las sillas y asientos eran mullidos y de varios tonos de marrón.

Octavius sonrió.

—Lo sé. Pero técnicamente es nuestra primera cita, así que quería impresionarte.

Turney se rio.

—Pensándolo bien, creo que te equivocas al decir que nunca hemos tenido una cita. Porque ¿cómo no iba a ser una cita aquella cena frente a la chimenea?

El vampiro parpadeó varias veces antes de soltar una risita suave.

—Supongo que se pareció mucho a una cita. Pero creo que eso podría describir la mayoría de nuestras salidas. Eran como citas, pero nunca del todo. Porque cada una estaba relacionada con el trabajo. O eran en mi casa. Aunque… ¿las citas siguen siendo citas si se hacen en casa?

—No veo por qué no —dijo Turney. Dejó la copa de vino y apoyó la mano sobre la mesa. Octavius se inclinó y rozó con el dedo la mordedura en su muñeca derecha. Apenas logró contener su reacción negativa. El vampiro no retiró la mano. Más bien solidificó el gesto, posando su mano firmemente sobre la de Turney mientras su boca se torcía en una mueca.

—Has estado… —Octavius dudó—. Tus reacciones a tus cicatrices han cambiado un poco. Sé que eres bastante consciente de ellas. Pero últimamente… ha sido diferente.

Turney carraspeó.

—¿Diferente cómo?

—Sabes que no siempre soy el mejor identificando emociones… —dijo el vampiro con un suspiro, frunciendo más el ceño—. No sé cómo explicarlo. Pero sé que algo ha cambiado en las últimas semanas, y no para bien… Al menos no en lo que respecta a cómo te sientes sobre tus cicatrices.

Turney giró la mano dentro de la de Octavius, aferrándose a él.

—No te equivocas… No es que haya empeorado… solo…

—¿Solo? —preguntó Octavius, con la mirada inquisitiva y algo preocupada.

—Tienes razón, hay algo más ahora. Algo no tan bueno que viene junto con esos pensamientos. No me malinterpretes, estoy llevando todo mucho mejor que cuando desperté. Me has ayudado mucho. De verdad, todo lo que has hecho me ha hecho sentirme mejor con ellas. Solo que… ahora…

El ceño del vampiro se frunció.

—¿Sí?

Se frotó la nuca.

—Me siento culpable.

Octavius parpadeó varias veces.

—¿Por qué?

—No lo sé… Podría estar muerto… Técnicamente hablando, lo estuve, y luego no. Es como si no tuviera derecho a tener estos pensamientos cuando la alternativa es la muerte.

La mano del varón se cerró con fuerza sobre la suya.

—Turney… esto es sobre Theo, ¿verdad? O, supongo que sería más correcto decir que es sobre Cynthia…

Los hombros de Turney se hundieron.

—Estoy seguro de que ella daría cualquier cosa por estar en mi lugar. Que Theo daría cualquier cosa por que ella estuviera aquí, con o sin cicatrices. Así que tener estos pensamientos solo me hace sentir como si fuera un malagradecido.

—Turney, que haya gente en una situación peor no significa que no tengas derecho a sentir lo que sientes. Has tenido una cantidad enorme de cambios en tu vida últimamente. Has descubierto todo sobre lo que somos. Tú… —Carraspeó, su voz bajando de tono al continuar—. Moriste. Y luego volviste. Volviste cambiado, tuviste que aprender, y sigues aprendiendo, el cómo vivir esta nueva vida. Tienes derecho a sentir.

Octavius llevó la mano de Turney a sus labios y la besó antes de dejarla suavemente sobre la mesa.

—S-supongo que lo sé, pero es difícil recordarlo cada vez que veo a Theo. Siento que debería simplemente aguantarme. Tipo, Cynthia ha muerto y yo sigo aquí. Podría haber sido yo… La misma persona nos atacó. Entonces, ¿por qué yo y no ella?

—Sabes que Theo no te culpa por sentirte mal sobre los cambios en tu aspecto. No te reprocha el estar vivo. No es como si tu supervivencia o no fuera a cambiar lo que pasó. Theo tenía permiso para convertir a Cynthia en hombre lobo. Ella se lo dio. Pero eso era algo que solo podía hacer si ella seguía viva. Y antes de que pienses que también podrían haberla convertido en zombi, ya era demasiado tarde para eso. No te lo conté porque no creí que fuera algo que necesitaras o quisieras saber. Tampoco me di cuenta de que te sentías así respecto a haber sobrevivido. Descubrimos que el cuerpo de Cynthia había sido quemado. Incluso si quisiéramos, no habría manera de convertirla. El fuego es una forma segura de evitar convertirse en zombi. Y esto ocurrió antes de que supiéramos lo de la desaparición de Theo, antes de que Dayan llegara a ti. Ella ya estaba muerta antes de que Cléas siquiera pusiera un pie en nuestra oficina. No hubo nada que tú, yo o alguno de nosotros pudiéramos haber hecho diferente para que ella siguiera viva.

—Ella… —Turney se recostó en su silla—. Entonces, ¿no había… ninguna forma… ninguna forma de salvarla?

—No. Dayan se aseguró de eso.

Turney no sabía si había pensado que haber sobrevivido significaba que Cynthia no podía haberlo hecho. Y, aun así, sentía culpa por haber sobrevivido cuando ella no pudo. Como si a él lo hubieran levantado de la tumba mientras ella yacía pudriéndose en algún lugar. En su mente, una parte de él había pensado… que había algo que podrían haber hecho, pero que por alguna razón no lo hacían.

Turney carraspeó.

—Una vez que el cuerpo se quema… ¿no puede convertirse? ¿Estás seguro?

—Sí. El virus solo puede actuar si hay fluidos corporales o algún tipo de tejido restante. Fue incinerada. De hecho, quemar los restos es una práctica común entre los Caballeros. Supongo que, en su mente, es mejor no dejar evidencia.

—Ya veo.

—Así que no te sientas culpable por algo que no puedes cambiar. Y mucho menos te sientas culpable por tener sentimientos ante unos cambios tan grandes —Octavius sonrió con dulzura—. Supongo que debería haber sabido que necesitarías saber todo esto. Yo mismo me sentí culpable por su muerte hasta que supe que no había nada que pudiera haber hecho por ayudarla.

—No es… culpa tuya lo que pasó. Lo sabes. Y sabes que no te culpo por haber muerto, ¿verdad?

—Lo sé. Igual que Theo no te culpa por sobrevivir cuando Cynthia no lo hizo.

Turney soltó una risa suave.

—Claro…

—Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

Él sonrió despacio.

—Lo sé. Yo también te amo —Turney suspiró—. Se supone que esto es una cita, divertida y alegre, y acabo de volverla deprimente con mis sentimientos estúpidos y mis problemas.

—¡Eh! Nada de eso. ¡Tus sentimientos no son estúpidos! —bufó el vampiro—. Ahora, en cuanto a la diversión… ¿has terminado de comer? —preguntó Octavius, y sus ojos parecieron iluminarse de forma extraña con la idea.

—Sí —dijo él con una risa vacilante.

—¡Bien! Pagaré la cuenta y podremos pasar al siguiente evento que he planeado para esta noche.

Turney arqueó una ceja.

—¿Evento? —Miró su reloj; eran casi las ocho—. ¿Vamos a ver otra película?

La sonrisa de Octavius se ensanchó.

—No exactamente…



TURNEY FRUNCIÓ el ceño cuando Octavius le indicó que entrara en el aparcamiento del parque de atracciones Black Fox. Estaba decorado para Halloween y las luces estaban encendidas, pero parecía completamente vacío.

—¿Un parque de atracciones? ¿Estás seguro de que está abierto?

—¡Oh, claro que está abierto! ¡Lo he alquilado para esta noche! —dijo Octavius con una risita emocionada.

—¡¿Todo el parque?! —exclamó Turney—. ¿No debería haber algún evento de Halloween? ¿Eso no sería una gran fuente de ingresos?

—¡No te preocupes! En realidad han tenido que cerrar temprano hoy por unas reparaciones, para que todo esté listo para Halloween mañana. Ya han terminado, ¡y están aquí para que podamos divertirnos esta noche! ¡Oh, va a ser tan divertido! Pero primero… —Octavius abrió la guantera y sacó un bote de Zom Nummies—. Deberías tomarte unas cuantas. Seis, más o menos… Por precaución.

—¿Seis? —preguntó Turney arqueando una ceja.

—Sí, la actividad en la que vamos a participar consume mucha energía.

—¿La «actividad»? ¿Qué vamos a hacer aquí exactamente? —preguntó, entrecerrando los ojos mientras tomaba el bote.

—Oh… ya sabes… simplemente dar una vuelta… divertirnos. —Octavius desvió la mirada.

—¿Por qué te ves tan sospechoso? —Abrió el bote y se metió rápidamente las seis gominolas en la boca.

—¡¿Sospechoso?! ¡¿Yo?! ¡Qué tontería! —Octavius agitó la mano —. ¡Vamos, vamos!

Turney dejó que Octavius lo arrastrara por el aparcamiento hasta la taquilla. La zona que normalmente estaría llena de gente esperando para entrar estaba completamente vacía y abierta en ese momento.

La pequeña taquilla estaba decorada con telarañas y rayas naranjas y negras. Había una mujer vestida de bruja dentro. Su rostro se iluminó con una sonrisa al verlos.

—¡Bienvenidos al parque Black Fox! ¡Espero que lo paséis genial en vuestra carrera zombi! —dijo con entusiasmo—. ¡Aquí tenéis vuestras pulseras de supervivientes, las pistolas congeladoras y el mapa del parque! —Colocó dos pistolas láser de rayas naranjas y

negras, y dos pulseras negras semitransparentes que parecían tener espacios vacíos para insertar algo sobre el mostrador frente a ella—. Recordad, el objetivo del juego es encontrar los diez zorro-calabazas que hay en el parque y conseguir una joya de zorro-calabaza. Tendréis dos horas para encontrar las diez joyas. Como podéis ver, vuestras pulseras tienen espacios vacíos para colocarlas. Una vez que hayáis reunido las diez joyas y las hayáis colocado en las pulseras, para ganar oficialmente el gran premio y el juego, deberéis llevar las pulseras completadas a la estatua gigante del zorro en el centro del parque. Tocad la estatua diciendo «juego» y la victoria será vuestra. Este es a quien estáis buscando, por cierto. —Mostró una imagen de alguien disfrazado de una calabaza grande y redonda con una cara de zorro tallada. Básicamente parecía una calabaza con brazos y piernas—. Ah, y si uno de los zombis os toca, quedáis congelados. Y la única forma de descongelarse es estar quieto durante dos minutos. Pero no os preocupéis, sois inmunes a ser congelados durante los diez minutos siguientes. ¿Alguna pregunta?

Turney se quedó mirando, con la mente dando vueltas, mientras Octavius preguntaba:

—¿Cómo saben los zombis que no pueden congelarnos durante esos diez minutos?

—Vuestra pulsera se iluminará en verde y permanecerá así hasta que pasen los diez minutos. Por otro lado, vuestra pulsera se iluminará en azul cuando estéis congelados. Igual que las de los zombis, si conseguís dispararles en uno de los puntos de objetivo de su cuerpo. ¿Alguna otra pregunta?

—¡No! —canturreó Octavius felizmente mientras tomaba una pulsera y se la ponía, antes de tomar su mapa y su pistola congeladora.

—¿Una carrera zombi, Octavius?

—¡Va a ser divertido! —gritó el vampiro.

Turney negó con la cabeza y tomó su pulsera. Tras ponérsela, tomó la pistola congeladora restante y el mapa. Supuso que era justo que hicieran algo que a Octavius le gustara. Dudaba que el vampiro hubiese disfrutado mucho ni de la película ni de la cena, teniendo en cuenta que no le gustaban las comedias… y que no podía comer.

Con la pistola en mano, Turney miró a Octavius y vio lo insegura que era su sonrisa. Como si temiera que Turney fuera a negarse. Soltó una risita suave.

—Vamos, hagámoslo.

Octavius dio un gritito emocionado, saltando.

—¡YUPI! ¡Vamos, vamos!

OCTAVIUS SE QUEDÓ QUIETO, su rostro serio. Él y Turney estaban hombro con hombro, con la espalda pegada a la pared de un edificio cercano, ocultos entre las sombras. Lo habían conseguido. Habían luchado contra la horda y encontrado las joyas zorro-calabaza. ¡La victoria estaba tan cerca! Literalmente, la fuente del zorro estaba justo ahí. Por desgracia, también lo estaba una horda de zombis.

Habían elegido hacer todo esto sin habilidades paranormales, y quedaban apenas cinco minutos. Habían realizado la carrera… de la forma más «humana» posible.

—Esto no pinta bien, Turney.

—No… Nos tienen rodeados por todos lados… y están esperando a que salgamos.

Octavius murmuró pensativo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Se giró hacia Turney, esperando que el joven zombi tuviera una respuesta.

Turney frunció el ceño, concentrado. Y entonces su expresión se volvió decidida.

—Solo hay una cosa que podamos hacer… —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Octavius—. Me lo he pasado genial… Ahora, ¡gana por mí, Octavius! —gritó mientras saltaba al descubierto, alertando a los zombis de su posición. Disparó su rayo láser, congelando a muchos, y luego salió corriendo, llevándoselos lejos.

—¡Turney! —exclamó Octavius, al ver cómo su conejito se sacrificaba y desaparecía tras un muro de zombis. Sollozó dramáticamente—. ¡No permitiré que tu sacrificio sea en vano! —Corrió hacia la meta, saltando por encima de zombis caídos, disparando a todo lo que se interponía en su camino mientras corría, a velocidad humana. Oyó gritos tras él, pasos de zombis acercándose… pero era demasiado tarde… ¡porque había ganado!

Saltó los últimos escalones y su mano golpeó la estatua justo antes de que un zombi lo alcanzara.

—¡JUEGO! —gritó Octavius con una risita.

El zombi a centímetros de él soltó una carcajada.

—¡Enhorabuena, habéis ganado la carrera zombi del parque Black Fox! —Los zombis a su alrededor empezaron a aplaudir.

Momentos después, Turney apareció entre la multitud y tocó la estatua él también.

—¡Juego! —rio mientras rodeaba la cintura de Octavius con un brazo—. Resulta que cinco minutos dan para congelarse dos… y

luego tomarse tres para ir tranquilamente a reclamar la victoria.

Octavius soltó una risita.

—Sí, esa habría sido la solución más sencilla. —Se acercó a su auténtico zombi, incapaz de contener la sonrisa. Sabía que al principio Turney no estaba muy convencido, pero estaba seguro de que lo había pasado genial una vez superado el miedo a los zombis medio podridos e increíblemente realistas. ¡Los actores habían hecho un trabajo impresionante con el maquillaje y las prótesis! ¡De una calidad cinematográfica!

Un carraspeo los interrumpió. Miraron a la derecha, donde estaba la mujer de la entrada con dos bolsas en la mano.

—¡Enhorabuena por ganar la carrera zombi! ¡Aquí tenéis vuestros premios! —Les tendió las bolsas.

Octavius soltó un chillido y tomó la suya con entusiasmo. Lo primero que sacó fue una camiseta con una versión de dibujos animados del parque y las zorro-calabazas personalizadas. Debajo, había una pequeña estatua de las joyas zorro-calabaza, es decir, las calabazas personalizadas con cara de zorro pero sin brazos ni piernas. También venía un peluche de zorro de Halloween con un sombrero de bruja y una escoba.

—¡Qué tierno! —dijo Turney con una sonrisa, con los ojos fijos en el peluche.

Octavius sonrió de lado. Suponía que los premios serían iguales… y si no, tenía la sensación de que su peluche estaba a punto de ser robado.

Se agarró al brazo de Turney.

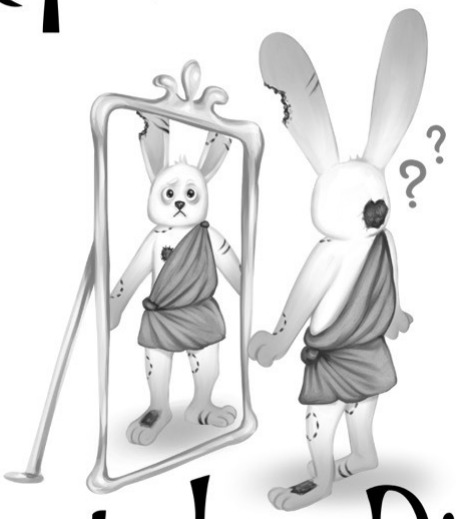
—¡Vamos a casa! Mañana nos espera un día largo.

Turney sonrió y se inclinó para besarlo. Octavius soltó una risita y le dio un besito en los labios.

—Te amo.

—Yo también te amo. Gracias por la cita.

Capítulo Ocho



Revelando Los Disfraces

Turney se miró en el espejo con el disfraz puesto. La verdad, no tenía ni idea de qué se suponía que era.

Observó la túnica que llevaba. Se abrochaba en su hombro derecho y se ceñía a su cintura con un cinturón, de modo que la parte superior quedaba un poco holgada. Básicamente, llevaba algo parecido a lo que había visto en muchas vasijas, pinturas y estatuas de la Antigua Roma y Grecia…

Excepto por el color, que era inusual. Si tuviera que describirlo… Turney diría que tenía el color de la piedra. Pero no solo el gris típico, también estaba moteado, como si el material hubiera sido tallado en un enorme peñasco y de alguna forma se hubiera convertido en tela. También llevaba unas sandalias del mismo color que la túnica.

Turney se giró hacia la maquilladora, que esperaba a un lado. Parecía completamente lista para atacarlo, herramientas en mano.

—Es… un disfraz en pareja, ¿verdad?

Ella sonrió y asintió.

—¿Entonces qué demonios es Octavius?

La mujer se echó a reír.

—Tendrá sentido cuando lo veas.

Turney suspiró.

—Esto parece el día de mi boda o algo así. Ese murciélago loco me dijo que no podía verlo hasta que empezara la fiesta, porque sino

arruinaría su gran entrada.

La maquilladora soltó una risita.

—Me imagino que, en su cabeza, esto es tan importante como una boda.

Turney suspiró y alzó los brazos.

—Adelante.



—NO ME LO PUEDO CREER. ¡¿Cómo ha podido hacerme esto Octavius?! —Scarlett soltó un gruñido de dolor cuando Min-ji le apretó el corsé.

—Lo dejaré flojo, tranquila.

—Solo ayúdame a ponerme el resto —gruñó Scarlett en respuesta.

Min-ji, con una velocidad casi alarmante, la ayudó a meterse en el resto de su horrible disfraz: guardainfantes, enaguas y todo eso. Scarlett fulminó con la mirada su propio reflejo en el gran espejo. El vestido estilo rococó era de un rojo oscuro con detalles en crema pálido. El crema también aparecía en forma de cuatro lazos que recorrían la parte delantera del corsé. El color era bonito, pero todo lo demás era espantoso. Había una cantidad ridícula de encaje, y las mangas acampanadas eran una amenaza con todo el exceso de tela que tenían.

—Es horroroso —bufó, sacudiendo las faldas con disgusto.

Min-ji le rodeó la cintura por detrás y le besó la mejilla.

—Estás preciosa… aunque no tengo muy buenos recuerdos de la época de esta ropa.

—¡¿Por qué tú sí puedes llevar pantalones?! —soltó Scarlett, cada vez más irritada al mirarla—. ¡Tu conjunto ni siquiera es históricamente correcto!

Min-ji llevaba una chaqueta roja a juego, con volantes, mangas acampanadas de encaje y hombreras abullonadas. La chaqueta era corta por delante y le llegaba hasta los tobillos por detrás. Tenía una hilera de botones a la altura de la cintura, con una abertura triangular a la altura del pecho y dos broches al cuello. Debajo llevaba una camisa negra abotonada con un escote pronunciado, calzones a juego, medias largas y tacones rojos con volantes. Los zapatos sí eran de la época. Scarlett tenía un par igual escondido bajo el vestido.

—Supongo que se ha tomado ciertas libertades con mi disfraz —dijo Min-ji, pensativa—. ¿Al menos no ha escogido guardainfantes más grandes?

—¡Ya, bueno, pero siguen ahí!

Guardainfantes, puaj. Esa moda había sido un dolor en el trasero… o mejor dicho, en las caderas. Las veces que se había golpeado con algo y se había hecho un moratón. Sentarse sola era una tortura. Se estremeció al recordarlo.

Se miró otra vez y suspiró. Sus tetas estaban completamente estrujadas, con el escote asomando por encima de los volantes. El corte era quizá algo más bajo de lo normal en aquella época… escandaloso, en realidad.

—Me aplasta las tetas —se quejó.

Min-ji se echó a reír.

—Sí, pobrecitas —dijo, mientras le sobaba el pecho.

Scarlett dejó escapar un grito ahogado, con la cara enrojecida.



CORMAC SE QUEDÓ boquiabierto al ver el disfraz de Henry. El vampiro iba vestido de pirata… un pirata sexy. Bueno, el disfraz en sí no le hacía ver sexy, él era jodidamente sexy.

Era todo cosa del vampiro. Aunque aparentaba estar cerca de los cincuenta, con alguna que otra arruga, estaba en forma, con unos ojos avellana intensos, facciones marcadas y mandíbula cincelada cubierta por una barba y bigote bien recortados. Su pelo negro con mechones blancos estaba más largo que la última vez que se vieron, le llegaba más allá de la barbilla y caía suelto. Parte de él estaba cubierto por una bandana rojo oscuro, con un sombrero marrón de pirata encima. La camisa blanca de mangas abullonadas y lazada en el pecho hacía que su piel bronceada pareciera brillar. Por encima llevaba un chaleco negro con bordados dorados. Tenía puestos unos calzones marrones y botas hasta la rodilla con un dobladillo en la parte superior. El resto del disfraz incluía un cinturón, pendientes, joyas, una pistola enfundada, una espada envainada y una faja del mismo color que el pañuelo.

Y ahí estaba el hombre, con todo el descaro del mundo, de pie con las manos a la espalda, como si no pareciera una fantasía andante.

Por la Diosa, estaba para comérselo. Espera… No, no podía dejarse llevar… El vampiro acababa de darle la horrible noticia de lo que era su disfraz. Aunque Cormac intentaba recordar lo que acababa de decirle, sus ojos se desviaron hacia la cintura ceñida de Henry…

Negó con la cabeza… No, tenía que centrarse. Obligó a su libido a calmarse. Miró la cola de sirena detrás de Henry. Estaba extendida en el sofá de su habitación. Era… impresionante. La cola parecía muy realista. De un rojo intenso, con rayas negras en forma de V que

la recorrían. Las escamas eran irisadas, la aleta era una mezcla de rojo y negro con motas blancas, y las puntas eran completamente negras.

—¿Qué has dicho que es mi disfraz?

Henry carraspeó la garganta, visiblemente nervioso. Lo cual… era raro.

—Pues… sirena. O sea, hombre, tritón. Espera… No, Octavius dijo que es un *siren*. Y hay una piscina, y una gruta móvil. La gruta la tengo que empujar yo por las distintas habitaciones a medida que se mueva la fiesta…

Cormac entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Y por qué me empujarás a todos lados?

Henry volvió a carraspear su garganta y se aflojó un poco el cordón de la camisa, claramente nervioso esta vez.

¿Qué estaba pasando? Espera… ¿estaba sonrojado?

—Verás… también hay una actuación… que tenemos que hacer tú y yo. A Octavius le gusta que los disfraces vayan en pareja, y nos ha emparejado. Toma. —Sacó un montón de hojas de detrás de su espalda y se las dio.

Cormac las tomó y leyó. No era mucho, solo unas tres páginas por ambas caras. Sus ojos se abrieron, el corazón se le aceleró al llegar al final de la pequeña actuación.

—¡Lo haré! —gruñó, exaltado.

Henry suspiró.

—Me lo imaginaba.

THEO SE MIRÓ en el espejo, con los ojos transformados.

El disfraz era ajustado, pero jodidamente increíble. Iba de dragón. El traje era una mezcla de escamas doradas y cobrizas que brillaban como una especie de cota de malla sobre la tela lisa a la que estaban cosidas.

Era un traje de cuerpo entero. Aunque la parte central solo era tela, simulando el vientre del dragón, los costados, el exterior de las piernas y los brazos; toda la espalda estaba cubierta de escamas físicas. Los guantes tenían las mismas escamas que el resto del cuerpo, pero daban la impresión de tener garras. Aunque las puntas eran blandas, no duras. Las botas eran de un estilo similar al de los guantes.

Sobre las escamas, en la espalda, llevaba unas alas falsas plegadas. No se abrían, pero imaginaba que si lo hicieran, serían demasiado grandes y molestas. El maquillaje y las escamas falsas pegadas a su

piel unificaban todo el conjunto. La maquilladora le había teñido la piel de dorado, y los labios brillaban como si fueran de oro líquido. Encima de los ojos, le habían pintado escamas que se fundían con una prótesis en forma de cresta. Muy parecido a las crestas que uno podía ver en los reptiles o, suponía, en los dragones. Más arriba, unos grandes cuernos negros le salían de la frente.

El único problema… era que la parte central, al ser solo tela ajustada, dejaba ver claramente los músculos de su abdomen.

Aunque no podía decir que odiara lo que veía, le sorprendía lo delgado que estaba. Theo siempre había tenido músculos definidos, pero no había sido grande ni muy musculoso. Nunca había sido tan grande como Cormac… pero parte de él sentía que el reflejo del espejo mostraba a un desconocido.

Y no era solo el cuerpo… Los ojos que le devolvían la mirada tampoco eran los mismos. Era como si estuvieran vacíos, huecos, sin alma… Los recuerdos de cómo solían verse, la alegría que había en ellos… amenazaban con traer de vuelta cosas que no quería pensar.

Respiró hondo y apartó la oscuridad.

—Me lo voy a pasar bien esta noche. No voy a entrar en pánico. No voy a pensar en cosas en las que no debería pensar —se dijo con firmeza, antes de añadir en voz baja—: Pero… ojalá no tuviera que ver…

Esta noche iba a haber demasiada gente como para moverse con seguridad sin visión. Y tampoco conocía tan bien todas las habitaciones, sobre todo las de casa de Scarlett. No sería seguro para él. No a menos que Cormac o alguien pudiera guiarlo. Normalmente no lo pasaba muy mal entre multitudes, sus otros sentidos se agudizaban y le ayudaban a evitar chocarse con la gente, pero esta vez habría cientos de personas. Y Theo estaba nervioso. Habría demasiadas, y demasiado cerca.

Así que, si esta noche iba solo, tendría que ver. Pero no era un gran problema. La pérdida de visión en su juventud, hacía unos cien años, le había dado tiempo de sobra para aprender a sacar sus ojos de hombre lobo sin que eso provocara otras transformaciones por accidente. Incluso podía mantenerlos durante horas sin sentir ni un ápice de dolor o agotamiento.

Aun así, pese a poder hacerlo… prefería su oscuridad. Era curioso. No le quedaba nada de percepción de la luz. Había oído que otros en una situación similar a la suya veían destellos constantes, como si el cerebro intentara inventarse algo. O que a veces era como estática… Pero Theo… Theo no veía nada. Ningún destello, nada. A menudo se preguntaba si era porque podía ver si quería. Que su mente no trataba de sustituir la oscuridad con otra cosa porque había momentos en que no tenía por qué hacerlo. Fuera como fuese… se sentía agradecido. Porque la nada le parecía calmante.

Suponía que mŭchos no entendĕrían por qué̆ prefería la ceguera a ver. Pero era su normalidad, su lugar seguro…

Para Theo, esos momentos de oscuridad le permitían experimentar muchas cosas, pero de forma segura. Ver le resultaba sobreestimulante. Ya era así antes de todo lo que había pasado. No recordaba en qué momento ver se volvió demasiado, pero en algún punto de su vida había ocurrido.

Y ahora estaba acostumbrado a la ceguera, y se desenvolvía bien por su cuenta. Excepto cuando se encontraba solo en un sitio nuevo o muy diferente, con un montón de gente. Como dos casas decoradas en exceso para una fiesta de Halloween alocada.

Así que esta noche, tocaba ver.

—*Miau*.

Theo sonrió y bajó la mirada. Sprinkle estaba a sus pies, dándole pataditas con la pata, con sus grandes ojos azul océano mirándolo fijamente.

—¿Qué? ¿Crees que estoy guapo? —preguntó.

Ella maulló otra vez, aún más entusiasmada.

Theo soltó una risita. Se agachó y la alzó en brazos.

—Ven aquí, mi pequeñita bebé dragona. Es hora de que te pongas las escamas.

Capítulo Nueve



Ya Comienza

Turney estaba allí de pie, sin poder evitar quedarse maravillado ante los disfraces tan elaborados que llevaban las personas a su alrededor. Apostaría a que ni uno solo había sido comprado en una tienda normal.

Sin mencionar… que estaba bastante seguro de que muchos de los presentes estaban dejando brillar su lado paranormal. Bueno, el disfraz de Turney tampoco era precisamente sencillo. Además de su atuendo con aspecto de piedra, le habían pintado todo el cuerpo del mismo tono gris moteado. Incluso le habían rociado bien el pelo para que combinara. Básicamente, parecía una estatua.

La sala estaba decorada en negro, naranja y morado, con telarañas y brillantes candelabros negros colgando del techo. Al fondo había una gran escalera con una alfombra púrpura oscuro que bajaba por el centro. Sobre ellos, fantasmas falsos flotaban y danzaban por los techos abovedados, como si tuvieran su propia fiesta.

A la izquierda había mesas y más mesas de comida que tenía un aspecto asqueroso, pero que olía de maravilla. Parecía que el menú de esa noche incluía ojos, cerebros, partes de cuerpos, gusanos, huesos y toda clase de cosas bastante cuestionables. Y a diferencia de la típica comida de Halloween que intentaba parecer repugnante de forma divertida, aquí todo parecía increíblemente realista. La mesa de bebidas era igual: cuencos de vómito, sangre y… bueno, también había un ponche humeante con aspecto más divertido y normal.

Cerca de las mesas, un enorme cuenco de caramelos con forma de calabaza descansaba sobre un pedestal.

Frente a la gran escalera, al otro extremo de la sala, había una colina que tenía césped en la base, pero que se convertía en una zona de arena de playa en la cima, con una orilla que desembocaba en una piscina. La piscina tenía una orilla inusualmente profunda. El agua se ondulaba como si hubiera pequeñas olas, pero no dejaba de ser una piscina pequeña, aunque fuera solo un poco más pequeña que la «playa».

La verdad, a Turney le habría encantado pasearse por allí y observar a todos y todo… pero en ese momento estaba al pie de la escalera, sobre una marca. Justo donde le habían indicado que debía colocarse.

Así que ahí estaba… no es que tuviera el valor de andar mucho por ahí. A Turney nunca le habían gustado ni las fiestas ni el horror, y sabía que algunas de las mierdas que Octavius tenía planeadas probablemente iban a darle más de un susto. Además, la casa estaba a reventar. No sabía cuánta gente había, pero seguro más de cien, y… olía humanos.

No sabía dónde estaban exactamente, pero sabía que estaban por ahí y que había más de uno. Lo cual ya era un tema aparte. Había comido unas hamburguesas de cerebro antes de llegar… y estaba bastante seguro de que algunos de los cerebros asados y fritos de la mesa eran cerebros de verdad. Porque al pasar por delante se le había hecho la boca agua y había sentido un leve pinchazo de hambre en la cabeza. Así que suponía que si se ponía muy nervioso, siempre podía ir a comer un poco más. Aun así, zombis nuevos y humanos no solían ser buena combinación.

Turney observó a quienes tenía justo a los lados. Sus compañeros de trabajo… bueno, ahora suponía que eran algo más que eso… Scarlett sin duda lo era. De cualquier modo, todos los de la agencia estaban allí, aunque no todos justo a su lado. En ese momento, los más cercanos eran Scarlett, Min-ji, Theo y Sprinkle. Sprinkle no era compañera de trabajo, pero estaba allí.

Cormac y Henry también estaban en la fiesta, aunque no junto a él. Aunque Henry no era su compañero, claro. En fin, el disfraz de Cormac… bueno, era un *siren*, con cola, peluca y todo. El lobo estaba sentado sobre una concha jodidamente enorme, en lo que parecía una gruta móvil justo al lado de la piscina. Henry, vestido de pirata, estaba a su lado.

Había pasado por la «colina» abriéndose paso entre la multitud para llegar hasta allí, así que sabía que, aunque la pendiente era sólida, el lateral de la piscina era transparente.

No sabía cómo Octavius había logrado convencer a Cormac para ponerse ese disfraz, pero temía que Henry tuviera algo que ver. Y esa sospechosa gruta con ruedas y una barra para empujarla le hacía pensar que el pobre Henry había sido arrastrado a otro de los planes de Octavius.

Hablando de Octavius, no estaba allí. Turney no sabía dónde se había metido. Era la persona a la que todo el mundo en la fiesta estaba esperando.

Turney miró a Scarlett. Su creadora llevaba un vestido rojo pomposo con detalles en crema que parecía sacado del siglo XVIII. En ese momento se abanicaba con un abanico rojo, con cara de enfado insoportable. No sentía nada de ella, así que supuso que lo estaba bloqueando, pero eso le indicaba que solo estaba irritada, no enfadada. Si estuviera enfadada, él notaría algo. Min-ji estaba a su lado, divirtiéndose, vestida con una… bueno, no sabía cómo llamarlo, pero la chaqueta tenía volantes y hacía juego con Scarlett.

Theo iba de dragón dorado, con impresionantes prótesis en la cara y el cuerpo; y Sprinkle era una adorable bebé dragoncita que iba a juego con él. El disfraz de Sprinkle no era ni de lejos tan elaborado como el de Theo, pero llevaba un traje con capucha que imitaba el de Theo, con escamas y cuernecitos. En ese momento, estaba en brazos de Theo, con las patas delanteras colgando, observando todo con interés.

Turney se inclinó hacia la otra zombi y le preguntó:

—¿Sabes de qué va disfrazado Octavius?

Scarlett cerró de golpe el abanico, con cara agría.

—No, no lo sé. —Lo miró de arriba abajo—. Pero me imagino que tiene algo que ver con el tuyo.

Lo miró unos segundos más antes de abrir el abanico de nuevo y volver a abanicarse.

—Hay humanos aquí… O sea, no me lo estoy imaginando, ¿verdad?

El abanico se detuvo.

—Lo más probable es que estés oliendo a algunos de los actores contratados —dijo, mirándolo con una expresión especulativa—. Yo te siento bastante tranquilo. ¿Estás teniendo algún problema?

—No. Las hamburguesas de cerebro de cerdo que comimos antes llenaban bastante. Y si me entra hambre, siempre está la comida de las mesas… Por muy sospechosa que parezca. Solo estoy nervioso. Definitivamente hay más de uno.

—Es posible que ya sepan de la existencia de los paranormales si han venido —murmuró Min-ji—. Aunque también cabe la posibilidad de que los paranormales confíen en que los humanos piensen que quienes se muestran por completo simplemente fueron con todo con sus disfraces. Pero lo dudo.

¿Cómo no iban a estar ya yendo con todo, incluso antes de dejar expuestas sus características al natural? ¿Gastarse cientos en un disfraz era un nivel de esfuerzo normal para los paranormales? Turney negó con la cabeza. Cosas de ricos…

Scarlett suspiró.

—Están al tanto de nuestra existencia. El grupo de actores que contrata Octavius emplea tanto a humanos como a paranormales; es obligatorio que todos los humanos contratados estén informados.

—Que lo sepan no… cambia mucho mi situación… —señaló él.

La zombi suspiró.

—No vayas a ningún sitio sin Octavius o sin alguien a tu lado, por seguridad. Ahora mismo hay una cantidad absurda de paranormales en esta casa. No debería haber ningún problema para proteger a unos pocos humanos de un zombi bebé.

—Vale. Pegarse a alguien. Sin problema. —Turney la miró con preocupación mientras ella seguía abanicándose—. ¿Tienes… calor?

Preguntarle eso a otra zombi era bastante estúpido… pero estaba actuando raro y no sabía qué más preguntarle.

La mano de Scarlett se detuvo de nuevo, y arqueó una ceja.

—No, claro que no.

—¿Te cuesta respirar? —preguntó con cautela.

—¡Sí! —saltó Scarlett.

Min-ji soltó una risita.

—Ni siquiera te lo até tan fuerte.

—Eh… ¿no se supone que no necesitas respirar? —preguntó Theo.

No había dicho mucho desde que se habían encontrado entre la multitud, y la verdad, parecía nervioso.

Turney, personalmente, pensaba que habría sido mejor para él quedarse fuera del plan de esa noche y no forzar las cosas. Joder, incluso para Turney esto era mucho, no podía ni imaginar lo abrumador que debía de ser para Theo después de todo lo que había pasado.

—¡Que no lo necesite no significa que no quiera hacerlo! —gruñó Scarlett—. ¡Y esta «cosa» es sofocante!

Turney soltó una risita, pero la cortó de inmediato en cuanto ella lo fulminó con la mirada.

Scarlett iba a decir algo más, pero se detuvo cuando las luces se atenuaron y comenzó a sonar una música ambiental. Todos se giraron para mirar hacia lo alto de la gran escalera, desde donde Octavius había dicho que haría su entrada.

La voz de Octavius retumbó en la sala mientras empezaba a contar una historia. Turney estaba bastante seguro de que era una grabación.

—Una sacerdotisa pura, deseada por un Dios. Huyó, eso hizo. Buscando protección. ¡Pero lo que obtuvo fue traición!

Su voz alzó el tono dramáticamente en esa última frase mientras estallaban partículas de purpurina verde y morada en lo alto del techo abovedado. Octavius apareció en forma de murciélago, iluminado por focos.

Mientras descendía revoloteando hacia la plataforma en lo alto de la escalera, la purpurina seguía lloviendo a su alrededor con dramatismo.

—Su castidad arrebatada, fue convertida por en quien creía. ¡En un monstruo!

Aterrizó entonces, en medio de una gran explosión de purpurina que ocultó su figura. Cuando la nube brillante se disipó, Octavius apareció en todo su deslumbrante esplendor, con el pecho y los pies desnudos. Llevaba una falda de cuero marrón con capas y teñida de dorado, del estilo que solían llevar los soldados romanos. Una serpiente dorada rodeaba su cintura a modo de cinturón. Brazaletes en forma de serpientes doradas se enroscaban en sus bíceps, y llevaba también pulseras en las muñecas y los tobillos. Sus músculos tonificados y de tono oliva brillaban en verde con motas de purpurina morada y dorada esparcidas por todas partes. Los brazos y piernas del vampiro estaban cubiertos de escamas de serpiente con reflejos verdes y morados. Sus ojos estaban maquillados en tonos verdes, morados y dorados, y tenía escamas por el rostro, igual que en brazos y piernas. En la cabeza llevaba un tocado dorado y reluciente que apenas lograba contener una maraña de serpientes brillantes, aunque inmóviles. Se veía tan sexy, pero ay, estaba tan lleno de purpurina.

—«¿Cómo se atrevía a rechazar a un Dios? ¿Una simple mortal? ¿Acaso creía ser mejor que un Dios?», eso fue lo que pensó su Diosa. Y así fue convertida. Su cabello se convirtió en serpientes, y ahora cualquier hombre que cruzara su mirada se convertiría en piedra. Aquellos a quienes amaba se perderían con tan solo un vistazo.

Un foco iluminó directamente a Turney cuando pronunció la palabra «amaba». Abrió mucho los ojos y fulminó con la mirada al grupo que lo rodeaba mientras los traidores se alejaban.

Sonrió vacilante y se giró lentamente hacia el público, saludando un poco con la mano.

Bueno… Turney supuso que acababan de convertirlo en piedra…

Capítulo Diez



Explorando La Fiesta

Octavius soltó una risita de alegría cuando terminó su historia pregrabada. Sacando un micrófono de uno de los bolsillos secretos de su falda de gladiador, anunció felizmente:

—¡Bienvenidos todos a la mejor fiesta de Halloween del año!

Su sonrisa se iluminó cuando el público estalló en vítores; el ruido era casi ensordecedor por la cantidad de gente que había.

—Este año, la fiesta se celebra en dos casas conectadas por un bosque embrujado. Sustos y horrores por doquier. Hay mapas en papel que os guiarán por las distintas zonas de las casas disponibles. Encontraréis los mapas en varios puestos repartidos por las mansiones. Podéis moveros libremente entre ambas, pero tened en cuenta que durante la primera mitad de la fiesta, los actores y las actividades estarán aquí. El mapa incluye un horario detallado de cuándo habrá actores en cada habitación. Y cuando llegue el momento de cambiar a la otra casa, no os preocupéis, os avisaremos cuando sea hora de dirigirnos a casa de mi querida amiga Scarlett. Ahora id y divertíos, pero aseguraos de volver aquí en una hora, porque cuando el reloj marque las nueve, habrá un espectáculo que no querréis perderos, justo en esta sala. Así que no lleguéis tarde. —Guiñó un ojo a la multitud—. ¡QUE EMPIECE LA FIESTA!

Al pronunciar «fiesta», una nueva lluvia de purpurina brilló sobre el público, y la banda en directo comenzó a tocar una canción original de miedo, creada especialmente para su fiesta.

Los focos sobre él se apagaron y Octavius descendió por la escalera. Se obligó a ignorar el enorme cuenco de caramelos en forma de calabaza que vislumbró por el rabillo del ojo. ¡Esta vez no caería en la tentación!

Octavius sonrió ampliamente al llegar junto a Turney y los demás. El cuenco de caramelos ya estaba fuera de su vista.

—¿Y bien? ¡¿Qué te parece?! —preguntó con entusiasmo.

Los ojos de Turney recorrieron su figura, con cierto calor en la mirada.

—Es algo. Quiero decir, todo se ve increíble, y tú estás… —Turney le rodeó la cintura con un brazo y lo atrajo hacia sí—. Comestible… y purpurinoso.

Octavius soltó una risita.

—Y tú te ves como la estatua perfecta. Estoy deseando esculpirte con mis colmillos.

Turney resopló divertido.

Su conejito zombi realmente se veía como la estatua perfecta, hasta en el color. La maquilladora había hecho un trabajo estupendo con el pelo y el maquillaje.

Se zafó del abrazo del zombi y miró emocionado al resto de sus amigos.

—¡Ah! ¡Estáis todos increíbles! —exclamó, dando pequeños saltitos—. Scarlett, ¡qué hermosa! Min-ji, ¡simplemente increíble! Y Theo, nuestro fiero dragón. Oh, mírate, Sprinkle —chilló—. Mi pequeña dragoncita bebé es adorable.

Theo se rio mientras Sprinkle maullaba.

—Parece muy contenta con su disfraz.

Le acarició suavemente la cabeza, y ella empezó a ronronear.

Octavius se giró hacia las otras dos y se dio la vuelta de inmediato al ver la feroz expresión en la cara de Scarlett. Sí, se había imaginado que esa sería su reacción ante el disfraz. ¡Pero estaba tan guapa!

—¿Vamos a explorar, Turney?

Scarlett dejó escapar un gruñido a su espalda.

Turney abrió más los ojos.

—Eh…

Octavius lo agarró del brazo y empezó a arrastrarlo.

—Vamos, vamos. Los demás, ¡bailad, explorad, divertíos!

Turney no protestó mientras Octavius lo arrastraba a través de la multitud, alejándolos de la furiosa zombi. Acabaron llegando al pasillo, donde ya había gente paseando. Suponía que la mayoría de anfitriones se verían desbordados por invitados intentando saludarlos, pero sus amigos sabían bien cómo era él. Octavius prefería corretear pasándoselo en grande, antes que mantener largas conversaciones con gente que quería «ponerse al día». A no ser que hubiera acordado previamente una cita durante la fiesta, no quería

conversaciones. Nadie le estropearía Halloween con chismes y palabrería inútil. Esa era la forma más rápida de no recibir una invitación el próximo año.

—Muy bonito por tu parte usarme como vía de escape, Octavius.

Octavius soltó un grito ahogado.

—¡¿Yo?! ¡Nunca! —lo miró con ojitos de inocencia bien abiertos, siendo plenamente consciente de lo falso que sonaba.

Turney resopló.

—No convences a nadie.

—Eso no importa. ¡Lo que importa es que me he escapado! —exclamó con tono altanero.

El zombi se rio.

—Tengo la sensación de que te lo hará pagar más tarde por obligarla a ponerse ese vestido.

—Puede que tengas razón… pero también puede que no.

—Ajá —murmuró Turney antes de preguntar, con cierta cautela —. ¿Y adónde vamos?

Octavius sonrió.

—Qué buena pregunta, mi querido amante petrificado. Hay tantas opciones, jum.

—Eso es lo que me da miedo… todas esas opciones horribles y aterradoras.

Octavius rio y se aferró al brazo del zombi mientras lo guiaba por el pasillo.

—Tonterías. ¿Qué tal si exploramos unas cuantas habitaciones y luego nos adentramos en el bosque? Tenemos tiempo antes del espectáculo. Y tiempo de sobra antes de reunirnos con mis adorables y encantadores vástagos.

Turney se detuvo en seco, obligando a Octavius a parar también. Lo miró, arqueando una ceja.

—¿Con todos? —preguntó el zombi com ligera preocupación.

—¡Con todos! —Octavius soltó una risita—. ¡Vamos!

Tiró de él hacia delante.

LAS FILAS ERAN SORPRENDENTEMENTE cortas en cada habitación en la que habían entrado, pero Turney suponía que había suficientes como para que la multitud pudiera repartirse un poco. Que hubiera poca cola, sin embargo, no evitó que pasaran unos cuantos minutos oyendo los gritos de los que entraban antes que ellos.

Turney se aferró al brazo de Octavius mientras este tiraba de él hacia otra habitación. Si no se equivocaba… era la biblioteca. Al principio estaba completamente a oscuras. Luego, pequeñas esferas de luz empezaron a elevarse del suelo a medida que avanzaban. Dio un salto cuando los libros comenzaron a brillar y a salir disparados de las estanterías como si estuvieran poseídos o fantasmas los movieran. Algunos se abrían de golpe y de ellos salían gritos. Turney temblaba, intentando no salir corriendo mientras seguían avanzando.

Octavius, por su parte, seguía arrastrándolo entre las estanterías sin inmutarse.

Al salir de una fila, los ojos de Turney se abrieron de par en par al ver a tres perros salvajes con dientes de tiburón. Gruñendo, comenzaron a ladrar con un sonido aterrador. Las criaturas brillaban con un tono azul fantasmagórico y eran ligeramente translúcidas. Un anciano sujetaba sus correas. Estaba gritando, furioso, palabras ininteligibles. Su piel parecía pelarse, como si estuviera hecha de papel. Su cuerpo era huesudo, con extremidades que parecían a punto de quebrarse.

Cuando los cuatro se lanzaron de repente hacia ellos, Turney soltó un grito de terror, su cuerpo entrando en modo zombi completo al ser sobrepasado por el miedo. Salió corriendo, arrastrando consigo a un Octavius que reía a carcajadas mientras atravesaban a toda prisa el resto de la biblioteca, con los terroríficos cuatro pisándoles los talones hasta que cruzaron la puerta.

Al cruzar el umbral, la puerta se cerró con un fuerte estruendo detrás de ellos. Turney jadeó, desplomándose contra la pared del pasillo con alivio. El corazón le latía a mil por hora, mientras su loco y desquiciado novio seguía riendo.

—Joder… ¡¿cómo puedes disfrutar de esto?! —Turney se limpió el sudor de la frente. Sabía que, como zombi, ya no debería sudar, pero joder, aún no había averiguado cómo evitarlo.

—Ooh, vamos, ¡es divertido! —se rio Octavius.

Le lanzó una mirada fulminante al vampiro.

—Divertido, mi trasero. Sabía que ese hombre era humano, y aun así me asusté —Turney suspiró.

Octavius le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ya, ya, mi conejito zombi. Estás a salvo.

Las palabras del vampiro no tenían ni una pizca de sinceridad.

—No te creo.

El otro suspiró.

—Te prometo que nada aquí te matará. Ah, por cierto, los humanos que trabajan aquí saben sobre nosotros. Así que no te preocupes de si lo descubren o no por tu transformación de antes. Avisé a la compañía de que eres nuevo, y que los humanos no deben

deambular solos. Deberías estar seguro, vayas donde vayas. Pero aun así, no te separes de mí, ¿vale? No es que pensara dejarte solo aquí igualmente —terminó con una risita.

Turney entrecerró los ojos.

—¿Por qué suena como que el hecho de no dejarme solo no tiene nada que ver con mi seguridad, y sí mucho con tu entretenimiento personal?

Los ojos de Octavius se abrieron más antes de apartar la mirada.

—¿Qué quieres decir, querido Turney? ¡Obviamente es por motivos de seguridad! ¿Cómo puedes acusarme de algo tan terrible?

—Eres un mentiroso horrible.

Octavius se sorbió la nariz.

—Me duele que pienses que te mentiría.

—Pero si eres un mentiroso.

El vampiro frunció los labios un momento antes de que una sonrisa malvada se le escapara.

—Bueno… si eso es lo que piensas de mí, entonces… ¡no me contendré! —El agarre del vampiro en su brazo se hizo más fuerte.

Turney abrió los ojos como platos.

—Espera…

—¡A LA SIGUIENTE HABITACIÓN! —gritó Octavius dramáticamente.

Mientras lo arrastraban hacia delante, el miedo y el horror invadieron a Turney. ¿Por qué su novio tenía que estar obsesionado con Halloween?



CORMAC SONRIÓ con picardía mientras miraba al apetecible vampiro junto a él.

—¿Sueles navegar por estos mares, pirata? ¿Necesitas a alguien que te suba las velas? ¿Te friegue la cubierta? ¿Juegue con tu… mástil? —Parpadeó con coquetería tras lanzar una mirada insinuante hacia su entrepierna.

Era la primera vez que llevaba pestañas postizas, y tenía que admitir que lo hacían sentirse bastante poderoso.

Henry suspiró y miró lentamente hacia él

—Eso ha sido penoso, incluso viniendo de ti, cachorro.

—Oh, venga ya —se quejó Cormac—. Iba acorde con el tema. ¿No me da eso al menos un par de puntos?

El vampiro lo miró fijamente durante unos segundos antes de soltar:

—No.

Cormac se rio.

—Eres tan lindo.

Henry parpadeó varias veces, sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—Eres muy raro —replicó con brusquedad el vampiro antes de cruzarse de brazos y darle la espalda.

Cormac sonrió aún más. Tenía muchas ganas de tocarle sus mejillas. Se le ponían rojas con tanta facilidad. Aunque probablemente acabaría siendo golpeado hasta la muerte si lo intentaba. ¿Valía la pena? Tal vez…

De todos modos, pronto tendría ocasión de acariciar esas mejillas… y otras cosas. Aunque tendría que portarse bien.

Cormac tenía la sensación de que Henry estaba algo nervioso por la actuación. También estaba bastante seguro de que Octavius lo había engañado de alguna manera para que aceptara. No se aprovecharía de eso, aunque iba a disfrutar muchísimo del resultado de dicho engaño.



THEO INTENTABA CALMAR su pulso acelerado presionando la espalda contra la pared, pero las alas le impedían apoyarse del todo. Así que no estaba funcionando. Ni siquiera los ronroneos constantes de Sprinkle ni que se frotara contra su pecho lograban tranquilizarlo.

Tenía que salir de allí…

No… estaba bien. Estaría bien.

Theo inhaló y exhaló profundamente de nuevo, intentando ignorar la abrumadora cantidad de olores que lo rodeaban. Cerró los ojos, alejando de sí todo el ruido que saturaba su visión.

Capítulo Once



A Través Del Bosque Embrujado

Las hojas y ramitas crujían bajo sus pies mientras recorrían el sendero que unía las mansiones de Octavius y Scarlett. El camino tenía unos cuatro metros de ancho, y los árboles desnudos a ambos lados estaban llenos de farolillos y telarañas. Algunas de las sombras proyectadas… no parecían naturales. Las formas retorcidas se asemejaban a garras a punto de salir disparadas para arrastrarlo al bosque.

Turney se sobresaltó, conteniendo apenas un grito cuando la ilusión fantasmal de una mujer con un vestido de novia ensangrentado y ojos rojos brillantes voló desde un árbol cercano y se lanzó contra él con un alarido de muerte. Su corazón parecía latir a una velocidad permanentemente elevada en ese momento. Octavius soltó una risita burlona a su lado.

¡¿Por qué, por qué, su novio tenía que estar obsesionado con Halloween?! ¡¿Por qué?!

—Estás disfrutando demasiado de esto… ¡JODER! —dijo con un suspiro que terminó en un grito cuando un humano disfrazado de payaso asesino saltó de entre las sombras a su derecha.

¡¿De dónde mierda había salido ese imbécil?!

Octavius estalló en carcajadas.

Le tapó la boca al vampiro con ambas manos, fulminándolo con la mirada.

—¡Cállate, murciélago malvado!



OCTAVIUS SONREÍA DETRÁS de las manos del zombi. Su conejito era tan lindo, todo asustado y gruñón. Bajando las manos de Turney, le dio un besito en los labios.

—Shh, tranquilo. No es real. Nada de esto es real. Una vez que entiendes eso, ya no hay de qué tener miedo.

El zombi simplemente le dirigió una mirada aún más dura.

—Saber que no es real no elimina el factor del miedo.

—Mmm, extraño… A mí sí me lo quita.

—Sí, pero tú no eres normal.

Y no lo era. Pero ser normal era aburrido, así que ¿por qué iba a quererlo?

Él murmuró:

—Nunca dije que lo fuera.

—Aunque supongo que yo tampoco lo soy… porque creo que todo esto me da más miedo que las veces en que estuve realmente en peligro. Uno pensaría que enfrentarse a almas corruptas y wendigos sería peor. Pero al parecer, mi cerebro puede mantenerse más sereno ante un peligro real que ante algo que sé que es falso…

Octavius ladeó la cabeza.

—Mmm, pensándolo bien… estabas asustado, pero a mí siempre me pareció que tenías más enfado que miedo. ¿Tal vez tu cerebro sabe que no tienes tiempo de entrar en pánico cuando estás ante un peligro real?

—Puede ser…

—Es algo en lo que pensar más tarde, mi preciosa estatua. ¡Vamos! —Tiró de Turney para seguir por el sendero.

Su conejito zombi daba saltos con casi cada susto. Era… taaan divertido.

Al acercarse a una curva en el camino, entraron en un tramo breve de oscuridad y niebla. Al girar, el cielo se iluminó con calabazas talladas de todas las formas y tamaños colgando de las ramas desnudas de los árboles. Octavius lo había visto de día, y ya entonces era impresionante, pero de noche… aquello era hermoso.

—Vaya… son muchas calabazas —murmuró Turney asombrado. Su mirada seguía fija en los árboles mientras caminaban.

—Creo que en total son unas quinientas.

La cabeza del zombi se giró hacia él de inmediato, con los ojos muy abiertos.

—¡¿Quinientas?!

—Bueno, quinientas aquí. Hay más repartidas por la casa. Es una pena que no venga nadie a hacer lo de truco o trato por aquí. Estoy seguro de que se lo pasarían genial caminando por el bosque y recibiendo dulces de distintos actores disfrazados. Podrían empezar por mi casa y atravesar el bosque hasta la de Scarlett… ¡sería divertidísimo!

Aunque la idea de los dulces era dolorosa… la de repartirlos a los niños le sonaba muy divertida, como algo que disfrutaría mucho.

—Quiero decir, siempre puedes hacer publicidad y vender entradas. La gente pagaría por este tipo de cosas. Aunque tendrías que quitar los hechizos. Son demasiado realistas como para que los humanos no empiecen a hacer preguntas.

Eh, Turney tenía razón. Los disfraces y las decoraciones reales no serían un problema, pero los hechizos… eso seguramente le traería problemas con los segadores. Aunque, dependiendo de la edad de los niños, quizá tendría que organizar varias jornadas por edades y cambiar a los actores y los disfraces. No sería bueno traumatizar a algún niño…

Pero oh, qué gran idea: ¡un recorrido embrujado de Halloween con caramelos! ¡Al menos alguien tendría caramelos, aunque no fuera él!

—No necesito vender entradas porque no necesito el dinero. Pero quizá podría organizar varios recorridos embrujados con caramelos para niños —dijo Octavius con un tarareo alegre, antes de añadir rápidamente—: Aunque no sería en Halloween, claro. Ese día es para mi fiesta. Pero quizá unos días antes. Y así podría volver a añadir los hechizos cuando se fueran los niños.

—Puede ser… ¿Por qué están en los árboles?

Octavius parpadeó varias veces, confundido.

—¿El qué están en los árboles?

—¿Las calabazas, Octavius? —se rio Turney—. ¿Por qué están las calabazas en los árboles?

—La razón es simple. ¡Porque quedan geniales ahí arriba! —Observó las calabazas talladas; con solo mirarlas se le dibujaba una sonrisa.

—Claro… qué tonto de mi parte no darme cuenta. ¿No son un riesgo de incendio?

Octavius se rio.

—No te preocupes, son velas muy brillantes y elegantes pero falsas. No hay velas de verdad dentro. El parpadeo te engañó, ¿verdad?

—Un poco. Es bueno saber que no vas a prender fuego al bosque por accidente.

Sí, bueno, ya había pasado por eso. Octavius había aprendido la lección. Velas en los árboles, jamás. Cruzaron otra curva y la casa de

Scarlett apareció ante ellos.

Turney soltó un grito ahogado.

—¿De dónde has sacado el tiempo? Esto no estaba decorado cuando me fui hace como cuatro horas.

Octavius sonrió radiante mientras se acercaban a la casa.

—Tengo mis métodos —respondió con una risita.

Había calabazas talladas flanqueando el camino hasta la puerta principal de Scarlett, subiendo por ambos tramos de escaleras. Había telarañas cubriendo las calabazas. Bueno, prácticamente todo estaba cubierto de telarañas. Colgaban del tejado, con intrincados diseños, y lo envolvían por completo. Gigantes arañas negras, junto con otras de diversos tamaños, estaban colocadas por todas partes, con luces bajo las telarañas para iluminarlas. Los arbustos también estaban cubiertos de telarañas y guirnaldas de luces.

En la parte baja de la casa había siluetas de un bosque muerto, con ojos brillantes asomando entre las ramas. Delante de los árboles de vinilo había árboles falsos físicos, creando un mini bosque a cada lado de la casa. Estos también estaban cubiertos de telarañas. En las ventanas visibles del piso superior parecía que los cristales estaban rotos. Y en el balcón cubierto central había una masa de telarañas, con una araña aún más grande que todas las demás asomando por una de las ventanas. Esa araña se movía, como si estuviera envolviendo un cadáver en su red.

Fue sin duda alguna obra del trabajo duro… y del dinero. No demasiado, pero probablemente mucho según los estándares de Turney.

Turney arqueó una ceja y preguntó:

—¿Esos métodos tuyos implican magia o dinero?

Octavius resopló.

—No puedo revelar mis secretos. Ahora volvamos. No podemos perdernos el espectáculo. ¡Podremos explorar la casa de Scarlett más tarde!

Turney suspiró.

—¿Por qué hemos pasado por todo eso solo para ahora volver?

Él sonrió.

—¡Porque es divertido!

—¡¿Para quién?!

—¡Vamos! —Tiró del zombi y se echó a reír mientras lo arrastraba de vuelta por el mismo camino por el que acababan de venir.

MIN-JI GIRABA a Scarlett al ritmo de una canción de terror para bailar. No sabía de quién era, pero era la primera vez que la escuchaba.

Cuando Scarlett volvió a tensarse en sus brazos, Min-ji no pudo evitar preguntar:

—¿Pasa algo?

La zombi suspiró.

—Turney…

Frunció el ceño al oírlo.

—¿Turney?

—Mi pobre neófito está sufriendo por culpa de lo que Octavius considera divertido. No dejo de sentir sus sobresaltos.

Min-ji se rio.

—Teniendo en cuenta que he visto casi todas las habitaciones, te sugiero que cortes la conexión por ahora. O vas a estar así toda la noche.

Ella suspiró.

—Quería vigilarlo por el tema de los humanos.

Min-ji la hizo girar, y luego la atrajo contra su cuerpo y le dio un beso en la frente.

—Estará bien. Turney se ha adaptado muy bien al cambio. Dudo mucho que ataque a nadie.

—Se ha adaptado muy bien, y ha logrado un control que algunos tardan meses en alcanzar… Tiene una capacidad notable para adaptarse incluso a las situaciones más absurdas —El tono de Scarlett tenía algo de orgullo—. Dicho esto… no han pasado ni dos meses desde su cambio. Preferiría que no lo llevaran al límite.

—Turney estará bien, Scarlett. No hay forma de que Octavius lo deje deambular solo por ahí.

Scarlett frunció el ceño.

—Eso es lo que me preocupa.

Min-ji bufó y la hizo girar de nuevo, pero frunció el ceño al ver lo pálida que estaba la zombi. Más de lo normal, prácticamente blanca, lo cual parecía imposible dada su complexión habitual. ¿Se sentía realmente tan incómoda con el disfraz?

Atrayéndola de nuevo, le propuso:

—¿Y si salimos un momento y me cambio el disfraz contigo? Puede que sea más alta, pero debería quedarte bien igualmente.

Los ojos de Scarlett se agrandaron.

—¿De verdad lo harías? —sonaba emocionada ante la idea.

Min-ji sonrió.

—Por supuesto. Quiero que lo pases bien. Aunque esto claramente no es lo que ninguna de las dos considera divertido.

Scarlett frunció el ceño.

—Octavius se quejará si lo hacemos.

—Qué más da. Quiero que mi novia esté cómoda y feliz. Eso me importa más que los pucheros de Octavius.

Las mejillas de Scarlett se sonrojaron al oír la palabra, pero sonrió y dijo, algo vacilante:

—Podemos… escabullirnos después del espectáculo. Octavius estará distraído.

Min-ji frunció el ceño.

—¿Por qué no ahora? No creo que esté en la sala en este momento.

Scarlett rio.

—Pero lo estará en cualquier momento. No se perderá el espectáculo que ha planeado a escondidas. Y sin duda me buscará antes de que empiece.

—Vale —aceptó Min-ji con una sonrisa—. Después.

Capítulo Doce



Un Espectáculo Y Un Beso

Octavius sonrió radiante al llegar a la cima de la colina falsa, que en realidad era un tanque de agua cubierto con tierra, césped artificial, arena y una estructura de madera por debajo. Su adorable estatua de piedra lo esperaba abajo. Al otro lado de la colina, fuera de la vista del público, había una escalera por donde subían los actores para aparecer en escena. Henry y un grupo de otros actores esperaban allí.

¡Era hora de que comenzara el espectáculo! Ay, no podía esperar a verlo. Con un gesto de mano, hizo que se apagara la música. Cuando la música fue apagándose, dirigió la mirada a la multitud, y su sonrisa se ensanchó al ver a Scarlett y Min-ji. Les guiñó un ojo, y se echó a reír suavemente cuando Scarlett puso los ojos en blanco.

Al seguir recorriendo el público con la mirada, frunció el ceño al divisar a Theo en una esquina con Sprinkle… ¿Estaría bien el lobo? Tal vez mandaría a alguien a comprobarlo después. O iría él mismo… después…

Cuando los focos, que imitaban la luz del sol, iluminaron el escenario, dejó a un lado ese pensamiento y volvió a sonreír con entusiasmo al público, que ahora podía verlo claramente. Aunque siendo todos paranormales, probablemente ya lo veían bien antes… como fuera.

Se aclaró la garganta y habló en voz alta, con ayuda del micrófono:

—Damas, caballeros y criaturas de todo tipo, ha llegado el momento de buscar el lugar perfecto y poner la mirada aquí arriba. ¡En breves momentos, podréis deleitaros con una historia de seducción y muerte!

Tras decir su parte, bajó de la colina, agarró a Turney en cuanto lo alcanzó, y retrocedió con el resto del público para tener una mejor vista del espectáculo.



HENRY INHALÓ PROFUNDAMENTE y subió por las escaleras, deteniéndose cerca de la cima, justo fuera del campo de visión del público. El único que podía verlo era Cormac.

El hombre lobo estaba sentado sin camiseta, su piel morena cubierta de gotas de agua que le resbalaban. El lobo era muy musculoso, no pudo evitar notarlo. Llevaba, por supuesto, la cola de sirena roja, y unas aletas pequeñas y realistas adheridas a los antebrazos, del mismo color que la cola. Unos brazaletes plateados rodeaban sus gruesos bíceps, y sus orejas puntiagudas estaban decoradas con todo tipo de pendientes, algunos largos. Su rostro estaba adornado con escamas y un maquillaje de ojos bien trabajado que era una mezcla de negro, rojo y plateado. Las pestañas negras y frondosas hacían que sus llamativos ojos ámbar parecieran aún más grandes. La peluca que llevaba… dejaba claro que ese disfraz nunca había estado pensado para Henry. Tenía trenzas africanas medianas que caían hasta su cintura, pasando del negro al rojo en un efecto degradado.

Henry se tensó cuando la música comenzó… Era la hora.

Cormac empezó a cantar. Bueno, hacía playback. Aunque la voz era masculina y muy bella, seductora… hipnótica, incluso, no era realmente la suya. Aun así, Henry estaba bastante impresionado por lo bien que lo fingía.

Esperó hasta que la canción alcanzó su punto álgido, y entonces subió los últimos peldaños, apareciendo como el pirata seducido por el «*siren*». Qué… poco original.

Henry salió a escena en la colina con la mirada fija en Cormac. Fingiendo estar en trance, siguió el canto del *siren* hasta la orilla. Justo al llegar, otros piratas irrumpieron desde el otro lado de la colina. La música se volvió dramática mientras atacaban e intentaban capturar al *siren*. Algunos intentaban arrastrar a Henry, como si quisieran romper el hechizo.

Pero, tal como dictaba el cursi guion de Octavius, en vez de despertar, atacó a sus propios compañeros. Desenvainó su espada

falsa y los enfrentó a todos. «Luchó» hasta un amargo final para proteger a la criatura que le había «arrebatado» la mente.

Y, como no ocurre en la vida real cuando un humano lucha contra tantos oponentes —porque el guion era ridículo—, por supuesto logra derrotarlos a todos… a los quince. Aunque no sin heridas; «tampoco podía ser tan poco creíble», pensó poniendo los ojos en blanco en su mente.

Henry soltó un grito de dolor falso justo cuando la bolsa de sangre en su costado se reventó, dando la ilusión de una «herida» mientras caía al suelo. Pero había «ganado», y los demás estaban «muertos».

Apoyándose en sus rodillas y manos, se arrastró «desesperadamente» hacia el agua.

Con los ojos clavados en Cormac, trató de fingir emociones y dolor.

—¡Vete, vete, vendrán más! —gritó.

Los ojos del «*siren*» se llenaron de tristeza mientras nadaba hacia la orilla. Al llegar, el *siren* lo tomó en brazos y lo metió en el agua. Henry hizo lo posible por no reaccionar ante el contacto. Fue un poco desconcertante ver lo bien que encajaba en los brazos del lobo.

Se tensó cuando Cormac le acarició la mejilla con una mano. Al encontrarse con la mirada del lobo, los ojos de Henry se agrandaron al ver la calidez que brillaba en las pupilas ámbar de Cormac. Cuando los labios del lobo se encontraron con los suyos, aunque ya sabía que sucedería, no pudo evitar soltar un ruidito de sorpresa, sonrojándose. Su corazón empezó a latir más rápido, presa del pánico, mientras Cormac lo arrastraba bajo el agua. Su cuerpo empezó a calentarse en lugares que no debería y en los que no lo hacía desde hacía mucho tiempo.

Quizá… ¿no había sido solo un beso?



OCTAVIUS OBSERVABA, dando saltitos mientras los dos intérpretes nadaban bajo el agua. Se sumergían más y más profundo, con los labios aún pegados, el cabello flotando a su alrededor, hasta que de repente una gran nube de sangre los ocultó a ambos. Las luces sobre la colina y la piscina se apagaron, y todo el mundo aplaudió mientras la música de baile comenzaba de nuevo.

Octavius se rio y se inclinó hacia Turney.

—Bueno, ¡¿no ha sido un espectáculo maravilloso?!

Turney resopló.

—Estoy seguro de que Cormac está muy contento. Aunque no fue exactamente un show de Halloween, ¿verdad?

Él sonrió, intentando no delatar su artimaña.

—Sí, bueno… no todos los espectáculos tienen que ser completamente de Halloween solo porque sea una fiesta de Halloween. Disfrazarse y montar un show ya es suficiente «Halloweenesco», ¿no crees? De todas formas, ¡vamos, mi estatua! ¡Vamos a verlos!

—Guia el camino, mi demonio cabeza de serpiente.

Subieron la colina justo cuando Henry y Cormac emergían del agua. Henry se levantó y se sentó en el borde de la piscina, con el rostro sonrojado y los ojos ligeramente más abiertos.

Cormac hizo lo mismo, sentado con su cola. El hombre lobo parecía muy feliz.

—Menudo espectáculo habéis dado —dijo Turney riendo.

—Eh, no he hecho nada fuera de guion. Puede que esa espada de Henry sea falsa, pero estoy seguro de que me la ensartaría si pudiera —respondió Cormac con picardía.

Henry carraspeó, pero no respondió, lo cual era extraño…

Je, je, ¡¿había funcionado su plan?! ¡¿Finalmente Henry había empezado a darse cuenta de que tal vez no estaba tan desinteresado como decía?! Octavius miró a su vástago, intentando captar las emociones a través de su vínculo. Inclinó la cabeza ante la confusión que percibió. ¿Significaba eso que Henry sentía algo?

Octavius supuso que la confusión tenía sentido, considerando el historial amoroso de Henry. Según sabía, Henry solo había estado con mujeres… y no había mostrado interés por hombres antes. Además, Henry no había estado con nadie desde la muerte de su esposa, muchos años atrás. Tal vez hablaría con él sobre eso después… si se acordaba. De cualquier forma, estaba progresando. ¡Progresando bien!

—Entonces, ¿cómo se siente tener cola, señor Sirena? —preguntó Turney con un brillo juguetón en los ojos—. Buena peluca, por cierto.

—Si recuerdas, en algunas formas sí tengo cola. Y sobre la peluca… —Cormac se lanzó un mechón mojado de sus trenzas por el hombro con un «jum»—. Solo tienes envidia de que me quede tan bien. En fin, deberíamos secarnos y cambiarnos. —Cormac miró a Henry—. La ropa mojada no es cómoda.

Henry le devolvió la mirada todavía con las mejillas sonrojadas. Carraspeó otra vez y se incorporó, pero en lugar de ponerse de pie del todo, se quedó de cuclillas y se acercó a Cormac.

—Vamos, te llevaré a la gruta para que te cambies. Como dijiste, la ropa mojada es muy incómoda.

Sonrió de lado al ver cómo Henry levantaba a Cormac y lo acomodaba en la gruta. Octavius soltó un gruñido de sorpresa cuando un codo le dio en el estómago. Fulminó con la mirada a Turney, quien hizo lo mismo.

—No eres tan astuto como crees —dijo el zombi con un bufido exasperado.

—No sé de qué hablas —respondió él con una sonrisa inocente.

¡Octavius era inocente! ¡Absolutamente inocente! ¿Que lo había tramado un poco? ¡Bueno, eso no lo hacía culpable de nada! ¡Esto era por el bien de Henry! ¿Tan malo era que, ahora que él había encontrado el amor, quisiera que sus adorables vástagos lo encontraran también? Una vez que terminara con Henry… bueno, ¡entonces empezaría con los otros seis! ¡Seguro que estarían contentos con su intromisión!

¡¿Oh, y si le daban unos pequeñitos nietos vástagos?! ¡Sería un «biscreador»! Nuevo objetivo: ¡CONVERTIRSE EN «BISCREADOR»!

Turney arqueó una ceja y sus ojos se desviaron hacia algo detrás de Octavius. Frunció el ceño al detectar un aroma largo… familiar. Rosas, rosas rugosas.

Dándose la vuelta, siseó al ver a la mujer que estaba a unos metros de él, en la colina, junto a Eshla.

—Catalina…

Capítulo Trece



Catalina

Los ojos de Turney se abrieron de par en par al oír el nombre. ¿Catalina? ¿La ex amiga Catalina? ¿Esa Catalina?

Miró con más atención a la mujer que estaba junto a Eshla, con más interés del que había tenido al verla por primera vez. Catalina era bajita, de apenas metro cincuenta, con curvas, una melena rizada castaña que le llegaba a la cintura y enmarcaba libremente su rostro de rasgos delicadamente afilados. Tenía la piel bronceada, los ojos de un marrón profundo, y los labios en forma de corazón. Mientras que Eshla parecía una funambulista, la bruja iba vestida como la directora de un circo.

¿Así que esta era… Catalina? Era preciosa.

Miró a Octavius, y luego de nuevo a la mujer, cuyos ojos estaban clavados en el vampiro.

Turney se acercó a toda prisa al lado del vampiro.

—Eh, ¡hola! —dijo con torpeza—. Yo soy, eh, el novio de Octavius.

Catalina lo miró, pero no dijo nada. Él buscó la mirada de Eshla, y ella le señaló a Octavius con los ojos, como si eso significara algo para él.

—Bueno, esto es un poco incómodo —dijo Turney con una risa nerviosa—. Supongo que querréis hablar, ¿no? ¿Por qué no vamos a una habitación vacía, mejor?

Catalina esbozó una sonrisa tensa.

—Me encantaría.

Octavius se quedó en silencio unos segundos antes de suspirar y decir:

—Está bien.



OCTAVIUS SE CRUZÓ de brazos y se quedó mirando a la bruja, a la cual no había visto en muchos años. Lamentablemente, había dejado que Turney lo arrastrara hasta una habitación que no había decorado. Así que ahora él y Catalina estaban allí, en un tenso cara a cara, mientras Turney y Eshla estaban sentados en un sofá, observándolos. Era incomodísimo. De una incomodidad propia de una amistad rota por una traición. No es que él hubiera experimentado muchas como esa… Bueno, está bien, tal vez sí. ¡¿Acaso era culpa suya que algunos de sus amigos fueran tan dramáticos?!

Octavius frunció los labios antes de decir:

—Has vuelto pronto.

—El trabajo terminó antes de lo previsto —Catalina mostró esa pequeña sonrisa familiar al decirlo. Era algo que antes alegraba a Octavius y le hacía sonreír también, pero ahora solo le irritaba por los recuerdos que traía consigo.

—Ya veo —respondió con rigidez.

La sonrisa desapareció y ella hizo una mueca, quedándose en silencio unos segundos antes de soltar de repente:

—Te he echado de menos.

Las palabras le apuñalaron el corazón… Se mordió el labio inferior y dudó antes de decir:

—¿Ah, sí? La última vez que te vi dijiste que no querías volver a verme nunca más.

Ella suspiró.

—Sé lo que dije, y me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca. Solo que no sabía cómo retirarlas.

Octavius resopló.

—Quemaste mi colección de ositos de peluche al día siguiente.

Catalina hizo una mueca.

—Vale, puede que me arrepintiera como una semana después. Sabes lo terca que soy.

—Eso es quedarse corto.

Ella se encogió de hombros y esa pequeña sonrisa volvió a aparecer.

—Sí, bueno, terca o no, lo cierto es que me arrepentí. Fue una pelea estúpida. E hice algo que no debía. No tenía sentido acabar con una amistad de quinientos años por un pez al que ni siquiera conocía. Y lo siento… por Bubbles, quiero decir. Lo tuviste desde que era un bebé, y aunque en términos de paranormales eso no sea mucho… sé que lo querías mucho.

Octavius empezó a hacer pucheros cuando los recuerdos de su adorable Bubbles empezaron a llenar su cabeza. Cómo nadaba… Cómo subía a la superficie para verlo… Cómo le daba besitos en la mano.

—Lo quería mucho —dijo con un sollozo.

—Lo sé.

Él suspiró y admitió a regañadientes:

—Sé que tú también querías a esa maldita manta de espina moteada, aunque apenas lo conocieras. Así que siento que muriera también.

Catalina soltó una risita.

—¿Sigues llamándolo así?

—Bueno, atacó a Bubbles, ¿cómo se supone que debería llamarlo? —gruñó Octavius.

—Técnicamente, los diablos no son malvados —señaló ella.

Él resopló.

—Son neutrales, pero bien sabes que les gusta más inclinarse hacia el mal que hacia el bien.

—Cierto —admitió ella con una risita, antes de soltar un suave suspiro y decir—: Dicho esto, de verdad que lo siento… y si puedes encontrar dentro de ti la manera de perdonarme… ¿podríamos empezar de nuevo? ¿Volver a ser amigos? Echo de menos a mi amigo. Te echo de menos, Octavius.

Los ojos de Octavius se llenaron de lágrimas, el labio inferior le temblaba mientras los recuerdos de los buenos tiempos, antes de la pelea, regresaban de golpe. Ellos corriendo por ahí asustando aldeanos con fantasmas falsos… Inventando rumores de monstruos y extendiéndolos solo para ver si se los creían… Aquella vez que volvieron loco poco a poco a un humano imbécil colocándole pegatinas hechizadas que susurraban tonterías a todas horas a su alrededor… ¡Habían hecho tantas cosas divertidas y geniales juntos!

—No solo quería a Bubbles… También te quería a ti —dijo con la voz rota, antes de echarse a llorar y lanzarse a sus brazos—. ¡También echo de menos a mi amiga!

Ella lo abrazó de vuelta, riendo con alegría. El abrazo fue un poco torpe por culpa de la corona de él.

Cuando se separaron, los dos sonreían. Pero entonces la sonrisa de ella se iluminó aún más.

—¡Ah, tengo una sorpresa para ti! —dijo Catalina, sacando el móvil del bolsillo de su chaqueta de directora de circo que le llegaba hasta los tobillos. Tecleó un momento y luego le mostró una foto.

Él la miró, con los ojos cada vez más abiertos al darse cuenta de lo que estaba viendo. Era una foto de un pez globo espinoso… solo que este tenía unos colores extraños. La mayor parte de su cuerpo era de un turquesa brillante, con marcas azul oscuro en la cabeza y motas doradas. Era un bebé, se notaba… y tenía una pequeña sonrisa en la cara.

—¿Qué…? —preguntó, confundido… pero con un atisbo de esperanza.

—Este es Bubby, tu nuevo pez globo espinoso feérico —dijo Catalina con una sonrisa, antes de añadir rápido—: Si lo quieres, claro.

—¡LO QUIERO! —gritó Octavius, con la emoción desbordándole.

—Espera, ¡¿qué?! —exclamó Turney.

Ignoró por completo a su conejito zombi porque tenía demasiadas preguntas. Además, no sabía por qué Turney se emocionaba tanto. El pez era de Octavius.

—Espera —frunció el ceño—. ¿Feérico? ¡Pero no crean peces feéricos!

—No lo hacían. Pero la Diosa de las criaturas feéricas ha decidido crear y permitir la creación de algunas razas específicas. Me enteré de la noticia gracias a mi trabajo con los segadores. Y tras hacer algunas averiguaciones y cobrar unos cuantos favores, conseguí este pequeñín, solo para ti. Debería llegar a Estados Unidos dentro de un mes, así que podrás tenerlo poco después. Sé que no puede reemplazar a Bubbles, ¿pero tal vez pueda hacerse un hueco propio en tu corazón?

—¡SÍ, SÍ! —se lanzó a sus brazos otra vez—. ¡Gracias! ¡Gracias!

Catalina rio mientras lo abrazaba de nuevo. Su aroma lo envolvió y sintió que algo roto dentro de él se recomponía. Como si por fin hubiera recuperado algo que había perdido.



TURNEY MIRABA a Octavius mientras regresaban por los pasillos a la fiesta. El vampiro tenía los ojos pegados al móvil… más concretamente en la foto de su nuevo pez, Bubby.

—¿Y qué pasa con Sprinkle? Es una gata, por si lo has olvidado —insistió.

No era que no quisiera que Octavius tuviera a Bubby, pero podía ver claramente todos los problemas que eso traería. Sprinkle era

adorable y obediente. Pero seguía siendo una gata, y una muy lista además. Y una que malcriaban y a la que rara vez le decían que no… Turney no estaba seguro de cómo reaccionaría ante un pez en casa. Aunque suponía… que Octavius podría dejar a Bubby en casa de Scarlett por ahora, ya que era allí donde estaban viviendo ahora.

Octavius cerró el móvil de golpe y lo guardó en un bolsillo sorprendentemente bien escondido en una de las solapas de su falda de cuero. El vampiro lo miró, con expresión calculadora.

—Tranquilo, Sprinkle no molestará a otra mascota feérica. Si Bubby fuera un pez normal… probablemente habría intentado comérselo. Pero como no lo es, no lo hará. Tiene que ver con el código en su ADN.

—¿Su ADN?

—¿Recuerdas cómo era la tienda?

—¿La tienda? —frunció el ceño, intentando hacer memoria.

—Era todo abierto. Los depredadores no estaban separados de lo que se consideraría su presa. ¿Recuerdas?

El vampiro tenía razón, no lo estaban, ¿no? A Turney le pareció extraño no haberlo cuestionado en su momento. Aunque claro, entonces había estado ocupado intentando no mirar… y luego en Sprinkle, porque era muy linda. Después vino todo lo de Octavius firmando un contrato sin mirar, además del precio desorbitado por un gatito diminuto.

—Tienes razón… no lo estaban. Todos estaban como conviviendo cerca unos de otros. Algunos incluso compartían espacio.

—Exacto, pues algo en su ADN les impide atacar a otras mascotas feéricas. Por eso pueden estar juntas sin preocuparse de que se maten y se devoren entre ellas. Así que Sprinkle no le hará daño a Bubby, aunque sea un pez —terminó de explicar Octavius con una sonrisa radiante y esperanzada.

Turney miró esa sonrisa y pensó en todos los argumentos que podía lanzar en contra de que Octavius tuviera otra mascota… Incluso pensó en los problemas que eso podría causarle al pobre Henry, pero al final llegó a una conclusión… Definitivamente, Turney no ganaría esa discusión. ¿Entonces para qué discutir?

Además, había visto el anhelo en los ojos del vampiro al mirar al pez… y al fin y al cabo era un pez, no parecía que fuese a dar muchos problemas. Es decir, todo lo que haría sería nadar en su pecera, ¿no? Nada grave. Además… Octavius parecía echar mucho de menos a Bubbles…

—No voy a discutirlo —dijo con un suspiro—. Porque dudo que ganara aunque lo intentara, ¿pero al menos puedo preguntar… tener a Bubby te hará feliz?

Octavius le sonrió de oreja a oreja y empezó a asentir con entusiasmo.

—¡Sí!

Turney sonrió de lado.

—Entonces supongo que enhorabuena por tu nuevo pez y por recuperar una vieja amistad.

Octavius soltó una risita y le rodeó la cintura con un brazo, acercándolo a él.

—Ese es mi maravilloso novio —le dio una palmadita en la mejilla.

Turney entrecerró los ojos y lo empujó contra la pared.

—Ni se te ocurra pensar que me tienes domesticado, señorito. No protesto solo porque sé lo triste que estabas por Bubbles. Solo por eso. Además, el pez globo es adorable y, en teoría, no da mucho trabajo, por ser un pez y eso.

Al menos… él creía que no daba mucho trabajo… Nunca había tenido un pez…

Octavius rio y le dio un beso rápido en los labios.

—Tranquilo. Sé perfectamente que con solo mencionar la purpurina tu protesta será inmediata y feroz.

Turney resopló.

—Malcriado. —Y le devolvió el beso.

Octavius echó la cabeza hacia atrás riendo.

—Pero aun así me quieres.

Suspiró.

—Sí, sí, estoy enamorado, y ahora atrapado en tu locura.

—La locura es divertida, je, je —dijo el vampiro con una risita—. Hablando de diversión… Aún tenemos un poco de tiempo antes de que los vástagos se reúnan en el punto de encuentro. ¿Y si nos divertimos un poco mientras tanto? —Octavius subió y bajó una ceja.

Turney hizo una mueca. La idea de encontrarse con todos los vástagos de Octavius a la vez le provocaba una extraña sensación de miedo.

—¿Hay un punto de encuentro?

—¡Nada de qué preocuparse! —canturreó Octavius.

Soltó un grito cuando el otro lo agarró y lo arrastró hacia una puerta, para luego meterlo en una habitación oscura.

La luz parpadeó al encenderse y parecía un dormitorio normal. Turney soltó una risa de sorpresa cuando Octavius lo lanzó sobre la cama.

—¡Ven, mi estatua! Dame tu palo, tu roca, tu vara de piedra.

Estalló en carcajadas.

—Octavius, eso ha sido horrible. Y… ¿la pintura corporal no arruinará las sábanas?

Aunque no se había emborrado nada durante toda la noche, ni siquiera con el sudor ni con tanto contacto entre ellos. Lo cual era

curioso, porque Octavius también llevaba pintura, aunque se notaba más su tono natural de piel. Más allá de la pintura, era extraño que la purpurina que cubría todo su cuerpo siguiera intacta.

—Shhh —lo hizo callar el vampiro, subiéndose a la cama sobre Turney, arrodillándose encima de él—. Está bien. La pintura no se irá sin aceite. Además, shhhh, soy Medusa, y tú eres mi amante convertido en piedra.

—¿Así que debo quedarme aquí quieto y relajarme? —preguntó Turney arqueando una ceja—. Las estatuas no se mueven mucho.

—Sí, por desgracia, nuestras miradas se conectaron y quedaste ¡PETRIFICADO! —Octavius soltó la última palabra con dramatismo y fingido horror—. Así que ahora debo tomar placer de tu cuerpo frío y duro como una piedra.

—Eres tan raro.

—Sí, pero tengo lubricante —Octavius metió la mano en un bolsillo secreto de una de las muchas solapas de cuero de su falda y sacó un bote de lubricante.

—¿Cuánto llevas escondido ahí?

—Es un secreto —le guiñó un ojo el vampiro—. Ahora, ¡ponte como una estatua! —Octavius soltó una risita, sonriendo ampliamente mientras le subía la túnica a Turney. Y entonces su sonrisa se convirtió en una mueca—. ¡¿Cómo se te ocurre llevar bóxers?! ¡Arruinan el disfraz!

—No voy a andar por ahí con la polla al aire.

Octavius lo miró fijamente, con los ojos cada vez más abiertos. Turney se perdió tanto en ese azul océano que no vio la trampa. Dio un saltito de sorpresa cuando el malicioso vampiro le rasgó el bóxer en dos.

—¡¡¡MUCHO MEJOR!!! —canturreó Octavius a pleno pulmón.

—¡OCTAVIUS!

—Mmm, aunque… —El vampiro miró su polla con suspicacia. Su miembro, que se estaba endureciendo por el interés, empezó a desinflarse bajo esa mirada—, …no es del color correcto.

Turney soltó grito ahogado y se tapó con las manos.

—No me vas a pintar la entrepierna.

Octavius resopló, apartándole las manos.

—¡Solo era un comentario!

Le lanzó una mirada.

—No te creo…

—Si lo pintara, no podría hacer lo que quiero con él. ¡Así que no te preocupes! —canturreó Octavius mientras destapaba el bote de lubricante y echaba un poco sobre la polla de Turney.

—Qué bueno sab… ¡ah! —Sus palabras se cortaron en un gemido cuando el vampiro le envolvió el miembro medio duro y empezó a masturbarlo.

Embistió hacia arriba dentro del puño de Octavius.

—¡Nada de moverse, estatua! —se quejó el vampiro.

Turney soltó una risa.

—Vale, vale —se metió las manos bajo la cabeza y se quedó ahí tumbado, intentando no moverse…

Frunció el ceño al ver la sonrisa malvada que se dibujó en el rostro de Octavius, y lo vio deslizarse por su cuerpo hacia abajo. El vampiro se llevó la punta de su polla a la boca. Turney dejó escapar un gruñido. Ver a Octavius chupándosela mientras brillaba, ligeramente verdoso y con un montón de serpientes era raro, pero… muy excitante.

El impulso de meterse más profundo en su boca fue tan fuerte que se agarró a los barrotes de la esquina de la cama para no moverse. Esto iba a ser una tortura… Una tortura placentera, pero tortura al fin y al cabo.

Un quejido se le escapó de los labios, su polla dio un respingo cuando el vampiro metió la lengua en su hendidura. Octavius parecía encantado de provocarlo y succionarle la punta, pero sin llegar a metérsela entera en la boca.

—¡Octavius! ¡Por favor! —suplicó entre jadeos al cabo de muchos minutos.

Octavius soltó una risita ahogada, aún con la boca en él… e ignoró sus ruegos —el muy travieso—. Cerró los ojos, apretando con más fuerza los barrotes mientras el sudor le perlaba la frente. La tensión dentro de él no paraba de acumularse y aliviarse, una y otra vez. Su polla soltaba líquido preseminal mientras Octavius seguía torturándole la punta con la lengua y los labios.

Turney abrió los ojos de golpe al oír un sonido familiar. Al mirar hacia abajo, se relamió al ver los labios del vampiro cerrados en torno a su polla mientras, al mismo tiempo, se abría él mismo ahí abajo. Ese había sido el ruido que había escuchado: dedos hundiéndose en un agujero húmedo. Dios, cómo deseaba verlo.

—Date la vuelta —murmuró Turney, ronco.

Octavius se apartó de su polla.

—No —dijo con una risita jadeante. El vampiro dejó de prepararse y se arrastró por su cuerpo hacia arriba. La dura polla del vampiro asomaba por debajo de su falda de cuero.

Turney intentó no moverse mientras Octavius se aferraba a su polla y se alzaba sobre él. Se relamió, estremeciéndose al notar su húmedo y apretado agujero acoger la punta.

—Joder… —gimió con fuerza cuando el vampiro empujó hacia abajo y el glande de Turney pasó la entrada. Apretó más fuerte los barrotes de la cama.

Octavius soltó un gemido al deslizarse hasta el fondo.

—Ah, tan duro por mí, mi amante de piedra.

—Siempre —gruñó él.

—¡Mío! —jadeó Octavius, alzándose antes de dejarse caer de nuevo—. ¡Todo mío! —gimió el vampiro.

—Joder, ¡Octavius! —gritó Turney cuando el otro comenzó a cabalgarlo.

Acomodó su cadera, empujando hacia arriba la siguiente vez que Octavius bajó.

—¡Nada de moverse! —chilló el vampiro, sin reducir el ritmo ni un poco.

—Estás intentando matarme —gimió Turney.

Octavius echó la cabeza hacia atrás con una risa demasiado malvada.

—Has sido convertido en piedra. Estás muy lejos del punto en que deberías preocuparte por la muerte.

—Claro, qué tonto soy —Turney puso los ojos en blanco.

Con la mandíbula apretada y los dedos aferrados con fuerza al marco de la cama, se quedó quieto y dejó que Octavius tomara todo lo que necesitara.

El vampiro parecía de otro mundo mientras lo cabalgaba, con la piel reluciente, los músculos lisos y perfectos al moverse.

—Sí, oh, por todos los Dioses —gimió Octavius, acelerando el ritmo. Rebotando con fuerza sobre la polla de Turney, empezó a masturbarse.

El vampiro gritó, arqueando el cuerpo encima de él mientras su polla lanzaba un chorro de semen sobre el pecho de Turney. Gimiendo, Octavius siguió moviéndose, su agujero estremeciéndose alrededor de la polla de Turney.

—Oh, Dios, oh, Dios… —gritó Turney al correrse. Su polla palpitó dentro del culo de Octavius. Su grito de placer se convirtió en uno de sorpresa cuando los barrotes que sostenía se partieron y el dosel de la cama se vino abajo.

—¡Mierda! —soltó Octavius entre carcajadas, el vampiro se acomodó lentamente sobre su regazo. La tela del dosel prácticamente le tapaba la vista del cuerpo del otro.

—Aj, al menos no estamos en casa de Scarlett. Aunque Henry puede que se enfade un poco —murmuró Turney.

—Bueno… —empezó el vampiro con astucia—. Como tú lo has roto, lo justo es que se lo digas tú.

—¡¿QUÉ?! —Su grito de indignación hizo que el vampiro se riera aún más. Turney volvió a suspirar—. Eres todo un peligro.

Capítulo Catorce



Los Vástagos

Turney dejó, con cierta reticencia, que Octavius lo arrastrara de la mano a través de una puerta bastante iluminada. Echó un vistazo a la habitación… era algo digno de ver. Francamente, parecía una fiesta de cumpleaños de Halloween. Había serpentinas naranjas y negras colgando del techo… junto con una tonelada de globos. En la pared central había una gran pancarta con un murciélago que decía: «Bienvenidos a casa, neófitos».

¿Eso era una piñata con forma de murciélago colgando cerca de la pared de la derecha? Lo único que faltaba era una mesa de ponche. Había un conjunto de sillones negros bajo la pancarta… pero todo el mundo estaba de pie.

Apartando la vista de la decoración, se fijó en el grupo de individuos increíblemente atractivos. Había un total de ocho personas en la sala. Uno era Henry, y otro, Cormac. Que, al parecer, no había tenido más remedio que unirse a esta aventura al tener que estar en una gruta móvil. El hombre lobo parecía entretenido, pero… había algo raro en su sonrisa relajada.

Al resto, sin embargo, no los había visto jamás. Había dos mujeres y cuatro hombres. De los cuatro hombres, dos eran claramente gemelos. Ambos tenían la piel de un tono bronce dorado, ojos color avellana, narices afiladas, una barbilla con una leve hoyuelo, mandíbulas marcadas y pómulos altos. Su pelo era de un castaño muy oscuro, casi negro, pero uno lo llevaba hasta los hombros y el

otro corto como el de Turney. Iban vestidos como faraones del Antiguo Egipto.

Los otros dos vampiros… eran completamente opuestos. Uno medía más de metro noventa, quizá metro noventa y cinco, mientras que el otro como mucho llegaría al metro sesenta y cinco. El alto era musculoso, el pelo rubio le caía unos centímetros más allá de los hombros en ondas suaves, y llevaba una espesa barba y bigote. Por lo que alcanzaba a ver, sus rasgos eran duros y marcados. Estaba vestido como un vikingo… y realmente lo parecía.

El vampiro más bajito era claramente de ascendencia asiática y vestía lo que parecía una túnica tradicional china. Tenía la piel ligeramente bronceada, el pelo negro recogido en una coleta alta con cintas rojas. Sus rasgos eran delicados, con una barbilla ligeramente puntiaguda. Turney asumió que ese debía de ser Haoran.

Las dos mujeres también eran opuestas. Una tenía el pelo castaño rizado cortado estilo pixie y ojos marrones; la otra tenía ojos verdes y pelo rubio liso que le llegaba a la cintura. La de pelo castaño, que era la más alta, tenía la misma piel aceituna que Octavius y parecía más corpulenta que la otra, lo cual era más evidente porque vestía una túnica muy parecida a la de Turney. La rubia llevaba algo similar a lo que solía llevar Scarlett, pero probablemente de una época más antigua. Era más pequeña y de complexión delgada. Ambas eran muy bellas, aunque los rasgos de la de pelo castaño eran más redondeados, mientras que los de la rubia eran más afilados.

El grupo entero parecía estar bromeando y empujaban a un imperturbable Henry, soltando comentarios sobre su actuación.

Cuando entraron, todos se giraron hacia ellos al unísono. Los ojos de Turney se abrieron de par en par. Sus manos se aferraron al brazo de Octavius en cuanto todos comenzaron a acercarse al mismo tiempo.

—Guau, mi preciada familia, estáis asustando a mi conejito zombi —rio Octavius, alzando una mano para que se detuvieran.

La cara de Turney se tiñó de rojo cuando varios soltaron exclamaciones de ternura por el apodo.

—Tengo que decir, mi creador. Ese es, sin duda, el apodo más cursi que te he oído usar con una de sus parejas —dijo la mujer alta de pelo castaño y piel aceituna.

—Sí, bueno, mi Turney es especial —dijo Octavius con entusiasmo, antes de darle un beso en la mejilla—. Ahora bien, este es Turney Pimms, mi novio. Es adorable y dulce, y por si algún día necesitáis sobornarlo, adora los peluches.

Turney entrecerró los ojos.

—¿Era necesario lo del soborno?

Henry soltó una risita.

—Con este grupo… sí.

Frunció el ceño ante eso, pero tras pensarlo un momento, llegó a la conclusión de que probablemente el vampiro tenía razón. Eran los vástagos de Octavius, al fin y al cabo. Seguro que les había enseñado todo lo que no debía. Incluso Henry acababa metido en líos, a pesar de lo normal que parecía. Aunque la revelación de que Henry no era tan tranquilo y centrado como parecía al principio había pillado por sorpresa a Turney. Esos malditos palitos de azúcar…

Octavius tarareó, sin ni una preocupación, como si ni siquiera le hubiera preguntado nada.

—Bueno, en fin, presentaos. ¡De mayor a menor!

—¿Ois eso, compañeros de colonia? ¡Quiere que nos pongamos en fila y nos organicemos! —exclamó el enorme rubio con voz potente.

¿Colonia de murciélagos? Seguro que había una historia detrás de eso…

La mayoría de los otros se encogieron de hombros y se pusieron en fila, que Turney suponía que era en orden de edad. El que creía que era Haoran resopló con fastidio, pero al final se movió tras un pequeño duelo de miradas con el rubio alto.

La primera en la fila fue la mujer de pelo castaño. Ella le dedicó una sonrisa cuando cruzaron la mirada.

—Soy la mayor. De la época romana, de hecho. Gaia Evander —le guiñó un ojo, su sonrisa se volvió traviesa mientras hablaba y asentía en dirección a Octavius—. Ya verás que unos cuantos hemos adoptado el apellido de este viejo murciélago chiflado.

—¡¿Viejo?! —protestó Octavius.

Los demás se pusieron a reír.

—Encantado —dijo Turney con una sonrisa tímida.

—No soy tan viejo —refunfuñó Octavius, con un claro mohín—. Bueno, soy viejo… pero no un viejo. ¡Mi corazón y mi mente son completamente jóvenes!

Los siguientes fueron los gemelos. Primero el de pelo corto.

—Como ya habrás notado, somos gemelos. Gemelos egipcios. Pero yo soy el mayor. Heka Evander, en todo mi esplendor —el vampiro giró sobre sí mismo, como para lucirse.

Su hermano puso los ojos en blanco.

—Esplendor, dice. Por favor… Es mayor en edad, no en madurez —dijo el gemelo menor con un suspiro—. Soy Seti. Encantado de conocerte, Turney.

—Igualmente —asintió Turney.

El gigantón de pelo rubio se irguió un poco más.

—Rune Evander. Época vikinga.

—¿Fuiste vikingo?

Tenía sentido, porque lo parecía. Y seguramente lo haría incluso sin el disfraz.

—Ajá, y uno jodidamente bueno, hasta que los malditos francos me tomaron por sorpresa —respondió el vampiro con una sonrisa feroz.

—Si hubieras sido bueno, habrías vivido hasta una edad avanzada —comentó Haoran con dulzura.

Rune gruñó, pero no respondió.

La rubia soltó una risita.

—Ignóralos. Siempre están así. Como seguro que puedes notar por mi acento, soy británica. Me llamo Elizabeth Burroughs. Pero puedes llamarme Lettie.

—Encantado, Lettie.

Haoran carraspeó.

—Soy Liu Haoran. Soy chino. Nací durante la dinastía Yuan.

—Encantado de conocerte, Haoran. Scarlett mencionó algo sobre ti y fuegos artificiales.

El varón soltó un fuerte gruñido.

—¡Prendes fuego a una casa una vez y nunca te dejan olvidarlo!

Octavius le dio una palmadita en el brazo, claramente comprensivo.

—De verdad que no te perdonan nada. Ni un simple error.

Turney resopló.

—Tu definición de un simple error no se parece en nada a la de los demás.

Octavius le lanzó una mirada junto a un puchero.

—Saltando el tema de incendiar casas, que, os recuerdo, no fue un caso aislado —intervino Henry con tono lánguido y una pequeña sonrisa—. Usted ya sabe quién soy, Turney. Pero mi nombre completo es Henry De León. Y fui transformado a finales del siglo XVII.

Haoran le pasó un brazo por el suyo.

—Sí, él es el bebé.

Henry suspiró.

—¡Y vaya espectáculo dio nuestro bebé! —añadió Heka riendo.

Lettie soltó una risita.

—Bueno, ahora que nos hemos presentado todos, ¿por qué no nos cuentas quién es este simpático amigo con aletas que traes, Henry?

—Sí, cuéntanos, Henry. Cuéntanos —lo molestó Haoran.

Henry alzó la vista al techo, con una clara expresión de «¿por qué a mí?».

Cormac carraspeó.

—Ah, soy Cormac. Trabajo en la agencia.

Su expresión parecía aún más tensa que antes…

—Ah, la agencia. ¿Y cómo va eso, Padre? —preguntó Gaia, frunciendo el ceño con interés.

Octavius se deslizó a su lado y se colgó de su brazo, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¡Ha sido tan divertido! —exclamó, y empezó a relatar su primer caso… incluyendo sus raras *photocards* de BTS.

Turney habría vuelto a quejarse por esas malditas *photocards*, pero su mente se quedó atrapada en la palabra «Padre».

—¿Padre? —preguntó, dudoso.

—Ah —rio ella—. A diferencia del resto de vástagos, Octavius me crió. Yo era bastante joven cuando me encontró al borde de la muerte.

El rostro de Octavius se ensombreció.

—Demasiado joven.

—Tonterias —dijo ella con una sonrisa, dándole un beso en la mejilla antes de soltarse.

—Entonces, ¿me han dicho que has descubierto una nueva afición? —intervino Seti, con tono preocupado.

Octavius parpadeó varias veces, ladeando la cabeza.

—Sé más específico.

—Me dijeron algo sobre una habitación llena de purpurina —aclaró el vampiro.

Su novio soltó un grito ahogado.

—¡¿Quién te ha contado eso?! —Le lanzó una mirada fulminante a Henry.

Henry alzó las manos, como para defenderse.

—Yo no he sido.

—¡Maldita sea, fue Scarlett, ¿verdad?! Estás hablando con ella a mis espaldas.

Seti se sorbió la nariz.

—Es la única forma de saber cómo estás, ya que ella no se guarda nada, mientras que tú sí. Especialmente cuando se trata de conductas preocupantes. Aunque este… regreso de Dayan es aún más preocupante, como todo lo que lo rodea. Pero dejaré ese tema para otro momento más apropiado.

Cormac se tensó al oír el nombre de Dayan.

Heka suspiró.

—Lo siento, mi creador. No puedo ayudarte en esto. Tras muchos años de intentarlo, mi hermano sigue siendo un aburrido.

Turney asumió que Seti era el más serio de los gemelos. Las palabras de Heka desataron una pequeña discusión entre los dos, a la que pronto se unieron los demás. Eventualmente, volvieron al tema de la habitación de purpurina de Octavius. Él empezó a dar pasitos hacia atrás, poco a poco, mientras los observaba. Turney empezaba a sentirse un poco abrumado y fuera de lugar mientras se molestaban y bromeaban entre ellos.

¿Esto era lo que llamaban una reunión familiar? Sentía cierta calidez al ver la escena, pero también desconexión. Porque Turney jamás había vivido algo así.

Observó al grupo y su mirada se cruzó con la de Cormac. El lobo lo miraba también, y fue entonces cuando se dio cuenta… de que Cormac… sentía lo mismo. Dios, seguramente la situación familiar de Cormac tampoco estaba llena de reuniones así. Una mirada de comprensión se asomó en los ojos del hombre lobo, y le dedicó una sonrisa débil, asintiendo levemente.

Turney le devolvió el gesto, incómodo, antes de obligarse a apartar la vista. No quería ver tan claramente en los ojos de otro las mismas emociones que sentía él. No quería ver ese anhelo…

Capítulo Quince



Un Grupo Peculiar

—Juro que fue el golpe más fuerte que he oído en mi vida. ¡Le siguieron palabrotas ininteligibles y lo que sonaba como una inundación! —dijo Lettie con exasperación, aunque sonreía radiante.

Octavius soltó una carcajada, seguido por los demás, aunque ya habían oído esa historia demasiadas veces.

—¿Cómo iba a saber yo que el fondo de la bañera sería tan resbaladizo? —bufó Rune.

—Vaya, agua sobre una superficie y que esté resbaladiza, ¿quién lo habría imaginado? —espetó Haoran con los brazos cruzados—. ¡¿Sabes lo difícil que fue conseguir esa cosa?! Literalmente, meses de sobornos, pagos, un sinfín de molestias… ¡¿Y para qué?! ¡Para que la rompas en un instante!

—Estaba tan enfadado —se rio Octavius—. Evité muchas partes del mundo durante años, simplemente por la falta de higiene. —Se estremeció—. Los olores que llegué a oler… Nunca entenderé por qué decidimos establecernos un tiempo en el mundo occidental. Pero me superaron en la votación. Y cuando por fin tuve la bañera de lujo con la que soñaba, que, como dijo Haoran, tardamos meses en conseguir, no solo no llegué a usarla, ¡ni siquiera la vi entera!

El gran vikingo le dedicó una sonrisa avergonzada.

—Lo siento, creador.

—Sí, sí, ya he escuchado eso antes —se rio—. Entonces, ¿dónde os alojáis todos? ¿Tenéis tiempo para quedaros un poco más? Me encantaría ponerme al día con cada uno antes de que os vayáis. Me intriga que ninguno haya decidido quedarse aquí. No es que me falte espacio. Aunque ahora estoy viviendo con Scarlett por el cambio de Turney.

—No puedo decir que haya superado lo bizarro que es que Scarlett tenga un neófito, pero en fin. Todos reservamos en el hotel Bellton —meditó Heka.

Seti, como solía hacer, le dedicó a su hermano una mirada de desaprobación. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Creo que estaremos aquí al menos hasta el próximo mes. Así que habrá tiempo de sobra para ponernos al día.

—Y en cuanto a no quedarnos aquí… —Gaia dudó un momento antes de soltar una risa y decir—: Sabíamos que si lo hacíamos acabaríamos quedándonos más tiempo porque acabaríamos siendo víctimas de tus pucheros.

Octavius exclamó:

—¡¿Víctimas?! ¿Y de qué me estás acusando, jovencita?

—De nada en absoluto —lo agarró del brazo, todavía riendo.

Él entrecerró los ojos.

—No te creo —arrugó la nariz—. ¡En fin! Ya que estáis todos aquí, ¡deberíamos ir a un club! ¡A bailar! —Se soltó para girar un poco—. ¡Baile, baile, baile, sí!

Henry sonrió mientras el resto se reía, asintiendo con la cabeza.

Podían reírse, pero sabían que, juntos, ¡arrasarían en cualquier discoteca a la que fueran!

Frunció el ceño al darse cuenta de que Turney ya no estaba a su lado. En su lugar, el varón se había quedado un poco más atrás, simplemente viéndolos hablar. Octavius sonrió al ver a sus vástagos retomar la conversación sobre viejos tiempos. En lugar de unirse, se deslizó lentamente hasta colocarse junto a su zombi.

Octavius rodeó la cintura de Turney con un brazo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Turney le dedicó una sonrisa vacilante, tenía la mirada perdida.

—No voy a mentirte… Me siento un poco abrumado. No estoy acostumbrado a todo esto… Como sabes, estuve en casas de acogida mucho tiempo antes de que mis padres me adoptaran, pero su presencia en mi vida fue breve. Y no tenían más familia aparte de la tía Trudy. Y después de que todos murieran… —Turney se encogió un poco de hombros—. Me quedé solo.

Él le sonrió con dulzura.

—Ya no lo estás… lo sabes, ¿verdad?

El zombi le sonrió de verdad entonces. No fue la sonrisa más grande, pero era sincera.

—Lo sé.

—Y no soy solo yo, ¿eh? Está Scarlett. Y todos los de la oficina. Siento que ahora estamos más unidos después de todo, ¿no crees? —Desvió la mirada hacia Cormac y frunció el ceño al ver la expresión incierta del joven lobo—. Tú también, Cormac. ¡Ahora formas parte de la familia!

Los ojos del hombre lobo se abrieron más y su rostro pareció sonrojarse. Lentamente, se empujó a sí mismo y a su gruta un poco más atrás, ocultándose tras el grupo de vástagos de Octavius. Él arrugó la nariz. Estaba bien. Cormac acabaría siendo atrapado en el amor familiar. Tardaría un poco, pero lo haría.

Volvió a mirar a Turney, que observaba el lugar donde había estado Cormac con una ceja arqueada en señal de preocupación.

—En fin, aunque no sé si los quieres, mis vástagos ahora también son tu familia. Y aunque no los quieras, lo siento, pero venimos en *pack*.

Turney se giró hacia él, dejando escapar una suave risa.

—No me van a dejar ir, ¿verdad?

—Sí, sin devoluciones —dijo Octavius con una risita, desviando la mirada hacia los hombres y mujeres a quienes había llegado a querer, a amar, a lo largo de los muchos siglos que llevaba con ellos —. Esto tampoco era normal para mí en su momento. Durante casi tres siglos, después de dejar a los segadores, estuve muy solo. Dejé mi tierra un tiempo y me puse a buscar… Ni siquiera sé qué buscaba. Pero volví. Claro que ya no era lo mismo, los romanos se habían hecho con todo y mucho había sido destruido. Aun así, regresé. Fue entonces cuando me encontré con Gaia… Cuando la encontré, estaba muriendo… sola. Tenía ocho años. Admito que convertirla fue un acto completamente egoísta por mi parte. Ya que las preguntas que le hice fueron crueles, incluso manipuladoras. ¿Qué otra cosa diría una niña moribunda cuando le preguntan si quiere vivir? Prometiéndole cosas que seguro siempre había deseado. Pero yo no quería seguir solo. La encontré justo cuando la punzada de vacío era más fuerte dentro de mí. Fue como si el destino me la hubiera puesto delante justo cuando más la necesitaba. Bueno, al menos, eso pensaba entonces.

—Quizá fue un acto egoísta, pero al final, la salvaste, ¿no? Y estoy seguro de que le diste la mejor vida que pudiste.

—Fue egoísta. Lo acepté hace mucho tiempo. Y por suerte, ella nunca me guardó rencor y, en cambio, solo me dio amor. En aquel momento, cuando entró en mi vida, me pareció… desconcertante tener de pronto a alguien a quien cuidar. Incluso cuando era humano, nunca había cuidado de un niño antes. Hubo muchos errores, mucho ensayo y error. Pero la primera vez que me llamó

Padre, lloré. Y con el tiempo, con ella a mi lado, mi vida se estabilizó y sentí paz. Se quedó mucho tiempo conmigo. En épocas pasadas era más difícil para las mujeres salir solas, así que conmigo estaba más segura de todos modos. Llegaron los gemelos… y al final, conoció a alguien y se fue de mi lado. Verás, ella quería tener una familia propia. Aunque, en ese momento, no estaba tan tranquilo como lo cuento ahora.

Turney resopló.

—No me sorprende. Era tu niña. Imagino que alguien tan dramático como tú no lo llevó muy bien al principio.

Octavius hizo un puchero.

—Vivir con dramatismo es la única forma de vivir.

El zombi se rio.

—Claro que sí.

—¡En fin! Aquello no duró y ella acabó volviendo. —Pensó en el antiguo amante de su primera hija, enterrado hacía tiempo, y sonrió con serenidad al recordar lo divertido que fue destruir su mundo antes de arrebatarle la vida.

—Eh, ¿y esa sonrisa? Da… un poco de miedo.

—Oh, nada. Como decía, en el camino conocí a más gente. Fui sumando miembros a mi familia. Pero lo que pasa con la familia, especialmente con aquellos que son como tus hijos, es que eventualmente se van a vivir sus propias vidas. Ejerciendo su derecho a ello. Y aunque eso me hizo sentir solo a veces, siempre volvían cuando más los necesitaba. O cuando los echaba demasiado de menos. Mi familia ha tardado años en formarse, y ahora tú formas parte de ella. Alguien que espero que nunca se aleje de mi lado, claro. Porque definitivamente no te veo como a un hijo.

Turney soltó una risita.

—Sería muy raro si lo hicieras. Y… no quiero alejarme de ti… aunque estés muy loco y me saques de quicio.

Octavius soltó una risita malvada.

—Je, je, ¡me amaaaas! —lo molestó.

—Sí, sí. Te amo, murciélago loco.

—Yo también te amo, mi conejito zombi —le besó la mejilla—. En fin, por mucho que ame a mi familia, y por mucho que espero que ellos sientan lo mismo por mí, sé que no siempre podrán estar conmigo como tú. Por eso me hace tan feliz que ahora seas parte de ella. Cuando llegue el momento en que Henry se independice, no estaré solo. No me malinterpretes, sé que aún tendría a Scarlett a mi lado… pero a veces uno necesita algo más que una amistad. Sé que algunos están bien sin pareja, pero yo no soy así.

Parpadeó varias veces al darse cuenta de que Henry ahora los miraba.

—¿Qué? —preguntó a su más joven vástago.

Octavius fulminó con la mirada a los demás al ver que empezaban a sonreír como idiotas.

La sonrisa de Rune se ensanchó, y se acercó por detrás de Henry, apoyando las manos en sus hombros.

—Perdón, no pudimos evitar escucharlo. Si te sirve de consuelo, Henry no tiene intención de irse.

Les hizo pedorretas con la lengua.

—Tonterías, no hables por tu hermano. Además, os he enseñado a todos a comportaros mejor que así. ¡Se suponía que debíais fingir no haber oído nada!

Haoran resopló.

—Nos enseñaste todo lo que no hay que hacer, creador. No mientas. ¿Por qué crees que nos metemos en tantos problemas?

—¡Calumnias! ¡Mentiras! —gritó Octavius.

¡Haoran, ese mocoso, delatándolo delante de Turney! ¡¿Cómo se atrevía?!

Henry carraspeó la garganta

—Me temo que Rune tiene razón. No tengo intención de irme. Estoy bastante a gusto donde estoy.

Los ojos de Octavius se abrieron más.

—¡SÍ QUE ME QUIERES! —sollozó, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Mira, Turney, Henry me quiere!

El zombi soltó una risita.

Henry suspiró.

—Me temo que sí.

Octavius soltó un grito ahogado al ocurrírsele algo.

—¡Espera a que se lo cuente a Scarlett! ¡Siempre me dice que no entiende cómo aguantas! ¡Esto le va a callar la boca!

Seis de sus vástagos estallaron en carcajadas… Henry soltó un profundo sonido de sufrimiento. El mismo que Scarlett solía emitir cuando estaba cerca de Octavius. Una reacción rara, ¡pero bueno! ¡Esto era una victoria!

—Ya no vas a poder escapar, Henry —dijo Turney con una risita.

—¡Pero es que tampoco quiere! —exclamó Octavius.

Henry arqueó una ceja.

—Creo que usted no está en posición de hablar, precioso conejito zombi de Octavius.

Los demás empezaron a reírse más fuerte, algunos se dejaban caer unos sobre otros de la risa. Turney soltó un suspiro que sonó exactamente igual al que Henry acababa de hacer.

Mmm… la gente a la que quería era un grupo muy peculiar…

Capítulo Dieciséis



Demasiado

Mientras veía a los ocho murciélagos cantar *The Monster Mash* a capela, la sonrisa de Turney era tan amplia que le dolía la cara.

Los murciélagos eran de diferentes tipos, aunque no tenía muy claro cuáles exactamente, salvo que todos eran adorables. Junto a Octavius había un murciélago grande y rubio, una bolita negra y peluda, uno negro de tamaño medio, uno marrón más pequeño, dos idénticos de color marrón oscuro y uno pequeñito, blanco y muy peludo.

El murciélago rubio más grande, que sospechaba que debía de ser el vikingo, cantaba fatal.

—Basta, basta, ¡BASTA! —gritó la bolita negra y peluda, haciendo que la canción se detuviera en seco. Turney apostaría a que ese era Haoran—. Limítate a tararear, Rune. ¡Estás arruinando la canción!

El murciélago rubio grande entrecerró los ojos y gritó de pronto:

—¡Jamás!

Luego salió huyendo mientras seguía cantando *The Monster Mash*.

Octavius soltó una risita malvada mientras el murciélago negro chillaba de rabia. Su amante saltó de la fila para perseguir a Rune y se puso a cantar de nuevo, esta vez también desafinando.

Esto desató una reacción en cadena. Cinco de los otros murciélagos salieron volando, cantando con ellos. Todos desafinaban mientras daban vueltas por la pequeña plataforma donde estaban.

—¡Sois todos insufribles! —gritó el murciélago negro más pequeño y peludo mientras los perseguía, lanzando lo que encontraban sus garritas.

Turney echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Cada uno de ellos era un peligro andante. Oh… ¿en qué se había metido?



THEO CHOCÓ con varias personas al huir de la sala con Sprinkle apretujada contra su pecho. Su respiración estaba fuera de control y el corazón le latía desbocado, pero nada de lo que hacía parecía evitar que la situación empeorara. Su mente tenía demasiado caos. Había demasiados ruidos, demasiados colores… pensamientos.

En el pasillo, Theo corrió sin rumbo, las personas eran manchas borrosas a su alrededor. No se detuvo hasta que la multitud se volvió más dispersa y luego desapareció del todo.

Y cuando por fin estuvo solo, eligió una habitación al azar. Entró tambaleándose, apoyándose en la pared. Una luz parpadeó en ese momento. Aunque lo que necesitaba era oscuridad, parecía que no iba a tenerla.

Jadeando, Theo cayó de rodillas y soltó a Sprinkle. Tiró con fuerza del cuello del disfraz. No podía respirar. Era demasiado. El mundo lo desbordaba por completo. Y aunque su ceguera solía ayudarle, no lograba hallar el control necesario para alejarse de su lobo interior y esconderlo todo, así que se encontraba atrapado en aquel bombardeo. Su lobo rugía en el fondo de su mente, intentando liberarse. Era parte de él, sí, pero funcionaba a base de puro instinto. Su pánico lo había hecho reaccionar para defenderse de lo que percibía como un ataque. Solo que no comprendía, o no podía comprender, que el ataque era mental.

—¡Joder! —soltó—. ¡Contrólate, Theo!

Las palabras no sirvieron de nada. Su visión no desapareció, y el ruido, aunque más lejano, seguía siendo una cacofonía en sus oídos. Oscuridad, necesitaba oscuridad.

La transformación se arrastraba hacia la superficie mientras su respiración se aceleraba. La piel le hormigueaba y comenzaba a arrugarse. Su miedo y su pánico aumentaban mientras miraba a Sprinkle. Ella maullaba, frotándose contra él con evidente preocupación. Era tan pequeña… Si perdía el control por completo…

—Vete —le rogó, con los ojos llenos de lágrimas.

La luz se apagó. La habitación quedó sumida en la oscuridad. Theo dio un respingo al notar una mano acariciándole la espalda. Y

luego unos brazos fuertes lo rodearon, el pecho cálido de alguien apoyado contra su espalda.

—Shh, estás a salvo, Theo —le dijo una voz suave. Aquella voz… era tranquilizadora… y curiosamente familiar.

Con el pecho agitado, el aire todavía escaso, se giró un poco. Sus ojos se agrandaron al reconocer al varón. Era… el segador que vestía extraño… El que había estado allí cuando lo rescataron. El que se interpuso entre él y su padre.

Su mente intentó recordar el nombre. ¿No era amigo de Turney? ¿Cuál era su nombre?

El segador le sonrió con gentileza.

—Es Alexander. Solo intenta respirar, Theo. Estás a salvo. No dejaré que te pase nada.

Frunció el ceño, intentando procesar aquellas palabras. Pero los ojos del varón eran amables… Y era un segador… Sí… estaba… a salvo… El segador evitaría que hiciera daño a nadie. Theo estaba a salvo. Inhaló por fin con profundidad.

—Eso es, Theo —dijo Alexander. Theo notó cómo su pecho se expandía y contraía contra su espalda mientras respiraba hondo—. Escucha mi respiración e intenta imitarla. Todo va a ir bien.

El pecho de Alexander volvió a subir y bajar contra su espalda. Con la siguiente inhalación del segador, él también tomó aire. Y luego otra vez, y otra, hasta que su respiración empezó a calmarse, y su corazón a latir con menos fuerza.

Cuando, por fin, los ruidos dejaron de golpearle y la vista de atormentarle, el segador lo ayudó a levantarse. La cara de Theo empezó a arder cuando subió la mirada tímidamente a los ojos de Alexander.

—Gracias —dijo Theo, aclarándose la garganta. El rubor se le intensificó, ahora algo incómodo por las circunstancias en las que aquel atractivo varón lo había encontrado—. Creía que podría con ello… pero ver todo, el ruido… todo junto fue demasiado. Estaba bien… y de repente…

Se quedó en silencio.

Alexander lo tomó por los hombros, sin borrar su suave sonrisa.

—¿Qué tal si apagas esos preciosos ojos dorados y dejas que te guíe a donde quieras ir? Me imagino que este lugar, así como está ahora… no debe de ser fácil de recorrer.

Theo hizo una mueca.

—No lo es…

Inhaló hondo. Ya tranquilo, fue sencillo apagarlos. Su visión parpadeó una vez y luego se desvaneció por completo. Suspiró aliviado cuando su mundo volvió con suavidad a la nada completa. Notando a Sprinkle todavía frotándose contra su pierna, se agachó y la recogió de nuevo.

—¿Cómo prefieres que te guíe?

—Me siento más cómodo con una mano en la espalda… y si puedes avisarme cada vez que haya un cambio de terreno o escalones. Eso ayudaría.

—¿Quieres que te lleve a tu habitación? No sé dónde está, pero seguro que podemos averiguarlo juntos.

Theo frunció el ceño, pensándolo un momento. La verdad es que no… no quería huir… y menos aún ahora que ya había tenido una crisis.

—Creo que… quiero intentar volver a la fiesta —dijo mientras le temblaba un poco la mano al acariciar el pelaje de Sprinkle.



ALEXANDER SE CONTUVO de fruncir el ceño, aunque Theo no habría podido verlo. Se encontró, como siempre, atrapado tras la máscara que mostraba al mundo.

—¿Estás seguro?

—Lo… estoy —respondió el joven hombre lobo, con una duda casi excesiva en la voz—. Si no te importa ser mi guía el resto de la noche… Sé que es mucho pedir. —Theo se mordisqueó el labio inferior, con el ceño fruncido de preocupación.

Alexander soltó una risa suave.

—Pides muy poco, Theo. Nunca tengas miedo de pedir ayuda. —Apoyó la mano en la parte baja de su espalda—. Y si quieres volver a la fiesta, volveremos. Aunque creo que ahora están yendo a la segunda casa.

—Guíame —dijo el lobo con una sonrisa, mucho más tranquilo.

Guiando al hombre lobo fuera de la habitación, lo condujo por la casa, siguiendo las señales indicadas hasta la puerta que los llevaría al exterior.

—Estamos a punto de salir de la casa. Estamos a unos cinco pasos de la puerta, y parece que hay un único escalón hacia abajo.

—Ah, así que Octavius usó esta salida. Hay… varias. Me preguntaba cuál habría elegido. Conozco cuántos escalones hay en la casa, solo avísame cuando lleguemos a ellos.

—Hecho.

Alexander caminó junto a Theo hacia el bosque, sobresaltándose cuando una aparición salió gritando de un árbol cercano.

Theo ladeó la cabeza tras la tercera vez que sucedió.

—¿Pasa algo?

—Octavius realmente se ha esmerado —murmuró Alexander—. Estos hechizos deben de haber costado una fortuna.

Theo soltó una risa ligera y agradable. Era placentero escucharla.

—Me temo que convenció a Min-ji para que lo hiciera todo —el hombre lobo frunció el ceño—. Aunque, supongo que quizá no sabes quién es.

—Tranquilo, sé de quién hablas.

—Tengo mis sospechas de que esta debe de ser la festividad favorita de Octavius.

Alexander soltó una carcajada.

—Diría que son más que sospechas, llegados a este punto.

—Sin duda —rio Theo.

Aunque toda la decoración era impresionante, a Alexander no le interesaban especialmente. En realidad, no sentía un gran interés por ninguna festividad.

Guio a Theo entre algunos asistentes que se quedaban mirando y luego hacia las escaleras al llegar a la casa de Scarlett.

—Estamos a un paso de unas escaleras que giran hacia la izquierda.

Theo asintió con una sonrisa.

Asegurándose de que los adornos con calabazas no lo entorpecieran, lograron entrar sin problema. El salón de baile estaba a solo unos pasillos de distancia. Al entrar, inhaló profundo, solo para soltar un siseo sorprendido al captar un olor demasiado familiar.



THEO PARPADEÓ, frunciendo el ceño ante el sonido preocupante que acababa de emitir Alexander.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Sabía que debían estar ya en el salón de baile, porque los sonidos de risas, gritos y demás volvían a ser nítidos. Había tantos olores y ruidos que le costaba confiar en sus sentidos en ese entorno.

—Huele… a muerte —dijo Alexander con rigidez.

—¿Muerte? —repitió Theo, alzando ambas cejas con sorpresa.

Frunciendo aún más el ceño, tomó aire y trató de discernir los olores. Y entonces se dio cuenta de que él también lo percibía. Pero solo si se buscaba específicamente. Imaginó que quizá los sentidos de un segador estaban afinados para detectar ese olor… tal vez… Al menos, a Theo le pareció la explicación más lógica de por qué Alexander lo había detectado antes que nadie.

—¡Muy bien, mis criaturas de la noche! ¡Silencio y prestad atención! —la voz de Octavius resonó por encima del bullicio, que se apagó enseguida—. Ha llegado el momento de otra gran actuación.

Pero esta será en el aire. ¡Preparaos para asombraros y aterrorizaros con acrobacias nunca antes vistas! Un espectáculo que os dejará sin aliento y puede ser que un poco ensangrentados. ¡Todos, alzad la vista!

Se oyó un zumbido seguido de un fuerte estruendo, junto con cristales rotos y el crujido del metal. Por los gritos que vinieron después, Theo se hizo una idea de lo que acababa de suceder.

Alexander suspiró.

—Bueno, ahí está el cadáver…

—Creo… que debería volver a encender mis ojos.

—Puedo guiarte a tu habitación, o incluso a una vacía aquí mismo. Sé que dije que me quedaría contigo, pero…

Theo se giró hacia donde sabía que estaba el segador y sonrió.

—¿El deber te llama?

Alexander dejó escapar una risa suave.

—Sí.

Theo suspiró.

—Bueno, creo que me gustaría quedarme contigo para ver qué está pasando, al menos. Cambiaré mis ojos cuando sea necesario. Quizá esté todo bien y me sentiré más tranquilo sabiendo, sin duda, que el resto de mi agencia se reunirán cerca del cuerpo.

—¿El resto de tu agencia?

Theo asintió.

—Sí, he decidido unirme a la Agencia de Detectives No Muertos.

No estaba seguro de que hubiera sido la mejor decisión, pero sin duda sería algo nuevo y desconocido…

Capítulo Diecisiete



Un Misterio de Asesinato en Halloween

Turney estaba al fondo del escenario viendo cómo Octavius anunciaba dramáticamente otra gran actuación. El salón de baile era negro, su suelo, baldosas en forma de diamantes blancos y dorados. Era… otra sala que Turney no había visto nunca, ya que tanto la casa de Octavius como la de Scarlett eran gigantescas. Aunque las mesas de comida y bebida eran similares a las del otro salón —incluido el cuenco de caramelos en forma de calabaza—, la decoración aquí consistía en rosas negras, espinas, arañas y una jodida cantidad de telarañas. También había un bar en este salón.

Alzó la vista en cuanto Octavius les dio la orden. En el techo, una enorme lámpara de araña de cristal y metal empezó a descender. Turney frunció el ceño cuando esta comenzó a oscilar peligrosamente de un lado a otro, como si no estuviera bien sujeta. Había… algo encima… ¿Era eso una mano?

La lámpara se desplomó de pronto. La multitud se apartó con rapidez admirable cuando el artefacto cayó en medio de un estallido de cristales y crujido de metal… Sin mencionar un golpe seco extraño.

Se alzaron gritos desde la multitud. Aunque podía ver la parte superior de sus cabezas, el escenario no estaba tan elevado como para permitirle ver el suelo entre tantas personas.

—¿Qué… demonios? —oyó gruñir a Octavius—. ¡Por favor, apartaos! —gritó el vampiro, avanzando hasta el borde del

escenario.

Y la gente obedeció al instante, dejando a la vista en el suelo lo que parecía ser un cadáver… porque claro, ¿cómo no iba a haber un cuerpo de verdad en una fiesta de Octavius? ¿O tal vez formaba parte del espectáculo?

No podía verle la cara a la persona, pues una melena larga de color azul intenso la ocultaba. Sí podía ver que era un varón, pues llevaba unos pantalones de licra ajustados que parecían escamas en tonos blancos y azules. Su cuerpo era musculoso y corpulento… y estaba cubierto de escamas, o más bien de piel de serpiente. La textura de la piel era una mezcla de blanco, turquesa y negro, haciendo juego con el resto del disfraz. Turney no estaba seguro de si se trataba de una prótesis increíblemente bien hecha… o si aquel tipo era alguna criatura capaz de generar escamas. Parecía piel de serpiente real. Desvió la mirada del cuerpo y se fijó en el charco de sangre que empezaba a formarse junto a su cabeza.

Octavius saltó del escenario y Turney lo siguió. Al llegar al cuerpo, Octavius se acercó más, apartando cristales con los pies descalzos antes de agacharse y echar hacia atrás la peluca para descubrirle el rostro. Turney miró primero los pies del vampiro, asegurándose de que no se hubiera cortado, antes de llevar la mirada hacia lo que había quedado al descubierto.

Las escamas llegaban hasta los bordes de su rostro, donde se desvanecían para dar paso a una piel suave de un blanco óseo. Tenía los ojos cerrados, los labios azulados y entreabiertos. Turney alcanzó a ver unos colmillos. No sabía qué era aquel actor, pero humano no… Al menos, no olía a humano. Para Turney, todos los humanos tenían un olor característico, por encima de sus aromas individuales. Por desgracia, ese olor también era para él… comestible… por sus… cerebros y todo.

—¿Lo conoces? —preguntó Turney.

Scarlett y Min-ji se abrieron paso entre la gente entonces. Curiosamente, sus disfraces estaban intercambiados. Alexander y… para sorpresa, también Theo y Sprinkle aparecieron después. Y bueno… podía oír a Cormac, aunque no lo viera.

—¡Maldita cola de mierda! —gruñó el hombre lobo desde algún punto de la multitud, que se había quedado sorprendentemente en silencio.

OCTAVIUS MIRABA AL NAGA MUERTO, su mente gritaba: «¿Quién demonios es este?». ¡Qué descaro, morirse y

arruinarle la fiesta! ¡El espectáculo era tan genial y terrorífico, y ahora nadie iba a verlo!

—Ni idea. Es uno de los actores, eso sí. Vi una previsualización del espectáculo, pero no me informaron de los nombres de nadie ni nada así… —Hizo un puchero—. ¡Henry! —llamó.

Su vástago más joven se abrió paso entre la multitud entonces… seguido por Cormac, que iba medio disfrazado de *siren*, pues ya no llevaba la cola. El lobo caminaba tan tranquilo con un ajustado bóxer morado, sin el menor pudor.

—¿Dónde está tu cola? —resopló Octavius, aún más irritado, negando con la cabeza—. Da igual. Henry, ¿podrías…?

Sus palabras se interrumpieron de golpe en un grito ahogado de horror al ver a Scarlett y Min-ji.

—¡¿Cómo habéis podido?! —exclamó.

—Eh… Octavius —intervino Turney—. No es que los disfraces no sean importantes, pero ¿y el cadáver?

Hizo un gesto hacia el ser paranormal caído.

Octavius soltó un suspiro y luego fulminó con la mirada a las dos mujeres. ¡Ya se ocuparía de ellas después!

—¡Está bien! El cadáver… Como somos una agencia de detectives, es justo que resolvamos este misterio. Henry, ¿serías tan amable de ir a buscar al encargado de los actores? Bueno, también es el dueño de la compañía… En cualquier caso, debe de estar por aquí. Alguien en una de las habitaciones debe de tener un *walkie-talkie* para comunicarse directamente con él. Aunque supongo que podría mandarle un mensaje… —Negó con la cabeza—. No, seguro que tiene el móvil apagado. Solo ve a buscarlo.

Henry asintió y empezó a abrirse paso de nuevo entre la gente, con Cormac detrás. Aunque, suponía que los actores que estaban esperando para descender desde el techo ya habrían salido corriendo a buscar al dueño de la compañía. Ya no percibía ningún latido oculto arriba, así que daba por hecho que se habían ido.

Cuando Henry desapareció, Octavius se giró hacia la multitud, que lo observaba atentamente.

—Ah, mis queridos amigos. Como podéis ver, ha ocurrido un desafortunado incidente en esta parte de la fiesta. ¿Por qué no regresáis por el bosque y seguís disfrutando allí mientras nosotros… eh… nos ocupamos de esto?

Les sonrió con calidez y entusiasmo. Al ver a su vástago más mayor intentando acercarse junto al resto de su grupo, le dirigió una mirada seria e hizo un gesto con la cabeza hacia la salida. Ella suspiró visiblemente con fastidio, pero asintió y empezó a guiar a los otros cinco hacia la salida con el resto del público. No necesitaba que se interpusieran.

Mientras la gente comenzaba a salir, se acercó a Min-ji y le susurró:

—Necesito que salgas y pongas una barrera para evitar que nadie se marche, ya sean humanos o paranormales.

—Puedo manipular la que ya puse para impedir que entraran invitados no registrados, de modo que no se pueda entrar ni salir —le respondió en voz baja.

—Bien, hazlo.

Ella asintió. Min-ji y Scarlett se escabulleron con rapidez entre la multitud restante y desaparecieron.

Se oyó a alguien carraspear sonoramente.

Octavius se giró y entrecerró los ojos al ver al segador que había hecho el ruido.

—¿Sí?

—Octavius… sé amable —susurró Turney mientras se deslizaba a su lado.

—Siempre soy amable —siseó él.

El zombi le lanzó una mirada ante eso, una que gritaba incredulidad. ¡Qué grosero!

Suspirando, miró de arriba a abajo a Alexander. El segador iba vestido apropiadamente, por primera vez. Llevaba un disfraz de bufón que encajaba muy bien con su existencia.

Arqueó un poco una ceja al notar que el otro tenía una mano en la espalda de Theo… interesante. Alexander, como siempre, llevaba una agobiante sonrisa brillante en la cara. Theo… parecía preocupantemente cansado.

El varón carraspeó de nuevo.

—Tal vez debería encargarme yo, considerando que se trata de un ser paranormal muerto y yo soy un segador.

Octavius apenas logró contener la rabia que la sugerencia le provocó. En lugar de gritar, echó la cabeza hacia atrás con un dramático «jum» y dijo altivamente:

—Mi casa, mi caso.

Turney suspiró a su lado. El zombi sonaba exasperado. No sabía por qué. ¡El que debía estar exasperado era Octavius! ¡Era su fiesta la que había sido interrumpida! Bueno, al menos todos hablarían de esta durante años. A ver, ¿cuántas fiestas de Halloween podían presumir de que apareciera un cadáver de verdad? Tal vez fuera algo bueno. Quizá se convertiría en la mejor fiesta de todos los tiempos. ¡Una digna de los libros de récords! Sí, esto era algo bueno. Podía aprovecharlo.

—Eh… ¿Octavius? —insistió Turney.

Parpadeó y miró al zombi.

—¿Qué?

—Te habías quedado en las nubes.

—No… no lo creo —dijo con inocencia. Aunque claramente sí lo había hecho.

Volvió a mirar al segador. La sonrisa de Alexander se volvió absurdamente más brillante.

—Octavius —empezó el segador en tono conciliador—. Seguro que podría ser de ayuda.

Octavius frunció los labios y lo miró con recelo. Si Alexander quería, podía asumir el control y sacarlos de la investigación. Así que suponía que haberle ofrecido su ayuda era mejor que tomar las riendas.

Bien, Octavius cedería. Podía hacerlo. Ceder era la opción más fácil y menos molesta.

—Supongo que si deseas ayudar, puedes hacerlo. Pero solo ayudar. Que quede claro: esta es mi investigación.

El segador asintió.

—Sí, lo entiendo. Solo ayudaré. Tú estás al mando.

—Sí, bueno… —Inhaló profundo y soltó el aire. Al echar un vistazo a la sala, sonrió al ver que ya estaba despejada. Despejada significaba que el cuenco de caramelos ya no estaba obstruido. Lo miró. Sería tan fácil cruzar y tomar uno. Turney probablemente intentaría detenerlo. Pero si salía volando… ¡No! Se portaría bien. Se mantendría alejado de los caramelos.

—Eh… ¿Octavius? —lo empujó Turney.

Parpadeó… Cierto, estaba diciendo algo… ¿Qué era?

—¡Ah, sí! —Octavius carraspeó y miró a Alexander—. Si tienes que ayudar, adelante, examina el cuerpo y dinos qué encuentras —dijo señalando al cadáver.

Alexander, aún con la sonrisa en la cara, se apartó de Theo y se acercó para agacharse junto al cuerpo. La cabeza del naga estaba abierta, probablemente por la caída… La cuestión era si ya estaba muerto antes de caer. Y si no lo estaba, ¿cómo había podido matarlo una caída así? No era humano. Sus reflejos deberían haber sido suficientes para evitar el candelabro. Y si estaba afectado de algún modo… bueno, la grieta actual en su cráneo no bastaba para matar a una criatura como él. Los nagas… eran difíciles de matar.

Alexander examinó cada extremidad, lo cual era fácil dado lo escueto del disfraz. Aunque claro, su papel como actor era usar sus habilidades de naga para asustar al público. Difícil de hacer si uno lleva un disfraz completo.

—No hay heridas defensivas, ni lesiones notables, aparte de la cabeza —murmuró Alexander, antes de levantar los párpados del varón. La sonrisa se le tensó de inmediato—. Las venas de los ojos se han vuelto violetas.

—Asesinato, entonces —dijo Octavius con un bufido frustrado.

Así era su suerte, que algún imbécil fuera envenenado en su fiesta… ¡La audacia!

Se le ocurrió una idea mientras Alexander seguía revisando al naga muerto. Sacó su teléfono, lo abrió y pulsó en una *app* de escritura. Tituló un nuevo documento «Asesinato en la Mansión de Scarlett». Escribió rápidamente lo ocurrido y lo que Alexander había dicho del cuerpo.

El segador abrió más la boca del paranormal y se inclinó para olfatear.

—Huele a cardeum.

—Eso sin duda sería suficiente —dijo con un suspiro aburrido antes de añadirlo a sus notas.

Alexander se incorporó.

—Ninguna otra herida, salvo la causada por la caída. Debo decir que, cuando entré en el salón, ya olía a muerte. Así que estaba muerto antes de caer. Pero aún está lo bastante caliente como para que la sangre corra, así que no murió hace mucho.

—Entonces… ¿alguien lo envenenó, pero el veneno tardó en hacer efecto? —preguntó Turney.

Alexander se encogió de hombros.

—Es un veneno de acción lenta hasta que hace efecto.

—Lo que quiere decir es que probablemente el hombre se sintió perfectamente bien hasta el mismo instante en que murió. Este veneno en concreto se expande por el cuerpo sin dejar rastro hasta contaminar por completo todos los órganos. Y entonces lo apaga todo. Cabe señalar que esto probablemente no fue un objetivo aleatorio. El cardeum es un veneno raro y una elección curiosa. Es completamente inofensivo para los no muertos, humanos y muchos otros paranormales. Pero para criaturas reptiles, como la víctima, es letal.

Alexander se inclinó hacia el candelabro.

—Parece que ha sido manipulado. —Tiró de la parte que debía sujetarlo al techo—. Los cables han sido cortados.

—¿Qué es él? —preguntó Turney.

—Es…

—¡¡Kristof!! —gritó una voz masculina, cargada de devastación.

Capítulo Dieciocho



Esa Sí Que Es Una Lista

Octavius ojeó al fantasma que entró corriendo y se detuvo en seco antes de alcanzar el cuerpo. Henry y Cormac lo siguieron más despacio.

Jagger Grandor era lo que todos esos libros de romance considerarían alto, oscuro y apuesto. Pelo negro, piel clara, rasgos simétricos. No estaba nada mal, pero había algo en él que resultaba irritante. Como si fuera un poco demasiado perfecto.

La mirada de Octavius se deslizó hacia la ropa del varón. Le quedaba bien, era gris y andrajosa, muy de fantasma. No llevaba maquillaje, pero, bueno, tampoco lo necesitaba. Solo tendría que transformarse en su estado fantasmal para completar el aspecto.

Alexander empezó a acercarse, pero Octavius lo detuvo con un gesto de mano. El segador arqueó la ceja, aun así se quedó donde estaba.

¡Bien! ¡Porque esta era su investigación! No es que Octavius tuviera muchas ganas de investigar ahora mismo… pero ¡¿cómo iba a dejar que el segador se encargara de esto?! ¡El asesinato había ocurrido en su propia casa! Bueno… en la de Scarlett. Pero él vivía allí ahora, así que también era suya. No podía permitir que Alexander tomara el control de algo que había sucedido en su territorio; sería demasiado… molesto.

—¡Kristof! —gritó Jagger otra vez—. ¡¿Cómo ha podido pasar esto?!

El fantasma prácticamente se deshacía en su sitio, temblando mientras miraba al cadáver con horror durante unos segundos antes de romper a llorar. Era… extraño que un jefe tuviera esa reacción ante la muerte de un empleado.

Teniendo en cuenta que había vivido algo parecido hacía no mucho, Octavius pensó que la reacción se parecía más a la que uno tendría al perder a un amante. Pero… si no estaba equivocado, Jagger estaba casado con una mujer… no con un hombre.

Frunciendo el ceño, se acercó al ser sobrenatural que sollozaba y le dio unas palmaditas torpes en la espalda.

—Ya, ya —dijo Octavius.

—Octavius… —le gritó Turney entre susurros.

—¿Qué? Lo estoy consolando.

—Mal —le siseó su zombi.

No… no podía negarlo. Así que no lo intentó y decidió simplemente ignorar el comentario. ¿Acaso era culpa suya? ¡La reacción había sido extraña!

—Entonces, Jagger. Es evidente que estás pasando por un momento difícil, pero ¿podrías decirme qué clase de relación tenías con el fallecido?

—Él… él era mi amante desde hacía mucho tiempo.

—Ya veo —dijo Octavius lentamente—. Estás casado, ¿no es así?

—Ah, mi esposa y yo somos poliamorosos. Ella conoce y forma parte de todas mis relaciones. Incluida la que tenía c-con Kristof. —Soltó otro sollozo.

—Eso explica mucho. —Definitivamente explicaba su reacción—. Tu esposa no está aquí esta noche, ¿verdad?

Jagger se sorbió la nariz.

—No… ¿Por qué lo preguntas?

Turney carraspeó y empujó un poco a Octavius hacia un lado.

—Bueno, me temo que… ¿Quizá deberías sentarte para esto, eh… Jagger? —dijo con cautela.

Mmm, ¿eso se consideraba como tener tacto? Supuso que él simplemente habría soltado la noticia tal cual.

Henry, como el maravilloso vástago que era, apareció de la nada con una silla y la colocó cerca de Jagger. Le sonrió al vampiro, que negó con la cabeza antes de caminar hacia la barra en la que estaba sentado Cormac y sentarse a su lado.

Jagger, aunque seguía claramente afectado, ahora parecía confundido mientras se sentaba.

—¿Qué… ocurre? ¿No fue un accidente? Aunque… Kristof era un profesional. No puedo creer que diera un paso en falso y muriera así. Era tan ágil, atlético, flexible… fluido…

Octavius hizo una mueca. Esa era más información de la que quería saber.

Turney apretó los labios; claramente intentaba controlar su expresión. Lo logró mucho mejor que Octavius. Aunque Octavius ni siquiera se había molestado en intentarlo… en fin. Quizá la próxima vez que hubiera un asesinato lo haría mejor. Pero ahora estaba en modo fiesta, no en modo trabajo. No debería tener que controlar su cara cuando estaba en modo fiesta… ¡ESO IBA EN CONTRA DE LAS REGLAS DE LAS FIESTAS! Sus reglas, al menos.

—Después de examinar el cuerpo, lamentablemente hemos descubierto que Kristof no murió por causas naturales —explicó Turney.

Sí, eso había estado muy bien dicho… Octavius simplemente había planeado decir algo como que lo habían matado y ya. Bueno, no con esas palabras exactas. Quizá, «¡Oh, Kristof ha sido envenenado hasta la muerte!». Algo dramático o así. Con algo de teatralidad, quizá algún gesto de manos.

—¿Q-qué quieres decir?

Aparentemente, ser amable no era lo bastante claro.

—Lo han asesinado —soltó Octavius antes de que el zombi pudiera detenerlo.

Turney suspiró.

—¡¿ASESINADO?! ¡¿Han asesinado a mi Kristof?! ¡¿Quién?! ¡¿Por qué?!

—Esa es la pregunta. Supongo que no has sido tú. Aunque, si lo has sido, lo descubriremos tarde o temprano. Y no fue tu esposa, ya que no está aquí. A menos que entrase por algún sitio.

La espalda de Jagger se tensó.

—Mi esposa y yo no asesinamos a Kristof.

—Sí, bueno… ¿Tienes alguna idea de quién podría haber sido? —preguntó.

Turney sonrió con gentileza al fantasma.

—¿Kristof era tu única otra pareja?

Jagger suspiró.

—Supongo que ahora cualquiera con quien esté involucrado será un sospechoso. Pero no se me ocurre quién podría hacerle daño. Todos saben que cada uno de ellos tiene el mismo espacio en mi corazón. —Hizo una pausa, su labio inferior temblaba—. Siempre hemos dejado claro que los celos no se aceptarían en nuestras relaciones, ni cerca de ellas. Yo…

Sí, apostaría a que muchos habían sabido disimularlos, precisamente porque conocían esa regla. Nunca entendía a la gente que se involucraba en relaciones que no quería desde el principio.

—Lamento que tengamos que preguntar esto, pero no tenemos opción. Por favor, dinos con quién más estáis involucrados tú y tu esposa —dijo, móvil en mano, listo para anotar la lista.

—Bueno, está Jessica Bell, Jordan Deti…

El ojo derecho de Octavius empezó a temblar mientras la lista de Jagger continuaba. ¿Cómo encontraban tiempo para dormir? Totalmente desconcertado, escribió cada nombre que Jagger mencionaba. La lista del fantasma era tan larga que ocupaba varias páginas en su documento. Turney, a su lado, emitió un extraño sonido como si se ahogase.

—Vaya —susurró Cormac detrás de ellos.

—¿Puedes decirnos dónde están todas estas personas ahora mismo? Al menos las que están aquí. A no ser que todas trabajen en tu empresa.

—No puedo imaginar a ninguno de ellos haciéndole daño a Kristof, y mucho menos matándolo. ¡Todos lo querían muchísimo!

Uf, qué ganas tenía de preguntar si eso era en sentido literal o figurado.

—Bueno… eh… —Turney carraspeó. Tenía las mejillas ligeramente rojas. Era un bonito color. Su conejito adorable se estaba sonrojando—. Sé que no quieres pensar en que uno de ellos haya hecho esto, pero son los sospechosos más probables. Así que son nuestro punto de partida. Por supuesto, si descubrimos que no ha sido ninguno de ellos, buscaremos por otro lado… pero por ahora, son nuestras únicas pistas. ¿A menos que sepas de alguien que lo odiara y quisiera hacerle daño?

Jagger suspiró y negó con la cabeza.

—No.

—Entonces debes decirnos dónde están ahora mismo. Aquí tienes, he hecho una lista con los nombres, escribe al lado dónde se encuentra cada uno —indicó Octavius, ofreciéndole el móvil.

El fantasma dejó caer los hombros, pero lo tomó y empezó a escribir.

Mientras lo hacía, Octavius se inclinó hacia Turney y susurró lo más bajo que pudo:

—¿Cómo tiene tiempo para dormir?

Turney bufó.

—Eres un peligro.

—¡Qué grosero! —exclamó él, escandalizado.

El silencio se impuso mientras esperaban a que Jagger terminara. Le llevó al menos diez minutos completar la tarea.

Jagger suspiró.

—Ya está. He señalado los que no deberían estar aquí porque no trabajan para la compañía —dijo, tendiéndole el móvil.

Octavius se lo arrebató con una sonrisa.

—Bien, bien. Gracias.

—¿Puedo volver al trabajo? Creo que me vendría bien distraerme con otra cosa. Hasta que sepamos quién… —La voz de Jagger se quebró.

—Haz lo que sientas necesario —respondió Turney con suavidad.

Alexander intervino:

—Para que quede claro, nadie debe abandonar el recinto por ahora.

Un apunte innecesario. Nadie podía salir. Octavius se había asegurado de eso. ¿Para qué mencionarlo?

Jagger hizo una mueca.

—Entendido —dijo, levantándose y alejándose.

Octavius echó un vistazo al móvil, leyó rápidamente la lista y empezó a dividirla en cinco grupos distintos según su ubicación actual, incluyendo uno para los que no estaban presentes.

Mientras acababa, Scarlett y Min-ji regresaron. Scarlett miró raro a Turney al entrar. Octavius supuso que había notado el cambio en sus emociones mientras Jagger les daba los nombres.

—He arreglado la barrera. Ahora impide que cualquiera se marche, sea humano o paranormal —informó Min-ji al llegar junto a él.

—¡Perfecto! —exclamó Octavius—. ¡Y en el momento perfecto! Puedo explicar la lista que estoy a punto de enviaros.

—¿Lista? —preguntó Scarlett.

Envió rápidamente las listas y sus notas del caso hasta el momento a Scarlett, Cormac y Alexander. Su sonrisa se amplió cuando los tres móviles sonaron un segundo después.

Octavius asintió.

—Sí, nuestra lista de sospechosos… La lista de amantes de Jagger. Y voy a suponer que también lo eran de su esposa. He hecho cuatro listas separadas según su ubicación.

—¿Amantes? ¿Había suficientes como para hacer varias listas? —preguntó Min-ji, arqueando una ceja.

«Suficientes como para varias listas y más», pensó él.

—¡Todos, venid aquí! —anunció en voz alta.

Todos se congregaron rápidamente en un círculo. Bueno, Turney se quedó a su lado… y Min-ji y Scarlett apenas se movieron. Pero Cormac y Henry sí se desplazaron… más o menos. Estaban todos, con eso bastaba. Era una especie de círculo.

—Vuestra tarea es interrogar a estas personas, averiguar qué saben y cómo se sienten respecto a Kristof. ¿Sabéis…? Nunca nos dio un apellido. No importa, supongo que solo hay uno. Al menos, en la lista de amantes solo había uno. En fin, tenéis una lista de nombres, ubicaciones y anotaciones sobre el asesinato. Ah, sí, definitivamente ha sido un asesinato. Estos son los grupos: Turney y yo, por supuesto, vamos juntos. Luego, Min-ji y Scarlett, Cormac y Henry, y por último Alexander y Theo. Pero solo si Theo se encuentra con ánimos —concluyó Octavius con una sonrisa radiante.

Theo frunció el ceño y dudó un momento antes de responder.

—Creo que me gustaría acostarme un rato.

—Por supuesto, eres libre de hacerlo. Gracias por haber llegado hasta aquí hoy.

—Acompañaré a Theo a su habitación antes de ocuparme de mi lista —declaró Alexander.

Octavius arqueó una ceja, pero se encogió de hombros y dijo:

—Está bien.

—¿No podemos hacer que los actores vengan aquí? —preguntó Turney.

—¡No! —gritó Octavius—. ¿Cómo podríamos? ¡Están entreteniendo a los invitados!

Su conejito zombi soltó un largo suspiro.

Capítulo Diecinueve



Reduciendo Opciones

—Sigo sin entender por qué no podemos simplemente pedirles que vengan. ¿No sería mucho más fácil que andar corriendo por ahí buscándolos? —refunfuñó Turney, encogiéndose cuando el mismo jodido fantasma falso lo sorprendió por cuarta vez en el bosque.

Y eso que, pensándolo bien, todas las calabazas y los demás adornos relativamente inofensivos le parecían geniales. ¡De verdad que sí! ¿Pero por qué Octavius tenía que centrarse tanto en la parte terrorífica de Halloween? Suponía que, si pudiera, el vampiro se enfocaría en el tema de los caramelos.

—Solo es que no te gusta asustarte —dijo Octavius con una risita.

—¡¿A quién le gusta asustarse?! —bufó él.

—A mucha gente. ¿Por qué crees que tantos van a casas encantadas y cosas por el estilo?

—Porque son extraños.

Octavius chasqueó la lengua.

—Que a ti no te guste asustarte no significa que ellos sean extraños por que sí les guste.

Él soltó un ruido de indignación.

—Yo creo que sí que significa que son extraños.

—¿Quién es el que se está comportando como un mocoso ahora? ¡Yo no! —dijo Octavius riendo.

Turney suspiró cuando por fin salieron del bosque y entraron en la casa. Aunque, la verdad, no debería alegrarse de haber regresado. Las habitaciones por las que iban a pasar sin duda serían mucho peores que el bosque.

—¿Por qué los actores siguen en este lado? ¿No deberían haber cambiado cuando lo hicimos nosotros?

—Porque los invitados tienen hasta la medianoche para explorar este lado de la fiesta. A medianoche los actores harán una pequeña pausa antes de cambiar al nuevo papel que les toque para la otra mitad de la fiesta.

Turney frunció el ceño.

—Espera, ¿cuánto dura esta fiesta? —preguntó.

—Aunque tiene una hora de inicio, no hay una hora de cierre establecida… Pero sin duda seguirá hasta temprano por la mañana. Así que no esperes dormir mucho esta noche.

Miró al vampiro mientras entraban en la casa.

—Así que, sigues con la intención de continuar, aunque ahora tengamos un cadáver.

Octavius bufó.

—No pretenderás que la cancele por algo tan simple como un asesinato, ¡¿no?!

—Claro, qué tonto por mi parte el pensar que un asesinato bastaría para frenar tu obsesión con Halloween.

—Muy tonto —dijo Octavius, completamente serio.

Y seguramente lo decía en serio. Su novio era todo un loco…

—Vale, ¡los dos primeros están en la sala de la carne! —anunció Octavius, demasiado contento.

—¿La sala de la carne? —preguntó con aprensión.

—¡Ya verás! —canturreó—. ¡Vamos!

Octavius avanzó con decisión por los pasillos. Lo único que Turney pudo hacer fue arrastrar los pies tras él.

—¡La sala de la carne! —proclamó el otro al llegar a una puerta cubierta con plástico.

—Después de ti —le indicó Turney con un gesto. Ni loco iba a entrar primero.

Octavius se encogió de hombros y, abriendo la puerta, entró. Turney lo siguió, ¿qué otra opción tenía?

La sala… no estaba seguro de qué tan grande era, pero había muchas de esas extrañas cortinas de plástico que tenían que apartar al pasar. El olor era… extraño. No sabía cómo describirlo. Se parecía al de la sangre pero no… Nada olía mal, y aun así…

Avanzaron hacia una zona oscura. Una bombilla desnuda colgada del techo era la única fuente de luz en el lugar.

Había alguien allí… Escuchaba los latidos de su corazón. Turney frunció el ceño y miró a su alrededor, pero… no vio nada. Ni

siquiera podía distinguir las paredes. Así que de qué servía su visión mejorada. Seguro que era algún hechizo o algo parecido.

Se sobresaltó y se quedó inmóvil al oír el sonido del metal golpeando contra metal. Agarró al vampiro del brazo cuando este intentó seguir caminando. Octavius soltó una risita, pero se detuvo. Como no pasó nada más, avanzaron juntos, poco a poco.

Al oír un ruido de algo arañando. Turney se volvió a quedar paralizado, obligando también a Octavius a detenerse, de lo fuerte que lo sujetaba.

—¿No podríamos simplemente llamarlos por sus nombres? —susurró Turney. Su corazón empezó a acelerarse justo cuando la única bombilla comenzó a parpadear.

Y de pronto, hubo destellos de luces por todas partes, y por primera vez vio claramente la pared, que mostraba horrores parpadeantes de cuerpos mutilados, sangre y órganos colgados por todas partes. Cuando un rugido mecánico rompió el silencio, Turney se giró y se encontró cara a cara con un enorme maníaco deformado que blandía una motosierra. Turney gritó, a punto de atacar, pero justo cuando iba a golpear, Octavius lo apartó del actor.

—¡ALTO! —gritó el vampiro.

El actor vaciló.

Turney seguía de espaldas, temblando.

—Hola —saludó Octavius, con un tono absurdamente alegre—. Verás, ha habido un incidente. ¿Eres James o Ethan? Sé que los dos estáis aquí. Tenemos que hablar con vosotros.

Turney, aún tembloroso, se giró poco a poco hacia la criatura. Carraspeó, y le salió un tono muy agudo.

—Eh… la conversación puede ser algo triste.

El actor bajó la mano que sujetaba el arma, con una expresión de preocupación en su rostro claramente cubierto de maquillaje y prótesis.

—Soy James, señor Evander.

—Oh, no, por favor, llámame Octavius.

El hombre carraspeó.

—Dame un momento, avisaré a Ethan por radio.

James se llevó una mano al oído y habló.

—Ethan. Ven conmigo a la sección de la motosierra. Pon un cartel en la puerta que diga cerrado por problemas técnicos.

Oyó a quien supuso que era Ethan responder:

—¡Recibido!

Momentos después, apareció otro tipo aterrador. Era aún más alto que James, y su rostro parecía desgarrado por garras. Las heridas eran profundas y sangrientas.

—¿De qué se trata? —preguntó Ethan al llegar. Hizo una leve reverencia hacia Octavius—. Señor Evander. ¿Qué puedo hacer yo, o

qué podemos hacer, por usted?

Turney vio que Octavius estaba a punto de, una vez más, soltarlo todo.

—Es un asunto delicado —intervino rápidamente.

Octavius suspiró a su lado, pero le cedió la palabra con un gesto.

—Hemos encontrado… a Kristof, uno de los actores, muerto.

Bueno, técnicamente ya estaba muerto cuando se desplomó delante de todos, pero daba igual.

—¡¿Qué?! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—No puedes estar hablando en serio —siseó James—. ¿Esto es una broma?

Turney hizo una mueca.

—Me temo que no.

Octavius añadió dramáticamente:

—¡Lo han asesinado!

—¡¿Asesinado?! —exclamó Ethan, mientras James permanecía en silencio, completamente sorprendido.

Turney miró al vampiro. Octavius le devolvió la mirada con fingida inocencia. ¿Para qué se seguía molestando en intentar ser discreto? Normalmente, Octavius era mejor que esto. Sí, era impaciente y le encantaba soltarlo todo de golpe, pero nunca llegaba a estos extremos…

Turney suspiró. Supuso que ya había sido evidente en el salón de baile que el vampiro no tenía el menor interés en lidiar con este asunto ahora mismo. Iba a dar por hecho que la falta de interés de Octavius significaba que, por defecto, iba a ser directo. Apostaba a que ese pequeño granuja se estaba obligando a investigar simplemente porque era demasiado terco como para dejar que Alexander se encargara de todo.

—Por desgracia… —dijo Turney con suavidad, antes de explicar lo que había pasado y por qué estaban allí—. Tenemos entendido que vosotros dos sois amantes de Jagger.

Ethan asintió.

—Entiendo que sospechéis de quienes se relacionaban con él. Pero aunque James y yo nos hemos acostado con Jagger y con su esposa, Lorraine, también hemos estado con Kristof. Sin embargo… nuestra pareja principal somos nosotros —dijo, tomando la mano de James —. Nunca le haríamos daño a Kristof. No lo amábamos, no como lo hacen Jagger o algunos otros, pero no estamos enamorados de nadie más que el uno del otro.

James le sonrió a Ethan y se inclinó hacia él. Ethan le rodeó los hombros con el brazo. Lo cual resultaba de lo más inquietante por culpa de los disfraces… Seguro que existía alguna película porno retorcida que imitaba esta escena.

James carraspeó.

—Además, ninguno de los dos trabajaba estrechamente con Kristof en sus actuaciones. Si nos acercáramos a su equipo o a cualquiera de sus cosas, ya no digamos a la lámpara, levantaríamos sospechas. Casi todas nuestras interacciones con él eran fuera del entorno laboral. Podéis preguntarle a quien queráis. Ni siquiera hemos puesto un pie en la sala donde lo encontrasteis.

—¿Entonces quién sí tiene acceso? —preguntó Octavius.

Si lograban reducir la lista de sospechosos, podrían cerrar el caso más rápido.

—Jace, Vance, Kyle, Tina, Gordy, Bates, Brim, Bronx, Cindy, Jessica, Darien… —Ethan siguió enumerando nombres, y aunque se alargó bastante… la nueva lista tenía al menos la mitad de nombres que la original. Algo era algo.

James explicó:

—Todos ellos sabían cuál era el papel de Kristof en la actuación y no levantarían sospechas si se acercaban a su equipo. Algunos incluso estaban encargados específicamente de preparar las cosas para sus espectáculos.

—Mmm, eso sí reduce un poco la lista, teniendo en cuenta lo larga que era —dijo Octavius, fingiendo una sonrisa—. ¿Sabéis si alguien no se llevaba bien con Kristof? Jagger asegura que tiene una política contra los celos en sus relaciones, pero ya sabemos que algo así puede ocultarse fácilmente.

Ethan suspiró.

—Jagger sigue siendo muy joven. Es muy optimista y no ve muchas cosas. Y en este caso, está completamente ciego ante los celos ajenos. Diré que la mayoría nos llevamos bien. Pero claro, muchos de los que están con Jagger tienen una pareja estable. Aunque no puedo afirmar con total certeza que quienes están emparejados no tuvieran algo en contra de Kristof, diría que os centrarais en los que no tienen ninguna relación fuera de este grupo. —El varón enumeró rápidamente una lista aún más reducida de nombres—. Kristof, aunque se acostaba con muchos de nosotros, tenía algo especial con Jagger y Lorraine. Eso, sin duda, molestó a más de uno.

—Tiene sentido. Pero… ¿en qué era diferente su relación con Jagger y su esposa respecto a las demás? —preguntó Turney.

James soltó una risotada.

—A Jagger le encanta decir que todos tienen un lugar igual en su corazón, pero es muy evidente que algunos estaban por encima. Kristof era uno de esos.

—No creo que haya nada más que podamos deciros… ¿Necesitáis algo más? ¿O podemos volver al trabajo? —preguntó Ethan.

Octavius frunció el ceño, claramente pensando en la pregunta. Pero Turney tenía algo más que preguntar.

—¿Sabéis el apellido de Kristof?

Ethan parpadeó varias veces.

—Eh, sí. Es Berg.

—Gracias —dijo Turney.

—¿Eso es todo? —repitió el varón.

—Sí —respondió Octavius, pensativo—. Creo que eso es todo. Os dejamos trabajar. Si se nos ocurre algo más, volveremos.

Los dos asintieron mientras Octavius y Turney se alejaban por el mismo pasillo por el que habían llegado.

—Bueno, al menos la lista es más corta ahora —dijo Turney con un suspiro.

—Quizá. Ambos son paranormales bastante mayores. Diría que de mi edad, más o menos. Así que podrían haber mentido.

Los ojos de Turney se abrieron más.

—Me da curiosidad saber por qué trabajan aquí entonces.

Octavius sonrió.

—Sin duda lo hacen porque les gusta. Han vivido tanto que dudo que sea por dinero. Cuando uno llega a cierta edad, lo único que puede hacer es buscar cómo entretenerse.

Turney soltó una risita.

—Eso explica muchas cosas.

Octavius entrecerró los ojos.

—¿Por qué siento que eso ha sido un insulto?

Él sonrió y trató de imitar la mirada inocente y de ojos bien abiertos del vampiro.

—¿Qué quieres decir?

—¡Me has insultado, ¿verdad?!

—No sé de qué estás hablando.

El vampiro resopló y cruzó los brazos, haciendo un puchero.

Turney rio.

—En fin, ¿usamos la lista reducida por ahora?

Octavius soltó un suspiro pesado.

—Supongo. Nos ahorrará algo de tiempo. Y si resulta que nos han mentido… bueno, entonces probablemente sean los culpables. Así que, de una forma u otra, ¡resolveremos el caso!

—Bastante lógico —dijo él, antes de preguntar—. ¿De qué especie era Kristof? Al final no me lo dijiste.

—Era un naga. Y déjame decirte que los nagas no son una especie con la que uno quiera meterse. Además, son muy difíciles de matar a menos que… ya sabes, seas sigiloso y uses veneno como hizo nuestro asesino. Si tuviera que describirlos, diría que son como la hidra de las leyendas. Solo que con regeneración instantánea, sin lo de cortar una cabeza y que salgan dos.

Criaturas como serpientes gigantes existían… Qué alegría…

—Suena… aterrador.

Octavius soltó una risita.

—En efecto —el vampiro sacó su móvil y lo abrió—. Voy a actualizar la lista y a enviársela a los demás, ¡luego buscaremos a los siguientes dos!

Capítulo Veinte



Se Tomaron Decisiones

Scarlett intentó que no se le subieran los colores al rostro cuando deslizó su brazo por el de Min-ji y se agarró a ella. No creía haberlo conseguido, pero qué más daba. Scarlett echó un vistazo a las decoraciones en los árboles mientras caminaban. Octavius realmente se había superado este año. Tenía el presentimiento de que el próximo sería aún peor.

—¿A quién estamos buscando? —preguntó Min-ji, sonriéndole desde arriba… lo que provocó que el rubor contra el que había estado luchando se intensificara de golpe. Maldita piel pálida…

Carraspeó e intentó parecer indiferente.

—Un hombre llamado Fedric Noric. Está por aquí, en el bosque.

—Ya veo.

—Hay alguien escondido más adelante. Quizá sea él.

Min-ji asintió en respuesta.

Justo cuando se acercaban, la persona apareció de la nada. Una llamarada estalló sobre sus cabezas mientras el hombre disfrazado de brujo soltaba una risa espeluznante. Scarlett agachó la cabeza de forma instintiva, pero no reaccionó más. No salía nada bueno de mezclar fuego y zombis.

—¿Eres Fedric? —preguntó Min-ji.

El brujo —porque lo era como especie, no solo por el disfraz— se quedó ahí parado un momento, sorprendido de que ninguna de las dos hubiera reaccionado.

Scarlett suspiró.

—¿Sí o no?

El brujo entrecerró los ojos al mirarla.

—¿Lo soy? ¿Y vosotras sois?

—Dueña de la finca que queda por allí —Scarlett señaló a la derecha, ya sintiéndose un poco aburrida de la conversación.

—Ha habido un asesinato. Uno de los otros actores, Kristof —dijo Min-ji con tono monótono.

Fedric se sorprendió, tenía los ojos muy abiertos.

—¿Kristof ha muerto? —Luego frunció el ceño y se encogió de hombros—. Bueno, tiene sentido, supongo. Su actitud perfeccionista era molesta a veces. Siempre tan egocéntrico. Se creía mejor que los demás.

Al parecer, esa sorpresa… no había sido por tristeza.

—Supongo que no os llevabais bien —comentó Min-ji, con el mismo tono indiferente que Scarlett sentía.

Era extraño, pero agradable, lo parecidas que eran. No es que no le gustaran las diferencias de los demás. Octavius no se parecía en nada a ella, y aun así lo adoraba.

—Oh, por eso estáis aquí. ¿Creéis que fui yo? No. Apenas interactuaba con el naga. No le caía bien. Pero me temo que eso es culpa de su mal gusto —dijo Fedric con altivez.

Scarlett sonrió con sorna.

—¿Y por qué no le caías bien? ¿Diferencias de opinión o por tu actitud?

—¿Qué insinúas? —preguntó el brujo.

—Es una pregunta sencilla. Solo respóndela.

Fedric bufó.

—Los zombis ya no están tan bien adiestrados como antes.

Los ojos de Scarlett se abrieron como platos.

—¿Perdona?

Él la ignoró, dirigiendo la mirada a Min-ji.

—Deberías ajustarle la correa a tu espíritu familiar. Su especie necesita cuidados especiales y disciplina, o te avergonzará constantemente en público.

El brazo de Scarlett se deslizó fuera del de Min-ji. Y cuando las manos le empezaron a temblar, las apretó en puños para detenerlo. Para detenerlo todo… su rabia… los recuerdos…

«Cuidados especiales», dijo… Lo que realmente quería decir era abuso, manipulación… humillación. Lo que hiciera falta para quebrar a los de su especie y convertirlos en esclavos silenciosos e incapaces de cuestionar.

Ese brujo era igual que todos esos monstruos que había conocido.

Pero… Min-ji no lo era… La miró y encontró su mirada de vuelta, llena de ira y preocupación. Sí… Min-ji era diferente.

—Oh, ¿no estáis vinculadas? —río Fedric—. Error mío. En ese caso, ¿buscas un amo, zombi? Apuesto a que puedo doblarte hasta que obedezcas.

Scarlett gruñó, dejando que la transformación se manifestara mientras se encaraba al brujo.

Él no pareció preocupado. Simplemente se quedó ahí, con una sonrisa arrogante en la cara.

—Feroz, me gusta. Será mucho más divertido cuando te rompa.

Scarlett dio un paso adelante, sin saber muy bien qué iba a hacer, pero Min-ji le sujetó el hombro. Fue muy difícil ignorar la carcajada de Fedric cuando ya tenía la rabia a flor de piel. Pero lo hizo, y al mismo tiempo se obligó a mirar a la mujer otra vez.

Min-ji le sonrió y se inclinó para besarle la frente.

—Déjamelo a mí —susurró, justo antes de volverse hacia el imbécil y golpearlo con el puño en el pecho.

Los ojos de Scarlett se abrieron más al ver cómo Fedric salía volando. Su grito se cortó de golpe al estrellarse contra un árbol.

—Solo será un segundo —dijo Min-ji, dándole otro beso en la frente y alejándose mientras se crujía los nudillos.

Una sonrisa se formó lentamente en el rostro de Scarlett. Y cuando Min-ji empezó a golpear a Fedric, el corazón le dio un vuelco mientras su estómago se llenaba de mariposas.

Sí… Min-ji era un tipo distinto de bruja: su bruja.



—¡Y... MENSAJE ENVIADO! —anunció Octavius con una risita. Estaba a punto de guardar el móvil cuando este sonó. Frunciendo el ceño, revisó el nuevo mensaje. Sus ojos se abrieron al leerlo.

SCARLETT

Puede que Min-ji que haya golpeado a un actor y lo haya metido en un barril cualquiera que se encontró por ahí.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Turney.

—Solo un pequeño… incidente. Nada de lo que preocuparse —mintió con una sonrisa de oreja a oreja.

OCTAVIUS

¿Qué hizo?

SCARLETT

Insultó a los de mi especie.

OCTAVIUS

Merecido. No pasa nada, mete el barril en una habitación con llave y ya me ocuparé luego. Que Min-ji lo cierre bien bien. Ya sabes a qué me refiero.

SCARLETT

Entendido.

OCTAVIUS

¡Te quiero, bestie! <3 \:D ;3

SCARLETT

Yo también te quiero.

Octavius soltó un «jum» y volvió a guardar su móvil en uno de los bolsillos con solapa. Un problema del que ocuparse más tarde. Parpadeó al ver que Turney seguía mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—Tenías cierta expresión en la cara mientras escribías…

—¿Expresión? ¿Qué quieres decir? —preguntó con inocencia.

—Era de enfado, y luego se volvió un poco malvada.

—Tonterías. Estás imaginando cosas. ¡Vamos! —Le rodeó el brazo y tiró de él.

Al principio iba hacia la siguiente persona en su lista ahora actualizada… pero de repente se le ocurrió una idea mejor. Octavius arrastró a Turney hasta una de las habitaciones temáticas que había creado. No había actores, solo ellos dos. Cerró la puerta con llave mientras Turney inspeccionaba el lugar. Había creado un cementerio falso; con lápidas, hierba, niebla, luz de luna ¡e incluso brisa! Todo falso. Aunque, si le preguntabas a él, bastante impresionante.

—¿A quién buscamos ahora? —preguntó Turney, mirando el cuarto con una mueca, aunque dejó que Octavius lo guiara hacia una zona llana y agradable de hierba.

Octavius ignoró la pregunta del zombi y anunció en voz alta:

—¡Este es el lugar perfecto!

Turney arqueó una ceja.

—¿Perfecto para qué?

Octavius empezó a reírse como un loco, haciéndole ojitos a su conejito zombi.

—Octavius… ¡ha habido un asesinato!

Octavius hizo un puchero.

—Bueno, no es como si la víctima se vaya a ir a ningún sitio. ¡Y el culpable está atrapado!

—Atrapado en una propiedad enorme con muchos sitios donde esconderse —señaló Turney—. ¿Y qué pasa si no está atrapado?

Le restó importancia con la mano.

—No es mi problema. Le echaré la culpa al segador y ya. Ahora bien… —Sonriendo ampliamente, agarró a Turney y lo lanzó sobre la hierba falsa.

—¡Octavius!

—Quédate quieto como una estatua, ¿quieres? —dijo riendo mientras se agachaba y empezaba a manosear a su zombi.

—¡Octavius! —jadeó Turney.

Octavius rio con malicia mientras levantaba la prenda del otro, dejando al descubierto su polla medio dura. Creía firmemente que el atuendo era perfecto. Lo había elegido muy bien.

Octavius soltó un chillido de sorpresa al verse tumbado de espaldas, con Turney encima.

—¡Dos pueden jugar a este juego! No soy el único que va medio desnudo por ahí.

Octavius rio.

—Adelante, mi zombi.

Turney sonrió ampliamente mientras se deslizaba por su cuerpo. Levantó los faldones de las pteruges, junto con la prenda de lino interior, y liberó su dura polla.

Octavius jadeó cuando Turney le envolvió la polla con la mano y le dio unas cuantas sacudidas. Sintió un tirón en sus bolas al ver cómo los labios del zombi se separaban y se acercaban. Soltó un gemido bajo cuando se cerraron alrededor de la punta sin circuncidar. La lengua del otro jugaba con la piel y presionaba su uretra.

Le enredó las manos en el pelo a Turney, gimiendo con fuerza cuando el zombi se agachó, llevándose todo su báculo en la garganta. Turney lo acogía muy bien, a pesar del tamaño.

Sabiendo que al zombi le gustaba, Octavius comenzó a embestir hacia arriba dentro de su boca. El zombi soltó un ruido ahogado, lo cual le resultó divertido, considerando que Turney ya no necesitaba respirar. Su zombi lo miró con la mirada ardiendo mientras subía y bajaba por su miembro. Él siseó, acelerando el ritmo de sus embestidas.

—Joder, eres muy bueno en esto, amor mío.

Turney gruñó, enviando un escalofrío por su columna cuando su garganta y boca vibraron alrededor de su palpitante polla.

—Muy bueno —gruñó. Octavius empujó a Turney hacia atrás, sacando su polla de su boca, lo que provocó una queja seguida de un

grito de sorpresa cuando se le lanzó encima con una risita. Empezaron a forcejear.

—¿Qué haces, murciélago loco? —rio Turney sin aliento, justo cuando Octavius logró darle la vuelta y ponerlo de rodillas, con el trasero frente a Octavius.

Relamiéndose, levantó la tela y pasó las manos por las suaves y redondeadas nalgas de Turney. Mmm, sí, ese atuendo era una obra de arte.



—¡JODER! —gimió Turney con fuerza, apoyándose en la lápida falsa sobre la que estaba inclinado. Octavius lo embestía con fuerza, los sonidos de sus cuerpos chocando resonaban en la habitación. Con cada embestida, la polla de Turney rebotaba contra la piedra, añadiendo un toque de dolor al placer.

Hablando de la lápida… Se sentía increíblemente real bajo sus manos. No le sorprendería que Octavius hubiera comprado lápidas auténticas para su cementerio falso. Sinceramente, parecía que estuvieran teniendo sexo al aire libre, bajo la luz de la luna, todo muy realista… La niebla, la luna… y juraría que sentía una brisa suave. Su vida era tan rara.

En una embestida especialmente fuerte, Octavius cambió el ángulo, golpeando justo en su próstata, arrancándole un grito. La estúpida lápida y la habitación extraña desaparecieron de su mente mientras su cuerpo temblaba, inundado de placer.

—¡Octavius! —gimoteó, arañando la piedra. El ritmo del vampiro seguía siendo duro, cada embestida le daba justo en ese punto dentro de él.

Octavius soltó una risita.

—¿Sí, Turney? ¿Necesitas algo?

—¡Más! —gritó él.

El vampiro le recorrió la espalda con una mano, acariciando la cicatriz de una garra con la yema de los dedos. Al mismo tiempo, su ritmo se volvió más lento, embistiéndolo con movimientos suaves y medidos.

—¿Más? ¿Más qué, mi querido conejito zombi?

Turney gimió frustrado, empujando hacia atrás, intentando que el vampiro acelerara de nuevo.

—¡Octavius, por favor!

—Ah, ah, aaah, ¿por favor qué? Si no me lo dices, ¿cómo voy a saber lo que quieres, eh?

La mano de Octavius se deslizó de su espalda al frente, envolviendo la goteante polla de Turney. Empezó a masturbarla al ritmo de las embestidas lentas y precisas, y lo poco que quedaba de su mente se evaporó.

Soltó un gimoteo patético, incapaz de articular lo que Octavius quería oír.

El vampiro estalló en carcajadas.

—Oh, mi pobrecito zombi, ¿qué le ha pasado a tu capacidad de hablar? Solo veo ocupado a uno de los agujeros.

—Piedad —suplicó, aferrándose con fuerza a la lápida. Estaba tan cerca del clímax que temblaba. Solo necesitaba un empujón más.

—Está bien, está bien —ronroneó Octavius.

Turney gritó, sus uñas clavándose en la piedra cuando el vampiro aceleró el ritmo, su polla golpeando dentro de él una y otra vez. La mano sobre su polla iba igual de rápido. La goma de placer dentro de él se rompió, y un grito le desgarró la garganta mientras su orgasmo lo arrollaba.

Sus bolas se tensaron, su polla palpitó en la mano de Octavius, salpicando todo sobre la lápida.

El cuerpo de Turney se sacudió por la sobreestimulación mientras Octavius seguía embistiéndolo una y otra vez.

Momentos después, los brazos del vampiro se envolvieron en su cintura y lo atrajo contra su pecho. Turney volvió a gritar cuando los colmillos de Octavius se hundieron en su cuello, provocándole otro clímax.

—¡Octavius! —gimoteó. Su cuerpo se convertía en un desastre tembloroso mientras Octavius seguía bebiendo de su vena y su polla seguía soltando todo dentro de él.

Pocos segundos después, Octavius salió de él, y también sacó sus colmillos. El vampiro depositó un beso en su cuello.

Turney se desplomó en los brazos de Octavius.

—Joder…

—Desde luego —rio Octavius, besándole el cuello una vez más.

Capítulo Veintiuno



Cuidado

Theo suspiró aliviado cuando por fin llegaron a su habitación. Le dirigió una sonrisa de disculpa a Alexander.

—Siento que haya tardado tanto.

Podía saber perfectamente dónde estaba alguien por lo que oía y olía. Lo hacía con tanta naturalidad que los humanos solían olvidar que era ciego hasta que… hacían alguna estupidez. Como intentar enseñarle algo en sus teléfonos. Solo se volvía un problema cuando había mucha gente, ya que los olores y sonidos podían saturar sus sentidos.

El segador soltó una suave risita.

—Está bien. Imagino que todas las decoraciones han hecho que la distribución sea confusa.

Frunció el ceño.

—No sé por qué esa puerta estaba cerrada. Normalmente no lo está. La uso todo el tiempo como atajo.

—Quizá Octavius haya puesto algo dentro.

Él también lo habría pensado, pero… no estaba cerrada cuando la usó antes. Y además, Octavius solía evitar decorar en exceso las habitaciones y caminos que usaba.

—Puede ser…

—No importa, al final hemos llegado. Si estás bien aquí, tengo que marcharme. —La cálida mano del segador se apartó de su espalda.

—Ah, claro. Gracias, Alexander.

—De nada, Theo.

Oyó que el segador se daba la vuelta para irse, y se encontró diciendo de golpe:

—¡Espera!

Los pasos se detuvieron.

—¿Sí?

—¿Puedes… puedes darme tu número? —preguntó vacilante, sintiendo que le ardía la cara—. ¡No estoy coqueteando! —exclamó —. Es solo que…

Hubo silencio tras su ronda de tonterías, y Theo se alegró de no poder ver la expresión de Alexander. Ni siquiera sabía qué estaba diciendo o haciendo. No estaba interesado en nada… solo quería… Ni siquiera encontraba las palabras para explicar qué quería.

—¿Solo… necesitas un amigo? ¿O quizá algo que esté fuera de este sitio y de quienes están relacionados con él?

—¡Sí!

Eso era lo que quería… una conexión que fuera solo suya. Aunque, claro, el segador también era amigo de Turney, y estaba bastante seguro de que tenía algún tipo de historia con Octavius. Bueno, quizá no quería únicamente una conexión externa… Pero ahora mismo le vendría bien un amigo.

Sus viejos amigos… Por la Diosa, sabía que tenía que contactar con ellos… pero aún no había reunido el valor para hacerlo. No estaba preparado. Por cruel que fuera para ellos, no estaba preparado para enfrentarse a ellos solo, ya que todos lo conocían tanto a él como a Cynthia. Sus vidas habían estado tan entrelazadas, sus amigos eran los mismos…

—Dame tu teléfono.

Theo le dedicó una sonrisa radiante mientras sacaba rápidamente el móvil de un bolsillo oculto entre sus escamas y se lo ofrecía.

—Gracias.



HENRY INTENTABA NO FULMINAR con la mirada a la mujer con la que hablaban. Notaba cómo se le entrecerraban los ojos cuando su mano fue a posarse sobre el hombro de Cormac. Pero sonrió de oreja a oreja cuando el lobo se apartó de su contacto casi de inmediato —la sonrisa del hombre lobo era tensa—.

—Ya veo. Así que trabajabas estrechamente con Kristof, especialmente en sus disfraces, pero no te acercabas a sus accesorios.

Los labios rojos de Cindy se fruncieron en un mohín cuando Cormac se apartó, pero respondió:

—Mientras trabajaba en los disfraces de Kristof, nunca toqué ninguno de sus equipos. Kristof era muy particular sobre quién tocaba sus cosas. Era alguien que necesitaba tenerlo todo en orden. Y, según él, como yo no era alguien que hiciera el mantenimiento o reparase cosas, no tenía ningún motivo para acercarme a ellos. Pero basta de eso —ronroneó—. ¿Qué vais a hacer después de esto? ¿Queréis venir a mi casa? —Su mirada se desvió hacia Henry y le guiñó el ojo—. Tú también estás invitado, guapo.

Cormac soltó un ruido ahogado.

¡¿Qué demonios les pasaba a estas personas?! Cada una de las personas con las que se habían cruzado había flirteado con él, con Cormac o con los dos. ¡¿Es que la gravedad de que alguien que conocían hubiera muerto no era suficiente para rebajar su líbido?!



TURNEY SE ACURRUCÓ MÁS CERCA de Octavius.

—Admítelo, elegiste este atuendo para mí por el acceso fácil.

Octavius soltó una risita.

—No tengo la menor idea de por qué pensarías eso.

—Ajá, claro que no —resopló—. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Follando en un cementerio falso y corriéndome sobre lápidas falsas.

Alzó la vista hacia la cara del vampiro. Octavius sonreía con suficiencia mientras miraba al techo. Pero entonces los ojos del hombre se abrieron de par en par. Turney soltó un grito de sorpresa justo cuando, un segundo después, rodaban por la hierba falsa.

Hubo un estruendo, seguido del sonido de cristal rompiéndose y esparciéndose cerca. Hizo una mueca cuando algo afilado le cortó el brazo, la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta por el cuerpo de Octavius.

—¿Qué cojones? —jadeó Turney, con los ojos abiertos como platos —. ¿Qué ha pasado?

Liberándose del agarre de Octavius, se incorporó, mirando el lugar donde habían estado tumbados. Un candelabro destrozado cubría ahora el suelo.

Octavius se sentó con una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Turney.

—Me curaré… ¿Y tú?

El vampiro le sujetó suavemente el brazo con el ceño fruncido.

—Estoy bien. Tú te llevaste la peor parte. —Había sangre, pero apostaba a que si la limpiaba, la piel ya estaría curada. Observó la gota roja… era mucho más pálida que antes—. Segundo candelabro que cae… no puede ser una coincidencia, ¿no?

Octavius negó con la cabeza.

—Es poco probable.

—Supongo que deberíamos echar un vistazo.

Se pusieron en pie, Octavius hizo otra mueca al hacerlo. Él mismo arrugó la cara al ver la espalda del vampiro. Docenas de pequeños cortes. Fragmentos de todos los tamaños estaban incrustados en la espalda de Octavius. La sangre goteaba en finas líneas.

—Octavius…

—Mi cuerpo expulsará los materiales extraños por sí solo. No te preocupes.

Al acercarse, apartaron a patadas varios cristales, piedras y diamantes que les estorbaban. Turney se agachó y observó las cuerdas que se suponía debían mantener el candelabro fijado al techo. Estaban… cortadas y dañadas, igual que las del otro candelabro. Pero ¿por qué?

Inclinó la cabeza al captar un olor que no encajaba.

—¿Hueles… a humano? No en la habitación, sino cerca del candelabro.

—Sí. Un olor cítrico mezclado con ozono. Y tienes razón, es de alguien humano. Probablemente de alguien que usa demasiado perfume o colonia.

Turney se enderezó y retrocedió, alejándose del desastre mientras miraba alrededor de la sala. Octavius seguía agachado junto al candelabro.

—Está claro que lo sabotearon igual que el otro, pero ¿por qué? ¿Por qué sabotear algo en una sala en la que casi nadie entra?

Octavius se irguió y se acercó a él.

—Porque, originalmente, aquí iba a celebrarse la segunda parte de la fiesta, y por tanto, la actuación. Ya habíamos empezado a montar todo cuando Scarlett ofreció su casa. Después del cambio, decidí, por capricho, convertirlo en un cementerio.

Turney ojeó la habitación. Desde luego, era lo bastante grande para albergar a la multitud.

—Así que alguien saboteó esto para que se cayera, pero cuando cambiaron la ubicación de la actuación, ¿no se molestó en arreglarlo? El otro se rompió cuando empezó a bajarse, ¿por qué este ha caído por sí solo?

—Si tuviera que adivinar, el peso probablemente fue un factor determinante.

—¿No hubiera tenido el peso en cuenta cuando lo saboteó?

—Nunca hicimos un análisis de peso completo ni una revisión de seguridad en este. No llegamos a ese punto de la preparación. Es posible que la persona no se enterara del cambio de ubicación de inmediato. Así que, cuando le dieron los detalles sobre el otro candelabro, asumió que eran para este. Aunque casi del mismo tamaño, este candelabro es significativamente más pesado que el de Scarlett. Así que, si cortó las cuerdas basándose en esos cálculos, no es de extrañar que se haya acabado cayendo por su cuenta.

Turney frunció el ceño.

—¿Y por qué molestarse con el candelabro? Parece absurdo, ya sabemos que fue envenenado.

—Quizá esperaban que no investigáramos más y asumiéramos que murió al caer.

—¿Cómo es que no olimos nada en el otro candelabro?

—Lo limpiaron antes de la actuación.

—Genial, mierda. ¿Entonces por qué nadie notó que estaba cortado? Seguro que no había solo una persona trabajando en él. A menos que sí, y entonces podamos decir: ajá, te pillamos.

—No había solo una… pero la parte del candelabro de Scarlett que sabotearon normalmente está oculta bajo una base. Los operarios no lo habrían visto. Supongo que el mecanismo por el que pasaba la cuerda mientras bajaba el candelabro terminó de cortar la línea.

Turney frunció el ceño, intentando imaginarse a alguien limpiando eso.

—¿Lo limpiaron en el aire?

—Sí.

—¡¿Por qué?!

—¡Es eficiente! —exclamó, agitando los brazos con dramatismo. Trozos de cristal cayeron al suelo mientras lo hacía—. Ah, perfecto. Ya han salido.

OCTAVIUS SONRIÓ con suficiencia ante la expresión de desconcierto de Turney. La gota de sangre en el brazo de Turney llamó su atención, y sin dudarlo, le alzó el brazo y lamió la sangre.

—Mmm, la sabrosa sangre de mi conejito zombi.

Turney resopló con una sonrisa.

—Más bien, pintura corporal y sudor.

Octavius le sacó la lengua e hizo una pedorreta.

El zombi puso los ojos en blanco. Liberando su brazo, Turney se limpió su saliva.

—En fin, deberías mandar un mensaje al resto con esta nueva información.

—Cierto, el deber llama otra vez. Qué estupidez —Octavius suspiró—. Se suponía que esta era mi fiesta. ¡Una noche solo de diversión! No de trabajo.

—Te diviertes trabajando.

—Sí, pero la diversión de Halloween es diferente a la diversión del trabajo. Y la diversión del trabajo no es tan divertida como la de Halloween.

—Esa «diversión» de la que hablas no tendrá que ver con asustarme, ¿verdad? —preguntó Turney con voz monótona.

Los ojos de Octavius se agrandaron al verse descubierto. Intentó parecer inocente.

—No, claro que no.

—Eres muy mal mentiroso. Venga, manda el mensaje —el zombi lo instó con un suspiro—. Cuanto antes resolvamos esto, antes podrás volver a tu fiesta.

—¡Cierto! —canturreó Octavius, frunciendo el ceño pensativo mientras sacaba el móvil del bolsillo con solapa. Lo abrió, creó un grupo y añadió a Cormac, Henry, Scarlett, Min-ji y Alexander, antes de enviar el mensaje.

OCTAVIUS

Averiguad cuáles de vuestra lista son humanos y buscad a alguien con un olor cítrico fuerte mezclado con ozono. Pero preguntad con normalidad. No reveléis nada.

CORMAC

¡Recibido!

SCARLETT

Entendido.

ALEXANDER

¿Hay algún motivo para eso?

Octavius fulminó con la mirada el mensaje del segador. ¿Por qué tenía que ser siempre tan entrometido? ¿Era tan difícil simplemente no hacerlo?

OCTAVIUS

He encontrado algo. Lo explicaré luego. :X

Capítulo Veintidós



Te Encontré

Min-ji fingió una sonrisa y siguió haciéndole preguntas inútiles a la humana frente a ella.

—¿Así que te llevabas bien con Kristof?

Nada de esto importaba, ya que aquella mujer no olía a nada de lo que Octavius les había mencionado en el mensaje. En realidad, solo intentaba ir deprisa para poder librarse de la conversación.

Jessica asintió, con lágrimas en los ojos.

—Sí. ¡N-no puedo creer que ya no esté! —sollozó.

Min-ji apenas logró ocultar su diversión cuando Scarlett, con torpeza, estiró el brazo y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya, ya.

Tuvo que disimular una carcajada con una tos cuando la humana, de repente, se le lanzó encima a Scarlett y comenzó a llorar en su hombro.

La zombi la miró con los ojos muy abiertos, visiblemente incómoda. Movió los labios sin emitir sonido: «¿Qué hago?», mientras le daba unas palmadas robóticas en la espalda.

Min-ji se encogió de hombros, con los labios temblando al intentar contener la risa. No creía que Scarlett fuera a agradecerlo. Su novia le lanzó una mirada fulminante que le dejaba claro que no había logrado ocultar su humor.



CORMAC CASI SUSPIRÓ ALIVIADO al ver que los dos humanos no coqueteaban con él. Nunca habían flirteado tanto con él en una sola noche. Al menos, no fuera de un club.

Normalmente, podía ignorar que lo hicieran. Pero aquella gente quería un dos por uno. Por lo visto, en sus mentes, tanto él como Henry estaban en el menú.

Basándose en la lista inicial que recibieron, y sabiendo que había al menos otras tres listas… sin mencionar los abrumadores detalles sexuales que algunos compartían sin pudor, ninguno de ellos necesitaba más parejas en la cama. Cormac tenía amigos en relaciones poliamorosas, pero… nada parecido a esto.

Esto era otra cosa… una orgía. Sip, esa era la palabra que lo describía. Y por mucho que una orgía pudiera sonar divertida… él prefería estar solo con una persona. Una persona en concreto, últimamente.

Miró a Henry. Diosa, qué bien le quedaba ese disfraz de pirata… Sus labios habían sido firmes pero suaves. Y el vampiro se había derretido prácticamente en sus brazos. Sí, ya sabía con qué iba a soñar esa noche.

Se dejó llevar por la fantasía durante un rato. Total, no hacía falta que estuviera presente mentalmente. Henry podía manejarlo. Esos dos humanos no eran quienes buscaban de todos modos. El olor no coincidía, así que ¿qué más daba si estaba atento o no?

Y vamos, ¿cómo se suponía que iba a concentrarse cuando podía imaginar tan fácilmente esa fantasía? Él, una sirena; Henry, un pirata. Por supuesto que no dejaría al vampiro pelear solo. Con aletas o sin ellas, saldría del océano y haría algo. Aunque las sirenas podían transformar su mitad inferior en piernas, así que… Sí, Henry definitivamente no moriría, y ese beso no acabaría en una triste nube de agua ensangrentada…

—¡Cormac! —lo interrumpió Henry de golpe.

Parpadeó varias veces y luego miró al vampiro en cuestión.

—¿Sí?

—Hemos terminado aquí. Si has acabado de estar en las nubes, vámonos.

Cormac volvió a parpadear. Al mirar alrededor, se dio cuenta de que los humanos ya no estaban. Oh, eso era malo… malo a nivel «Octavius». Sacudió la cabeza.

—¡Cierto! ¿A dónde vamos?

—A los dos siguientes, están a solo unas salas de aquí.

—¡Vale! Vamos —le hizo un gesto para que lo guiara, ya que todavía no se orientaba en esa maldita casa gigantesca.

Henry negó con la cabeza y suspiró mientras empezaba a andar.

¡Ooh, así podría mirar el culo del vampiro! ¡Toda una victoria!



LA MÁSCARA de Alexander se desquebrajaba; sentía cómo se agrietaba más y más con cada nuevo encuentro. ¿Qué les pasaba a esas personas con no respetar los límites personales? Con la sonrisa tensa aún en su rostro, apartó la mano del humano que tenía sobre el pecho.

—Por favor, mantén las manos quietas. Esto es una investigación oficial. Aunque no sé por qué tengo que recordártelo mientras te pregunto por una víctima de asesinato.

Los labios del hombre se fruncieron en un puchero.

—¡Solo intentaba aligerar el ambiente!

Mostró los dientes.

—Deja de intentarlo —dijo sin dudar y sin el menor remordimiento.

Esto era una pérdida de tiempo. Aquel hombre ni siquiera olía a cítrico, mucho menos a ozono. ¿Por qué quería Octavius guardar en secreto lo que sabía? ¿Por qué molestarse en ocultar la información? Habría sido más rápido preguntar directamente a los actores cuál de ellos tenía ese olor. ¿Qué estaba tramando ese vampiro?



OCTAVIUS ESTABA HACIENDO uso de toda la fuerza de voluntad que poseía para no dar saltitos mientras Turney le hacía una pregunta al culpable. ¡Lo habían encontrado! Uno, Darien Flake, humano, ¡su asesino! El hombre rondaba los cincuenta, y aunque su cuerpo estaba en forma, su rostro tenía arrugas profundas y el pelo completamente canoso.

—¿Así que no sabes quién querría hacerle daño a Kristof? —preguntó Turney.

—¡No! Era muy querido —afirmó Darien. Por los Dioses, qué mal mentía.

—Estoy de acuerdo, todos lo querían mucho. Bueno… casi todos. Había algunos con los que no se llevaba, pero no tanto como para querer verlo muerto —dijo la otra humana, llamada Kate.

—¡Bueno, creo que eso es todo lo que necesitamos de vosotros dos! —anunció Octavius, cortando a Turney justo cuando iba a hacer otra pregunta. Porque, vamos, ¿qué sentido tenía?

Su zombi solo negó con la cabeza, claramente exasperado, mientras los dos humanos lo miraban confundidos. Vale, quizá podría haber dejado que Turney siguiera un poco más… solo habían hecho tres… dos preguntas y media. Pero estaba impaciente. ¡Y tenía cosas que planear!

—¡Ah, os contactaremos si tenemos más preguntas, gracias! —dijo con una sonrisa falsa mientras arrastraba a Turney lejos.

En el pasillo, su zombi permaneció en silencio hasta que se alejaron más de la sala.

—¿Por qué no lo hemos delatado? ¿O detenido? ¿O algo así?

Octavius tomó aire.

—La razón es simple, mi querido Turney. Esto es una fiesta. Una fiesta de Halloween. Por tanto, las cosas deben hacerse a lo grande.

—¡¿Qué?! —exclamó Turney.

—Hablando de eso, tengo que ponerlo todo en marcha. Shh, ¡déjame concentrarme! —Octavius sacó el móvil.

—¡¿Concentrarte en qué?!

Le hizo callar con un dedo y le lanzó un puchero.

—¡Tengo que enviar algunos mensajes! No puedes esperar que mantenga una conversación y escriba a la vez. Es imposible.

Turney resopló.

—Quieres decir que tú no puedes hacerlo.

—¡Nadie puede! —exclamó casi gritando. Con una mirada de indignación, soltó un «jum» y abrió el móvil mientras Turney ponía los ojos en blanco.

Abrió sus mensajes y seleccionó el *chat* de grupo llamado «The Bat Pack».

OCTAVIUS

¡Mis bebés! ¡Es hora de reuniros y cumplir mi voluntad!

HEKA

Suena maquiavélico. ¡Estoy dentro!

SETI

No sé de qué hablas, pero protesto. Seguro que causará todo un espectáculo.

HEKA

¡Ignoremos a Seti, como siempre!

HAORAN

Siempre me apunto a un poco de travesura. ¿Qué vamos a hacer?

GAIA

Mientras no tenga que ver con fuego, me apunto… Por favor, recordad ese pueblo que quemamos accidentalmente en Inglaterra durante la Edad Media. No repitamos eso.

RUNE

Para ser justo, nadie murió y lo reconstruimos incluso mejor.

LETTIE

Ay, que pena no haber nacido antes. Siento que me perdí mucha diversión…

SETI

¡Quemar un pueblo no es divertido!

RUNE

Cierto, llegaste solo unos años después, Lettie. Fue bastante entretenido. Me recordó los viejos tiempos.

HAORAN

Tengo que admitirlo, el fuego es bastante entretenido.

SETI

¡No me ignoréis!

HENRY

¿Estoy incluido en esta llamada a la acción, amo Octavius?

HAORAN

¡LOL! No puedo creer que aún lo llames amo.

GAIA

Parece ser un hábito que se niega a abandonar.

HEKA

Es tan testarudo como Seti en ciertas cosas.

SETI

¡No soy testarudo!

RUNE

Ni tú mismo te crees eso…

OCTAVIUS

XD Sois adorables. Y no, Henry, a ti te daré instrucciones aparte. Al resto, necesito vuestra ayuda para trasladar la fiesta de vuelta a casa de Scarlett. ¡Al salón de baile con el cadáver! Digamos… ¿en una hora? Haced saber que habrá una gran revelación. ¡Un misterio se resolverá ante sus propios ojos!

Sonrió y cambió al chat «Equipo de Búsqueda del Asesino», mientras su móvil vibraba sin parar con las respuestas de sus vástagos. Octavius parpadeó, dándose cuenta de que nunca había añadido a Turney al chat. Pero bueno, ¿qué más daba? El zombi estaba justo al lado. Recibía actualizaciones en directo, así que no había necesidad de mensajes.

OCTAVIUS

Henry, coloca una cuerda alrededor del candelabro caído y del cadáver. Los demás… solo reuníos en la sala.

ALEXANDER

¿Para qué?

Octavius resopló. ¡¿Por qué el segador tenía que ser tan desesperante?! ¡Siempre con tantas preguntas!

OCTAVIUS

Para revelar al asesino, ¡por supuesto!

Cerró el móvil con un bufido.

—Estúpido segador.

—Y yo que pensaba que os llevabais mejor —dijo Turney con un suspiro.

—Oh, no te preocupes. Nos llevamos bien —mintió—. Pero espera, tengo que escribirle a una persona más.

Turney puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que continuara.

Octavius buscó el número de Jagger y mandó rápidamente un mensaje.

OCTAVIUS

Jagger, he resuelto el caso. Reúne a todos los tuyos, con sillas, y sentaos en fila ordenadamente en el escenario y esperadnos.

JAGGER

Los reuniré.

—¡Listo! —dijo Octavius con un suspiro feliz.

—Claro… ¿Y ahora qué? ¿Cuál es esa gran revelación que has planeado?

Sonrió de oreja a oreja, mirando a Turney con expectación.

—Ya verás. Pero antes… ¡es hora de cambiarse de disfraz! —gritó, posando dramáticamente con los brazos extendidos y haciendo jazz hands.

Turney se quedó quieto unos segundos, con la cara inexpresiva, sin reaccionar lo más mínimo. Fue un poco decepcionante.

—No puedes estar hablando en serio —dijo el zombi con calma.

Octavius frunció el ceño.

—Hablo muy en serio. ¡Los disfraces son cosa seria!

—Ha habido un asesinato. ¡¿Por qué iba a importar un cambio de disfraz?! —soltó Turney, exasperado.

—¡Es importante para la gran revelación! —protestó con vehemencia.

—¡¿Importante para quién?!

Octavius entrecerró los ojos hacia el zombi y luego sonrió despacio, dando un paso hacia él. Su sonrisa era brillante y amigable mientras le arrancaba el quitón del cuerpo.

—¡OCTAVIUS! —gritó Turney, con las mejillas enrojecidas al llevar las manos a su polla y bolas para cubrirlas.

—Puedes cambiarte o puedes pasearte así. No me importa. Me encanta presumir de lo que es mío.

—Esto es chantaje.

—Yo lo llamo negociación.

—Eres un peligro.

—Sí, pero soy tu peligro —Octavius sonrió y tomó su brazo—. ¡Vamos!

Turney intentó cubrirse lo mejor posible mientras Octavius lo arrastraba hacia su antigua habitación.

Capítulo Veintitrés



Un Dramático Final

De vuelta en el salón de baile de Scarlett, el cadáver seguía tendido donde había caído horas antes. Pero ahora, una cuerda roja, sujeta por postes metálicos, delimitaba la zona del cuerpo y del candelabro caído. Además, parecía que el suelo había sido barrido un poco; la destrucción estaba completamente contenida dentro del perímetro.

El resto de los invitados esperaban pacientemente a que comenzara el espectáculo. Los vástagos de Octavius, Alexander y el resto de los miembros de la agencia —excepto Theo— estaban delante del público, justo al borde del escenario.

Turney deseaba con todas sus fuerzas ser parte del público y no del espectáculo. Pero no tuvo esa suerte. En su lugar, allí estaba, de pie en el centro del escenario, disfrazado de Watson junto a Octavius, que llevaba un disfraz de Sherlock Holmes, intentando simplemente no mostrar su perplejidad por todo lo que había ocurrido. El vampiro de verdad le había robado su… túnica esa, y lo había obligado a ducharse y cambiarse. ¡¿Cómo demonios tenía ya preparados esos disfraces?! ¿Acaso ese murciélago loco tenía montones de disfraces aleatorios por la casa?

Echó un vistazo al tablón de corcho con purpurina que había cerca. En el lado visible no había mucho, más allá de un montón de purpurina roja y una foto grande del cadáver… pero tenía la sospecha de que habría mucho más que ver cuando le dieran la

vuelta. Turney sabía que no debería sorprenderle que Octavius se hubiera tomado el tiempo de ponerle purpurina mientras tenían a un asesino suelto por la propiedad, pero lo hacía.

A la derecha y la izquierda del tablón, sentados en sillas plegables, estaban todos los actores. Sesenta en total, tres filas de diez a cada lado. Tanto si eran paranormales como humanos, todos se veían entre molestos y nerviosos. Aunque un hombre destacaba por estar visiblemente más alterado que el resto… como debía ser.

El único otro que permanecía de pie en el escenario era el dueño de la compañía de teatro, Jagger. El varón se veía… cansado. Claro que, ¿cómo no estarlo rodeado de tanta gente? Sin juzgar, pero ¿cómo se mantenía una relación con tanta gente a la vez? Ni siquiera era por ser poliamoroso. Que cada cual hiciera lo que quisiera, mientras todos supieran en qué se metían. Era simplemente la cantidad lo que dejaba atónito a Turney. Jagger había mencionado al menos cincuenta nombres cuando se lo preguntaron.

Turney no se imaginaba acostándose con nadie más que Octavius. Estaba bastante seguro de que se le caería si lo intentaba. No solo por exceso de uso, sino más bien porque Octavius se lo cortaría si se atrevía. No es que tuviera interés en nadie más. Sus intentos previos de superar sus sentimientos por Octavius ya le habían demostrado eso.

Al mirar al público, le dirigió una débil sonrisa a Scarlett cuando sus ojos se encontraron.



OCTAVIUS LE SONRIÓ AL PÚBLICO.

—¡Mis maravillosos invitados! —habló con fuerza, captando su atención, su enfoque, sus miradas de adoración—. Como visteis antes, hubo una muerte. Fuisteis testigos de la caída, pero no de la verdad. Porque la verdad es que no fue un accidente… ¡fue un asesinato!

Al decir «asesinato», las luces parpadearon justo a tiempo, acompañadas por el estruendo de un trueno. Habría añadido purpurina, pero lamentablemente no hubo tiempo de prepararlo… A su pesar.

Se oyó la sorpresa del público. Su sonrisa se ensanchó al ver su reacción, sintiéndose instantáneamente muy satisfecho consigo mismo.

—Esta historia comienza como lo hacen la mayoría de los asesinatos… con una relación. Muchas, muchas, muchas… —Octavius carraspeó—, muchas relaciones. El fallecido, Kristof Berg,

como muchos de sus compañeros de trabajo, mantenía una relación con el jefe y dueño de la compañía Actuación y Funciones del Más Allá, Jagger Grandor. Durante nuestra investigación, encontramos mezquindades, comportamientos… curiosos y opiniones francamente repugnantes. Pero nada de eso condujo a este asesinato. Lo que nos trajo aquí fue la realidad de que, por muchas normas que haya, y por muchos acuerdos que se establezcan, hay algo en una relación que cuesta controlar, y que a veces es fácil ocultar…

Hizo una pausa dramática… y esperó aún más.

Oyó a Turney suspirar tras él.

—¿Y qué podría ser ese algo, Octavius? —preguntó Turney con voz alegre y muy falsa. Pero había mordido el anzuelo, así que daba igual. ¿Qué importaba si el entusiasmo era real o no?

—Gracias por preguntar, mi precioso zombi —le dedicó a Turney una sonrisa deslumbrante antes de girarse hacia el público y avanzar hacia el borde del escenario con paso teatral—. Ese algo, queridos míos, resulta ser… ¡los celos!

Esta vez hubo varios «oooh» y «aaah».

—Porque, a diferencia de los demás, la relación de Kristof con Jagger despertó celos en uno de sus otros amantes. Y ese amante resulta ser… —Se giró de golpe, avanzó con decisión. Cuando estuvo a pocos pasos, extendió el brazo y señaló con el dedo a Darien Flake en la cara—, ¡tú!

—¡¿YO?! —exclamó Darien, con los ojos abiertos como platos, echándose hacia atrás—. ¡N-no es cierto! ¡Yo no he asesinado a nadie!

El público volvió a escandalizarse. Era tan fácil detectar sus mentiras. Al menos, lo era para Octavius. Probablemente la mayoría de los paranormales en la sala también lo percibían. Por eso todos habían exclamado.

Muchos de los compañeros de Darien apartaron sus sillas, algunos con expresiones de miedo, otros con rabia.

—¡¿Cómo has podido?! —rugió Jagger.

Octavius se giró hacia él, que avanzaba enfurecido, y gritó:

—¡Esperad! Antes de que confiese y se ponga a explicar por qué, permitidme revelar cómo descubrimos su crimen.

El enfado se esfumó del rostro de Jagger, que asintió y retrocedió con expresión sombría.

Sonriendo, Octavius se acercó al tablón y le dio la vuelta. Mostraba un montón de purpurina, más fotos del cadáver, imágenes de los dos candelabros, primeros planos de las cuerdas cortadas y más. La imagen más grande era del segundo candelabro caído.

—Turney y yo nos habíamos tomado un descanso para explorar nuestro lado más carnal —Octavius soltó una risita—. Follamos como conejos.

—¡NO ´TIENEN POR QUÉ SABER ESO! —gritó Turney, horrorizado.

El público estalló en carcajadas, incluso Jagger esbozaba una sonrisa.

—En fin, después del éxtasis, mientras estábamos tumbados…

—¡OTRA VEZ! ¡Demasiada información innecesaria! —protestó Turney.

Octavius le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro.

—¡¿Quieres dejar de interrumpirme?! ¡Estoy intentando revelar lo ocurrido!

Turney puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que siguiera. ¡Dios, su novio podía ser tan dramático a veces!

—Como estaba diciendo, antes de ser MALEDUCADAMENTE interrumpido. Estábamos tumbados ahí, disfrutando del éxtasis posterior, cuando de repente ¡el candelabro sobre nosotros empezó a descender! Gracias a mi rapidez de reflejos, nos hice rodar fuera del camino justo antes de que el candelabro se estrellara en el mismo lugar donde habíamos estado —alzó la voz para darle énfasis, las luces parpadearon de nuevo y otro trueno resonó.

El público soltó gritos ahogados, como debía ser. Aah… ¡qué cooperativos eran sus amigos y familia!

Paseando lentamente, se situó al lado de Turney, rodeándole la cintura con los brazos. El zombi lo miró con expresión poco impresionada. Había personas tan difíciles de complacer… pero no importaba. Ya lo complacería después, tanto que no podría caminar durante un rato.

—Mientras nos quitábamos los cristales de encima y revisábamos nuestras heridas leves, observamos más de cerca el estado de mi candelabro único y personalizado. Las cuerdas, al igual que en el primer candelabro, habían sido cortadas. Estábamos confundidos, por supuesto. ¿Por qué alguien sabotearía un candelabro en una sala a la que casi nadie entraría? Esa fue una de las muchas preguntas que nos hicimos, ¿verdad, Turney?

—Sí… —respondió Turney, inexpresivo.

—Fue entonces cuando recordé… ¿Qué fue lo que brillantemente recordé, Turney? —preguntó Octavius con una sonrisa maliciosa.

Turney le lanzó una mirada intensa antes de resoplar de nuevo y gruñir:

—Recordaste que esa sala era donde originalmente iba a celebrarse la segunda mitad de la fiesta.

—¡Exacto! Lo recordé, ¿verdad? —soltó una risita—. Fue en ese momento cuando descubrimos algo. Un olor. Olía cítrico y a ozono mezclado con el aroma de un humano. Tu aroma, Darien.

Esta vez, al girarse para acusar, arrastró consigo a Turney.

Darien estaba sentado, agarrado al borde de la silla. Bastó un minuto de silencio para que el hombre soltara:

—¡SÍ! ¡Fui yo! ¡Lo maté! ¿Y qué?! ¡Se lo merecía! ¡Era un bastardo arrogante que monopolizaba el tiempo de Jagger! ¡No era justo!

—No te entiendo —dijo Turney—. Jagger se acuesta con muchísimas personas. ¿Por qué centrarte en Kristof? ¿Por qué no en otro?

—¡Porque…! —escupió Darien, poniéndose de pie con los puños apretados—. ¡Jagger…! ¡Jagger lo amaba de verdad! No solo tenía una parte del corazón de Jagger. Tenía su propio rincón, igual que la esposa de Jagger. ¡Yo lo vi! ¡Él era distinto a los demás! El idiota era perfecto, hermoso y no envejecía. Así que, por supuesto, ¡Jagger acabó dándole más amor del que se merecía! Pero ese amor era mío. ¡El amor debía ser mío! ¡Yo estuve aquí primero! ¡Llevo diez años más que él! La parte más grande debía ser mía. ¡Tenía que ser mía! —gritó el humano—. ¡No era justo! Así que solucioné el problema, ¡como debía hacerse! Era mi derecho. Y no me arrepiento. Kristof se merecía lo que le pasó. Por acaparar demasiado.

Octavius le lanzó una mirada sombría.

—Qué tonto eres al entrar en una relación sin intención de respetar su dinámica.

—¡¿Qué?! —chilló Darien—. ¡Sí la respeté! ¡Él fue quien no la respetó! ¡Él fue quien lo acaparó todo! ¡TODO FUE SU CULPA!

Ignoró la rabieta del imbécil y se giró al oír a alguien saltar al escenario. Octavius vio a Alexander acercándose.

El segador llevaba esa estúpida sonrisa de siempre.

—¿Qué?

—¿Ya has terminado?

Octavius hizo un puchero. Al segador le encantaba arruinarle la diversión. Miró al humano, que simplemente lo fulminaba con la mirada, y luego de vuelta a Alexander.

—Supongo…

La sonrisa de Alexander se amplió.

—Entonces a partir de aquí me encargo yo.

Octavius le hizo un gesto para que lo hiciera.

El segador se acercó al humano.

—Vendrás conmigo, humano.

Darien le devolvió la mirada con rabia.

—¿Para qué? No tienes autoridad sobre mí. Soy humano. A lo sumo puedes borrar mis recuerdos. ¿Y qué si lo haces? ¡Estaré mejor sin ellos!

Octavius soltó una carcajada. Este humano no solo era arrogante, sino que además estaba muy, muy equivocado.

Alexander dejó escapar una risa oscura.

—Me temo que estás equivocado. Si fueras un humano que atacó por miedo al descubrir la existencia de los paranormales, entonces sí, te habríamos borrado la memoria. Pero este no es el caso. No actuaste por miedo ni en defensa propia. Tú, sabiendo perfectamente quiénes somos, tramaste y ejecutaste un asesinato. Mataste a Kristof por tu propia codicia, tus celos y tus inseguridades. Tu humanidad no te protegerá de las consecuencias. Serás juzgado como cualquier ser paranormal lo sería en las mismas circunstancias.

—¡¿Qué?! —gritó el humano, con los ojos desorbitados. Se quedó paralizado y luego salió corriendo. Alexander, por supuesto, lo atrapó con facilidad.

Con el humano forcejeando y soltando improperios, el segador se giró hacia ellos.

—Gracias por la invitación, Octavius, Turney, pero creo que es hora de marcharme.

Dicho eso, desapareció en una ráfaga de oscuridad.

—¡¿Qué cojones?! —gritó Turney, retrocediendo de un salto.

Ah, claro, Turney nunca había visto lo de las sombras. Nunca se había detenido a explicarle que los segadores podían desaparecer así, fundiéndose con las sombras. No podían recorrer grandes distancias al instante, pero podían moverse rápidamente, saltando de una sombra a otra. Ni siquiera necesitaban verla, solo estar lo bastante cerca como para sentir su presencia. Viendo la cara de sorpresa de Turney, Octavius susurró:

—Te lo explicaré luego.

Y se giró hacia el público con una sonrisa.

Fue a hablar, pero justo en ese momento Alexander reapareció junto al cadáver, lo agarró y volvió a desaparecer.

—¡Bien, entonces! —dijo Octavius riéndose—. Esta noche esperaba ofreceros otro espectáculo, y supongo que no he fallado. Simplemente, no fue el espectáculo que tenía planeado. Ahora… ¡continuemos con esta fiesta! ¡Músicos, tocad!

Sonrió al público mientras este aplaudía y la música llenaba el aire. Por un instante, su mirada se posó en el cuenco de caramelos con forma de calabaza…

¿Quizá un trocito no haría daño? Octavius se había portado tan bien toda la noche. ¡Incluso había resuelto un asesinato! ¡Seguro que merecía una golosina!

Capítulo Veinticuatro



¡De Fiesta Hasta Caer!

Turney se quedó mirando el lugar desde el que Alexander había desaparecido, asombrado por todo lo que aún no sabía. Sacudiendo la cabeza, se acercó a Octavius y empezó a prestar más atención a la conversación que mantenía con Jagger.

Octavius extendió la mano y le apretó el hombro a Jagger.

—Sé que todo esto ha sido muy emotivo y triste para vosotros. Lo que hagáis ahora es vuestra decisión. Vuestro equipo puede unirse a la fiesta, seguir trabajando o marcharse. Lo que decidan no afectará al pago.

Jagger fruncía el ceño; parecía perdido y dolido… Quizá Darian tenía razón sobre lo que Jagger sentía por Kristof.

El tipo respiró hondo, enderezó los hombros y anunció en voz alta:

—¡El espectáculo debe continuar!

Su gente se levantó de sus asientos y coreó la frase, y acto seguido se dispersaron, algunos bajando las escaleras del escenario y otros saltando directamente. Jagger les dedicó a ambos una sonrisa triste antes de posar la mano sobre la de Octavius.

—Gracias por tu comprensión y por resolver el asesinato de Kristof, Evander. Pido disculpas por todo este desastre.

Octavius soltó su mano lentamente; la sonrisa que le dedicó parecía genuina y, por fin, cargada de empatía.

—No pasa nada, Jagger. Lamento vuestra pérdida.

Jagger carraspeó, les hizo una breve reverencia y se alejó.

—¿De verdad vamos a seguir la fiesta como si no hubiera pasado nada? —preguntó Turney.

Octavius lo miró, confundido.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no íbamos a hacerlo?

Él resopló.

—Claro, perdón. Qué error el mío suponer que un asesinato podría afectar el ambiente.

—Mientras sepas que estás equivocado —murmuró Octavius.

Turney se quedó mirando al vampiro, tratando de decidir si había pasado por alto el sarcasmo en su tono… o si simplemente había optado por ignorarlo. El problema era que, tratándose de Octavius, nunca se podía estar seguro.

—¡Henry! —llamó Octavius mientras se deslizaba hasta el borde del escenario. Turney negó con la cabeza y lo siguió.

Henry se subió al escenario.

—¿Me ha llamado, amo Octavius?

—Sí, je, je —Octavius soltó una risita—. ¿Podríais llamar al equipo de limpieza y pedirles que limpien la sangre, barran y retiren la lámpara rota?

—Se hará, creador.

—¡Gracias! ¡Ven, Turney! ¡Vamos a bailar!

—¿No puedo solo quedarme por la mesa de comida y mirar?

Octavius le hizo un puchero.

—¡No!

Turney suspiró al verse arrastrado fuera del escenario y hacia la multitud que bailaba, esperando no acabar en alguna habitación aterradora que aquel loco hubiera decorado en la casa de Scarlett.

LA MIRADA de Octavius se deslizó hacia Turney, que en ese momento bebía de una copa mientras mantenía una conversación animada con Rune. Una sonrisa se formó en su rostro poco a poco: este era… el momento perfecto. ¡El momento perfecto para obtener su merecida recompensa!

Retrocedió con cuidado. Asegurándose de que el zombi seguía distraído, se encogió hasta transformarse en su forma de murciélago y empezó a correr a través de la multitud. Corriendo entre los pies de los presentes, su sonrisa se amplió de emoción al avistar el cuenco de caramelos con forma de calabaza.

Tras cerciorarse de que nadie lo había visto, se acercó a su premio. Octavius conseguiría sus caramelos. ¡Solo tomaría uno! ¡Esa noche

nadie se lo impediría! Solo tenía que recordar ir despacio… dejar que se derritiera. ¡Funcionaría! ¡Funcionaría! Mientras tuviera paciencia, todo lo que deseaba sería suyo.

Trepar el grueso soporte gótico le permitió impulsarse hacia arriba y saltar dentro del cuenco. Caramelos… Dulces, dulces caramelos. Tomó algunos y los lanzó al aire entre risitas. Oh, si tan solo fuera lo bastante grande como para poder nadar dentro… ¡El año que viene llenaría una bañera entera!

Con los ojos brillantes, contempló las magníficas barritas, los caramelos envueltos, todas esas deliciosas joyas esperando a ser devoradas. ¡¿Cuál elegiría?! Fijó la vista en un caramelo con palo de chocolate, era naranja y tenía forma de calabaza, decorado con un lazo negro que sujetaba el envoltorio transparente. Era tan lindo… ¡Era perfecto!

Relamiéndose, estiró el brazo hacia él.

—¡Octavius! —la voz de Turney le hizo sobresaltar.

Se giró y vio al zombi acercarse a grandes zancadas, con el rostro sombrío.

—¡Solo uno! —¡gritó Octavius!

—¡No!

—¡Pero es mío! —chilló mientras agarraba el caramelo. Saltando fuera del cuenco, echó a correr por su vida.

—¡Octavius!



TURNEY INTENTABA NO ATRAGANTARSE con lo que fuera que Rune le estaba vertiendo en la garganta. Solo sabía que tenía sabor afrutado y que quemaba un poco.

Octavius, en forma de murciélago, saba saltitos sobre la barra mientras se reía y coreaba:

—Bebe, bebe, bebe.

Y no era el único; habían atraído a una multitud con sus tonterías. Incluidos todos los vástagos de Octavius. Seti… era el que más gritaba. Siempre eran los que parecían más formales los que acababan sorprendiendo. Aunque Henry parecía contentarse con observar mientras bebía de su propia botella.

Sus ojos se agrandaron cuando Heka apareció con una botella de algo, apartando a Rune justo cuando Turney se terminaba lo que fuera que acabara de beber. No tuvo mucho tiempo para pensar, pues el borde de la botella se posó en sus labios y fue inclinada.

Turney tuvo la sensación de que estaba a punto de descubrir si todavía podía emborracharse. Bueno, suponía que emborracharse

era mejor que perseguir a Octavius por toda la fiesta tratando de quitarle caramelos de las garras.



MIN-JI HIZO todo lo posible por ayudar a Scarlett a abrirse paso entre la multitud que rodeaba la barra.

—¡Octavius! ¡Tú y tus malditos hijos más os vale que paréis ahora mismo! —espetó Scarlett.

Todos se giraron para mirarla, con los ojos como platos… Bueno, la mirada de Turney parecía algo nublada y perdida.

Octavius, aún en forma de murciélago, miró a sus vástagos antes de girarse hacia Scarlett y gritar:

—¡CORRED! ¡LA POLICÍA DE LA DIVERSIÓN HA DETENERNOS!

Min-ji trató de contener la risa mientras el grupo comenzaba a dispersarse. Octavius siguió a un vampiro rubio enorme que había recogido a Turney en brazos y había salido corriendo con él.

Scarlett se quedó unos segundos en estado de *shock* antes de gruñir:

—Cuando les ponga las manos encima…

A esas alturas, los ojos de Min-ji estaban húmedos del esfuerzo que hacía por no reír. Reír era peligroso… Sonreír era peligroso. Scarlett era muy protectora con su neófito, cada vez más a medida que pasaban los días y su vínculo se fortalecía.

—Ayúdame a encontrarlos.

Min-ji carraspeó la garganta.

—¿A cuál?

Su tono debió de sonar raro, porque Scarlett se giró hacia ella con los ojos entrecerrados.



—CORMAC, baja de la mesa —le dijo Henry con severidad al hombre lobo, que bailaba al ritmo de la música, con los brazos alzados, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. La pequeña mesa sobre la que bailaba era una antigüedad. No tenía claro cuánto más aguantaría el peso del lobo.

Cormac abrió lentamente sus sorprendentemente brillantes ojos ámbar y lo miró desde arriba con una sonrisa atontada en la cara.

Henry intentó evitar sonrojarse y quedarse mirándolo por demasiado tiempo. El varón… era todo un espectáculo en ese instante. Piel morena, pecho musculoso, brazos gruesos a la vista, cubierto únicamente con unos minúsculos bóxer púrpura, junto con todos sus accesorios de sirena. Hoy no llevaba gafas. Henry pensó fugazmente en darle una charla al joven lobo sobre el uso de lentillas en el agua. Al menos… hasta donde sabía, se había tratado de agua dulce sin productos químicos, como el cloro.

—Baja —repitió.

La sonrisa de Cormac se ensanchó.

—¿Por qué no subes tú? —arrastró un poco las palabras.

Henry entrecerró los ojos al mirarlo.

—¿Mi familia de locos también te ha dado alcohol, cachorro?

El hombre lobo soltó varias risitas, sin duda efecto del alcohol, porque nunca le había oído reír así.

—No, lo hice yo solito. ¡Tooodo por mi cuenta!

Henry suspiró.

—Tienes dos minutos para bajar antes de que te obligue.

—Ooooooooh, ¡me he metido en problemaaaas!

Cerró los ojos un instante, respiró hondo y volvió a abrirlos. Tranquilo, se mantendría tranquilo.

—Solo baja.

—¡NO! Este es mi sitio, lo he encontrado yo. Búscate otro.

Negando con la cabeza, Henry lo miró un segundo más antes de agarrar al hombre lobo y echárselo al hombro como si fuera un saco.

Cormac soltó una carcajada de sorpresa.

—¡¿Me estás secuestrando, Henry?! ¡Vaya fiesta!

Henry puso los ojos en blanco y comenzó a abrirse paso entre la multitud con el lobo.

Capítulo Veinticinco



La Mañana Siguiente

Turney dejó escapar un gemido de dolor; la cabeza le latía al ritmo de su corazón. Entreabriendo los ojos, se estremeció cuando la luz pareció atravesarle el cerebro. Se estiró. Su cuerpo protestó de inmediato, con las articulaciones crujiendo. La superficie bajo él era dura e incómoda.

Parpadeando, los ojos de Turney se abrieron de par en par al reconocer el techo del salón de baile. ¿Cómo demonios había acabado durmiendo en el suelo? Se oyó un suave resoplido. Miró hacia abajo y casi empezó a reír al ver a Octavius. El vampiro estaba acurrucado contra su pecho, roncando y hecho un desastre. Su monóculo de detective estaba en su frente, su chaleco, desabrochado, iba sin sombrero y con sus rizos rubios despeinados por todas partes. El resto no estaba mucho mejor. Le faltaba un zapato, y no solo había perdido un botón del pantalón, sino que parecía que la pernera izquierda se le había rasgado a la altura de la rodilla.

Octavius se veía exactamente como Turney se sentía.

Al incorporarse, la cabeza le dio vueltas y el horrible latido empeoró… Confirmado: los zombis no solo podían emborracharse, también podían tener resaca. ¿Quién lo habría imaginado?

Con una mueca, miró a su alrededor y sus ojos se agrandaron ligeramente al ver la cantidad de gente dormida roncando a su alrededor. Habían literalmente festejado hasta caer rendidos. El suelo estaba lleno de cuerpos, aunque algunos se habían quedado

dormidos sobre las mesas de comida, con partes del cuerpo colgando. Al menos parecía que nadie había empujado la comida al suelo para hacerse sitio. Aunque el cuenco de caramelos sí que estaba volcado.

Sus ojos se abrieron aún más al ver algo en el techo que le llamó la atención. Había un tipo disfrazado de araña gigante dormido en una esquina del techo. Cuanto más lo miraba Turney, más claro tenía que no quería saber nada de eso. Aunque, por la botella que el tipo abrazaba, probablemente ni él mismo sabría cómo había llegado allí, aunque Turney se lo preguntase.

La verdad era que Turney tampoco estaba seguro de cómo había acabado donde estaba, así que no tenía derecho a juzgar a nadie en ese momento. No recordaba mucho después de cierto punto. O mejor dicho, después de la cuarta —¿o era la quinta?— botella de lo que fuera que aquellos murciélagos locos le habían obligado a beber.

¿Dónde estaban los demás? Podía sentir que Scarlett estaba en la casa, pero no en esa habitación. Claro que no se imaginaba a ella ni a Min-ji desmayándose y durmiendo en el suelo entre tanta gente. Mirando alrededor, casi se echó a reír al ver a Cormac y Henry, pero la cabeza le dolía demasiado como para eso.

No le sorprendió encontrar a Cormac desmayado en un sofá, con la cabeza echada hacia atrás. Lo sorprendente fue ver a Henry tumbado a lo largo del sofá, con la cabeza sobre el regazo de Cormac, llevando puesta la peluca de sirena del hombre lobo. Más le valía al vampiro despertarse antes que Octavius, porque estaba seguro de que su novio empezaría a planear cosas otra vez si los veía así.

El timbre de la puerta sonó con fuerza. Turney gimió, sintiendo cómo la vibración le retumbaba dentro del cráneo. La verdad, el timbre podía haber sonado suave… pero la cabeza le dolía tanto que no podía distinguirlo.

Gruñendo, se apartó de un Octavius que fruncía el ceño y se puso de pie. Algo no iba bien… Miró hacia su cuerpo.

—¿Dónde mierda están mis pantalones?

Aún tambaleándose un poco, Turney avanzó. Con pantalones o sin ellos, al menos todo estaba cubierto (viva por los bóxers). Turney recorrió el laberinto de gente tirada por el suelo mientras algunos comenzaban a moverse y el timbre seguía sonando.

Salió de la sala y se dirigió rápidamente hacia la puerta principal.

Cuando abrió una de las puertas, apenas logró no apartarse por la intensidad de la luz solar. Entrecerrando los ojos, miró al hombre uniformado que sostenía una tablet, un pequeño paquete y una carta.

El hombre le sonrió. La sonrisa se tornó divertida al recorrer con la mirada el cuerpo de Turney.

Estaba a punto de devolverle la sonrisa, pero esta se congeló, sin duda de forma muy torpe, al darse cuenta de que el tipo era humano y que estaba solo con él.

El hombre frunció el ceño.

Forzando una sonrisa menos torpe, Turney preguntó rápidamente:

—¿Puedo ayudarle?

—Hay una carta y un paquete para los asociados de La Agencia de Detectives No Muertos. Necesito la firma de un tal señor Evander, una señorita Beaufort, un señor Pimms, una señorita Kim o un señor Laurent.

—Soy Pimms —dijo, extendiendo la mano para tomar la tablet.

El repartidor se la entregó; Turney firmó y luego intercambió la tablet por el paquete y la carta. Una vez hecho, asintió a modo de despedida y cerró rápidamente la puerta con un suspiro de alivio.

Uf, eso podría haber acabado mal. Aunque… la cabeza y el estómago le daban tantas vueltas que no tenía hambre. Solo pensar en comida le provocaba náuseas.

Dándose la vuelta, Turney caminó por la casa de regreso al salón de baile, pero se cruzó con Octavius antes de llegar. Encontró al vampiro de pie, con aspecto adormilado y nada arreglado. Ahora le faltaba también el otro zapato.

Turney sonrió.

—Nos ha llegado correo —dijo mientras le entregaba la carta y se quedaba con el paquete. Turney supuso que por qué no. Seguro que la carta debía abrirse primero.

Octavius ladeó la cabeza. Frunciendo el ceño, rompió el sello y sacó un papel doblado. Turney lo observó con curiosidad mientras los ojos de Octavius se agrandaban poco a poco y comenzaba a vibrar ahí donde estaba.

—¡REUNIÓN DE EMERGENCIA! —gritó de repente Octavius.

Turney se sobresaltó; su cabeza protestó con fuerza ante el ruido.

—¿Ahora? —preguntó.

—¡Por supuesto!

—¿Con toda esa gente todavía desmayada en el salón?

Octavius parpadeó.

—Ah, cierto… ¡REUNIÓN DE EMERGENCIA EN UNA HORA!

Turney gruñó cuando el loco murciélago volvió a gritar.

—¿Puedes hablar más bajo, por favor?

—¿Oh, mi pobre conejito zombi tiene resaca? —preguntó el varón con ojos grandes e inocentes, como si no hubiera sido él quien había animado a sus vástagos a darle de beber.

—Sí… —dijo despacio.

—No te preocupes —susurró Octavius—. Hablaré más bajito. Ahora, vamos a despertar a Henry para que saque a toda esta gente

de mi casa.

—Es la casa de Scarlett.

El vampiro hizo un puchero.

—Sí, pero yo estoy viviendo aquí ahora, así que eso la hace mi casa también.

Turney resopló y luego gruñó, porque el sonido hizo que todo le doliera.

—Ay, mi cabeza.

—Oh, mi pobre zombi… Ven aquí —Octavius abrió los brazos, pero había algo extraño en su mirada.

Turney entrecerró los ojos.

—No…

El vampiro repitió:

—Ven aquí.

Nop, no se fiaba ni un poco.

—No.

—¡Ven aquí y deja que te ame! —resopló Octavius.

—¡No! —siseó Turney y salió corriendo.

El vampiro chilló, indignado.

—¡VUELVE AQUÍ Y DEJA QUE TE AME!



OCTAVIUS SONREÍA, tarareando alegremente mientras se acomodaba en su sitio a la cabecera de la mesa del comedor de Scarlett. Delante de él tenía su ordenador portátil y la pequeña caja que había traído el mensajero. La carta la sostenía en la mano. Octavius ojeó los adornos, encantado con cómo habían quedado. La sala parecía en ese momento el comedor perfecto para un grupo de caníbales.

—¿Cuándo demonios has decorado esta habitación? —preguntó Scarlett, entrecerrando los ojos.

Octavius le sostuvo la mirada con una sonrisa inocente.

—Cuando no mirabas.

Ella suspiró. Su amiga parecía cansada. Como todos los demás. Scarlett, Min-ji y Theo, que estaba con Sprinkle, estaban sentados a la izquierda de Octavius. Turney, Cormac y Henry estaban a su derecha. Henry había decidido unirse a la diversión. Mmm, ¿quizá se estaba aburriendo de estar tanto en casa? Bueno, salir un poco le sentaría bien.

Octavius observó a Turney, que entrecerraba los ojos… ¡No entendía por qué su conejito era tan terco! ¡Octavius estaba seguro

de que su plan funcionaría! La saliva de vampiro tenía propiedades curativas. ¡Seguro que lamerle la frente a Turney ayudaría!

Desvió la mirada hacia el otro miembro del equipo que claramente tenía resaca. Cormac estaba sentado junto a Turney, parecía que se iba a desmayar en cualquier momento. Incluso se balanceaba un poco. Henry parecía algo preocupado por él. Bueno, preocupado en el sentido de que lo observaba con una ceja arqueada, sin más. Octavius consideraba que esa mirada, viniendo de Henry, ya era muestra de preocupación.

Tarareando, negó con la cabeza y carraspeó con fuerza, atrayendo todas las miradas hacia él.

—Tenemos un nuevo caso, ¡y vaya si va a ser divertido! —Octavius dejó caer la carta que sostenía sobre la mesa.

Turney y Cormac se estremecieron, pero él los ignoró. ¡Bien merecido lo tenía Turney! ¡El zombi debía haberle dejado lamerle!

—Tiene sentido que la carta fuera dirigida a toda la agencia —murmuró Turney—. ¿Pero no estábamos de vacaciones?

—Bueno, ya estamos en noviembre, así que técnicamente nuestras vacaciones han terminado. En fin, hemos recibido una invitación para ir a investigar y ayudar a librar un hotel de ciertos problemas que está sufriendo. Pero no es un hotel cualquiera… ¡es el Soarta Mare! —proclamó con dramatismo, agitando las manos.

En lugar de reaccionar con emoción, como deberían haber hecho, todos lo miraron con la cara en blanco… Bueno, Cormac y Turney lo miraban con los ojos entrecerrados, pero con expresión neutra, o mejor dicho, de dolor…

—¿Se supone… que debemos saber qué significa eso? —preguntó Min-ji lentamente.

Scarlett suspiró hondo.

—Él cree que deberíamos saberlo, pero no lo sabemos. Así que apuesto a que ahora va a hacer pucheros porque no hemos reaccionado.

Octavius tomó aire, escandalizado.

—¡No iba a hacerlo! —En realidad, sí lo iba a hacer, pero ahora no, porque se negaba a ser predecible—. ¡Jum! Bueno, ya que no lo sabéis, lo explicaré. El Soarta Mare es un hotel construido por el infame asesino en masa rumano Alexandru Dobrin. Se cree que se terminó hacia finales de la década de 1860 y está situado al borde del bosque de Hoia, en Rumanía. En un registro se afirma que Alexandru construyó aquella monstruosidad sin ayuda. Pero, sinceramente, la mayoría de historiadores supone que mató a todos los obreros. ¡El hotel en sí está lleno de habitaciones ocultas, cámaras de tortura, jaulas y más!

—Eso suena a… justo lo contrario de divertido —dijo Theo con cautela.

Turney resopló.

—Descubrirás que el sentido de diversión de Octavius puede ser bastante retorcido.

—Siento que ahora todos me estáis acosando. —Octavius arrugó la nariz, con el labio fruncido en un puchero.

¡¿Acaso era tan malo emocionarse con el caos?! Y además, ir a un hotel espeluznante justo después de Halloween… ¡¿Qué no hay de divertido en eso?!

Cormac se echó a reír antes de soltar un quejido y agarrarse la cabeza.

Turney se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Octavius.

—Lo sentimos, Octavius. Cuéntanos más sobre el hotel y este nuevo caso.

Él resopló.

—Como decía, ¡es un hotel de asesinatos! Antes de su ejecución en 1885, se cree que Alexandru logró atraer a cientos de personas hasta su muerte allí. Se encontraron muchos cuerpos, pero en cierto punto Alexandru empezó a quemar los restos, así que no se conoce el número total. Supongo que quemarlos era más fácil que cavar tanto. En fin, la historia sórdida de la propiedad no acaba ahí, ya que durante décadas después, la gente seguía desapareciendo o apareciendo muerta dentro del hotel o en su terreno. Estos sucesos extraños continuaron hasta finales de los años sesenta. Pero en 1967, las muertes y desapariciones se detuvieron de repente. Se detuvieron el mismo día en que el hotel fue abandonado. Y eso nos lleva al presente. Hay un nuevo propietario y, bueno, ¿qué hace uno con un hotel con un historial tan manchado, os preguntaréis? ¡Convertirlo en una atracción espeluznante abierta todo el año, por supuesto! Eso es lo que quiere hacer el actual dueño. Pero tiene un problema. ¡Fantasmas! —gritó la última palabra—. ¡Cientos de fantasmas muy enfadados y desagradables! —Octavius sacó un panfleto de la caja y lo desplegó sobre la mesa—. ¡Mirad! Mirad las fotos. El mapa, la decoración antigua, las cámaras secretas… ¡miradlo todo!

Capítulo Veintiséis



La Verdad

Turney observó cómo Octavius volvía poco a poco a entrar en ebullición. La emoción le brillaba en los ojos mientras repasaba todos los detalles del panfleto turístico que había tirado sobre la mesa. Miró las fotos del hotel. La estructura resultaba imponente en las imágenes en blanco y negro. La arquitectura era gótica, parecía una enorme catedral con arcos apuntados, contrafuertes voladores y gárgolas encaramadas. Había muchísimos pisos, y una parte del edificio se elevaba bastante más que el resto de los arcos.

—Genial… fantasmas —dijo Cormac entre bostezos, con expresión aburrida.

Henry soltó una risita suave ante eso.

Octavius parecía a punto de volver a hacer pucheros por lo poco entusiastas que eran todos con el hotel.

—Octavius, creo que debería recordarte que la última vez que entramos en un lugar donde pensábamos que había fantasmas, estuve a punto de morir, y había una bruja loca que sacrificaba humanos… ¿Te acuerdas? Así que, no es que quiera arruinarte la fiesta, pero ¿qué tan real es la persona que nos invita? ¿Y podemos confiar en ella?

Octavius hizo una mueca.

—Sí, fue un incidente desafortunado, ¿verdad? Pero esta vez es distinto porque yo lo conozco, y también Scarlett y Henry.

Turney parpadeó varias veces.

—¿Lo conoces?

Henry carraspeó.

—Corríjame si me equivoco, amo Octavius. ¿Acaso se trata de Godric? Suena como una de sus iniciativas.

—¡Correcto! ¡Es mi querido amigo Godric Dae! Estoy muy feliz de que tengas la oportunidad de conocerlo, Turney. —El vampiro sonrió con entusiasmo—. Verás, tiene una afición por comprar propiedades antiguas y espeluznantes con historias horribles y convertirlas en casas del terror permanentes o estacionales. ¡Divertido, ¿verdad?!

Turney gruñó.

—Sí… divertido. Si es amigo tuyo, ¿por qué no estaba en la fiesta?

—Tenía trabajo, o algo así —suspiró Octavius—. Estúpido, lo sé… ¡¿Quién trabaja durante Halloween?!

La forma en que había dicho lo último sonaba como si considerara tal cosa una blasfemia.

—Octavius… toda la gente que trabajaba aquí estaba trabajando durante Halloween…

—Sí, ¡pero estaban haciendo cosas divertidas de Halloween! ¡Seguro que Godric estaba haciendo algo estúpido como papeleo!

Turney lo miró fijamente, pero Octavius le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos esperando alguna respuesta. Se aclaró la garganta.

—Ah, sí. Qué horror…

—¡Exacto! —resopló el vampiro.

—Había olvidado que Godric empezó a hacer eso —dijo Scarlett con desgana—. Aunque tampoco me interesan ese tipo de cosas, así que al cabo de un tiempo dejó de contarme cada nueva compra. Cada vez que hablamos, solemos acabar comentando la docena de otras cosas que le obsesionan en ese momento.

—¿Este hombre es amigo tuyo, Scarlett? —preguntó Min-ji, mirando a la otra mujer.

—Más que un amigo —dijo Octavius riendo—. Es el zombi que ayudó a entrenarla.

Scarlett asintió.

—Así es. A todos los efectos, es mi creador, aunque no por sangre. Por muy excéntrico que sea, siempre le estaré agradecida por haber asumido un papel que no tenía por qué tomar —le sonrió a Turney —. Con todo lo que ha pasado, aún no le he contado nada sobre ti, Turney. Se alegrará al saber que por fin tengo un neófito. No tiene hijos ni otros neófitos, así que prepárate para que te mire con demasiado interés.

—Es… del tipo de persona que es Octavius, ¿verdad? —preguntó Turney entre risas.

Scarlett se rio.

—Sí.

—¿Del tipo «yo»? ¿En qué sentido? —preguntó Octavius, frunciendo el ceño.

—Me alegra que tuvieras a alguien así a tu lado después de todo lo que pasó —dijo Min-ji con una sonrisa radiante, ignorando a Octavius.

Turney frunció el ceño. ¿Después de todo lo que pasó? ¿A qué se refería?

Scarlett tomó una de las manos de Min-ji con una sonrisa.

—Eh, he hecho una pregunta. ¡¿En qué sentido se parece Godric a mí?! ¡Soy único, que lo sepáis!

—Sí, sí, tienes tu propio estilo único de locura —respondió Scarlett con tono impasible, dándole palmaditas robóticas en el hombro.

Octavius entrecerró los ojos, pero Turney se dio cuenta de inmediato del momento en el que el vampiro decidió aceptar aquello como un cumplido. Difícil no notarlo, con la sonrisa infantil que reemplazó a su ceño fruncido.

—EN FIN, ¡volviendo al caso! Pero no voy a seguir hablando… ¿Para qué, si tenemos un vídeo? —Octavius abrió el portátil, cuya pantalla se encendió de inmediato. Turney arqueó una ceja cuando el vampiro empezó a arrastrar su silla hacia él, con los ojos brillantes de emoción. Soltando una risita, Turney se hizo a un lado lo máximo posible sin chocar con Cormac. Ahora sentados juntos, Octavius pulsó la barra espaciadora y empezó el vídeo.



OCTAVIUS SONRIÓ al ver aparecer a Godric en pantalla. El varón estaba sentado en una silla y parecía encontrarse en alguna habitación de hotel. El zombi tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto. Larga melena de un rubio platino que le caía por los hombros, rasgos angulosos y pálidos, mandíbula y nariz afiladas, labios carnosos. Sus ojos eran de un azul tan claro que resultaba impactante.

—Hola, mis viejos amigos. Tal y como decía la carta, hace poco compré las propiedades de Dobrin. La compra incluía el hotel Soarta Mare y los terrenos circundantes. No voy a mentir, fue toda una ganga. Pero, como suele pasar con las ofertas que parecen demasiado buenas, había trampa. Me llevé el hotel y los terrenos por una miseria… junto con cientos de fantasmas asesinos. Pensaréis, ¿cómo puede haber tantos atrapados en un solo sitio? Pues bien, la

verdad es que el humano al que culparon de los asesinatos, el que fue ahorcado por ellos, era un chivo expiatorio.

Octavius tomó aire de golpe.

—¿Alexandru Dobrin no era el asesino?

Godric rio.

—Estoy seguro de que ahora mismo habrás tomado aire, Octavius, y probablemente habrás hecho una pregunta.

Turney soltó una carcajada.

—Te conoce bien.

¡¿Cómo lo sabía Godric?! ¡¿Era predecible?! No… ¡No! ¡No podía serlo!

—Para responder a tu pregunta: no, Alexandru Dobrin no era un asesino en serie. Ahora bien, tampoco era inocente. Sabía lo que ocurría, ayudó a financiarlo e incluso lo encubrió. Pero el verdadero asesino era un zombi llamado Radu Bucur. Logró salirse con la suya durante casi cien años antes de que lo descubrieran los segadores.

—Godric siempre fue de los que se hablan y hablan explicando detalles inútiles —suspiró Scarlett con aburrimiento. Min-ji se rio.

—Ahora estoy seguro de que Scarlett se estará preguntando algo, o quejándose de lo mucho que hablo. Pero si me dais un momento, puedo explicar por qué os cuento todo esto.

Octavius estalló en risitas.

—Parece que no soy el único predecible.

Scarlett puso los ojos en blanco y cruzó los brazos con un bufido.

—Bucur está muerto ya. Los segadores lo eliminaron en 1967. Pero no creo que se molestaran en explorar el hotel en su momento. O si lo hicieron, no fueron exhaustivos. Tampoco es que los segadores se encarguen de los fantasmas. Normalmente se consideran un fenómeno paranormal aceptable ante los humanos, porque es raro que un fantasma llegue al nivel de alma corrupta. Este hotel, tras décadas vacío, empezó a generar rumores, claro. Había menciones sobre gritos y sonidos, propagado sin duda por los adolescentes que, con el paso de los años, intentaron entrar al hotel. Pues bien, descubrí enseguida, al entrar en el hotel, que no solo había fantasmas, sino que todos y cada uno de ellos eran almas coléricas. —El zombi alzó la mano—. Antes de que empecéis a hacer preguntas, sí, estoy seguro. La casa está llena de almas coléricas muy poderosas y homicidas. Tener uno o dos fantasmas inofensivos para una atracción de terror está bien, pero esto es peligroso. No invitaría a ningún paranormal, y mucho menos a un humano, a pasar una noche de diversión aquí. Además… todavía estoy encontrando espacios ocultos. Algunas de las cosas, los restos, que he hallado… —Godric hizo una mueca—. Como bien sabéis, es ilegal que los zombis transformen a cualquier cosa que no sea humana. Pero creo que Bucur estaba experimentando antes de morir. No he encontrado

ñada que aún se mueva, pero temo que quizá lo haga. Así que os pido ayuda, amigos míos. Venid a ayudarme a deshacernos de estos fantasmas enfurecidos, y aseguraos de que no se esconde nada peligroso entre estos muros. Mi jet privado está a vuestra disposición. Ya he organizado el transporte para vosotros. Espero veros pronto. Adiós, amigos míos.

El vídeo acabó ahí. Octavius frunció el ceño ante las implicaciones de las palabras de Godric. Estaba prohibido infectar animales con el virus zombi… Las consecuencias podían ser horribles y peligrosas.

—Vale… espera —dijo Turney, frunciendo el ceño—. Las almas coléricas… son diferentes de las almas corruptas, ¿verdad?

—Sí, aunque los nombres se parezcan, son muy distintos. «Almas coléricas» es simplemente una forma elegante de llamar a fantasmas muy enfadados. No importa si provienen de humanos o paranormales. Aunque la mayoría no llama a los fantasmas «almas coléricas» a menos que sean poderosos, aunque sea un término genérico. En cambio, las almas corruptas son almas de fantasmas capturados que han sido corrompidas y deformadas por el hechicero que los asesinó —explicó Scarlett.

—La mierda esa de los experimentos suena turbio —dijo Cormac, bostezando.

—Es inquietante, te lo concedo —musitó Octavius—. Pero teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado desde la muerte del homicida original, dudo que encontremos nada que siga entero. Los animales infectados con el virus zombi, cualquier cosa infectada, sin mantenimiento ni cerebros, acaba por descomponerse. Una vez se convierten en guls, el proceso de descomposición se acelera, ya que el virus, por lo que tengo entendido, ataca el cuerpo buscando los nutrientes que necesita para sobrevivir. Por muy feroces que sean los guls, esa fuerza no dura para siempre. Han pasado más de cincuenta años desde la muerte de Bucur. Todo lo que creara debe estar hecho pedazos o seco y momificado.

Turney hizo una mueca.

—Sobre eso… ¿serán pedazos que se mueven o…?

Min-ji se rio.

—Aunque pedazos zombis en movimiento habrían sido posibles quizá hace treinta o cuarenta años, ha pasado demasiado tiempo. El virus no podría sobrevivir tanto sin alimento. Y cuando el virus muere, también lo hace la criatura que animaba. El virus es lo que os mantiene a ti y a Scarlett no muertos. Si muere, vosotros también. Y lo mismo con los experimentos.

Su conejito zombi suspiró.

—No me entusiasma saber que podría moverme por piezas aunque estuviera separado, pero al menos no vamos a encontrar

partes de cuerpos retorciéndose… No necesito añadir eso a mi lista de pesadillas recurrentes.

Cormac resopló, provocando una mirada fulminante de Turney. El hombre lobo solo sonrió con sorna. Ambos parecían más despiertos y menos muertos. Bien, sus resacas se estaban pasando.

—Amo Octavius, ¿cuándo tenemos previsto partir? —preguntó Henry.

Cormac lo miró de golpe.

—¿Vas a ir?

—Esa era mi intención.

—Mañana —dijo Octavius con emoción—. ¡Todo está preparado para salir mañana!

—Eh… no quiero arruinar la fiesta ni nada —intervino Theo—, pero ¿cuánto va a cobrar la agencia por esto?

Octavius parpadeó, mirando a Theo.

—Bueno… sería como ayudar a un amigo. Yo, por supuesto, os pagaré a todos por vuestro tiempo.

El hombre lobo mayor frunció el ceño y se tensó.

—¿Así que él no piensa pagar por nuestros servicios?

Él frunció el ceño.

—Bueno… ¿no?

El ceño de Theo se profundizó.

—En mi opinión profesional, los amigos deberían saber que no deben esperar tantas horas de trabajo gratis de otros amigos. Esto va a ser, como poco, una o dos semanas de trabajo.

Una amplia sonrisa apareció en la cara de Turney mientras los demás se reían. Octavius les lanzó una mirada de reproche antes de exclamar:

—¡Pero es mi amigo! ¡Y es un hotel embrujado! Seguro que Godric me invitó porque sabía que me lo iba a pasar bien.

El hombre lobo suspiró y se frotó la frente.

—Que él sepa que te lo pasarás bien no tiene nada que ver con que no quiera pagarte. Que disfrutes tu trabajo no significa que tengas que hacerlo gratis.

—¿Qué…? Pero… ¡¿Qué quieres que haga ahora entonces?! —bufó Octavius, desconcertado con esa lógica. ¡¿Qué había de malo en ayudar a un amigo?!

Sus ojos se abrieron mucho cuando Theo puso los ojos en blanco.

—Está bien, pero que sea la última vez. Como asesor financiero y contable de tu empresa, me niego a permitir que vuelvas a aceptar un trabajo sin una compensación adecuada. Tendremos una conversación larga sobre compensaciones, finanzas y gastos de empresa cuando volvamos.

Octavius se removió en su asiento mientras Theo lo miraba. Bueno, miraba en su dirección. Sabía que Theo no podía verlo, pero

maldita sea, los sentidos del lobo eran tan buenos que su mirada seria daba justo en el blanco.

Un momento… él era el jefe. Podía despedir a Theo y así se acabarían las reglas. Maldición, no… no podía despedirlo, acababa de contratarlo. Y sabía que el lobo necesitaba este cambio ahora.

Oh, por los Dioses… ¡Estaba ATRAPADO! ¡LO HABÍAN ATRAPADO! Miró furioso a Turney y luego a Scarlett. Esos dos lo habían llevado a una trampa de la que no podía escapar.

Turney intentó poner cara de inocencia mientras Scarlett lo miraba con una sonrisa triunfante.

Suspirando, dijo al fin:

—Está bien… hablaremos de todo eso cuando volvamos.

«Hablar» en el sentido de que Octavius haría lo posible por evitar esa conversación.

Theo sonrió con lo que Octavius consideró una sonrisa malvada y respondió:

—Así será.

—¿Tenemos que ir todos? —preguntó Cormac lentamente.

—¡Sí! —saltó Octavius, mirándolo con furia—. Más te vale estar listo mañana con todos los demás, porque no tengo problema en lanzarte a un avión sin nada encima. ¡En fin, todos a hacer las maletas! ¿Creéis que Lilah se quedará con Sprinkle? —No le dio tiempo a Scarlett a contestar—. ¡Seguro que sí! ¡Preparaos, salimos mañana a las nueve de la mañana! —Hizo un gesto dramático con las manos para despedirlos.

—¿A las nueve? —se quejó Cormac con un gruñido.

Capítulo Veintisiete



Vamos de Aventura

Octavius subió corriendo las escaleras y entró en el jet privado, dejando que los demás lo siguieran.

—¡OOOH! —exclamó.

¡Todo se veía tan reluciente y nuevo! Un poco de color hubiera estado bien, ya que todo era de distintos tonos de beige. El jet era como un avión por dentro, si un avión se hubiese mezclado con un salón. Había cuatro asientos de butaca por cada mesa de madera brillante en el lado izquierdo del jet, y el lado derecho tenía varias filas de tres asientos de butaca. Al fondo, había una puerta con la palabra «aseo».

Normalmente, a Octavius cosas como los jets le parecían de mal gusto, con todo el tema de la contaminación y eso. Aun así, no podía evitar disfrutar mirando cosas brillantes nuevas. Era un hipócrita, ¡¿y qué?! No es que los demás no lo fueran también.

—¡Ooh, es tan grande y bonito! ¡Mira! ¡Mira! ¡Turney, los asientos se pueden convertir en camas! —gritó, dejándose caer en un asiento de la última fila del lado derecho y empezando a reclinarse por completo.

—Supongo que será útil en un vuelo largo como este —dijo Turney. El zombi caminó hasta la fila en la que estaba Octavius y guardó su equipaje en un compartimento superior antes de pasar junto a Octavius para sentarse a su lado.

Pulsó el botón contrario y miró a Turney con ternura mientras su asiento volvía a ponerse recto.

—Me pregunto cuánto tardaremos en despegar.

—Como solo estamos nosotros, imagino que no tardará mucho —dijo Min-ji al subir a bordo, seguida por el resto del grupo—. He usado un jet privado antes, a cuenta de los segadores, y por lo general los vuelos son bastante puntuales.

Scarlett y Min-ji se acomodaron en el lado izquierdo, en una mesa de cara opuesta a Octavius, cerca del la parte frontal del jet.

Los dos hermanos acabaron sentándose en una fila en el centro del avión, con Henry en el asiento interior. Era curioso que el vampiro hubiese decidido sentarse con los hombres lobo. Mmm… suficientemente curioso como para investigarlo…

Un auxiliar de vuelo salió desde la parte delantera del jet, con una amplia sonrisa.

—Bienvenidos a bordo, queridos amigos del señor Dae. Soy Tim y seré vuestro auxiliar de vuelo hoy. Por favor, guarden el equipaje de mano más grande en los compartimentos superiores. —Hizo un gesto hacia arriba—. Los objetos más pequeños pueden guardarse en los compartimentos frente a sus asientos. Cuando estén listos, abróchense los cinturones para que podamos despegar. Me complace anunciar que no hay riesgo de exposición, ya que este vuelo está atendido exclusivamente por paranormales. Así que siéntanse libres de acomodarse lo más que quieran.

La mente de Octavius se dispersó mientras el hombre explicaba todos los protocolos de seguridad. No necesitaba otra demostración de cómo usar un cinturón de seguridad, entre otras cosas.

Turney le dio un golpe con el codo.

—¿Sí? —preguntó, mirando.

—No has oído ni una palabra de lo que ha dicho, ¿verdad? —lo acusó el zombi.

—Bueno… ya lo he oído antes.

—Ese no es el punto.

Octavius parpadeó confundido, ladeando la cabeza.

—¿Entonces cuál es el punto? Es el mismo discurso de siempre.

—Tú… —Turney negó con la cabeza y suspiró—. Da igual, sigue a lo tuyo.

Bueno… bien.

El sistema de megafonía emitió un pitido y una voz femenina sonó por los altavoces.

—Les habla su capitana. El cielo está despejado y nos espera un vuelo tranquilo. Por favor, asegúrense de tener los cinturones abrochados, ya que despegaremos en breve. Les avisaremos cuando puedan levantarse y moverse con libertad. Hasta entonces, permanezcan sentados con el cinturón abrochado.

No pasó mucho tiempo desde el aviso hasta que el jet comenzó a moverse y, minutos después, estaban en el aire. Octavius intentó no ponerse nervioso mientras esperaba a que le dijeran que podía moverse. Por desgracia, tardaron bastante en anunciar que se podían desabrochar los cinturones.

Prácticamente se lo arrancó cuando por fin le dieron permiso.

—¡Libertad! —gritó Octavius. Saltando, se transformó en murciélago y corrió entre varias filas hasta llegar donde estaban Cormac, Theo y Henry.

—¡Octavius! —gritó Turney.

Soltó un grito ahogado, horrorizado al ver a Henry dormido con un antifaz sobre los ojos.

—¡¿Cómo puedes estar dormido tan rápido?!

Henry no se movió ni un milímetro, su respiración seguía tranquila. Maldito vástago… Henry se había acostumbrado tanto a que Octavius lo despertara a horas absurdas que se había vuelto cada vez más y más difícil despertarlo.

Theo parpadeó, su rostro se torció en confusión. Solo podía suponer que el lobo intentaba percibir la situación.

—Se ha transformado en algo… ¿verdad?

—Sí —respondió Cormac, sin mostrar interés—. En un murciélago, para ser exactos.

Oyó pasos que se acercaban. ¡Oh, su zombi venía! Tenía que escapar. Octavius corrió entre los compartimentos y se arrastró bajo los asientos, avanzando hasta llegar donde estaban Min-ji y Scarlett.

Min-ji lo observó con una ceja arqueada. Scarlett parecía indiferente.

—¡Octavius, vuelve aquí y siéntate! —ordenó Turney al llegar a su fila.

—¡JAMÁS! —gritó él, esquivando las manos del zombi que intentaban atraparlo. Octavius evadía su captura una y otra vez. Ayudaba el que fuese lo bastante pequeño como para meterse en todos lados, y que Turney no lo fuera.

Octavius soltaba risitas mientras corría de un lado a otro por todo el avión, con su conejito zombi intentando atraparlo como podía.

—Octavius, vuelve a transformarte. Esto no es seguro —resopló Turney.

—¡No sucederá nadaaa! —rio con malicia.

—¿Esto es… normal? —preguntó Theo, con cautela.

Cormac soltó aire por la nariz.

—Esto va más allá de normal. Es básicamente un día cualquiera.



TURNEY RESOPLÓ al dejarse caer en su asiento junto a Octavius, a quien POR FIN había conseguido hacer que se transformase de vuelta y se sentara.

—Eres un peligro, ¿lo sabes?

—Prefiero pensar que tengo agallas.

—Creador de caos.

Octavius hizo un puchero.

—¡Pero soy adorable!

—Sí, eres un adorable y caótico peligro.

El vampiro cruzó los brazos.

—¡Pues alguien tiene que serlo! Y bien puedo ser yo.

Turney cerró los ojos y respiró hondo. Octavius le agarró el muslo. Abrió los ojos y frunció el ceño ante la mirada que le dirigía.

El vampiro sonrió de lado, batiendo sus pestañas.

—¿Qué…?

Octavius volvió a batir las pestañas, abriendo más los ojos.

—No.

Las batió más.

—La respuesta es no, Octavius.

El labio inferior del vampiro empezó a sobresalir hasta formar el puchero más grande visto.

Turney negó con la cabeza.

—Literalmente estamos en un avión, rodeados de nuestros compañeros de trabajo, nuestros amigos… La respuesta es no.

Esos ojos azules como el océano se agrandaron y el puchero se hizo más profundo.

—Joder…

Octavius sonrió ampliamente poco a poco, era la sonrisa de alguien que era todo un peligro que sabía que había ganado.



LOS GEMIDOS ahogados de Turney volvían loco a Octavius. Sacando sus dedos del agujero lubricado del zombie, lo giró y lo alzó en brazos. Turney jadeó por el cambio repentino de posición, aferrándose a él. Sonriendo ante sus mejillas sonrojadas, cambió su agarre para alinear la punta de su polla e introducirse.

Turney soltó un grito entrecortado, cubriéndose la boca con ambas manos mientras sus piernas envolvían la cintura de Octavius.

Apenas contuvo un gemido cuando la estrechez del zombie apretó su palpitante polla.

—Aún pueden oírnos, ¿sabes? —dijo con una risa jadeante—. Quizá no Min-ji… pero todos los demás sí… —Sus manos se aferraron al trasero del zombie mientras lentamente se retiraba y volvía a entrar.

Turney jadeó. Puso los ojos en blanco antes de lanzarle una mirada fulminante. El zombie le dio un manotazo en el pecho y espetó:

—Date prisa o me bajaré y llevaré este trasero de vuelta a su asiento.

—Sí, mi conejito zombie —Octavius se rio—. Tus deseos son órdenes. O mejor dicho, tu orden es mi orden.

—¡Octavius! —bufó Turney.

—Sí, sí. —En la siguiente embestida no se contuvo, haciendo que Turney se cubriera la boca otra vez mientras otro grito escapaba de sus labios.

Con cada embestida, Turney ocultaba los gemidos más deliciosos. Una pena que no pudiera oírlos. Su dura polla se movía entre ambos, goteando ya. Los gimoteos ahogados de Turney enviaban cosquillas por el cuerpo de Octavius.

Había algo tan excitante en estar a decenas de miles de metros en el aire mientras follaba a su zombie. Claro, Turney y él habían estado juntos en aviones antes. Por desgracia, todos habían sido vuelos comerciales normales… donde los baños no eran aptos para hacer el amor. De hecho, la mayoría ni siquiera eran lo bastante grandes como para que cupiera la sola persona que se suponía que debería haber.

—Es extraño oírte tan callado mientras te penetro —dijo con una sonrisa, justo antes de hundirse con fuerza en el zombie.

Turney gritó, su agujero tenía espasmos alrededor de la polla de Octavius, haciendo que sus testículos se apretaran con fuerza. El zombie le lanzó una mirada firme.

—Ups, se te ha escapado uno. —Octavius soltó una risita—. Mmm, pero creo que me gustan tus gritos, y no soporto no escucharlos. —Sonrió mostrando sus colmillos completamente extendidos.

Los ojos de Turney se abrieron de par en par.

—Ni se te ocurra.

Soltó una risa maniática antes de presionar la espalda de Turney contra la pared y su pecho. Mientras avanzaba y enterraba su rostro en el cuello del zombie, el cuerpo de Octavius tembló de satisfacción

al oír el grito de placer que Turney dejó escapar al hundir sus colmillos en su vena.

Octavius dejó que su cabeza flotara, el placer de tomar sangre lo abrumaba. Justo cuando Turney gritó su orgasmo, rociando semen entre ellos, el cuerpo de Octavius se sacudió al llegar el suyo. Jadeaban mientras él retiraba sus colmillos con un gemido bajo, sus testículos se apretaban y su polla daba saltitos, llenando el interior de Turney.

—Joder —gimió Turney.

—Joder, efectivamente —dijo Octavius con una risa malvada.

Turney apoyó la cabeza en la pared, mirándolo hacia abajo.

—Eres un mamón, ¿sabías?

Él estalló en risas.

—De hecho, sí mamo.

Turney gruñó.



TURNEY INTENTÓ MANTENER el rubor fuera de su rostro al salir del baño con Octavius, pero sabía que había fracasado. De hecho, el calor aumentó al ver las caras de los demás. Scarlett parecía decepcionada, Min-ji parecía divertirse, Cormac se veía demasiado entretenido y el pobre Theo ligeramente sorprendido. Henry seguía durmiendo…

Intentó ignorarlos mientras hacía el paseo de la vergüenza con Octavius de regreso a sus asientos.

—¿Es…? —Theo aclaró la garganta—. ¿Eso también es normal?

Cormac soltó una carcajada fuerte y clara.

—Sip, también es normal. Bienvenido a mi loco día a día.

—Ay, por…

Octavius arrugó la nariz.

—Solo estás celoso porque tú no lo consigues, lobo.

—Octavius… —gruñó Turney.

Capítulo Veintiocho



Entrando Al Recinto

Turney tenía que admitir que la persona que los llevaba al hotel no era tan agradable como quienes los habían traído al país.

Observaba al conductor humano desde su asiento trasero. El hombre vestía una camisa negra y pantalones de vestir, un atuendo bastante sencillo. Tenía el pelo tan largo y despeinado que apenas se le veían los ojos bajo el flequillo. Pero lo poco que se alcanzaba a ver… bueno, había algo raro en su mirada. Algo que ponía nervioso a Turney. Sin embargo, nadie más parecía notar nada extraño, así que él seguía intentando ignorarlo.

Llevaban al menos veinte minutos en ruta, y en los últimos diez no habían visto nada más que un camino de tierra y árboles. ¿Qué tan lejos estaba ese lugar?

No podía decir que fuera normal entrar a un país por una pista de aterrizaje privada en plena noche. Más bien parecía que lo hubieran metido a escondidas. Con suerte, no acabarían arrestados.

La furgoneta ya los estaba esperando cuando llegaron. Y no parecía que el conductor supiera que no eran humanos, así que apenas habían intercambiado unas cuantas frases sueltas desde entonces. Al menos el vehículo era lo bastante grande como para que entrasen todos, aunque parte del equipaje había acabado atado en el techo. Cormac, Theo y Henry iban en la parte de atrás; Scarlett y Min-ji ocupaban los asientos centrales, y delante de ellas estaban Octavius y él.

—¿Por qué no alquilamos un coche? —preguntó Turney.

Octavius lo miró.

—¿Por qué? ¿Querías conducir?

—Yo… ¿Por qué asumes eso?

—Bueno, al principio te contraté para que fueras mi conductor. Y teniendo en cuenta tus intereses, asumí que querrías conducir.

¿Quería conducir? En ese momento, no mucho. La carretera estaba cubierta de niebla y, la verdad, daba un poco de miedo… aun así…

—La verdad es que echo un poco de menos conducir.

El vampiro frunció los labios.

—No has tenido muchas oportunidades últimamente, ¿verdad?

—No, la verdad…

—Lo siento, Turney —Octavius le tomó la mano izquierda y le besó el dorso—. ¡¿Qué te parece si, cuando acabemos con este caso, buscamos otro que tenga que ver con circuitos de carreras o algo así?! ¡Oh! ¡O a lo mejor tenemos suerte y acabamos en una persecución a toda velocidad!

Turney rio un poco.

—Suena bien.

—Sabes, Turney… tú eres tan raro como él —dijo Cormac riendo—. Con razón estáis juntos.

—¡¿Qué?! —Turney se giró para mirar a Cormac.

El joven lobo sonrió con picardía.

—Octavius va por la vida con su rareza por delante. Pero tú pareces normal la mayor parte del tiempo. Lo disimulas muy bien.

—¡No hay nada de malo en ser raro! —protestó Octavius, indignado.

—Cormac, no deberías hablar así de tu jefe… y menos en su cara —dijo Theo con un resoplido—. ¿Dónde han quedado tus modales?

Scarlett y Min-ji observaban la escena con sonrisas de oreja a oreja. Y Henry tenía cara de estar conteniendo la risa.

Octavius soltó un «jum».

—En fin. No habría sido buena idea venir por nuestra cuenta. Según los rumores, las carreteras que llevan a la propiedad son difíciles de seguir, con calles que no llevan a ningún lado. Algunas incluso terminan al borde de acantilados, y la mayoría no tienen ningún sentido.

—El GPS existe, ¿sabes? —apuntó Cormac riendo.

—Yo me he quedado sin señal hace al menos diez minutos —dijo Min-ji con un suspiro—. Aunque… algunos mapas funcionan sin señal, supongo…

Cualquiera pensaría que a estas alturas el conductor intervendría y comentaría algo sobre lo mala que era la señal en la zona… pero seguía en un silencio inquietante. Igual que durante todo el trayecto.

Turney carraspeó.

—Eh, señor… ¿Es normal que haya tan mala señal por aquí?

Esperó y… ni una mirada a través del retrovisor. Ni una sola respuesta.

Octavius frunció el ceño.

—Quizá… no habla inglés —el vampiro carraspeó—. *Scuzati*? *Este zona aceasta pentru semnale dificile*?

Turney no hablaba rumano, pero suponía que Octavius acababa de repetir lo que él había dicho. Aun así… el hombre seguía sin reaccionar, ni siquiera levantó la vista.

—¡Qué grosero! —bufó Octavius, empezando a clavar la mirada en el respaldo del asiento del conductor.

Turney tuvo que admitir que sí… era algo grosero. El tipo parecía decidido a ignorarlos. Ni siquiera había salido del vehículo al ir a recogerlos. Se limitó a abrir las puertas y quedarse sentado en silencio, sin mirarlos ni una sola vez.

—Me pregunto si tiene problemas de audición. ¿Nos ha prestado atención en absoluto? —preguntó Theo suavemente.

—Ni una mirada —dijo Cormac, bostezando.

Theo frunció los labios.

—¿Y si simplemente no le gusta la gente?

—Podría ser —musitó Scarlett.

Turney resopló.

—Bueno, ¿cuánto falta para llegar?

—OJALÁ NO MUCHO MÁS —dijo Octavius con una sonrisa, ignorando al conductor, que era tan raro como grosero.

La verdad era que Octavius no tenía muy claro cuánto duraría el trayecto. No había preguntado… o más bien, no había tenido oportunidad. El teléfono de Godric no paraba de mandarlo al buzón de voz. Supuso que podría haber mirado algún mapa y planificado un poco.

La verdad, le sorprendía que Turney no se hubiera quejado ya por eso. Pero parecía que el zombi no se había dado cuenta de que habían venido sin planearlo mucho. Aunque bueno, tal vez asumía que lo prepararían todo al llegar y hablar con Godric.

Planificación aparte, habían traído todo lo que pensaban que podrían necesitar para deshacerse de fantasmas o cualquier criatura zombi fantasmagórica que pudiera aparecer. Por no hablar de que, por el tamaño de la mochila que Min-ji había traído, el vampiro

estaba casi seguro de que la bruja se había preparado para todos los peligros posibles con los que podrían cruzarse.

—No lo sabes, ¿verdad? —le dijo Turney, mirándolo.

Le sostuvo la mirada al zombi con ojos grandes e inocentes.

—No exactamente… —empezó a decir, pero lo interrumpió un giro brusco de la furgoneta, que frenó de golpe frente a un gran y siniestro portón de hierro—. Oh, mira, hemos llegado —comentó arqueando una ceja, justo cuando las puertas a su alrededor se abrían y el portón se abrió hacia dentro sin un solo crujido—. Y, al parecer, ahora toca caminar… Godric ya advertía en su carta que los caminos dentro de la propiedad estaban en mal estado.

—¿Por qué siento que estoy en una película de terror? —se quejó Turney. El zombi miraba el portón con inquietud.

—¡Estaremos bien! Imagino que Godric lo mantiene tan espeluznante a propósito porque quiere incluir el camino como parte de la atracción. ¡Ya sabes, un divertido paseo por el bosque embrujado y todo eso!

Cormac resopló.

—Esta vez estoy de acuerdo con Turney… Esto suena sospechoso.

—¡Lo que pasa es que quieres irte a casa y librarte del trabajo! —le soltó Octavius.

—¿Has hablado con Godric? —preguntó Scarlett.

Octavius frunció el ceño.

—No. Su móvil no deja de enviarme al buzón de voz. Pero es normal que se pierda en lo que le interesa y no responda a las llamadas. Además, suele perder el móvil a menudo. Aunque también puede ser por la hora a la que lo llamé o por la falta de señal por aquí.

Todos se sobresaltaron al oír un claxon. Sus miradas se dirigieron al conductor, que por fin los observaba… y vaya si los miraba. Octavius le devolvió la mirada con un gesto desafiante. No pensaba dejarse apurar.

—Supongo que es nuestra señal para bajarnos —dijo Henry, hablando por primera vez desde que subieron a la furgoneta.

—Eso parece —respondió Turney en voz baja.

Saltaron fuera del vehículo; algunos se encargaron del equipaje del techo, mientras otros iban al maletero. Octavius se apresuró para llegar primero. Agarró su maleta y su mochila de cuero, y se escabulló hacia el otro lado del vehículo, fuera de la vista de los demás.

Tras asegurarse de que nadie lo miraba, abrió la mochila y sacó un pequeño sobre de purpurina dorada que había traído consigo. Lo rasgó con rapidez y se lo vació en el bolsillo izquierdo del pantalón mientras se reía entre dientes. Había pensado la noche anterior en una forma perfecta de sorprender a Godric. El truco que tenía en

mente… estaba seguro de que haría que el zombi mayor riera sin parar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Turney justo detrás de él.

Se sobresaltó al sentir el susurro en su oído. Se giró de golpe, escondiendo el sobre vacío tras su espalda, y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Nada?

La furgoneta se puso en marcha, dio una vuelta en U y desapareció por donde había venido.

—¡Bueno, pues parece que todos tenemos nuestras cosas! —dijo Octavius—. Vamos. Creo que nos espera un largo camino.

Turney lo observó con el ceño fruncido, lleno de sospecha, pero al final suspiró y se giró hacia el portón abierto. En cuanto le dio la espalda, Octavius metió el sobre vacío en la mochila y la cerró.

Scarlett pasó a su lado arrastrando la maleta y lo miró divertida, aunque no dijo nada.

Ya reunidos, atravesaron el portón abierto. Apenas habían avanzado un poco cuando escucharon que este se cerraba de golpe tras ellos.

—Muy tranquilizador —murmuró Turney, entrelazando su brazo con el de Octavius.

Octavius soltó una risita nerviosa.

—Apuesto a que Godric ya ha empezado a trabajar en el exterior. Quizá no haya fantasmas que limpiar por aquí.

Eso decía, pero… algo no encajaba. El bosque se sentía extraño. No como si hubiera fantasmas, pero sí… extraño.

Octavius miró a Scarlett mientras seguían avanzando. Ella fruncía el ceño y su mirada se movía constantemente entre los árboles. La zona estaba densamente poblada de árboles y vegetación, lo que dificultaba la visibilidad. Pero lo peor era la niebla, que parecía haberse espesado desde su llegada. El agarre de Turney en su brazo se hizo más firme cuanto más caminaban. Todos estaban cada vez más tensos, sus rostros, sombríos.

—¿Oís… algo? —preguntó Theo.

Octavius se detuvo al oír la pregunta, y los demás hicieron lo mismo.

—No se oye… nada.

Y eso no era normal. Estaban en un bosque grande, sin embargo…

—Ni pájaros, ni animales… nada —dijo Henry lentamente—. Algo no está bien…

—¿Alguien más siente que nos están observando? —preguntó Turney con la voz temblorosa.

—Yo… —Octavius se quedó en silencio al oír una rama partirse… seguido de otra.

Todos se giraron lentamente hacia el origen del ruido. Primero fueron más crujidos, pero luego empezó un sonido extraño, como un crujido… o quizá un chasquido. No sabía cómo describirlo, aunque estaba seguro de haberlo oído antes. Pero algo en él le decía que no debería estar escuchándolo allí.

Sus ojos se abrieron como platos cuando, entre la espesura y la niebla, apareció tambaleándose un zombi. No… no era un zombi… ¡era un gul!



TURNEY SE QUEDÓ MIRANDO con la boca abierta cuando lo que solo podía describirse como un zombi emergió de los arbustos. Pero no era un zombi como él, era como los zombis de las películas. Aquella criatura había sido un hombre, eso era evidente. Llevaba la ropa hecha jirones. Las zonas expuestas mostraban una piel agrietada y que se estaba pelando y también carne pudriéndose. En algunos sitios se le veían hasta los huesos. Su brazo izquierdo colgaba sin fuerza, como si fuera a desprenderse, y uno de sus ojos se balanceaba fuera de la órbita. ¿Podría ser… un gul?

Lo curioso fue que, cuando apareció, Turney sintió un destello de miedo procedente de Scarlett. Lógicamente, eso significaba que debía tener miedo. Pero el zombi —o gul— parecía tan deteriorado, tan a punto de deshacerse, que le costaba asustarse. De hecho, no sentía nada al mirarlo. Lo que podía significar que estaba en estado de *shock*. Una posibilidad bastante real.

Nadie se movió mientras la criatura se acercaba tambaleándose. Turney no pudo evitar estremecerse al oír cómo crujían sus articulaciones. Estaba a pocos pasos, parecía a punto de desplomarse, cuando soltó un chillido espantoso y atacó.

Se movió más rápido de lo que Turney creía posible en su estado. El gul cayó sobre él al instante. Turney gritó al caer al suelo. En el último momento, logró sujetarle las muñecas, impidiendo que aquellas manos huesudas y llenas de garras lo alcanzaran. La piel de la criatura parecía cuero, como si pudiera desprenderse con facilidad.

Pero eso no impidió que intentara morderlo. Los dientes del gul tiritaban en el aire, y emitía un ruido gutural y lastimero. El olor a carne podrida le invadió la nariz. Le sorprendía no haberlo notado antes. Sentía que sostenía un peso insoportable. Sus brazos temblaban mientras miraba aquellos ojos vacíos.

Ese peso desapareció de pronto cuando Octavius lo apartó de un golpe. La criatura cayó al suelo con fuerza, rodó, pero se levantó en segundos, como si nada. Scarlett no le dio tiempo a atacar; avanzó a toda velocidad, completamente transformada. Su piel estaba pálida y agrietada, las venas abultadas, los labios y las garras teñidos de un blanco azulado. Aun así, el gul, que antes apenas podía moverse, la apartó sin dificultad.

Octavius ayudó a Turney a levantarse. El vampiro tenía los ojos llenos de preocupación.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy… —se aclaró la garganta—, bien.

Octavius lo recorrió de arriba a abajo con los ojos durante un instante antes de asentir. El vampiro tiró la mochila al suelo antes de unirse a la pelea.

Turney se quedó paralizado, observando atónito la pelea. Sobresaltó con los ojos abiertos de par en par cuando Octavius salió volando por los aires. El vampiro cayó con mucha más gracia que el gul, logrando impulsarse con la mano al tocar tierra y reincorporarse de un salto. La sangre bajaba por su mejilla mientras corría de nuevo hacia la criatura. A su lado, Min-ji empezó a entonar un cántico.

El gul seguía luchando, como si nada, incluso después de perder sus extremidades una tras otra. Turney intentó unirse al combate, pero Henry lo sujetó.

—Será mejor que no. Los guls no son cosa con la que un recién convertido deba meterse —dijo el vampiro con firmeza—. Lo mejor es que nos mantengamos todos al margen. Incluidos vosotros dos, hermanos.

Oyó cómo los lobos gruñeron en protesta, pero Turney no apartó los ojos de la pelea… o más bien de la masacre en la que se había convertido. El vampiro y la zombi despedazaban al gul sin tregua. La lucha terminó tan rápido como había empezado. Y aunque habían hecho pedazos a la criatura, sus restos seguían moviéndose, intentando alcanzarlos con desesperación.

De pronto, Min-ji interrumpió su cántico y se acercó con decisión a los restos que se retorcían en el suelo. Les arrojó algo que parecía polvo negro. Los fragmentos se prendieron fuego al instante y se redujeron a cenizas en cuestión de segundos.

Turney observó a los tres mientras regresaban. Aparte de algunos rasguños, Scarlett y Octavius parecían… relativamente bien; no cojeaban ni nada por el estilo. Pero sus rostros estaban sombríos.

—¿Por qué era tan fuerte? Sentí como si intentara levantar un coche o algo así —se estremeció Turney.

—Técnicamente, ahora puedes levantar coches… sin problema —comentó Cormac.

—¡Ya sabes a qué me refería! —le espetó.

Octavius respiró hondo.

—Los guls están animados por el mismo virus que te mantiene con vida. Tienen tu fuerza, pero ningún pensamiento aparte de querer alimentarse. No sienten dolor, no entienden de heridas ni tienen instinto de supervivencia. Luchan para alimentarse hasta que ya no tengan la capacidad. Y aún entonces, seguirán intentándolo hasta que el virus muera en su interior.

—Por el estado de descomposición, esa criatura llevaba muerta más de un año cuando fue reanimada —suspiró Scarlett. Fue a añadir algo, pero se detuvo al oír más ramas rompiéndose.

Solo que esta vez no eran unas pocas, sino cientos.

—¡Theo, transforma tus ojos ya! —gruñó Cormac.

—¡Corred! —gritó Scarlett, justo antes de que una auténtica horda de guls saliera del bosque que los rodeaba.

Capítulo Veintinueve



Corred

Octavius tiraba de Turney, rezando para que ninguno de sus amigos se quedara atrás. Su mano sujetaba la de Turney como si estuvieran soldadas. No pensaba arriesgarse a que los separaran. Tras ellos, una horda de guls gritaba, gemía y corría. Un solo paso en falso bastaría para que los atraparan. Todo su equipaje, salvo lo que llevaban encima, había quedado atrás hacía rato.

—No lo entiendo —gritó Octavius—. ¡Godric nunca haría algo así! ¡Él nunca ha transformado a nadie!

—No creo que haya sido él —exclamó Scarlett. Su mirada se desvió hacia atrás, y sus ojos se abrieron de horror cuando los pasos de Min-ji empezaron a debilitarse. Scarlett lo notó y, de repente, ya estaba levantando a la bruja del suelo. Ella soltó un chillido, pero no se quejó, ni siquiera cuando terminó colgada del hombro de Scarlett. La mochila impedía llevarla de otra manera en ese momento.

Octavius se sintió mal. Debería haber pensado en ella antes. La velocidad y resistencia de una bruja no se comparaban con las de ellos. Podía aumentarlas un poco, pero nunca lo suficiente como para seguirles el ritmo.

—¡¿Y si no fue él?! —gritó Cormac.

—¡Nos han tendido una trampa, ¿verdad?! —exclamó Turney.

Octavius no quería pensar que fuera así, pero… ¿qué otra explicación había?

—Godric jamás nos traicionaría así. Jamás traicionaría a Scarlett de esta manera —afirmó con firmeza, aunque no podía evitar pensar que quizá sí lo había hecho…

Guardaron silencio un momento, corriendo todo lo rápido que podían, mientras las palabras quedaban suspendidas entre ellos. El retumbar de los pies era un recordatorio constante del peligro en el que estaban. Sabía que parecía obstinado o ingenuo, pero conocía a Godric. Jamás lo pondría en peligro. Y desde luego, jamás haría daño a Scarlett. La consideraba su familia…

—¿Y si no tuvo elección? —dijo Min-ji, poniendo en voz alta lo que todos pensaban.

—Dayan —susurró Octavius.

—No puede ser otro —dijo Scarlett con firmeza—. Y aunque me cueste creer que Godric tuviera algo que ver con esto… lo cierto es que tiene un punto débil.

—El linaje de su hermana —exclamó Octavius.

Godric no tenía hijos ni neófitos creados por él, pero… había protegido a los descendientes de su hermana desde que fue transformado. Y, después de dos mil años de cuidar esa línea, no era tan extensa como cabría esperar. Las guerras y las plagas se habían cobrado muchas vidas… Solo quedaban ocho vivos.

—Si Dayan ha conseguido atrapar a alguno de ellos… —Scarlett no se atrevió a terminar la frase.

Octavius hizo una mueca. No hacía falta decirlo. Eran lo único que le quedaba de su hermana. Godric moriría por ellos… y probablemente ya lo había hecho…

—Esto es una jodida barbaridad, ¿no creéis? —gruñó Cormac—. ¿No se suponía que Dayan quería a Octavius con vida?

—Quizá da por hecho que sobreviviremos a esto —dijo Theo con rigidez. Los ojos del lobo brillaban en un dorado sólido.

—¿O quizá espera que algunos no lo logremos? —sugirió Henry.

—¡UNA VALLA, UNA VALLA! —empezó a gritar Cormac de repente.

Octavius llevó su mirada al frente y se le abrieron más los ojos al ver la enorme valla, de al menos cuatro metros de alto, que rodeaba la fachada imponente del hotel. Todas las ventanas estaban iluminadas.

—¡Preparaos para saltar!

—¡¿Saltar?! —chilló Turney—. ¡¿Eso?! ¡¿Cómo?!

—¡Ya no eres humano, Turney! ¡SIMPLEMENTE SALTA O TE VAN A COMER! —gritó Cormac.

—¡NO SE LO VAN A COMER! —le bufó Octavius.

Cormac echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa un poco histérica.

—¡Se lo comerán si no salta! ¡Joder, ¿qué le pasa a mi vida?! ¿Por qué acepté este trabajo? ¡¿Por qué no huí?! ¡Estúpido Cormac del pasado! ¡Idiota, idiota, idiota!

—¡Te pasaste dormido la mitad de los casos anteriores, ¿de qué te quejas?! —gruñó Turney.

—¡NOS ESTÁ PERSIGUIENDO UNA HORDA DE ZOMBIS HAMBRIENTOS! ¡¿DE QUÉ NO VOY A QUEJARME?!

—¡CALLAOS! —gritó Scarlett—. ¡Preparaos para saltar, idiotas!

—¡Saltad! —gritó Octavius cuando estaban a unos tres metros de la valla. Saltó y logró pasar por encima, pero fue arrastrado hacia atrás por Turney, que había dudado un segundo y no consiguió pasar del todo.

Octavius no soltó su mano. Quedaron colgados de la valla. Turney en un lado, él en el otro, unidos por sus manos entrelazadas. La horda chocó contra la valla. Esta crujió con un sonido desgarrador.

Turney gritó, pataleando mientras los guls intentaban arrastrarlo hacia abajo. Le rompieron la ropa, le arrancaron la mochila en su afán por tirarlo. Octavius sintió una oleada de pánico al notar que él mismo empezaba a ser arrastrado hacia arriba. Apretó los dientes, sujetó la mano de Turney con ambas suyas y tiró con todas sus fuerzas, alzando al zombi por encima de la valla.

Hizo una mueca de dolor al caer de espaldas. Su gruñido se unió al de Turney cuando este aterrizó encima de él.

Octavius respiró hondo, tumbado y sin moverse por un momento. Turney levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Había miedo en los suyos. Octavius acunó su cara.

—Estamos bien, lo conseguimos.

Turney lo besó en los labios; su conejito temblaba.

—No creo que estemos a salvo.

Ojalá pudiera disipar esas dudas… pero no podía. El crujido del metal era cada vez más fuerte.

—No lo estamos…

Se humedeció los labios y le devolvió el beso, buscando algo de calma en su sabor antes de apartarse.

Turney se levantó y Octavius se obligó a hacer lo mismo.

Miró a los demás. Los lobos jadeaban levemente, Theo un poco más que Cormac. Scarlett tenía una expresión sombría, pero no parecía afectada por la carrera. Min-ji estaba sudando, sin duda por el esfuerzo de haber intentado seguirles el ritmo.

—Lo siento, Min-ji. No deberíamos haberte obligado a intentar seguirnos. No lo pensé —se disculpó.

Ella le sonrió débilmente.

—No hubo tiempo para pensar.

La valla crujió otra vez y empezó a doblarse hacia dentro bajo el peso de los guls.

—No aguantará mucho —dijo Henry con tono sombrío.

Octavius miró la valla, luego al hotel y después a sus compañeros. ¿Cuál era la decisión correcta? ¿Acaso tenían elección?

—No tenemos elección, Octavius. Tenemos que entrar —dijo Scarlett con suavidad—. Estoy segura de que esto es justo lo que Dayan quería.

—Así que tenemos que seguir avanzando hacia su trampa —suspiró Turney—. Tengo que decir que prefería que me persiguieran zombis falsos que zombis de verdad.

Octavius soltó una suave risa.

—Sí… yo también preferiría estar en una carrera zombi divertida y no aquí.

Era extraño pensar que solo unos días antes él y Turney habían corrido de la mano escapando de una horda de zombis falsos, riendo, y ahora estaban literalmente frente a una horda real de zombis que intentaban devorarlos.

—¿De qué demonios habláis vosotros dos? —dijo Cormac, exasperado.

—Si esto es cosa de Dayan, la única opción es entrar —gruñó Theo—. Hay que detenerlo.

Cormac se apoyó en su hermano.

—No es que podamos hacer otra cosa.

—Acabemos con este bastardo —dijo Turney con una sonrisa débil.

Un chirrido ensordecedor sonó cuando la valla empezó a ceder.

—¡CORRED! —gritó Octavius.

Corrieron por el sendero. Octavius llegó primero a la puerta, la abrió de un tirón y se mantuvo allí sujetándola. Y no pensaba soltarla hasta que todos sus compañeros hubieran entrado. Scarlett, con Min-ji en brazos, fue la última en pasar corriendo. Octavius entró justo cuando la horda estaba a solo unos pasos, y cerró la puerta de golpe a tiempo.

En cuanto se cerró, todo su cuerpo se estremeció al sentir que una barrera, más poderosa que cualquier otra que hubiera experimentado, se activaba a su alrededor.

—¡Mierda! —exclamó Min-ji, tenía los ojos muy abiertos—. Esto… no es bueno.

Capítulo Treinta



Hacia La Trampa

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Turney. En cuanto la puerta se había cerrado, había sentido algo recorrerle el cuerpo, como un cosquilleo eléctrico sobre la piel. Estaba casi seguro de que se trataba de una barrera mágica, pero había sido mucho más intensa que las que Min-ji había lanzado antes.

—Una barrera —dijo Min-ji con sombría—. Muy poderosa. No será fácil romperla.

—¿No puedes romperla? —preguntó Octavius.

—No he dicho que no pueda, solo que no será fácil —suspiró la bruja—. Es un hechizo extremadamente complejo. Me llevará horas romperlo.

—Teniendo en cuenta que el camino está bloqueado ahora mismo por una horda de guls contra la que no tenemos ninguna posibilidad… quizá deberíamos preocuparnos por la barrera más tarde. Por ejemplo, cuando intentemos salir —sugirió Henry.

—Sí, no es como si quisiéramos salir ahora mismo, incluso si no hubiese una barrera de por medio —dijo Cormac con un bufido—. Aunque, sin la barrera, los guls probablemente ya estarían rompiendo la puerta, así que… estamos bastante jodidos.

Intentaba no estar de acuerdo con Cormac, pero… respecto a los guls, la situación era preocupante. Eran tan fuertes como él, pero no tenían miedo. La realidad era que no podrían luchar contra tantos a

la vez. Así que incluso si vencían a Dayan… escapar del hotel sería difícil.

Turney sacó el móvil, haciendo una mueca al ver que no tenía ni una sola barra. Ni señal ni nada.

—Todavía… sin señal —les informó.

—Es posible que eso también sea cosa de Dayan —dijo Cormac.

Octavius frunció el ceño.

—¿Ahora hay formas de bloquear la señal?

Turney lo ojeó.

—Existen unas cosas llamadas inhibidores de señal… Me sorprende que no los hayas visto en esas películas de espías y detectives que te encanta ver mientras duermo.

El vampiro solía despertarse a media noche para ir a ver películas mientras Turney dormía. Casi siempre se metía de nuevo en la cama antes de que él se despertara, pero en alguna ocasión lo había pillado viendo el final de una de esas películas. Y siempre eran de espías, detectives o algo parecido. Le hacía preguntarse si los vampiros necesitaban menos sueño que los zombis. Aunque probablemente era solo Octavius… siempre parecía estar bien despierto a horas absurdas.

Octavius se encogió de hombros.

—Ya sabes que suelo ver clásicos.

—Tiene sentido —resopló Cormac—. Los inhibidores no existían hasta finales de los noventa. Si ve películas viejas, no aparecerán.

—¿Cómo sabe Dayan siquiera que existen los inhibidores? —preguntó Turney, frunciendo el ceño.

Octavius ladeó la cabeza.

—Supongo que podría haberlo aprendido desde que lo liberaron.

—Lo dudo —dijo Min-ji con desgana—. Supongo que no es muy conocido, pero los Caballeros pueden aprender sobre los cambios del mundo, aunque no estén presentes para verlos. Es un mecanismo que les permite adaptarse con facilidad o, en este caso, no estar tan perdidos tras haber estado encerrados durante años.

—¡¿Ellos qué?! —exclamó Turney.

—Eso es… hacer trampas. ¿Cómo puede ser eso justo? —protestó Octavius, irritado.

Turney no podía evitar estar de acuerdo. ¡Era una mierda que el muy imbécil hubiera estado encerrado años y ni siquiera eso les sirviera de ventaja!

—Estamos dando demasiados rodeos —intervino Scarlett con tono seco—. Inhibidores, conocimiento del mundo o lo que sea, esto es cosa de Dayan. Nos ha encerrado aquí por algo, y apostaría a que esta barrera no es una improvisación.

Octavius suspiró.

—Tienes razón. Es poco probable que el propósito de la barrera sea solo mantenernos dentro y a la horda fuera. Dayan lo planeó todo. Tiene que haber otra razón. Sabe que no vamos a quedarnos aquí horas rompiendo la barrera. Si la rompemos, la horda entra. El problema es: ¿por qué quiere que estemos atrapados aquí con una barrera que lleva tiempo romper? Si solo quisiera tenernos dentro y alejarnos de los guls, podría haber usado un hechizo mucho más sencillo.

—No conozco mucho a ese Caballero, pero no debe de haber sido fácil capturar a una bruja capaz de crear esta barrera. Así que sí, estoy de acuerdo, no ha sido una decisión aleatoria —afirmó Min-ji —. ¿Alguno de vosotros siente algo más en este edificio? Sé que es enorme, pero… ¿algo?

Turney dejó que los demás escucharan. Ellos tendrían más facilidad que él para aislar sonidos.

Los ojos de Octavius se tornaron rojos mientras los dos lobos cerraban los suyos. Scarlett y Henry parecían simplemente dejar que los otros escucharan. Aunque, pensándolo bien, Octavius era mayor que Henry y tenía su modo «supervampiro». ¿Serían los sentidos de un hombre lobo mejores que los de un zombi? Algo que podría preguntar luego… si es que había un «luego».

—Nada —dijo Octavius con un suspiro.

—Sip, nada de nada —confirmó Cormac.

—Tan silencioso como lo estuvo el bosque —añadió Theo.

—Me temía eso —gruñó Min-ji—. Probablemente haya cosas escondidas, no solo el Caballero. Apostaría a que hay más hechizos.

—¿Notaste algún hechizo cuándo estábamos fuera? —preguntó Turney.

La bruja negó con la cabeza.

—No todos los hechizos tienen una presencia perceptible. Y los que están hechos para ocultar algo, evidentemente carecen de ella. La verdad es que no tendría sentido usar un hechizo de ocultación si la presencia del propio hechizo revela que algo está oculto.

Tenía sentido. Todo esto era genial, ¡jodidamente genial! Les habían tendido una trampa, probablemente había trampas por todas partes, y estaban básicamente atrapados entre una horda de guls y un maníaco homicida… y quién sabe qué más.

—¿Qué hacemos ahora entonces? —gruñó.

Theo se adelantó, acercándose al mostrador de la recepción del hotel. Turney lo observó.

—Buscamos a Dayan —dijo el lobo mayor con firmeza, y se giró hacia ellos con expresión decidida.

Turney intentó reunir la misma determinación. Intentó creer que las cosas saldrían bien. No, tenía que creerlo. Tenían que sobrevivir. No había otra opción. No podía aceptar que después de todo lo que

habían pasado, todo acabara aquí. ¿Acaso el destino no tenía otros planes para ellos? ¿Qué sentido tendría que todo terminara ahora?



OCTAVIUS MIRÓ A THEO... El lobo estaba claramente decidido a hacer que Dayan pagara. Por mucho que él también deseara la muerte del Caballero y se hubiera estado preparando para enfrentarlo, Octavius estaba preocupado.

De hecho, tenía miedo. En esa casa estaban atrapadas las personas que más le importaban. No eran solo compañeros de trabajo, eran todos sus amigos, y en el caso de Turney, el amor de su no vida. En realidad, todos eran más que amigos… eran su familia. Los había hecho suyos. Eran su responsabilidad y debía protegerlos, cuidarlos. No tenía ninguna duda de que Dayan ya había conseguido arrebatarle a alguien. Y ahora estaba en riesgo de perder mucho más.

Octavius se abrazó la cintura, intentando contener sus emociones: la tristeza, la rabia. Godric probablemente ya no estaba. Dayan seguramente lo había obligado a actuar. No había manera de que permitiera la creación de tantos guls estando en su sano juicio. El zombi había sido convertido en uno de ellos… o estaba muerto.

Octavius no temía a Dayan, ni siquiera la posibilidad de morir. Pero le aterraba lo que el Caballero pudiera tener planeado para quienes amaba. ¡¿Por qué no había ido solo a por él?! ¡¿Por qué tenía que implicar a tantas de las personas que le importaban?! El muy bastardo le sacaba de quicio.

Unos brazos familiares lo envolvieron, tirando de él hacia un pecho firme.

—Todo saldrá bien, Octavius —susurró Turney—. Saldremos de esta, como siempre.

—No lo sabes —dijo con tristeza.

—Eh, nada de eso —Turney lo hizo callar—. Seamos positivos. Vamos a salir de esta. Dayan pagará por todo lo que ha hecho. Es el destino, lo sé. Ya hemos superado mucho. No hay forma de que termine aquí.

Dándose la vuelta entre sus brazos, miró a Turney a los ojos. Había miedo en ellos, sí… pero también esperanza. Octavius enderezó la espalda y respiró hondo.

—Tienes razón. ¡Saldremos de esta! —apartó las dudas y el miedo, y sonrió—. Vamos a encontrar a ese nastardo.

Le dio un beso rápido en los labios.

El zombi soltó una risita y le devolvió el beso.

—Mmm, vamos a encontrarlo y a acabar con todas sus mierdas, de una vez por todas.

Cormac soltó una arcada sonora.

—Os juro que vosotros dos os besaríais en un campo lleno de cadáveres. ¡¿Es que no hay ninguna situación en la que os ahorréis tanta cursilería?!

—¡Eh! —protestó Octavius—. Te soborné con el número de Henry para que dejaras de quejarte.

Henry exclamó:

—¡Amo Octavius!

Cormac se rio.

—¡Me lo dio él mismo días después! ¡Sobórname mejor!

Octavius entrecerró los ojos mirando al lobo, ignorando la mirada fulminante que sentía de parte de Henry.

—¿Esto también es… normal? —preguntó Theo con cautela.

—¡Sí! —dijeron todos a la vez.

El lobo mayor suspiró.

—Si ya habéis acabado —intervino Scarlett con tono seco—, vamos a empezar a buscar. Es un hotel… hay una enorme cantidad de habitaciones por revisar. Seguro que Dayan está oculto con algún hechizo.

Octavius asintió.

—Vamos. Todos juntos y con cuidado. El hecho sigue siendo que este hotel es tal como lo describí: un lugar lleno de trampas y habitaciones ocultas. Sugiero que revisemos piso por piso. Según el plano del folleto, hay siete plantas principales, además de una octava que es solo una *suite* nupcial. Pero además de eso, hay cámaras secretas y hasta fosas bajo el hotel. Aunque no estoy seguro de cómo acceder a ellas. Dudo que Dayan esté esperándonos en una sala oculta si quiere que lo encontremos. Aunque podría…

—Claro. —Turney frunció el ceño—. Supongo que miramos cada planta y vamos subiendo.

—Es tan buen plan como cualquier otro… —se encogió de hombros Scarlett—. ¿Qué hay en esta planta?

Octavius miró alrededor, pensativo. La zona en la que estaban era de moqueta desgastada, papel pintado que se despegaba y muchas vigas de madera a la vista. El techo era abovedado. Había sillones y sillas mullidas, aunque desgastadas y cubiertas de polvo, dispuestas por la sala junto a mesas de café para que los huéspedes esperaran. Entre dos escaleras que llevaban al siguiente piso, había un gran mostrador de madera. Detrás, una pared llena de llaves. Más arriba parecía haber estado colgado un cartel; la madera estaba descolorida en ese lugar. A ambos lados de la sala había pasillos que llevaban a otras partes de la planta.

—Está la recepción, pero aparte de eso, zonas comunes, algunos salones para banquetes y la cocina —dijo Octavius—. Y un detalle… hay un ascensor, pero recomiendo evitarlo a toda costa, ya que tiene la habilidad de poder convertirse en un horno en cualquier momento.

Cormac gruñó.

—Sí… lo de ser cocinado vivo definitivamente no está en mi lista de cosas por hacer.

Turney suspiró.

—No creo que esté en la lista de nadie. ¿Qué nos queda de nuestras cosas que pueda servirnos?

—Yo aún tengo todos mis suministros —dijo Min-ji.

—Quienes tengáis mochilas, traedlas si hay algo útil dentro. Si no, dejadlas —ordenó Scarlett antes de añadir—. Solo serán una carga si no sirven. Min-ji, saca lo que puedas usar rápido en una pelea y dame tu mochila. No necesitas ese peso extra mientras luchas.

Min-ji asintió y se quitó la mochila de los hombros. Cayó al suelo con un golpe sordo. ¿Cómo había podido correr con eso encima? Mientras Min-ji empezaba a rebuscar en su bolsa, los lobos y Henry se deshicieron también de sus mochilas. Unos minutos después, Min-ji ya llevaba colgada al frente una bolsa más pequeña, con muchas cremalleras y bolsillos.

—Estoy lista —anunció.

Scarlett recogió la mochila que la bruja había dejado y se la echó al hombro.

—Entonces, pongámonos en marcha.

—Supongo que solo hay que elegir una dirección —murmuró Henry.

Octavius asintió.

—Más o menos.

Tomando la delantera, caminó hacia delante, haciendo todo lo posible por contener su inquietud. Min-ji, Scarlett y Turney le seguían justo detrás, con Henry, Cormac y Theo cerrando la comitiva. Fueron por el pasillo de la derecha. Por allí había un salón para banquete, pero en teoría, si recordaba bien el mapa, aquel camino debía llevarlos de nuevo al punto de partida. Le habría gustado comprobarlo, pero el mapa estaba en su mochila de cuero, que había perdido en el bosque.



MIN-JI SE SENTÍA inquieta con la situación. No le gustaba tanto desconocimiento. Estaban atrapados. Por todo el hotel había

peligros esperándolos que no podían oír ni localizar. Y un Caballero loco estaba en alguna parte, conspirando, deseando que todos murieran… excepto Octavius. Era bastante frustrante lo poco que podían hacer en ese momento al respecto.

Al observar el pasillo por el que avanzaban, pensó en que era sorprendente lo bien conservado que estaba todo, a pesar de los años. La moqueta no estaba descolorida ni sucia… parecía…

Frunció el ceño. No… «sorprendente» no era la palabra. Era irreal lo bien mantenido que estaba. La decoración parecía original, pero cuanto más la miraba, más segura estaba de que no lo era. Algo no encajaba… Lo cual describía toda la situación desde que habían llegado.

Las alarmas empezaron a sonar con fuerza en su mente, segundos antes de que la runa de su muñeca izquierda comenzara a calentarse y vibrar.

—¡Cuidado! —gritó al darse cuenta de dónde venía el peligro.

Sin pensar, empujó a Octavius con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, activó una runa en su brazo derecho que desató una ráfaga de viento poderoso. El viento impulsó a Octavius hacia delante, mucho más de lo que su fuerza física podría haber logrado.

El vampiro voló a través del umbral hacia el que se dirigían, justo cuando púas metálicas emergieron del suelo, atravesando lo que debía de ser moqueta nueva, y se incrustaron en el techo.

OCTAVIUS CHILLÓ de sorpresa al ser empujado, y luego arrastrado por una ráfaga de viento que lo lanzó hacia delante, atravesando la puerta abierta. Aterrizó de golpe con un quejido. Sacudiendo la cabeza, se levantó de un salto.

—¡Octavius, ¿estás bien?! —gritó Turney, con la voz temblorosa.

Se giró con los ojos muy abiertos al ver las gruesas púas que descendían lentamente de nuevo hacia el suelo detrás de él.

—Sí… —empezó a decir, pero luego gritó—. ¡No! —cuando una pared metálica cayó de golpe frente a él, separándolo del resto—. ¡No! ¡NO! —empezó a golpearla con los puños.

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

—¡TURNEY! ¡¡SCARLETT!! —golpeó más fuerte.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Henry! ¡Min-ji! —exclamó mientras sus golpes se volvían más débiles, las lágrimas asomando en sus ojos.

Pum. Pum. Pum.

—Cormac… Theo —sollozó, apoyando las manos en la puerta antes de deslizarse poco a poco hacia el suelo. Sus dedos rozaron el metal liso e inmaculado… Ni una sola abolladura tras sus golpes.

Capítulo Treinta y Uno



Separados

—¡Octavius! —gritó Turney, sintiendo que el corazón se le hundía al ver cómo la pared metálica caía entre ellos. No pudo hacer más que contemplarlo, impotente.

—¡Mierda! —Agarró los bordes de los pinchos. Estos seguían bajando poco a poco, pero aún estorbaban—. ¿La trampa funcionará una segunda vez? —preguntó con el corazón acelerado al oír a Octavius presa del pánico, llamándolo. Soltó los pinchos y se giró de golpe—. ¡¿Funcionará?!

Min-ji frunció el ceño, con los ojos brillando de pesar.

—No debería reiniciarse —aclaró con voz ronca—. Lo siento, Turney. Yo debería... debería haberlo hecho retroceder en vez de empujarlo. No lo pensé… Solo supe que tenía que apartarlo. Las advertencias que recibo no siempre son claras. Pero suelen guiarme hacia la mejor acción.

Turney respiró hondo.

—No te disculpes… Habría muerto si no hubieras hecho nada.

Scarlett suspiró.

—Habría sobrevivido… pero habría quedado muy malherido.

—¿Por qué pondría Dayan una trampa así? —preguntó Theo, desconcertado—. ¿No quería que Octavius lo enfrentara?

Turney no tenía respuesta. Dudaba que alguno de ellos la tuviera, pero algo en su interior le decía que todo seguía el plan de ese malnacido.

Cormac le puso una mano en el hombro y esbozó una sonrisa vacilante—. Estará bien, Turney. Ese vampiro está loco… Ningún Caballero lo va a derrotar.

Henry asintió.

—El amo es más fuerte de lo que aparenta. Lo he visto luchar muchas veces. Estará bien.

Turney quería creerles. Parte de él lo hacía, porque no podía soportar la idea de que Dayan pudiera vencer. Pero… esto… todo esto era lo que Dayan quería. Octavius, solo…

Se giró de golpe y llegó justo a tiempo para ver cómo los pinchos terminaban de desaparecer en el suelo. Sin pensarlo, corrió hasta la abertura ahora bloqueada y golpeó la barrera con todas sus fuerzas, pero no cedió, ni siquiera se abolló.

—¡Octavius! ¡Octavius! —Los demás lo siguieron, pero guardaban silencio.

—¡Turney! —contestó Octavius, su voz lejana. Turney supo que estaba llorando.

—¡Estamos bien, Octavius! ¡Estaremos bien! Tranquilo. Todo está bien, ¿vale? ¡Esto no cambia nada! ¡Todos vamos a estar bien!

—¿De verdad? —apenas lo oyó a través del metal.

—¡Sí! ¡Te dije que el destino está de nuestro lado! —Turney respiró hondo, conteniendo las lágrimas—. ¡Vamos a sobrevivir! ¡Ahora dime que puedes derrotarlo! Esto tiene que ser su plan. Quiere enfrentarte a solas… Entonces, ¡¿puedes hacerlo?! ¡¿Puedes acabar con él?!

Hubo un silencio que lo llenó de angustia y miedo, hasta que por fin el vampiro respondió:

—¡Puedo hacerlo! Estuvo encerrado más de dos mil años… Aunque haya visto cómo ha cambiado el mundo, no ha podido seguir entrenando. Y yo ya no soy el mismo que cuando me encontró. Ya no soy un simple vástago.

—¡Entonces hazlo! No pienses en lo que nos pase a nosotros. Vamos a estar bien. Tu trabajo es protegerte, preocuparte por ti y matar a ese cabrón. ¡Nosotros te encontraremos, ¿vale?! —Volvió a reinar el silencio, y luego escuchó un sollozo—. ¡No llores! ¡Todo saldrá bien, te lo prometo! ¡Sé que una vez rompí mi promesa, pero no volverá a pasar! ¡Nunca más!

—¡Te amo! —gritó Octavius—. A todos… Por favor, no muráis.

—¡Ooh, ha dicho que me ama! —dijo Cormac con sarcasmo, antes de fingir arcadas.

Oyó a Octavius suspirar al otro lado. Los demás se rieron, salvo Theo, que empujó a su hermano con gesto de desaprobación. Cormac se encogió de hombros.

—Octavius —gritó Scarlett—, mata a ese hijo de puta. Mantente a salvo… Te quiero, amigo mío —y al decirlo, la cara se le puso de

varios tonos de rojo.

—Octavius —empezó Henry—. Ha estado ahí para mí en momentos de gran tristeza. Ojalá pudiera estar a su lado para esta pelea, pero parece que no podrá ser. Por favor, tenga cuidado. No estoy ni cerca de estar preparado para perderlo.

Se oyó una risa ahogada.

—¿Y ahora es cuando decides dejar de llamarme «amo»?

Henry simplemente sonrió.

Turney se relamió los labios, sintiendo una energía nerviosa al darse cuenta de que iban a separarse de verdad.

—Octavius. Te quiero más que a la vida misma. ¡Eres la razón por la que sigo viviendo! Convertirme no habría tenido sentido si tú no estuvieras. ¡Así que más te vale volver conmigo!

—Yo… —sollozó Octavius—. ¡Volveré! ¡Lo haré!

—¡Más te vale! ¡Nos veremos pronto, te lo prometo!

No obtuvo respuesta… y ya no oyó a Octavius cerca de la puerta. Temblando, se dio la vuelta.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirando a Scarlett. Ella se acercó. Se le abrieron mucho los ojos cuando lo abrazó con fuerza.

—Tranquilo. Él estará bien —dijo, besándole la frente antes de soltarse, con las mejillas encendidas—. Lo único que podemos hacer ahora es intentar llegar hasta Octavius.

—¿Y si encontramos primero a Dayan? —preguntó Theo.

La zombi negó con la cabeza.

—No lo haremos. Quiere encontrarse con Octavius. Estoy segura de que Dayan sabe que Octavius va a buscarlo. Y eso es justo lo que quiere. Para él, ese combate significa algo. Si lo encontráramos nosotros antes, lo arruinaríamos todo. Al final, el único que le importa es Octavius.

—Entonces ¿por qué coño nos ha invitado a todos? —gruñó Cormac.

Henry frunció el ceño antes de hablar.

—El amo Octavius no me ha contado todo lo que sabe de ese Caballero. Pero, por lo que sé, es bastante arrogante. Supongo que Dayan cree que va a ganar.

El lobo más joven bufó.

—Eso no me aclara por qué estamos aquí.

El vampiro arqueó una ceja.

—¿No te lo aclara?

—¡¿No?! —exclamó Cormac.

—Sí… sí que lo hace—dijo Turney en tono suave—. Dayan cree que Octavius es suyo… Sin duda me mató para castigarlo por atreverse a amar a otro. Por atreverse a darme algo que Dayan quería. Si cree que va a ganar… pues ¿qué mejor forma de mantener el control sobre Octavius, de romper su voluntad, que cortando

todos los lazos que tiene con los demás? Porque Dayan no solo quiere a Octavius, lo quiere todo. No quiere compartirlo. Probablemente, quiere que no le quede nada a lo que volver. Me imagino que después iría a por los otros vástagos de Octavius.

Cormac y Theo gruñeron a la vez.

—Seguramente tengas razón —dijo Scarlett con un suspiro.

Min-ji rodeó con un brazo los hombros de Scarlett.

—Si todo lo que dices es cierto, entonces es posible que todo haya salido según su plan hasta ahora. No sé cuánto le contó Cléas sobre nosotros. Pero si sabía de mis runas, y tiene suficiente edad para entender cómo funcionan… incluso esta separación puede haber salido justo como lo planeó.

—Así que Padre sigue jodiéndonos desde la tumba —gruñó Theo con amargura—. Muy propio de él.

Cormac abrazó a su hermano con gesto sombrío.

—Resulta demasiado conveniente que lograra montar una trampa para separarnos de Octavius tan rápido.

Turney frunció el ceño.

—Tienes razón… Dudo mucho que haya sido simple suerte.

Cormac cerró los ojos y ladeó la cabeza un momento.

—Hay cámaras en esta sala… Puedo oírlas.

¿Las cámaras hacían ruido?

—Así que probablemente nos esté vigilando —suspiró Henry—. Nos pone en desventaja, pero no podemos hacer nada. Y destruir todas las cámaras llevaría demasiado tiempo.

Turney los miró a todos, pensando dónde ir desde ahí. Hizo una pausa y escuchó. No oía las cámaras, pero sí muchos relojes haciendo tictac, y los latidos del corazón de sus compañeros. Fuera de la sala, apenas se oía nada. Como si los sonidos del edificio hubieran sido silenciados. Y sin embargo, escuchó un solo latido. Un latido lento, que ascendía.

—Octavius está subiendo las escaleras, así que supongo que debemos volver atrás y subir nosotros también. En el mapa… creo que salía la escalera principal, estaba a la vuelta de la esquina, a la derecha de la habitación por la que salió Octavius. Esta trampa probablemente estaba en ambos lados, así que, tomáramos el pasillo que tomáramos, nos separaríamos, forzando a Octavius a subir. A menos que… lo lleven a algún lugar subterráneo… apuesto a que seguirá subiendo.

SSCARLETT FRUNCIÓ EL CEÑO. Turney no se equivocaba, Octavius subía, salvo que se tratase de otra criatura lo que oían, lo cual era poco probable. Estaba casi segura de que Dayan ocultaba lo que fuera que hubiera ahí.

Pero había muchas variables. ¿Habría una trampa para separarlos en cada piso? Porque Dayan no podía saber cómo iban a buscar. Estaban siendo vigilados. Pero ¿tenían las trampas activadores automáticos o alguien tenía que activarlas? ¿Valdría la pena localizar las cámaras y destruirlas? Sin duda Henry tenía razón: había demasiadas, y solo los retrasaría.

Suspiró.

—Es tan buen plan como cualquier otro. Seguramente haya más trampas. No oigo ningún latido además del nuestro. Diría que eso es cosa de Dayan, porque seguro que hay más criaturas aquí. Los guls tal vez no tengan corazón, pero hacen bastante ruido. Sea como sea, todos debéis estar preparados para cualquier cosa.

Los demás asintieron. Y volvieron por donde habían venido.

Cuando el grupo llegó al vestíbulo, subieron por las escaleras a la derecha del mostrador de recepción, pero tuvieron que retroceder al encontrarse con otra pared. Tomaron entonces la escalera de la izquierda, y esta vez hallaron el paso abierto.

Las escaleras los llevaron al lado izquierdo del segundo piso, a una gran sala abierta. Los muebles y la decoración estaban mucho más deteriorados y claramente envejecidos que el pasillo de la trampa de pinchos. La moqueta bajo sus pies estaba cubierta de una gruesa capa de polvo, dejando un rastro de sus pisadas. Curiosamente, a mitad del camino la moqueta daba paso a baldosas.

Había una puerta en cada pared de la gran sala. Scarlett se quedó mirando un momento. No había podido ver bien el mapa, pero iba a suponer que la puerta del fondo daba a un pasillo que llevaría a las escaleras.

—Supongo que vamos hacia las escaleras. Tal vez nos encontremos con Octavius ahí —propuso Turney.

—Probablemente esté bloqueado —suspiró Theo.

—Probablemente… —asintió Min-ji—. Pero podemos ir a mirar.

El zombi más joven asintió.

—Según recuerdo, hay otro tramo de escaleras en cada piso. Pero no recuerdo dónde están todos. Sé que la única escalera que conecta todos los pisos es la que está usando Octavius. Pero… ¿y si… ambos accesos están bloqueados? —preguntó Turney con tono preocupado.

—Romperemos el jodido piso si hace falta —dijo Scarlett con una sonrisa, dándole una palmada en el hombro, intentando calmarlo. Con cada minuto, Turney parecía más cerca de perder los nervios.

Pero se esforzaba, ella lo sabía. Aun así, no era bueno meter a zombis nuevos en situaciones tan estresantes.

Turney le devolvió la sonrisa, aunque algo forzada.

—Vamos, entonces… supongo.

El grupo esquivó las sillas y se dirigió a la puerta al otro lado de la sala.

—Oye… se suponía que habría fantasmas, o mejor dicho, almas coléricas, ¿no? Un montón. ¿Por qué…? —Cormac se interrumpió al oír un sonido inhumano.

Todos se detuvieron y giraron lentamente hacia donde había venido el ruido. La puerta de la pared derecha se abombó dos veces antes de salir volando de sus bisagras, y tres guls horriblemente destrozados irrumpieron en la sala.

Tres pares de ojos sin alma giraban en sus órbitas, apenas contenidos. Esas miradas muertas se fijaron en ella y en los demás. Quedaron congelados un instante, simplemente observando. Chillidos desgarraron el silencio cuando las tres criaturas se lanzaron contra ellos.

Vio a Cormac caer bajo uno, justo antes de que otro chocara contra ella. Gruñendo, forcejeó con el ser, cayendo al suelo. Scarlett arañó y desgarró a la criatura hasta que por fin logró aferrarla por el cuello. Con todas sus fuerzas, clavó las uñas. Ignorando las zarpas que le desgarraban los costados, le arrancó la cabeza de un tirón. Aun así, el cuerpo seguía atacando.

Rugiendo, se dio la vuelta con él. Scarlett arrancó las manos de la criatura de su carne. Ignorando el dolor, se dedicó a despedazar al gul. Cuando no quedaron más que pedazos inofensivos de carne, se incorporó tambaleándose. Observando las peleas a su alrededor, evaluó rápidamente quién necesitaba ayuda y saltó a auxiliar a Turney, que luchaba contra un gul.

Theo había adoptado su segunda forma de hombre lobo: una enorme bestia bípeda. Sujetaba un cuerpo entre sus fauces y lo sacudía con fiereza. Cormac estaba completamente transformado en lobo, atacando los pedazos más pequeños que aún intentaban hacerles daño. Henry y Min-ji combatían juntos contra dos nuevos guls que acababan de irrumpir por la puerta cerrada de la izquierda.

—Joder… ¿Cuántos guls creó ese cabrón? —exclamó Turney, justo cuando terminaron de reducir otro gul a un amasijo de carne palpitante.

—Voy a asumir que muchos más de los que ya hemos visto —respondió Scarlett con un suspiro—. ¿Estás…? —Su voz se apagó al oír un extraño clic arriba.

Al mirar hacia arriba, Scarlett abrió los ojos de par en par al ver parte del techo bajando, como las trampillas de una puerta trampa.

Apenas podía distinguir el borde de algo que sobresalía mientras años de polvo caían flotando.

Guiada por el instinto, empujó a Turney con todas sus fuerzas, lanzándolo hacia atrás y fuera del alcance, justo antes de que una gran cúpula cayera sobre ella y el resto del grupo.

Turney chocó contra la pared con un gemido de dolor, una nube de polvo estalló a su alrededor. Aún gimiendo, abrió los ojos y se encontró con los de ella. Al principio había confusión, y luego miedo. Un miedo que ella sintió en el alma a través del vínculo que los unía, cuando Turney comprendió lo que estaba pasando.

—¡Scarlett! —gritó Turney.

El suelo bajo sus pies comenzó a temblar, seguido de un fuerte crujido, antes de que ella y toda la cúpula empezaran a descender.

Turney tropezó hacia adelante, luego se estabilizó y corrió hacia ella.

—¡Scarlett! —gritó, golpeando con el puño el lateral de la cúpula una y otra vez. No sabía de qué estaba hecha ni qué hechizo la protegía, pero seguía sólida e intacta.

Scarlett se obligó a mantener la calma mientras el creciente pánico de su neófito la inundaba también.

—¡Ve, Turney! ¡Busca a Octavius!

—¡Scarlett! ¡Scarlett! —La desesperación en los gritos de Turney hizo que algo dentro de ella doliera.

—¡VETE! ¡No te preocupes por nosotros, estaremos bien!

Capítulo Treinta y Dos



Dayan

Octavius respiró hondo. Echó un último vistazo a la pared metálica antes de enderezar los hombros y avanzar con paso firme. La sala en la que se encontraba parecía un antiguo club nocturno de los años cincuenta. Mesas y sillas polvorientas por todas partes. Había un gran piano de cola sobre el escenario, junto a una de las paredes.

Ojeó el lugar… Estaba mucho más deteriorado que el pasillo por el que acababa de pasar.

Cruzó rápidamente hasta una apertura al otro lado y, al ver rosas marchitas formando un sendero justo fuera de la puerta, arqueó una ceja. Se asomó al pasillo y descubrió que un lado estaba bloqueado por una pared metálica, muy parecida a la que lo había separado de los demás.

Curiosamente, el sendero de rosas llegaba hasta la pared, incluso mientras se alejaba en la otra dirección. Probablemente significaba que había trampas de pinchos a ambos lados, de modo que, sin importar qué camino tomaran en la primera planta, él acabaría allí.

—Es un camino y una burla enfermiza y retorcida —murmuró Octavius con un suspiro.

Seguramente Dayan lo estaba observando… En su modo «supervampiro», podía oír con claridad el zumbido agudo de las cámaras. Al menos ahora las oía, antes no… Había jodidos hechizos por todas partes. Aun así, ¿cómo había sabido Dayan que buscarían

primero en la planta baja? Aunque claro, era lo más lógico. Octavius se anotó mentalmente el tratar de evitar la opción más lógica la próxima vez que un maníaco homicida intentara guiarlo a una trampa.

Saliendo al pasillo, siguió las rosas marchitas hacia la derecha, hasta una escalera donde las flores continuaban subiendo. Los pétalos ennegrecidos lo guiaron hasta el séptimo piso, a través de una puerta que daba a un segundo tramo de escaleras. En ese punto, las escaleras tomaban forma de espiral.

—Ese bastardo —maldijo. El Caballero lo esperaba en la suite nupcial, en lo alto del edificio, ¿verdad? Siseando, comenzó a subir por la escalera en espiral. Había una puerta en la parte superior y, al abrirla, se encontró en un extraño pasillo curvo sin puertas, impregnado del aroma a regaliz y pino.

Cuando el olor de Dayan invadió sus sentidos, su ira afloró. Ese Caballero le había hecho demasiado daño. ¡¿Cómo se atrevía a hacerle esto?! ¡¿Cómo se atrevía a tocar a quienes Octavius amaba?!

Impulsado por la rabia, avanzó con paso firme, pisando con fuerza los pétalos ennegrecidos. Al doblar la esquina, encontró una única puerta. Sobre ella, en letras metálicas ornamentadas, se leía: «Solo Los Verdaderos Amantes Pueden Entrar». Soltó un bufido y arremetió contra las palabras con sus garras, haciendo volar las letras de metal sobre la alfombra.

Inhalando hondo, Octavius agarró el pomo de latón y abrió la puerta, entrando. Estuvo a punto de vomitar al ver la cursilería de las rosas muertas formando corazones, y palabras como «amor» y «mío». Pura basura repugnante, viniendo del mismo que le había causado tanto trauma.

Los pétalos que había seguido continuaban dentro, llevándolo hasta una gran cama con dosel de madera contra la pared, donde formaban un corazón sobre las viejas sábanas polvorientas. Aparte de la cama, no había más muebles en la habitación. Aunque, se veían marcas en la alfombra de las posibles cosas que habían estado ahí; el polvo delataba sus siluetas.

Octavius fulminó con la mirada al Caballero que lo esperaba, sonriendo apoyado en la cama. Vestido con una sencilla camisa negra, pantalones y zapatos, Dayan lucía como siempre: piel bronceada, rasgos afilados como de halcón, penetrantes ojos castaños oscuros. Aunque, su pelo rizado y negro era más corto ahora.

El Caballero soltó una risita al cruzar su mirada con la de Octavius.

—Ah, Octavius, por fin has llegado.

—Sí, por fin podré borrar tu asquerosa existencia de este mundo.

Dayan tarareó.

—Tal vez, tal vez… Pero lo dudo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Cuánto he esperado, me pregunto? Por Dios, mírate. Tan hermoso como el día que te vi. No has cambiado nada. —Abrió los brazos—. Ven aquí.

Octavius resopló y cruzó los brazos, intensificando su mirada.

—La inmortalidad hace eso. ¿O acaso olvidaste que me convertiste a la fuerza en vampiro?

Dayan chasqueó la lengua, bajando los brazos.

—No lo he olvidado. Siempre estuviste muy resentido por eso, ¿no? Pero si tan solo me hubieras escuchado, si hubieras prestado atención a quien debías, nada de esto habría pasado. Nada de esto, de verdad. Me culpaste de todo, pero el verdadero culpable eres tú, Octavius.

Puso los ojos en blanco, con una mueca de asco.

—¿Has ensayado ese discurso ridículo? ¿O ya estás tan acostumbrado a escupir basura manipuladora que te sale sin esfuerzo y sin pensar?

—Tan insolente como siempre, ya veo —siseó Dayan—. No importa, esta vez lo arreglaré de una vez por todas. Sabes… siempre fue lo que más detesté de ti. Tu deseo de desafiarme.

Octavius echó la cabeza hacia atrás y rio.

—La mayoría desafiaría a su secuestrador y torturador. ¿O no te has enterado?

—¡Suficiente! —espetó el bastardo, avanzando—. ¡Es hora de que aceptes que estábamos destinados a estar juntos!

Octavius retrocedió, adentrándose más en la habitación, asegurándose de mantener la distancia entre ellos. Sus pasos imitaban los de Dayan. Este avanzaba, mientras él se alejaba. El corazón de Octavius se aceleró, preparándose para un ataque en cualquier momento.

—¿Destinados a estar juntos… dónde? ¿En el dolor? ¿En la tortura? ¿Dónde exactamente íbamos a estar, Dayan? ¡Porque lo único seguro es que nunca estuvimos destinados a algo parecido al amor!

Mientras Dayan seguía acercándose, Octavius se encontró junto a la cama cuando el Caballero por fin dejó de avanzar. Su mano se aferró a una de las columnas del dosel.

—¡Pero ESO es EXACTAMENTE lo que somos! ¡Amantes! ¡Almas gemelas! Desde el principio, supe en cuanto te vi que era el destino. Tú fuiste quien, neciamente, trató de ir contra él. ¡Si me hubieras escuchado, habrías sido un Caballero conmigo, en vez de un vampiro!

Él resopló.

—Ja, no. Prefiero ser un no muerto antes que parte de un grupo de fanáticos homicidas, gracias.

Dayan gruñó.

—Éres ̆tan terco… Pero sabes la verdad. Sabes que estábamos destinados a estar juntos. ¡Que esto tenía que pasar! Tú eras mi verdadero propósito. Creí que al unirme a los Caballeros había encontrado mi llamado. Que era Dios quien me hablaba, que debía vengar al hombre, protegerlo de todas las monstruosidades ocultas entre nosotros. Pero con los años, todo cambió. Cambió tanto a mi alrededor. Ese propósito divino se volvió incierto, insatisfactorio. Volví a preguntarme cuál era mi verdadero propósito, y crecieron las ganas de dejar esa vida. Y cuando estaba en la desesperación total, ocurrió. Dios me mostró que estaba equivocado. No había nacido para ser un autómata que cazara criaturas sin fin. ¡Había nacido para prosperar! Y ante mis ojos, me entregó mi recompensa por tantos años de venganza contra los indignos. ¡Esa recompensa eras tú! ¡Y qué sorprendido estuve de que te negaras a ver la realidad!

—¡CIERRA LA PUTA BOCA! —rugió Octavius—. ¡¿Recompensa?! ¡No soy la recompensa de nadie! ¡Soy un individuo, con emociones y con derecho a la libertad sobre mi propio cuerpo! ¡¿Quieres saber lo que realmente pasó, Dayan?! ¡Dios no te recompensó! ¡Tú no hiciste nada digno de nada! Decidiste odiar a todos los que eran diferentes. Te uniste a un grupo de psicópatas, te aburriste, y luego viste una cara bonita y decidiste que tu nuevo propósito era satisfacer tus retorcidas y egoístas necesidades. ¡Me acosaste, secuestraste, asesinaste y violaste! ¡No tienes derecho a culparme por tus actos! No tienes derecho a decir que el problema fui yo. Eres mi puto violador. Mi puta pesadilla personal durante siglos. Te desprecio con cada fibra de mi ser, ¡y con ese mismo ser me aseguraré de que no salgas de este lugar con vida! —Soltando un rugido estridente, partió en dos la columna de madera de la cama y atacó.

Dayan recibió el ataque, gruñendo de dolor al bloquear el trozo de madera con el brazo.

—Siempre tuviste ese temperamento… En el futuro, te entrenaré para que se te quite —gruñó el Caballero.

Octavius dio un salto hacia atrás justo a tiempo para esquivar el cuchillo que el bastardo había materializado.

—¡Lo único que hay en tu futuro es la muerte!

Capítulo Treinta y Tres



El Camino Hacia Octavius

Turney golpeaba el cristal que lo separaba de los demás. Ni siquiera usando toda su fuerza consiguió abrir una mísera grieta en la superficie. Cayó de rodillas mientras la cúpula seguía descendiendo. Lo único que podía hacer era gritar el nombre de Scarlett mientras ella lo miraba desde abajo con expresión sombría.

Su respiración pasó de ser rápida a errática. La ira y el miedo se acumulaban, y Turney sintió cómo empezaba a perder el control de su propia mente. Pensamientos sobre rendirse comenzaron a acecharlo. Qué fácil sería dejarle ganar a su ira. Sería tan fácil dejarse llevar, permitir que su parte zombi —ya muy cerca de la superficie— tomara el control.

—¡Scarlett! —gritó Turney por última vez justo cuando un panel del suelo se deslizó y bloqueó su vista, dejándolo completamente solo.

Arañó el suelo, intentando levantar las baldosas. Sus uñas dejaron surcos, pero no logró ningún avance.

Con las manos temblorosas, se dejó caer de espaldas, sujetándose la cabeza mientras el caos crecía dentro de él. El control se le escapaba cada vez más, el sudor le perlaba la frente mientras su cuerpo se tensaba con espasmos musculares y crujidos óseos. Por un momento, su visión se tornó oscura y su mente se quedó en blanco.

—No… ¡NO! —gritó. Se forzó a rechazar la transformación involuntaria, alejándose de las manos acogedoras de la nada. No

podía hacerlo ahora. ¡No podía! ¡No tenía tiempo! Respirando con dificultad, Turney se apartó del abismo, ahogando su rabia y sus emociones. Su cuerpo empezó a relajarse al recuperar parte del control.

Temblando, se limpió el sudor de la frente mientras su pulso seguía desbocado. Scarlett y los demás estarían bien. Eran fuertes… estarían bien. Aunque intentaba convencerse, su mente volvía una y otra vez a la conversación sobre Dayan. Ese deseo de dejar a Octavius sin nada…

—¡No! —gritó de nuevo cuando el pánico empezó a transformarlo de nuevo. Temblando, respiró hondo, y luego otra vez… Siguió respirando, intentando vaciar su mente hasta que por fin se calmó.

Más centrado, cerró los ojos y escuchó. Al principio oyó un gran número de relojes… luego lo captó: un latido lento.

El corazón de Octavius estaba muy arriba, y otro latido lo acompañaba… Dayan. Al afinar el oído, halló cinco latidos bajo él. Estaban bien… Todos estaban bien.

—Octavius… Tengo que encontrar a Octavius. Los demás… estarán bien —se dijo, intentando con todas sus fuerzas creer sus propias palabras. Poco a poco, Turney se levantó del suelo. Con las piernas temblorosas, se dirigió hacia la puerta al otro lado.

Con cuidado, abrió la puerta y echó un vistazo. Al ver una pared de metal a la derecha, maldijo.

—Bueno, eso responde a esa pregunta.

Turney se quedó ahí un segundo, considerando sus opciones. Probablemente, Dayan había bloqueado todos los caminos hacia la escalera principal. Las escaleras que había usado Octavius debían ser las únicas que llevaban, no solo a cada piso, sino hasta arriba del todo. El resto solo conectaba un máximo de dos plantas. Eso significaba que cada vez que alcanzara un piso, tendría que encontrar las escaleras que llevaban al siguiente.

Frunció el ceño. Probablemente, habría trampas… pero no lo detendrían, así que suponía que no importaba.

Turney agudizó sus sentidos, esperando detectar cualquier peligro. Escuchando con atención, se adentró en el pasillo.

¡CLIC!

Saltó sin dudar hacia delante al oír el sonido.

—¡Joder! —soltó Turney cuando algo se le clavó en la pierna derecha al caer. Miró con furia la lanza que sobresalía de su pantorrilla, y las varias que se habían incrustado en el tramo de pared detrás de él. Claro que, si hubiera saltado unos centímetros más, lo habría esquivado por completo. Puso los ojos en blanco.

Respirando hondo, apretó los dientes y se inclinó. Agarrando un extremo de la lanza, lo partió. Con un tirón rápido, la sacó. Siseando de dolor, se levantó y avanzó cojeando por el pasillo, ignorando el

latido constante en su pierna. El dolor no era tan intenso como lo habría sido si fuera humano, pero seguía ahí.

No encontró más trampas y alcanzó rápidamente el siguiente tramo de escaleras. Al no oír nada extraño, Turney subió despacio.

Las escaleras, como las anteriores, eran anchas y alfombradas. No había puerta. Desde lo alto podía ver claramente el pasillo hasta donde se desviaba hacia la derecha.

No oyó nada al principio, pero en cuanto puso un pie en el tercer piso, fue como si alguien hubiera quitado la pausa a una película. El sonido regresó, como si se hubiera reanudado una escena, y sus oídos captaron el final de un gruñido gutural.

El corazón le dio un vuelco, un escalofrío le recorrió la espalda. Era como revivir aquella jodida casa que desaparecía. El sonido continuó, cada vez más fuerte, a medida que lo que fuera se acercaba. Segundos después, una criatura apareció al fondo del pasillo.

Su cuerpo parecía formado por múltiples razas de perros, con pelajes de distintos colores, cosidos entre sí, pero la carne estaba podrida y agrietada como la de los guls. El rostro de la criatura era antinatural —más aún que la mezcla bizarra de perros—, pues no se parecía en nada al de un perro. De hecho, era horriblemente humanoide, pero distorsionado. Ojos dispares, nariz con trozos faltantes y la piel parecía fundida y estirada sobre el cráneo.

Turney supuso que acababa de encontrar uno de los experimentos de Bucur… y desde luego, seguía con vida.

La boca mutada del engendro se abrió, mostrando dientes irregulares y afilados. Soltó un ladrido distorsionado antes de lanzarse hacia él por el pasillo.

—Ah, mierda… —maldijo Turney.



CON LOS ÚLTIMOS GULS DERROTADOS, lo único que podían hacer era esperar mientras la cúpula que los había atrapado seguía descendiendo. Scarlett pensó que debían de estar bajo tierra. Habían visto pasar la primera planta y ahora estaban en completa oscuridad. Aunque la mayoría no necesitaba luz para ver. Ambos hermanos habían vuelto a su forma humana, pero Theo aún conservaba los ojos transformados.

—Esto es una puta locura —gruñó Cormac.

Henry suspiró.

—La situación no es buena, eso es innegable.

—¡Ese bastardo está tan cerca y no podemos hacer nada! —maldijo Theo.

Scarlett los ignoró y observó en silencio cómo las paredes de piedra a su alrededor se deslizaban. Intentó no pensar en lo que acababa de hacer: enviar a Turney solo ahí fuera. Cerró las manos en puños.

¡¿Qué otra opción había tenido?! Él había sido el que estaba más cerca. Scarlett lo había hecho casi sin pensar. Pero alguien tenía que quedar libre para encontrar a Octavius. Si todos hubieran quedado atrapados…

Al menos así, el vampiro sabría lo que estaba pasando, ¿no? A menos que… Turney no llegara hasta él…

Scarlett alzó la vista hacia Min-ji cuando la mujer cerró una mano sobre uno de sus puños. La bruja la abrazó con fuerza, aunque solo por un instante.

—Todo irá bien. Ambos estarán bien.

Al soltarla, Scarlett no pudo evitar preguntar:

—¿De verdad? Octavius… es una cosa. Él es mayor. Pero… —Respiró hondo—. Turney es joven. Todavía está aprendiendo. Sentí su pánico al dejarlo. Casi se transformó… dos veces.

—Y aun así no lo hizo. Eso demuestra lo fuerte que es su voluntad, que logró contenerse a pesar de lo joven que es. Turney es fuerte. Todos nos hemos estado preparando para esto, ¿no?

—No durante mucho tiempo. ¿Y si no es suficiente? —dijo Scarlett con rigidez.

Miró a Cormac cuando el lobo se acercó. Este carraspeó con torpeza.

—Todo… irá bien. Estoy seguro. Siento que Turney tiene demasiada suerte como para morir ahora.

—¡¿Cómo que ha tenido suerte?! —soltó Scarlett—. Casi muere una vez, ha salido herido al azar en otras misiones y también murió.

La mano suave de Min-ji le acarició la mejilla, girando su rostro hacia ella.

—Y sin embargo, volvió. Y está en mejor forma que durante la batalla contra todos esos Caballeros. Saldrá adelante.

Scarlett la miró a los ojos, tan amables y compasivos, y deseó poder convencerse con esas palabras. Pero no podía… No era su forma de ser.

—Yo… nunca he sido muy optimista…

Min-ji se inclinó y le besó la frente.

—Entonces seré esa voz optimista en tu cabeza por ahora.

Scarlett resopló.

—Creo que la cúpula ha dejado de bajar con nosotros —anunció Henry, mirando al suelo.

Scarlett bajó la vista y vio que ahora había un espacio entre el suelo y la cúpula. Ese espacio seguía ampliándose, hasta que un destello de luz atravesó la oscuridad que los rodeaba.

—Creo que estamos a punto de llegar a nuestro destino —suspiró Scarlett.

Descendieron con lentitud, pero unos diez minutos después, se encontraron en una especie de sótano con paredes de piedra y muchas puertas metálicas alrededor. La sala era cuadrada, de unos treinta y seis metros cuadrados. No era grande, pero tampoco pequeña.

Mientras los demás se movían examinando las puertas, Scarlett se quedó quieta, observando.



CORMAC SE MANTENÍA FRENTE a una de las puertas metálicas, intentando no entrar en pánico. Todo se estaba yendo al infierno —o estaba a punto de hacerlo—. Turney estaba aislado de ellos, Octavius a saber qué estaría haciendo, y un Caballero loco andaba por ahí jodiéndolos.

—No hay pomo para abrir ninguna —dijo Theo.

Cormac volvió a ojear la puerta, frunciendo el ceño ante la hilera de pernos donde normalmente habría una manilla.

Min-ji murmuró pensativa:

—Supongo que no están pensadas para abrirse desde este lado.

Henry suspiró.

—Tengo la sensación de que pronto sabremos para qué están pensadas.

—¡¿Por qué dices eso?! —exclamó Cormac, dándose la vuelta—. ¡No lo mufes! ¡No quiero saberlo!

—¿Aún sin señal? —preguntó Theo con fastidio.

Cormac sacó el móvil del bolsillo. Una enorme X ocupaba la esquina superior de la pantalla.

—Nada de nada.

Los demás asintieron, confirmando que estaban igual.

—Tiene que haber algo bloqueándola. Si pudiera acceder a lo que sea que lo impide, probablemente podría arreglarlo. O romperlo. Aunque en un hotel tan grande, seguramente haya más de un inhibidor. O quizá no haya ninguno, y simplemente aquí no llegue la señal.

—Hablando de romper cosas —empezó Theo—, en las paredes hay cámaras que deberíamos eliminar.

Cormac miró adonde señalaba su hermano. No tardó en ver una cámara en cada una de las esquinas superiores de la sala.

—Henry, ¿podrías ser tan amable de destrozarlas? —pidió Scarlett—. Dudo que eso detenga lo que pueda salir por esas puertas, pero nos vendrá bien no ser observados.

Cormac no lo creía necesario, sinceramente. Podía sentir que Octavius estaba arriba y que no estaba solo. Por los patrones de su corazón y sus movimientos… estaba luchando con quienquiera que estuviera. Si Dayan los había estado vigilando, ya no lo hacía.

Henry asintió y se transformó al instante en un murciélago negro bastante grande.

—Eres mucho más grande que Octavius —comentó Cormac.

Henry se encogió de hombros.

—Octavius prefiere convertirse en criaturas muy pequeñas. Yo no.

Volando, el vampiro eliminó rápidamente las cámaras y pronto aterrizó, volviendo a su forma original.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cormac al oír un extraño escape de aire detrás de él. Se giró lentamente, al igual que los demás. Sus ojos se agrandaron al ver la puerta metálica abierta. No se veía nada en la oscuridad del interior. Solo paredes de piedra y una curva al final de un corto pasillo. Nada que ver ni oír.

Pasó de no haber nada a haber demasiado, demasiado rápido. El crujido de huesos, el hedor a carne podrida… Guls…

—Joder —gruñó Cormac.

Capítulo Treinta y Cuatro



Lucha Por Tu Vida

Turney gritó cuando una de las criaturas le desgarró la pierna, mientras intentaba impedir que otra le arrancara la garganta. Con las manos en la cara de aquella monstruosidad, se aferró a su mandíbula y, con todas sus fuerzas, tiró. Oyó crujidos y chasquidos al arrancarle la mandíbula por completo. La sangre le cubría las manos. Al mismo tiempo, golpeó su pierna contra la pared, una y otra vez, intentando ignorar los nauseabundos sonidos húmedos que producía al destrozarla. Pronto, aquel experimento salido del infierno no fue más que un montón de miembros retorciéndose, aún en movimiento pero ya sin amenaza.

Rodando con el que seguía encima, Turney se impulsó y lanzó al gul al suelo. Empezó a pisotearlo con la pierna menos mala, ya que ambas sangraban. El gul seguía intentando luchar, aunque ya no podía morder. Con un último pisotón, la criatura también acabó hecha una masa de extremidades que se retorcían, sangrantes y podridas. Turney apretó los dientes, a punto de vomitar por el desastre y el hedor repugnante que lo cubría por completo.

—Voy a necesitar… la ducha más caliente de mi vida después de esto —gruñó de dolor. Miró la cara parcialmente intacta de una de las criaturas perrunas—. Pero… no voy a decir que no me alegra que no fuerais solo perros.

Turney no estaba seguro de si habría podido defenderse tan fácilmente si hubieran sido animales normales… incluso siendo guls.

Cojeando aún más, avanzó por el pasillo hacia la siguiente escalera.



THEO USABA su ira para abrirse paso entre los guls que lo rodeaban. Todos estaban bastante acorralados por múltiples criaturas. Por fácil que fuera arrancarles extremidades, eso no los disuadía de atacar. Peor aún… Theo se estaba dando cuenta de lo lejos que estaba su fuerza de lo que había sido. Este era solo su cuarto gul y ya estaba cansado…

Partió en dos al que tenía delante, mientras las garras del bicho le cortaban el costado. Theo se tensó al oír otra puerta abrirse justo detrás. Había tenido la brillante idea de arrinconarse junto a ella.

Se giró de golpe y sus ojos se abrieron más al encontrarse cara a pecho con un gul que lo superaba incluso en su forma de semilobo. La criatura le agarró los hombros y lo levantó. Aulló cuando el gul empezó a apretar, como si quisiera aplastarlo como una lata. Theo intentó liberarse dando patadas, pero con los brazos atrapados no lograba alcanzar al gul con las garras. Sintiendo que los huesos le crujían, cambió a forma humana, esperando resbalarse de su agarre. No funcionó.

—¡Theo! —oyó gritar a Cormac tras él. En un borrón, Cormac se lanzó contra el gul con un gruñido, empujándolos a ambos fuera del umbral. El gul seguía en pie, pero su cara se deformó en confusión. Aún más cuando Cormac le cortó las manos por la muñeca. Theo cayó al suelo con un gruñido mientras Cormac continuaba atacando.

Sacudiendo la cabeza, se arrancó las extremidades cortadas, que se habían mantenido aferradas a sus brazos incluso después de haber sido cortadas. Se puso en pie, listo para ayudar a su hermano, pero sonrió al ver que Cormac ya había terminado con la criatura.

—Gracias… —empezó Theo, pero gritó—: ¡CUIDADO!

Había captado un destello de movimiento tras Cormac, que ahora estaba justo frente a la puerta abierta.

Cormac se giró, y Theo gritó cuando una mano pequeña atravesó el cuerpo de su hermano y salió por su espalda.

—¡CORMAC!

Saltó para alejarlo de lo que lo atacaba. Cormac se desplomó en sus brazos, soltando un gemido de dolor. Theo abrió los ojos al ver qué lo había herido… un niño. Un gul niño. Apenas metro veinte, mitad esqueleto, mitad carne podrida. Solo un ojo le devolvía la mirada.

Emitió un sonido burbujeante, a punto de atacar. Theo empezó a apartar a su hermano, pero Henry apareció con un fuerte rugido y empezó a destrozar a la criatura.

Theo no perdió tiempo en mirar y arrastró a Cormac hacia una esquina, sin puertas detrás, aunque sí a los lados. Lo tumbó, mirando el agujero sangrante en su abdomen. Alcanzaba a ver un trozo de intestino, pero no olía nada que indicara que estuvieran perforados. Aunque con todo el hedor a carne podrida… quizá ese olor lo ocultaba. Dudando, intentó calmarse para decidir qué hacer.

Presionó con fuerza la herida.

Cormac gritó, luego tosió con un ruido húmedo, salpicando de sangre a Theo.

—Perdón… Joder, cómo duele.

—Vas… a estar bien —dijo Theo, sin saber qué más decir. Porque no sabía si sería así. ¿Pero cómo iba a decirle eso a su hermano? Él era el mayor… se suponía que debía protegerlo.

Encontró la mirada de Cormac, notando un leve destello de miedo.

—No… no hace falta que me mientas…

—¡Cállate! Vas a estar bien.

Theo se sobresaltó cuando algo pequeño le golpeó el costado. Bajó la vista, se sorprendió al ver vendas y gasas.

—¡Cúbrele la herida! —gritó Min-ji mientras estrellaba su mano contra el pecho de un gul, haciéndolo estallar en un charco burbujeante de carne derretida.

—Henry, cuídalos —ordenó Scarlett.

Los hombros de Theo se aflojaron de alivio cuando el vampiro apareció a su lado para protegerlos.

—Gracias… —murmuró, antes de agarrar la gasa. Hizo lo mejor que pudo para taponar la herida por ambos lados y detener la hemorragia antes de vendarla.

El corazón se le cayó cuando los ojos de Cormac se cerraron y su cuerpo se relajó.

—Cormac… —susurró, con lágrimas en los ojos. Su corazón empezó a latir muy deprisa, sus manos temblaban mientras acariciaba la cara de su hermano. Parecía tan joven… lo era. No podía… no podía perderlo también. No a él, no a su hermano. No podía.

—Cormac… ¡Cormac!

—Su corazón late con fuerza y respira con normalidad. Solo abrácelo y protéjalo, Theo —dijo Henry con firmeza.

Theo parpadeó, alzando la vista hacia él.

—Él…

—¡Estará bien, Theo! Esa herida no es mortal para los suyos. Puede sobrevivirla perfectamente. ¡Solo protéjalo! —rugió Henry

antes de volver al combate.

Inhalando entre temblores, se obligó a reprimir el pánico. Atrajo a su hermano entre sus brazos y se sentó apoyando la espalda contra la esquina, observando cómo continuaba la batalla, listo para lanzarse al combate en cuanto corrieran peligro.



MIN-JI estampó la mano contra el pecho del gul frente a ella, y se estremeció cuando la runa en su palma volvió a activarse, haciendo que el gul se pudriera desde dentro. Lo cual era menos de lo normal, considerando que la mayoría de esas cosas ya carecían de bastante carne.

Sentía sus manos ardiendo. Cada vez que activaba la runa, la quemadura era un poco peor que la anterior. Pero no podía contenerse. Claro que tenía otras runas de ataque que podía usar, pero esta era la forma más rápida de acabar con ellos. La forma más segura…

Si no tenían cuidado, todos podrían morir. Quizá no Scarlett o Henry, ya que hacía falta mucho para matarlos. Pero la verdad era que, aunque los hombres lobo tuvieran una fuerza comparable a zombis y vampiros, estaban lejos de ser indestructibles. Y como bruja… sus hechizos y runas eran su fuerza, pero físicamente era básicamente humana. Sin contar que la energía que usaba para alimentar sus conjuros no duraría para siempre.

Min-ji se tomó un momento para recuperar el aliento al notar que las puertas se habían cerrado de nuevo y que los guls, al menos por ahora, habían desaparecido.

—Esto no es bueno —dijo Scarlett al situarse a su lado.

Pero la zombi miraba hacia los hermanos, no hacia ella.

Se giró para observarlos. Henry se inclinaba revisando las vendas de Cormac. Theo parecía tambalearse.

—No lo es… He intentado cruzar las puertas. Hay un hechizo que impide que alguien entre. No creo que ni siquiera los guls puedan regresar una vez cruzan la barrera. Y es como la que rodeaba la casa. Romperla llevaría horas de concentración.

La zombi suspiró.

—Concentración que es imposible tener en medio de un ataque, imagino.

—Correcto.

Scarlett hizo una mueca.

—Cormac está fuera de combate, y no sé cuánto más podrá seguir peleando Theo…

—No mucho más, pero seguro que seguirá intentándolo —suspiró Min-ji—. Esta batalla ha llegado demasiado pronto después de todo lo que ha pasado.

Min-ji ya había notado señales de que Theo estaba perdiendo sus fuerzas… y si Cormac no hubiera intervenido, probablemente estaría muerto.

—Sí… No podemos dejar que ningún gul los alcance.

—Estoy de acuerdo. Necesito ver mi mochila.

Sin dudarlo, Scarlett le dio la espalda. Min-ji abrió uno de los bolsillos laterales y sacó la barrera más potente que había preparado antes de venir, lanzándola hacia el trío en la esquina. Theo y Henry se giraron hacia ella, notando cómo la protección se cerraba a su alrededor.

—Protección adicional —dijo—. Todos en este equipo pueden entrar y salir, pero nada más podrá entrar… Dicho esto, la barrera no resistirá una horda de guls… así que es muy importante que acabemos con tantos como podamos.

Henry se irguió y avanzó, saliendo de la protección.

—Entendido.

Min-ji se estremeció al oír varias puertas abriéndose de golpe.

—¡Tened cuidado, todos! —gritó Scarlett antes de lanzarse hacia la nueva invasión.

Capítulo Treinta y Cinco



Una Muy Esperada Batalla

Saltaron chispas cuando las garras de Octavius chocaron contra la espada que Dayan había hecho aparecer de la nada. Enfrentarse a un Caballero lo bastante antiguo como para materializar armas era una auténtica jodida pesadilla.

Siseando, empujó con fuerza, haciendo que el Caballero retrocediera varios pasos y chocara contra la pared. Algo salió disparado de la mano de Dayan, directo hacia él. Su cuerpo reaccionó al instante, atrapando el objeto en pleno aire.

El Caballero silbó.

—Impresionante. Has mejorado muchísimo, mi amor.

Octavius bufó, su mirada bajó un instante y volvió rápidamente. No quería apartar los ojos de Dayan ni por un segundo.

—A diferencia de alguien, yo no he estado encerrado en una celda durante más de dos mil años. Sería preocupante si me hubiese quedado atrás. Gracias por el cuchillo. —Lo agitó con una sonrisa torcida.

—Siempre es un gusto ofrecer—respondió Dayan, deslizando la mano por el filo de su espada—. Lo que sea, lo sabes.

—Entonces date el gusto… ¡y sangra para mí! —gruñó Octavius, abalanzándose sobre él.

Dayan bloqueó su ataque una vez más.

Pelearon, aplastando pétalos bajo los pies a cada paso. El sendero de rosas y los mensajes repugnantes del cuarto ya no eran más que

un recuerdo. Lamentablemente, pese a los siglos encerrado, Dayan no parecía haber perdido habilidad. Claro que Octavius tampoco sabía cuán viejo era realmente el Caballero, ni qué tan poderoso había sido al ser encerrado. Nunca le había importado saberlo. Y en aquel entonces jamás se había enfrentado a él en igualdad de condiciones. ¿Por qué lo habría hecho? Era un vampiro nuevo, sin posibilidad alguna de competir.

Ahora parecían igualados. Octavius temía que solo un error decidiría el desenlace.

—Puedo sangrar por ti, pero no como tú quieres. Aunque… ¿las parejas no deberían llegar a compromisos? —rio Dayan, cuya espada se partió en dos justo antes de esquivar por poco las garras de Octavius.

No se molestó en responder. Corrió hacia él fingiendo que iba a desgarrarle el torso. Dayan invocó otra espada para bloquearlo, pero en el último instante Octavius retrocedió y clavó el cuchillo en su costado.

El grito de dolor del Caballero le resultó gratificante.

—No somos pareja, y yo no me comprometo con monstruos —gruñó, torciendo el cuchillo.

Dayan respiró con dificultad, devolviéndole la mirada con rabia.

—Entonces, quizá… haya que enseñarte cómo funciona el dar y recibir.

Octavius soltó el arma y retrocedió al notar el peligro, pero fue demasiado tarde. Se tambaleó cuando algo lo golpeó de lado. Siseando, se llevó la mano al costado y arrancó el cuchillo que le habían clavado, fulminando con la mirada al hombre que ahora estaba más lejos.

HENRY SE SUJETÓ EL PECHO, siseando de dolor. Retrocedió un poco mientras caía el último gul de la oleada.

Su mirada recorrió al grupo. Cormac… estaba caído. Era un hombre lobo, así que la herida no lo mataría por ahora, pero ya no podría luchar. Theo lo intentaba, pero Henry temía que pronto tendrían a otro lobo gravemente herido.

Observó a Min-ji y Scarlett. La bruja se agotaba, los signos de fatiga ya marcaban su rostro. Un error, y Min-ji caería. Scarlett estaba cubierta de sangre y heridas, pero seguía siendo la más resistente. Los zombis eran difíciles de abatir. Haría falta mucho para que no se levantara de nuevo. Henry sabía que él aún podía resistir… pero las probabilidades no estaban a su favor.

¿Había llegado su final? Se sorprendió cuando la imagen de su esposa e hijos apareció ante él.

—Sofía… Diego… Rosemary… —Henry extendió el brazo hacia ellos.

Estaban igual que hacía tantos años. Sofía sonreía radiante, su melena rubia sobre los hombros, mientras sostenía a su hijo. Diego parecía tan pequeño. Siempre había sido pequeño. Apenas cinco años y tan enfermo… Le dolía el alma recordar cuánto había sufrido. Rezaba cada día… rezaba para que Diego llegara a la adultez. A su lado, Rosemary, idéntica a su madre.

Dio un paso hacia ellos, con el corazón desbocado. Había pasado tanto tiempo… Demasiado. Frunció el ceño, deteniéndose a escasos centímetros. Su corazón quería creer, pero su mente se negaba. Sofía y sus hijos estaban muertos, reducidos a cenizas. No podían estar allí.

Sintiendo cómo su corazón se rompía de nuevo, soltó un gruñido de frustración y atacó con furia, desgarrando la visión. Y desapareció. En su lugar, apareció una criatura horrible que chilló cuando la partió en dos.

Medía dos metros y medio, con extremidades largas y retorcidas. Su piel gris y con textura de cuero era pura oscuridad. Sus manos terminaban en garras de veinticinco centímetros, y su boca, abierta de par en par, estaba llena de dientes afilados. Donde deberían estar los ojos había agujeros sangrantes. Henry no sabía qué era, pero sí que había provocado aquella visión.

No dudó. Atacó con rabia por haber osado tomar la forma de Sofía. De sus hijos… Cuando por fin cayó muerta, Henry respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba mientras intentaba dominar la furia que aquella cosa había despertado.

Entonces oyó… sollozos. Se giró y vio a Theo acercándose a otra criatura igual. Lloraba, a apenas centímetros de ella, y las garras del ser estaban a punto de alcanzarlo. Scarlett y Min-ji luchaban contra las suyas y no llegarían a tiempo.

—¡Theo! —gritó Henry, saltando hacia él.

Lo rodeó con los brazos por la cintura y lo arrastró hacia atrás.

—¡NO! ¡Cynthia! ¡Cynthia! —Theo forcejeaba, intentando liberarse.

—¡Basta, Theo! ¡Ella no está aquí! ¡Cynthia está muerta! ¡Recupere la razón!

Henry maldijo al ver que la criatura se acercaba. Theo luchaba con todas sus fuerzas. Justo cuando temió estar perdido, Min-ji apareció y estampó la palma de su mano contra la monstruosidad. El ser chilló con agudeza antes de estallar en un asqueroso estallido de carne y vísceras.

—Aj… —Henry se estremeció cuando algo le golpeó la cara. Al morir la criatura, Theo se desplomó.

Min-ji dio un paso tambaleante hacia adelante, antes de que sus rodillas cedieran.



—¡MIN-JI! —gritó Scarlett, corriendo hacia ella—. ¿Estás bien?

La bruja no respondió al principio, su respiración se volvió pesada.

—Estoy… bien… Solo he gastado mucha magia.

Scarlett la ayudó suavemente a incorporarse.

—Solo necesito un momento.

—¿Quizá deberías ir a la barrera por ahora?

—Yo… —Min-ji se interrumpió al oír que se abría una puerta.

—¡Mierda! —maldijo Scarlett. Empujó a la mujer detrás de ella y giró para enfrentarse al nuevo enemigo. Estaba a punto de atacar cuando se detuvo bruscamente al reconocer la cara del gul frente a ella.

El gul tenía el pelo largo, rubio platino, sucio, con sangre entre los mechones. Su rostro anguloso y pálido estaba demacrado, la piel agrietada. Sus ojos azul claro estaban vacíos… No había demasiada descomposición, pero sí numerosas heridas, cortes, desgarros… todo indicaba que había sufrido.

—Godric… —Se mordió el labio inferior, mientras la ira le ardía por dentro.

¡Ese bastardo de Dayan! Scarlett había temido que estuviera realmente muerto… Pero debería haber sabido que el Caballero no tendría razones para deshacerse de Godric por completo. ¿Para qué, si podía usarlo en combate?

—Godric… no te preocupes, te traeremos de vuelta. Volverás. Me aseguraré de ello.

Aunque algo dentro de ella se le desgarraba, atacó al zombi que en su momento había sido tanto un salvador como lo fue Octavius.

Trató de desmembrarlo con rapidez. Henry se unió a ella, habiendo dejado de ocuparse de Theo.

—Solo necesito una parte intacta, Henry —le dijo al vampiro mientras le cortaba la cabeza a Godric.

—¿Quiere intentar traerlo de vuelta? —preguntó Henry, aunque sonó más a afirmación.

—No puede haber pasado mucho tiempo… aún hay una posibilidad.

Y sin embargo, también existía la posibilidad de que no funcionara. Todo lo que ocurría allí requería tiempo… Si Dayan había empezado con esto desde las cuevas… podrían haber pasado semanas desde que Godric cayó.

Y devolver a alguien del estado gul dependía del momento… y de pura suerte. Además, sería aún más difícil al tener que regenerarse por completo a partir de un miembro, después de haber sido ya un gul. Aun así… tenía que intentarlo.

Una vez que Godric estuvo hecho pedazos, comenzaron a destruirlos todo lo posible. Excepto uno: una mano.

Scarlett recogió la mano derecha de Godric, que aún se movía. Intentaba atacarla, aunque fuera imposible. Sujetándola con fuerza, se giró hacia Min-ji. La bruja parecía exhausta, pero ya no jadeaba.

—Odio pedirte esto… pero ¿puedes quemar el resto de los restos y crear un sello para esta mano, para evitar que se regenere por ahora?

Una vez destruidas las demás partes… la regeneración total podría ocurrir en cuestión de horas. No podían arriesgarse. No tenían cerebros que ofrecerle a Godric para ayudarle a recuperar la conciencia. Y dejar que se regenerara sin estar preparados… arruinaría cualquier posibilidad de que regresara.

Min-ji sonrió.

—No te preocupes. Puedo hacerlo.

—Gracias…



TURNEY GRITÓ cuando los dientes serrados de la criatura se hundieron en su hombro. Tiraba y forcejeaba con todas sus fuerzas, pero no lograba quitársela de encima. Incluso arrancar trozos de su extraño cuerpo con las uñas no había servido.

Rugió cuando la bestia apretó más fuerte. Apretando los dientes, Turney agarró la parte trasera de la cabeza de la cosa y la apretó con fuerza. Ignoró cómo sus manos atravesaban el cráneo, la sangre corría, hasta que logró perforar el cerebro. La criatura se quedó inerte.

Turney suspiró aliviado y apartó el cadáver de un empujón. Se sacudió la porquería de las manos, haciendo una mueca. Se quedó en el suelo un momento antes de obligarse a moverse.

No sabía qué demonios acababa de matar… pero esperaba no encontrarse con otro igual. Lo observó mientras cojeaba. Era como una mezcla entre calamar y persona. Cabeza abultada, cuerpo humanoide pero gelatinoso y algo translúcido… se estremeció.

Había pasado por varios pisos, y en cada uno había salido más herido… Dejaba un rastro de sangre a su paso. Al menos, si los demás escapaban de donde estuvieran, podrían seguirlo.

Turney giró una esquina y se detuvo, sorprendido al ver el paso despejado hacia el otro lado… ¿Había llegado al último piso? Escuchó. Como siempre, podía oír relojes por todas partes y siete latidos. Cinco venían de abajo, lo que le indicaba que eran los demás… pero dos estaban cerca, justo arriba. Octavius estaba cerca…

Avanzó cojeando y encontró la entrada a una escalera. Curiosamente, al entrar, encontró otra puerta con un segundo tramo de escaleras. Las que bajaban parecían normales, pero las otras eran en espiral. Un camino de pétalos de rosa negros conducía tanto hacia abajo como hacia arriba. Turney los pisoteó.

Dayan realmente era un…

—Cabrón… —gruñó.

Negando con la cabeza, Turney subió los extraños escalones, sangrando todo el camino.

Capítulo Treinta y Seis



¿Finalmente Ha Terminado?

Octavius cayó hacia atrás, siseando por la herida que se le abrió en el pecho. Rodó justo a tiempo para evitar que Dayan lo apuñalara de nuevo. Se incorporó de un salto, ignorando el dolor en su pierna izquierda, y puso distancia entre él y el Caballero.

Sí, estaba sangrando por varios sitios en ese momento.

Al menos Octavius no estaba solo. Observó a Dayan. Le había hecho tanto daño como lo había recibido. Por cada herida que Dayan le había infligido, él le había hecho otra. Ambos estaban igual de heridos, cojeando y adoloridos.

—No vas a ganar, Octavius. ¿Por qué te esfuerzas tanto? —preguntó el Caballero, inclinando la cabeza al mirarlo.

Octavius puso los ojos en blanco.

—¿Por qué haces preguntas tan estúpidas? Literalmente has capturado a mi gente y me tienes encerrado en este lugar, rodeado de quién sabe cuántos guls. Sin duda ya has matado a mi amigo. Quieres que mueran mi amante, mis amigos, mi familia. ¿Por qué demonios iba a quedarme de brazos cruzados aceptándolo? ¿De verdad estás tan perdido?

Dayan resopló.

—No estoy perdido. Solo he aceptado que me perteneces. Cuando tú lo aceptes, verás que todo será mucho más fácil para ti.

Aj… como si no tuviera ya razones para odiar a este hombre, la forma en que pensaba sería suficiente para colmar el vaso. El imbécil

estaba jodidamente loco y era insoportable.

—¡Solo cállate y muérete ya! —Volvió a lanzarse al combate.

Chocaron sus espadas y garras una o dos veces antes de que Dayan sacara otra espada de la nada y comenzara a atacarlo con ambas. Octavius retrocedió, con el Caballero siguiéndolo.

Gritó al tropezar con algo y caer al suelo. Dayan estaba encima de él en cuestión de segundos, hundiendo sus espadas en ambos hombros, clavándolo al suelo. Allí se dio cuenta de que había tropezado con el trozo de madera que había arrancado de la cama.

Cuando el Caballero se le subió encima, inmovilizándolo aún más, le agarró los brazos cerca de los codos y metió las rodillas entre las piernas de Octavius.

Dayan le sonrió con suficiencia desde arriba.

—¿Ves? Este siempre el sitio donde debías estar: debajo de mí.

Los ojos de Octavius se abrieron mucho más cuando el rostro del Caballero comenzó a descender. Apenas logró contener los recuerdos que lo invadieron. Con la mente en caos, forcejeó. Aunque apenas podía moverse, tanteó a su alrededor en busca de algo. Su mano se detuvo al rozar el bolsillo derecho del pantalón. Metiendo la mano, agarró un puñado de lo que había dentro.

Justo cuando Dayan iba a posar sus asquerosos labios sobre los suyos, Octavius le dio un cabezazo.

Dayan gritó de dolor, retrocediendo. Con toda su fuerza, Octavius liberó su brazo derecho de la sujeción del Caballero. La hoja le abrió más el hombro, pero lanzó lo que tenía en la mano directamente al rostro de Dayan.

El Caballero volvió a gritar, llevándose las manos a los ojos mientras el polvo dorado y fino los cubría por completo. Dayan siguió gritando de dolor mientras se tambaleaba hacia atrás. Octavius se incorporó, sacándose las espadas de los hombros con un gruñido, una tras otra.

Sin dudarlo, atacó, hundiendo las garras de su mano en el pecho de Dayan.

El Caballero escupió sangre, sus ojos cubiertos de brillo dorado se abrieron en *shock*.

—Esto es por Turney, por Cynthia… por Godric. ¡Por todas las personas que has herido antes y después de mí! Ojalá pudiera hacerte sufrir, porque la muerte es demasiado misericordiosa, pero si es la única venganza que voy a tener, la aceptaré —gruñó—. Ahora, ¡muere como deberías haberlo hecho hace tantos años! — Octavius retiró la mano, ensanchando la herida.

Dayan se desplomó al suelo con un golpe seco, tosiendo sangre. Sus ojos enrojecidos lo miraban. El Caballero lo observó un segundo más antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una risa húmeda.

Octavius frunció el ceño.

La risa se cortó en seco y el Caballero intentó hablar, pero el sonido de una puerta al abrirse lo hizo detenerse.

Octavius se giró, listo para luchar, y luego soltó un suspiro de alivio al ver a Turney.

—¡Turney! —gritó Octavius, con lágrimas en los ojos.

—¡Octavius! —dijo Turney con voz ronca. También tenía los ojos brillantes.

Corrieron —bueno, cojearon— el uno hacia el otro. Su pobre Turney estaba cubierto de sangre y no parecía estar en mejor estado que él.

En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, Octavius lo abrazó y sus labios se encontraron. Al romper el beso, lo mantuvo cerca, escuchando simplemente el latido de su corazón. Cuando fue tras Dayan… había evitado buscar los latidos de los demás… por miedo a no encontrarlos.

—Estaba tan preocupado —susurró Turney.

—No vuelvas a salir de mi vista —dijo Octavius, sorbiéndose la nariz.

El zombi soltó una risita.

—Eso es una petición imposible.

No imposible, pero sí improbable, supuso.

—¿Y los demás?

—A salvo, que yo sepa… Me separé de ellos poco después de dejarte. Pero puedo oírlos a todos.

—Mientras estén a salvo… los encontraremos y los sacaremos —dijo Octavius, aliviado. Salió del modo «supervampiro». Le dolía la cabeza. No tanto como le dolería si no hubiera entrenado las últimas semanas, pero no era algo bueno.

—¡No importa! —gritó Dayan, comenzando a reír de nuevo.

Se giraron hacia él.

—¡¿Quieres morirte ya?! —soltó Octavius, irritado.

Turney lo abrazó más fuerte y comenzó a gruñir, como si fuera a transformarse.

—No te preocupes por él —Octavius le dio una palmadita en el hombro sano—. Está acabado.

—Sí, lo estoy. ¡Pero, aun así, he ganado! ¡HE GANADO! —gritó el Caballero con alegría, sacando algo pequeño del bolsillo. Abrió una tapa transparente, revelando un botón rojo.

Octavius miró el artefacto, confundido.

—¿Qué…?

—¡Mierda! —Turney se soltó y corrió hacia él.

Pero fue demasiado tarde, Dayan ya lo había pulsado. Una voz atronadora resonó mientras el Caballero reía como un loco. Era la voz de Dayan.

«Es mi final, Octavius. Puedes pensar que has ganado, pero no lo has hecho. Nunca podrías. ¡Nunca estabas destinado a ganar! Esta puede ser mi muerte, pero no estaré solo. ¡Ya que incluso en la muerte estaremos juntos! ¡En un minuto, el lugar y todos los que están dentro serán destruidos!»

Los ojos de Octavius se abrieron de horror, encontrando la mirada preocupada de Turney mientras el Caballero seguía riendo. Su mirada volvió a él cuando la risa se convirtió en tos y luego en silencio. Allí yacía Dayan… finalmente muerto. Pero ya era demasiado tarde…

¿Por qué… por qué tenía que acabar así? No se suponía que terminase así. Se suponía que iban a salir de allí…

«Cincuenta segundos restantes». La voz de Dayan, incluso muerto, era una burla.

Capítulo Treinta y Siete



Nunca Fue Una Elección

—Cincuenta segundos restantes.

Turney se estremeció al oír nuevamente la voz atronadora de Dayan. Tomó la mano de Octavius. La mirada del vampiro se apartó del cadáver de Dayan para posarse en él. Sus ojos azul océano estaban llenos de tristeza.

—La barrera… —murmuró Turney.

Octavius negó con la cabeza.

—No hay forma de romperla a tiempo. Aunque Min-ji estuviera libre para hacerlo…

—Escuché… tantos tictacs en el camino hasta aquí. No dejé de comprobar que todos siguieran bien. Supuse que eran relojes… —Hizo una mueca, intentando recordar cuántos había oído—. Tiene que haber uno en prácticamente cada habitación.

Los hombros del vampiro se hundieron.

—No podríamos desactivarlos todos a tiempo. Es posible que algunos sí sean solo relojes… —Octavius colocó su otra mano sobre la suya—. Lo siento tanto, Turney. Esto no debía acabar así. —El vampiro hizo una mueca y se removió con dificultad.

—¿Nos sentamos? —sugirió Turney con una sonrisa triste—. A mí también me duele estar de pie.

Con varios quejidos y gestos de dolor, lograron sentarse. Con la espalda apoyada en una cama destrozada, Turney se recostó contra Octavius. El vampiro lo rodeó con los brazos. En los brazos de su

amante, no pudo evitar pensar en el destino. Aparentemente, se había centrado tanto en lo que podría o no ser el destino que había ignorado las realidades de este. La verdad era que el destino podía ser cruel. Debería haberlo sabido, después de todo lo que había vivido.

—Creímos que teníamos siglos, pero… siempre nos queda la otra vida, ¿no? —dijo Turney con una sonrisa, alzando la vista hacia los ojos de Octavius.

—Cuarenta segundos.

El vampiro sollozó.

—Ah, esa es una forma de verlo. Sin duda tienes razón, la otra vida será nuestra —Octavius lo besó en la frente.

La mirada de Turney se desvió hacia el cadáver del Caballero. Frunció el ceño.

—Octavius… ¿eso es purpurina?

El vampiro soltó una risa adolorida.

—Mi plan para sorprender a Godric terminó siendo justo lo que necesitaba para ganarle a Dayan… Lamentablemente, estábamos igualados.

Una risita corta se le escapó, a pesar de la situación.

—Eres, de lejos, el hombre más ridículo… y también el más increíble que he conocido. Siento no haberte dejado comprar toda la purpurina que querías —lo atrajo más hacia sí.

—Treinta segundos.

Octavius rio.

—Es bastante útil en combate.

—Aparentemente… Bueno, es una mierda que esto acabe así. Pero… con o sin barrera, no habríamos podido irnos. No sin los demás —dijo Turney con un suspiro—. Nunca podríamos dejarlos atrás. No mientras sepamos que siguen vivos. Y puedo oírlos, incluso ahora. Sus corazones… aunque algunos laten más débiles que otros.

La risa que Octavius soltó esta vez estaba mezclada con un sollozo.

—Nuestro fuerte equipo sobrevivió… Lo sabía. Si tan… —El vampiro tragó saliva, las lágrimas corrían por sus mejillas—. Si tan solo hubiera revisado mejor la carta… el caso. Me lancé sin planear nada… yo…

—Veinte segundos.

Turney acunó el rostro de Octavius entre sus manos y lo miró a los ojos, aún llenos de lágrimas.

—Shh, nada de eso —le besó cada lágrima—. Esto no es culpa tuya. ¿Me oyes? Nada de esto es culpa tuya. Confiaste en las palabras de un amigo. No tenías motivo para pensar que algo iba mal.

El hecho de que ninguno de los que conocían a Godric notara nada raro en el vídeo hacía pensar a Turney que quizá el caso sí había sido real en algún momento, pero Dayan se les adelantó.

El labio inferior de Octavius tembló, pero asintió, aunque las lágrimas no paraban de caer.

—Quiero que sepas que fui… feliz. Me hiciste tan feliz, Turney. Cada día despertaba feliz de estar no muerto. Feliz de saber que habría un mañana. Por primera vez desde que desperté como vampiro, me alegré de haber vivido tanto, porque significó poder conocerte. Así que… —La voz de Octavius se quebró—. Así que, aunque… puede que no tengamos un para siempre, lo que tuvimos significó el mundo para mí. Valiste la pena, incluso si tuve que esperar miles de años.

Turney sonrió, aunque sentía su corazón hacerse pedazos.

—No voy a mentir, ha sido una locura. Pero, joder, valió la pena, Octavius. Valió la pena vivir por ello. Valió la pena volver. Aunque haya sido breve.

—Te amo, con todo mi corazón. En esta vida, y en la siguiente.

—Yo también te amo, en esta vida y en todas las que vengan.

—¡Turney! —sollozó Octavius, abrazándolo con fuerza.

Turney lo sostuvo con fuerza, cerrando los ojos.

«Diez».



«NUEVE».

Min-ji observó a sus compañeros y a su amante, con la mente completamente en blanco. Henry estaba en la esquina, sujetando a un Theo y a un Cormac heridos. Theo seguía consciente, pero agotado. Scarlett arañaba una de las puertas metálicas en vano. Dejaba marcas… pero también sangre. No era como que importase.

Las puertas no se abrían una vez cerradas. Estaban embrujadas de alguna forma. Y aunque lograran derribar una, la barrera seguiría ahí. No había tiempo para romperla.

«Ocho».

Negó con la cabeza. No… esto… tenía que haber algo que pudiera hacer. Se agarró la cabeza, hundiendo las manos en su pelo. «¡Piensa!», gritó dentro de sí con desesperación. «¡PIENSA!».

«Siete».

Pero… estaba agotada… no le quedaba nada. Min-ji ni siquiera sabía cómo seguía en pie. Sin embargo, ¡no podía acabar así! ¡No podía! Así no era como debía terminar.

«Seis».

Soltó una risa apenas audible cuando la solución se le vino a la mente. Dejó caer las manos a sus lados.

«Cinco».

Miró a Scarlett. La mujer gritaba de rabia mientras seguía haciendo cortes en la puerta. Al ver su esbelta espalda, la decisión que tomó fue casi demasiado fácil. Ojalá hubiera tenido más tiempo… Tantos años desperdiciados. Si tan solo la hubiera conocido antes. Pero si esto era el final… entonces había valido la pena.

«Cuatro».

Soltó una risa entre lágrimas.

—Scarlett… te amo.



LOS OJOS de Scarlett se abrieron más y se giró al oír aquellas palabras suaves.

—¿Qué…?

«Tres».

Min-ji conectó sus miradas, y Scarlett vio con claridad la emoción tras esas palabras. Dio un paso hacia ella, soltando un grito ahogado cuando una barrera surgió entre ambas. No podía acercarse.

—Min-ji…

«Dos».

Los ojos de Min-ji no se apartaron de los suyos mientras levantaba la mano y comenzaba a emitir un cántico. Una luz roja brillante apareció en el centro de su estómago.

El cántico se volvió un eco en sus oídos, justo cuando la luz se tornó cegadora.

«Uno».

Capítulo Treinta y Ocho



El Después

Octavius cerró los ojos con fuerza, abrazando a Turney mientras la cuenta atrás llegaba al uno. Soltó un grito ahogado, abriendo los ojos de golpe justo en el momento en que algo extraño lo envolvió. Observó la barrera roja que los rodeaba a él y a Turney. Sus ojos se abrieron aún más cuando estallaron las bombas.

Fuera de la barrera, el suelo, los muebles y el techo fueron destrozados. Lo que debía ser un sonido ensordecedor de destrucción estaba amortiguado. Las llamas se propagaban casi en silencio, arrasando con todo a su paso. Turney miraba a su alrededor del mismo modo, con el corazón desbocado.

Todo seguía… y seguía… pero justo cuando pensó que no acabaría nunca, se detuvo. Y la burbuja roja que se había formado a su alrededor estalló. La mayor parte del hotel… había desaparecido, igual que buena parte del bosque. Cualquier gul que quedara fuera había sido arrasado. La explosión se había llevado la barrera mágica consigo. Escombros en llamas ocupaban el lugar donde antes había habido un edificio.

—Estamos… vivos —dijo Octavius con asombro.

Turney soltó una risa suave.

—¡Hemos sobrevivido!

Juntos se pusieron de pie, lentamente. La sección de suelo que quedaba bajo ellos era, como mucho, precaria. Sentía que se tambaleaba bajo sus pies.

—Yo… yo no…

De pronto, Turney soltó un grito, llevándose la mano al pecho antes de romper a llorar con sollozos desgarradores.

—Algo va mal. Algo… ¡algo! ¡Scarlett!

Los ojos de Octavius se abrieron más al oírlo, el miedo se apoderó de él. Escuchó y contó los latidos, con lágrimas en los ojos al descubrir la verdad.

—Uno… falta un latido…

Turney soltó otro sollozo desgarrador y empezó a caer de rodillas. Octavius lo levantó en brazos.

—Vamos… a buscarlos.

En cuanto dio un solo paso hacia el borde de la plataforma, esta empezó a inclinarse.

—¡Mierda! —gritó.

Saltó justo cuando el suelo se derrumbaba, lanzándose hacia una parte del hotel que, por algún motivo, seguía intacta algunos pisos más abajo. Era pequeña y apenas más estable que el sitio del que acababan de saltar, pero mejor que nada.

Al aterrizar, Octavius se detuvo al oír un sonido… Uno que ojalá nunca volviera a oír: los gritos desgarradores de Scarlett.

Sin otra opción que saltar al piso inferior, Octavius inhaló hondo, intentando ignorar la angustia de Turney y su amiga, y se lanzó.

Al aterrizar, su pie resbaló sobre los restos del hotel. Por suerte, logró estabilizarse a tiempo; estuvo a segundos de caer sobre una pila de escombros en llamas.

Turney estaba cada vez más alterado, atrapado en las emociones que sentía a través del vínculo.

Aún con su zombi en brazos, siguió los gritos de Scarlett hasta un enorme agujero en el suelo, en medio de toda la destrucción. Sin dudarlo, saltó dentro.

Al llegar al fondo, casi cayó de rodillas por lo que vio.

—Scarlett…

Scarlett estaba sentada encima de Min-ji, presionando su pecho una y otra vez… Claramente intentaba reiniciar el corazón de la bruja.

—Scarlett —sollozó Turney. El zombi forcejeó en su abrazo, pero Octavius lo rodeó con el brazo y lo sostuvo.

Había comprendido que probablemente había sido Min-ji quien los salvó. Y ahora sabía cuál había sido el precio. Min-ji, sin magia ya, usó la única fuente de poder que le quedaba… su vida. Sosteniendo a su amante sollozante, las lágrimas caían por su rostro mientras observaba a su mejor amiga desmoronarse.



SCARLETT GRITABA de dolor y rabia. No funcionaba… Nada funcionaba. Golpeó el pecho de Min-ji.

—¡Despierta! —gritó. Le sostuvo la nariz y sopló en su boca varias veces—. ¡Despierta! ¡No puedes decirme eso y luego hacerme esto! ¡¿Me oyes, bruja?! ¡Levántate ahora mismo! ¡Despierta! ¡Min-ji, despierta, estúpida! ¡¿Cómo te atreves?!

Lo intentaba una y otra vez… ¿Por qué… por qué tenía que ser así? No era justo. Detuvo las manos y se llevó la mano al pecho. Dolía… dolía tanto.

—No… no me dejaste decírtelo también… —sollozó mientras volvía a intentar reanimarla—. ¡Tienes que despertar para que pueda decírtelo! ¡No es justo! ¡No…

—Scarlett…

Oyó la voz de Octavius, pero no podía apartarse… no podía ni siquiera reconocerlo. Sentía las emociones de Turney reflejar las suyas, pero ni siquiera tuvo fuerzas para cerrar el vínculo.



OCTAVIUS DEJÓ que las lágrimas fluyeran libremente… sin saber qué hacer. No tenía el valor para detenerla.

Se estremeció cuando, de pronto, Scarlett se incorporó. Con la espalda recta, se quedó sentada en silencio, mirando a Min-ji mientras sus lágrimas seguían cayendo.

Sus ojos se abrieron de sorpresa al ver a la zombi hacer algo que jamás habría imaginado. Se cortó la palma de la mano derecha y luego la izquierda de Min-ji, uniéndolas. Las palabras que pronunció eran antiguas y llenas de poder. No era lo que esperaba oír… Las palabras eran tan antiguas que ni siquiera Octavius sabía qué idioma era o qué significaban… solo sabía lo que provocarían.

Su corazón se contrajo de dolor cuando las palabras se detuvieron… y no pasó nada.

—¡Funciona! —gritó Scarlett—. ¡FUNCIONA!

Scarlett y el cuerpo de Min-ji se sacudieron. Los ojos de Min-ji se abrieron de golpe, brillando como faros, un reflejo de los de Scarlett.

Min-ji aspiró con fuerza mientras las luces se apagaban y los ojos de ambas volvían a la normalidad.

Scarlett temblaba, su cuerpo se tambaleaba. Aún lloraba.

—Estoy… tan enfadada contigo ahora mismo —susurró con debilidad, antes de desplomarse sobre Min-ji.

El brazo de Min-ji, tembloroso pero vivo, la envolvió. Sus ojos se cerraron… pero seguía viva.

—¡Scarlett! ¡Scarlett! —gritó Turney, sus intentos por liberarse del abrazo de Octavius se intensificaron. Él lo sostuvo aún más fuerte.

—Está bien, Turney. Ella está bien. Solo está cansada. Seguramente ha cerrado la conexión. La pérdida repentina de emociones tan fuertes es confusa, lo sé. Pero está bien. Te lo prometo, amor. Ella… se ha convertido en el espíritu familiar de Min-ji… Era la única forma de traerla de vuelta. Déjala que se esconda de ti por ahora —susurró lo último.

Octavius… no sabía exactamente qué pasaba por la cabeza de Scarlett en ese momento, pero imaginaba que no era algo que quisiera compartir.

Turney forcejeó unos segundos más, antes de desplomarse en sus brazos.

—¿Estás… seguro?

—Escucha, mi precioso conejito. Puedes oír su corazón latiendo. Aunque no necesita latir. Es una zombi como tú. Haría falta mucho para matarla.

Turney guardó silencio un momento.

—Puedo oírlo.

Octavius sonrió y le besó el cuello.

—Sí, puedes…

—Amo Octavius…

Miró a Henry, aún sonriendo.

—Gracias por manteneros a salvo tú y los demás.

Henry le devolvió la sonrisa, visiblemente exhausto.

—Como siempre, capitán.

Octavius soltó una carcajada al oír el apodo que el hombre usaba siempre en sus días de pirata.

—Creo que los guls de fuera fueron aniquilados por la explosión. Ya nos habrían invadido si no fuera así, ahora que la barrera ha desaparecido.

—Tienes razón. Estábamos arriba cuando pasó. Ya no queda ninguno…

—¿Está…? —Theo comenzó a hablar, y luego se aclaró la garganta—. ¿Está muerto?

—Sí, Theo. Dayan está muerto.

Theo se desplomó.

—Gracias.

Cansado, pero sintiéndose increíblemente aliviado, Octavius miró a su equipo, a sus amigos, a su familia. No pudo evitar sentirse abrumadoramente feliz. Dayan estaba finalmente muerto, y todos

habían sobrevivido. ¿Cómo no iba a estar feliz por eso? Sonriendo más aún, dijo en voz alta:

—Vamos a casa.

—¿Cómo? —preguntó Turney—. Aj, vamos a tener que caminar hasta el pueblo más cercano, ¿verdad?

Octavius soltó una risita.

—En realidad no lo sé.

—Tenemos señal otra vez —anunció Henry, con el móvil en la mano.

—Oh, gracias a Dios —Turney se dejó caer aún más en brazos de Octavius. Él lo bajó lentamente para que pudiera sentarse, dejándose caer justo al lado.

—Supongo que tendré que llamar a ese criminal de la moda para que nos saque de aquí… Los segadores tendrán que encargarse de limpiar este desastre de todos modos. Eliminar cualquier resto. Y quién sabe si algún humano vio la explosión.

Octavius metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—¿Crees que hará ese truco de teletransportarnos con un «puf»? —preguntó Turney.

Octavius se rio, pero luego hizo una mueca al sentir que se le irritaban algunas heridas.

—Ese truco de «teletransportarse con un "puf"» no es más que moverse por las sombras visibles. Y no, no lo hará. Los segadores solo pueden usar sombras que estén cerca de ellos, y no pueden hacerlo entre continentes. Me temo que, si quiere venir, tendrá que subirse a un avión. Pero no te preocupes, seguro que hay segadores más cercanos que él.

Octavius se sorprendió de que la pantalla de su móvil siguiera intacta al encenderlo, qué suerte. Justo cuando iba a buscar el número de Alexander… un pensamiento aleatorio le vino a la cabeza.

—¡Hay un tipo en un barril encerrado en una de las habitaciones de mi casa! —exclamó horrorizado.

—¡¿Un QUÉ?! —ladró Turney.

—¡Lo olvidé, ¿vale?! —se quejó Octavius, a la defensiva.

Y realmente lo había olvidado. Había pensado hacer algo con el brujo al despertar después de la fiesta… pero llegó la invitación… y bueno, ¡se le olvidó!

—¡¿OLVIDASTE EL QUÉ?!

—¡Solo han pasado como dos… tres días! ¡Seguro que está bien!

Scarlett estalló en carcajadas, seguida por Min-ji.

—¡¿Por qué te ríes?! —gritó Turney—. ¡¿Cómo puede hacerte gracia esto?! ¡Octavius, ¿a quién secuestraste?!

Un gruñido profundo los interrumpió.

—¡¿Por qué gritáis tanto?! —gruñó Cormac—. ¡¿No puede uno morirse en paz?!

—No te estás muriendo, mocoso —dijo Theo con una carcajada, mientras Henry también empezaba a reír.

Todo era tan contagioso que Octavius empezó a reír también. Al final, incluso Turney reía, aunque todavía con cara de preocupación y confusión.

Estaban todos allí sentados, tirados, heridos, sangrando, probablemente con huesos rotos… pero riendo. Habían sobrevivido. Ese humor, esa alegría, por extraña e inoportuna que fuera, se la habían ganado. Al menos, así lo creía Octavius.

Capítulo Treinta y Nueve



Hogar

Les había llevado dos días, pero por fin estaban en casa. Octavius sonrió mientras Turney se acurrucaba contra su pecho. Pasó sus manos por el pelo del zombi. Después de dos días largos y agotadores… ya estaban en casa… aunque todavía estaban simplemente existiendo y recuperándose.

—¿Octavius?

—¿Mm? —Miró hacia abajo, a su zombi.

—Te amo.

Octavius sonrió radiante. Se inclinó hacia él y lo besó en los labios.

—Y yo te amo a ti.

—¿Tú crees que Scarlett… que todos… van a estar bien?

Frunció el ceño.

—Scarlett necesitará tiempo para adaptarse. Tanto ella como Minji necesitarán tiempo. Hay cosas que han sucedido en el pasado de Scarlett, cosas que no puedo contarte sin su permiso, que harán esto muy difícil para ella. Lo mejor que puedes hacer es estar ahí. Apoyar su decisión. Tomarla no fue fácil para ella.

—Ella… ha mantenido la conexión cerrada desde que pasó todo —dijo Turney con tristeza en la mirada—. Se siente… mal. Me siento como si estuviera a la deriva, no sé si eso tiene sentido. Solo quisiera poder ayudarla.

Octavius hizo una mueca. Se sentía un poco atrapado. Scarlett tenía derecho a su privacidad, y el hecho de que hubiera creado un vínculo con Min-ji no era poca cosa, después del vínculo forzado con el que había vivido tantos años. Peor aún, el vínculo que había creado no era un vínculo normal de espíritu familiar.

Había conectado sus propias almas, sus vidas. Había sido la única manera de que Min-ji sobreviviera. La bruja había entregado su vida, su alma misma, para salvarlos a todos, y Scarlett había partido la suya en dos, entrelazándolas eternamente para poder traerla de vuelta. Era un vínculo que no podía romperse. Tan solo intentarlo acabaría matando a ambas.

Y aun así, entendía a Turney. Seguía siendo un zombi nuevo, y estar desconectado de su creadora durante días le haría sentirse desorientado. Y si Scarlett quería mantener el vínculo y dejar que creciera, tendría que restablecerlo pronto. El vínculo era demasiado reciente como para cortarlo tanto tiempo. Aunque, sin duda, ella también estaba sintiendo esa pérdida, porque el vínculo entre creadora y neófito funcionaba en ambas direcciones.

—Dale unos días más, ¿vale, Turney? Tiene mucho que procesar. Muchas emociones que controlar. Volverá a conectarse, solo necesita un poco más de tiempo.

Hablaría con ella si la situación se prolongaba demasiado…

—Haré lo posible por apoyarla.

Octavius sonrió y se inclinó para besarle la coronilla antes de dejarse caer de nuevo sobre la almohada.

—Eso es lo único que puedes hacer.

Turney suspiró.

—Sabes… deberíamos dejar esto de casi morir al mínimo, ¿no crees? Varias veces en un mismo año es un poco excesivo.

Octavius se rio.

—¿Lo es?

—Mmm… quizá una vez cada cinco o diez años. O mejor veinte o treinta… considerando cuánto voy a vivir ahora. Sea como sea, ha habido al menos tres veces este año en las que casi muero… dos si quitamos la vez que realmente morí. ¿Debería contar también cuando esos wendigos querían comerme?

Por mucho que todas esas situaciones reales de peligro le hubieran hecho sufrir, no pudo evitar estallar en risitas.

—No creo que puedas contar esa solo porque querían comerte. Especialmente si uno prometió que no lo haría. Eso sí, diría que mejor lo dejemos en una vez cada cien años, si tenemos en cuenta tu esperanza de vida.

—Anotado —suspiró Turney—. ¿Octavius?

—¿Sí?

—¿Lo… decías en serio?

Octavius parpadeó, mirándolo de nuevo.

—¿El qué?

Los ojos de Turney estaban vidriosos al encontrarse con los suyos.

—Lo que dijiste… en el hotel, ¿lo decías en serio?

Tomó su rostro entre sus manos y le acarició la mejilla.

—Lo decía en serio. Cada palabra. Valió la pena esperar por ti. Habría soportado muchos más años de dolor por un solo segundo más contigo.

Turney le besó la palma de la mano.

—Yo también lo decía en serio. Valió la pena volver por ti. Conocerte y amarte hizo que valiera la pena el morir. Valió la pena convertirme en zombi por ti.

Octavius parpadeó rápidamente mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Soltó una risa.

—Ah, no deberíamos estar llorando ahora, no después de sobrevivir todos.

Turney se rio y subió las manos para limpiarle las lágrimas.

—Entonces… —sonrió con malicia—. ¿Decías en serio eso de dejarme comprar toda la purpurina que quiera?

—¡Octavius! —exclamó Turney entre risas.

Chilló cuando el zombi empezó a hacerle cosquillas. Octavius se retorció, riendo como un loco mientras intentaba escapar de sus manos.

—¡Me rindo!

Siguieron riendo, pero Turney dejó de hacerle cosquillas y lo giró, poniéndose encima.

—Eres un peligro, ¿lo sabías?

Octavius sonrió ampliamente.

—No me querrías de otra manera.

—Mmm, supongo que no —Turney le rodeó el cuello con los brazos, pasándole las manos por el pelo mientras lo acercaba para besarlo.

Octavius le devolvió el beso, y justo cuando estaba a punto de profundizarlo, se le cruzó un pensamiento.

—¡Oh, Dioses! ¡He vuelto a olvidar liberar al brujo encerrado en el barril!

—¡Octavius! —gritó Turney—. ¡Han pasado días!

—¡Acabamos de volver! ¡No lo he olvidado a propósito!

—Oh, Dios mío… Me acaba de dar dolor de cabeza.

—¡De verdad que no quería olvidarlo! —lloriqueó Octavius.

Turney gruñó.

—Mi cabeza…

—¡¡Pero no fue a propósito!!

Epílogo



La Agencia De Detectives No Muertos Está En El Caso

Turney se recostó en la silla de su escritorio y miró la puerta en mitad de la pared frente a él. Habían pasado… dos semanas desde que regresaron. Desde que los rescataron —bueno, los trajeron a casa— los segadores, después de hacer sus declaraciones…

Al volver, Octavius «se encargó» del brujo que había encerrado en su casa durante Halloween. Bueno… se encargó de él después de volver a acordarse, claro…

El vampiro se negaba a contarle por qué lo había hecho ni qué hizo con el brujo, pero Turney pensó que era mejor no saberlo. Así, si Alexander le preguntaba algún día, podría decirle con sinceridad que no sabía nada.

Todos se habían curado, por supuesto, en apenas unos días. Theo parecía más tranquilo que antes, aunque aún tenía mucho que procesar. Cormac ahora estaba obsesionado con entrenar. Probablemente, odiaba haber sido el primero en caer y haberse perdido casi todo lo que ocurrió después. Scarlett y Min-ji… según entendía, estaban adaptándose.

Scarlett había reconectado su vínculo… y hablaron largo y tendido. Le explicó algunas cosas de su pasado, cosas que ojalá él hubiera sabido antes. Turney comprendía por qué no se lo había contado. No habían sido cercanos hasta hace poco, así que no tenía

razón para compartirlo. Eso sí, le hizo preguntarse si esas cosas tenían algo que ver con el brujo encerrado en el barril.

Scarlett, por alguna razón, sintió la necesidad de disculparse por el estrés que le causó en el hotel. Él lo quitó importancia, claro. Le dijo que no había nada por lo que disculparse. Turney sabía que él no habría estado en mejor estado que Scarlett si hubiera sido Octavius quien muriera. En cualquier caso, todos iban… avanzando como podían.

Los vástagos descendieron sobre ellos un día después de su regreso; al parecer, ese fue el tiempo máximo que Henry logró contenerlos. Turney llegó a la conclusión de que era mejor que Octavius no se reuniera con todos ellos muy a menudo. Temía honestamente que la destrucción fuera demasiado si todos vivieran en el mismo lugar. Según las historias que había oído… en el pasado habían dejado un rastro considerable de destrozos.

Aparte de las visitas aleatorias, estaban preparando todo lo necesario para intentar traer de vuelta a Godric. Turney se alegró de haber estado ahí para sostener a Octavius mientras lloraba aliviado al descubrir que Godric no había sido destruido. Aún no estaba claro si funcionaría o no… pero tener la posibilidad era suficiente para tener esperanza, ¿no?

Aunque, según entendía, pasaría otro mes antes de intentar revivirlo. Por lo visto, se necesitaba mucha materia gris para traer a un zombi desde un estado de gul, además de tener que reunir todos los órganos que un zombi regenerado necesitaría.

Hoy era su regreso a la oficina. Y lo que encontraron al volver… fue una oficina más grande, con una nueva puerta que conducía a una oficina privada para Theo en la pared de la derecha. Además de un pequeño espacio justo a la derecha para otro escritorio y silla para Henry. Porque al parecer Henry se unía ahora a la agencia para, según sus propias palabras: «asegurarme de que mi creador no acabe muerto». Cielos… el dinero hace que las mierdas se construyan muy rápido.

Turney ojeó la puerta un rato más, observando a Octavius a través del vidrio esmerilado mientras paseaba de un lado a otro dentro. El vampiro estaba vociferando por algo. La sombra se acercó a la puerta, y pronto Octavius la abrió de golpe y salió con pasos fuertes.

—¡Dile que necesito todas estas cosas para la oficina! —Octavius se detuvo frente a Turney, estampando un papel sobre su escritorio.

—Y puedes conseguirlas, pero no con el dinero de la empresa. No se van a listar como gastos de negocio —dijo Theo en voz alta, sentado en su escritorio, con expresión impasible ante la protesta de Octavius.

Octavius giró sobre sus talones y exclamó dramáticamente:

—¡PERO SON OBJETOS NECESARIOS QUE LA OFICINA NECESITA!

—No —respondió Theo con firmeza.

Turney tomó la lista y empezó a leerla, con los ojos cada vez más abiertos ante semejantes sinsentidos.

—¿Cómo va a ser necesario para una oficina de detectives tener un estanque interior de lujo para patos, Octavius?

El vampiro se volvió a girar, con los ojos muy abiertos, como si no esperara que Turney leyera la lista.

—Pues, verás… pensé que necesitábamos un pato de apoyo emocional. Después de todo lo que hemos pasado, ¿no merecemos un poco de consuelo? ¡Además, Bubby viene en dos semanas! ¡¿Y si se siente solo y necesita un amigo?!

Turney negó con la cabeza.

—¿Cómo va a evitar un pato de oficina que un pez, que va a vivir en casa, se sienta solo?

Octavius soltó un grito ahogado.

—Pues, obviamente, el pato vendrá a casa también. ¡No puede quedarse aquí solo!

—Nada de patos —dijo Turney con firmeza.

—¡¿Pero por qué?! —protestó el vampiro.

Suspiró.

—No necesitas un pato.

Scarlett soltó una risita.

—Eso explica por qué has ido al escritorio de Turney y no al mío.

—¿Pensaba que no iba a leerlo?

—Creo que pensaba que cederías mirando esos ojitos azules suyos —rio Min-ji.

Turney fulminó con la mirada al vampiro, cuya expresión se volvió culpable tras las palabras de la bruja. Exacto… eso mismo había pensado ese peligro andante.

—No soy tan fácil, Octavius.

—Por supuesto que no, mi conejito zombi. ¡Jamás pensaría eso! —lloriqueó Octavius.

—Animal de apoyo o no, la respuesta sigue siendo no —dijo Theo, entrelazando las manos sobre el escritorio.

Octavius volvió a girar sobre sí mismo con un grito exagerado.

—¡NO TIENES CORAZÓN!

Cormac estalló en carcajadas.

—Y dime, querido hermano, ¿a qué viene tanta risa? —preguntó Theo, con una sonrisa que se tornó levemente maliciosa.

La risa del joven lobo se cortó en seco al mirar a su hermano y ver su expresión.

—Yo…

Theo se recostó en la silla con un «jum».

—Octavius, he revisado tus cuentas de la agencia, y debo decir que estás pagando demasiado a Cormac por no hacer nada. Así que, o hace más, o se le reduce el sueldo.

—¡¿QUÉ?! —gritó Cormac.

Turney se echó a reír justo cuando Octavius rompía en carcajadas. Cormac y Theo empezaron a discutir, justo cuando sonó el teléfono. Por supuesto, Octavius reanudó su cruzada por su lista en cuanto escuchó el timbre.

Turney miró a Scarlett, que suspiró y llevó la mano hacia el teléfono rojo de su escritorio.

—Ha llamado a la Agencia de Detectives No Muertos, le atiende Scarlett, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó con su voz profesional de dependienta falsa. Frunció el ceño, fulminando con la mirada a los tres que habían empezado a gritar—. Un momento, por favor. —Cubrió el auricular y luego rugió—: ¡CALLAOS, IDIOTAS!

Octavius, Cormac y Theo se quedaron en silencio al instante, y Scarlett volvió a la llamada.

Turney negó con la cabeza con una risita suave mientras Octavius se acercaba cabizbajo y se sentaba en el borde de su escritorio. Tenía un claro puchero en la cara.

El vampiro permaneció ahí haciendo pucheros unos segundos, y entonces… Cormac le sacó la lengua. Lo que, por supuesto, desató a Octavius. Turney suspiró cuando ambos iniciaron una guerra silenciosa e infantil entre ellos.

Su mirada pasó de los paranormales peleando en silencio hacia Henry, en su pequeño rincón. Frunció el ceño al ver al vampiro con el móvil. Henry alzó la mirada, y la sonrisa que tenía… le hizo preocuparse al instante. Turney lo miró horrorizado cuando el vampiro le enseñó la pantalla del móvil, mostrando una web sobre cómo tener patos como mascotas.

Le susurró «no» con los labios, pero la sonrisa de Henry se ensanchó.

—Nada de patos —murmuró con fiereza.

Con gesto compungido, Henry suspiró y dejó el móvil boca abajo sobre el escritorio. Los peligros andantes más peligrosos eran siempre los que no lo parecían.

Se oyó un fuerte *clic* cuando Scarlett colgó el teléfono.

—Tenemos un nuevo caso. Tú y Turney tenéis que ir al Café Barron en la calle First y reuniros con nuestro nuevo cliente, John Bordu. El hombre os entregará allí todos los documentos.

Octavius se puso en pie de un salto, sonriendo feliz como si no acabara de estar discutiendo como un loco.

—¡Maravilloso! ¡¿Has oído eso, Turney?! ¡Un nuevo caso!

Turney no pudo evitar sonreír al ver cómo el vampiro pasaba de la tristeza a la emoción en un abrir y cerrar de ojos. Lo normal, tratándose de Octavius. Su sonrisa se ensanchó cuando el vampiro empezó a dar saltitos.

Dios… cuánto lo amaba. Su mirada recorrió la sala: Octavius, Cormac, Theo, Henry, Scarlett y Min-ji. Todo había cambiado tanto.

Parecía que había pasado una vida entera desde la primera vez que vio aquel volante negro tan absurdo de Octavius. Ya ni siquiera era humano. Morir y convertirse en zombi no había sido precisamente divertido… pero había ganado mucho más de lo que había perdido.

Porque antes no tenía nada… ni familia. Sí, tenía algunos amigos, pero… no eran cercanos. En realidad, Turney estaba solo, como lo había estado casi toda su vida. Por mucho que dijera —y quisiera creer— que estaba bien así… no lo estaba. Turney había estado simplemente viviendo el día a día, intentando no pensar demasiado. Pero en el fondo… había estado tan solo. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo.

Ahora, menos de medio año después de entrar por primera vez en esa oficina, tenía… una familia. Una familia de verdad. Una familia loca, sí, pero familia al fin y al cabo. Turney ya no estaba solo. Y todo había sido gracias a un vampiro igual de loco: Octavius.

—Octavius, te amo.

Octavius soltó una risita.

—¡Yo también te amo, mi precioso conejito zombi! ¡Ahora ven! ¡Vámonos! ¡¡TENEMOS UN CASO QUE RESOLVER!!

Dio incluso más saltitos, y sus carcajadas se hicieron más fuertes.

Riendo, Turney se levantó y siguió al loco vampiro por la puerta. Octavius hablaba sin parar de la emoción, repasando todas las posibilidades de lo que podían encontrar. No sabía qué les traería el próximo caso, pero Turney tenía la sensación de que la locura de esta nueva vida suya no había hecho más que empezar.

¡Fin!



Nota de Autora

Bueno, este es el último libro de La Agencia de Detectives No Muertos. Y también es mi primera saga completada. Sentí muchas emociones mientras escribía estos cuatro libros. No todas fueron felices, pero estoy satisfecha con cómo terminó todo. Escribir estos libros, estos personajes, me ha traído una cantidad increíble de alegría. Y odiaría dejarlos ir… así que no lo voy a hacer.

Este es el último libro de La Agencia de Detectives No Muertos, pero ¡no es la última historia de estos personajes! Sus historias continuarán en un *spin-off* llamado Expedientes de los Detectives No Muertos, y en otra llamada Misiones Secundarias de la Agencia.

Los Expedientes de los Detectives No Muertos seguirá a Octavius y Turney, y al resto del equipo, mientras su viaje y el de todos los demás continúan. Habrá nuevos casos y nuevos paranormales. Sin mencionar que veremos cómo evolucionan las relaciones tras lo ocurrido en este último libro. *tose* Scarlett/Min-ji.

Misiones Secundarias de la Agencia será donde el foco se aleje de nuestra loca pareja principal y se centre en algunos personajes secundarios. ¿No se merecen ellos también su final feliz? *ejem* Cormac/Henry.

En fin, gracias por acompañarme en este viaje. Gracias por amar esta serie tanto como yo. ¡Quedaos para todo lo que está por venir!



Sobre Shelby Rhodes

Shelby Rhodes es una amante y escritora de novelas de romance paranormal gay, aunque está abierta a cualquier género. Le encanta crear mundos y nuevas realidades. En sus libros puedes esperar una mezcla de humor y ternura con un toque de sangre y violencia. Y aunque los monólogos dramáticos y cómicos sean sus cosas favoritas, eso no significa que no intente arrancarte el corazón.



Sigue a Shelby Rhodes

Para novedades, relatos gratuitos o si simplemente quieres ver en qué estoy trabajando actualmente, puedes encontrarme aquí:

Página Web:
www.shelbyrhodesauthor.com

Grupo de Facebook:
https://www.facebook.com/groups/BeesBooksSR/

Blog:
https://shelbyrhodesauthor.blogspot.com/

Newsletter:
https://www.shelbyrhodesauthor.com/newsletter



Más De Shelby Rhodes

LA AGENCIA DE DETECTIVES NO MUERTOS

Libro Uno: Conseguirlo Juntos

https://mybook.to/tuda1es

Libro Dos: Mantenerlo Juntos

https://mybook.to/tuda2es

Libro Tres: En la Muerte Juntos

https://mybook.to/tuda3es

Libro Cuatro: Por Siempre Juntos

https://mybook.to/tuda4es



Also By Shelby Rhodes

FAIRY TALES RETOLD

Book One: Little Red

https://mybook.to/LittleRedSR

.

VAMPIRES OF VADIN

Book One: Adrian's Bodyguard

https://mybook.to/AdriansBodyguard/

Book Two: Stephan's Monster

https://mybook.to/StephansMonster/

Book Three: Sin's Thief

https://mybook.to/SinsThief

.

THE UNDEAD DETECTIVE AGENCY

Book One: Get It Together

https://mybook.to/GetItTogether

Book Two: Keep It Together

https://mybook.to/KeepItTogetherSR

Book Three: In Death Together

https://mybook.to/InDeathTogetherSR

Book Four: Forever Together

https://mybook.to/Forever-Together

.

THE UNDEAD DETECTIVE FILES

Book One: Folly of Incompetence

https://mybook.to/TUDF1

.

THE UNWILLING ADVENTURES OF HARLOW AND FOXX

Book One: At First Irritation

https://mybook.to/AtFirstIrritation

Book Two: Taste Of Fear

https://mybook.to/TasteofFear/

Book Three: Unusual Emotions

https://mybook.to/UnusualEmotions

Book Four: Thirst Quenched

https://mybook.to/ThirstQuenched

Book Five: False Morality

https://mybook.to/FalseMorality

.

ADVENTURES OF ANOTHER KIND

Book One: Blue Bird

https://mybook.to/aak1

.

CRYPTID ENFORCEMENT BUREAU

Book One: Catching a Water Nymph

https://mybook.to/ceb1

Book Two: Calming a Gorgon

https://mybook.to/ceb2

.

A LIBRARIAN'S GUIDE TO WITCHERY

Book One: A Spark of Something

https://mybook.to/lgtwitchery1

Book Two: Villain of My Heart

https://mybook.to/lgtwitchery2

.

THE SWEET BECKONING OF VIOLENCE

Book One: Arrest Me

https://mybook.to/sbv1